A MEDIANOCHE
NORA ROBERTS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En los último días de 1899, la joven Abigail vive con su suegra y su hija en la enorme mansión de la familia de su esposo. Espera ilusionada la llegada de su marido Lucian, heredero de toda la fortuna de los Manet. De pronto, el envidioso hermano gemelo de Lucian ataca a Abigail para aprovecharse de ella, y la mata.

Más de cien años después Declan Fitgerald, un joven adinerado abogado de Boston, decide comprar y renovar Manet Hall, la magnífica mansión donde murió Abigail. Tomando una copa en un bar local conoce a Lena, de quine se enamora a primera vista. Aunque Declan adora la casa que acaba de adquirir, comienza a sufrir horribles pesadillas, oye extrañas voces y tiene alucinaciones. El pasado terrorífico de Manet may pondrá a prueba el amor de Declan y Lena, y ambos deberán demostrar que son lo suficientemente fuertes y maduros como para enfrentarse a su destino.

¿QUÉ SERÁ MÁS FUERTE: EL AMOR O EL PODER MALIGNO DEL PASADO?

PRÓLOGO

La muerte, con toda su cruel belleza, vivía en el bayou. Su sombra era profunda. En los juncos del pantano, en la traidora maraña de kudzu, un susurro hablaba de vida y de muerte inminente. Su aliento era espeso y verde, y sus ojos amarillos brillaban en la oscuridad.

Quedo como una serpiente, el río dibujaba un cauce sinuoso, aguas negras bajo una luna blanca y rolliza donde los tumores de los cipreses quebraban la superficie como los huesos la piel.

A través de las oscuras aguas moteadas de luna, el cuerpo largo y nudoso de un caimán avanzaba sin apenas provocar ondulaciones. Su amenaza era sigilosa, como un secreto. Cuando llevó a cabo su ataque, cortando triunfalmente el agua con la cola, cuando clavó su mandíbula asesina en el incauto ratón, un breve y único chillido retumbó en el bayou.

El caimán se sumergió en el pantano con su presa.

Otros seres habían conocido las crueles profundidades del río. Ellos sabían que, hasta en el sofocante calor del verano, eran frías, muy frías.

Repleto de secretos, el bayou jamás descansaba. Por la noche, bajo la luna, la muerte se mantenía ocupada. Los mosquitos, vampiros voraces, zumbaban formando una nube alborozada y avariciosa. Intérpretes de la música del fangal, se mezclaban con los murmullos y los goteos interrumpidos por los aullidos de las sorprendidas presas.

En las ramas altas de un roble, oculto entre el musgo y las hojas, un búho entonó sus dos notas lúgubres. Alertado, un conejo echó a correr.

Un golpe de brisa agitó el aire para luego desaparecer como el suspiro de un fantasma.

El búho abandonó su percha con un rápido aleteo.

Junto al río, mientras el ave descendía en picado y el conejo perecía, una vieja casa de color gris, con un embarcadero tambaleante, dormía entre las sombras. Más allá, erigida sobre una larga y exuberante extensión de césped, una gran mansión blanca velaba a la luz de la luna.

En medio, hirviendo de vida, rebosante de muerte, el bayou seguía su cauce.

Manet Hall, Luisiana 30 de diciembre de 1899

El bebé estaba llorando. Abigail escuchó en sueños el suave gimoteo, la agitación de los bracitos bajo la sábana. Notó las primeras punzadas de

hambre, el anhelo en la barriga, como si todavía llevara dentro el bebé. La leche le brotó antes de que ella despertara del todo.

Se levantó con presteza y sin queja. Le complacía sentir la plenitud y la sensibilidad de sus senos. Su finalidad. Su hija tenía hambre y ella iba a satisfacerla.

Caminó hasta el recamier y cogió el salto de cama blanco que descansaba sobre el respaldo. Aspiró el aroma de las azucenas del invernadero -sus predilectas- que llenaban el jarrón de cristal, un regalo de boda.

Antes de conocer a Lucían le había bastado con colocar flores silvestres en botellas.

Si Lucían hubiera estado en casa, también se habría despertado. Aunque ella le habría sonreído y le habría acariciado los cabellos rubios y sedosos mientras le pedía que siguiera durmiendo, él habría asomado en el cuarto de Marie Rose antes de que Abigail hubiera terminado la toma de medianoche.

Cómo le añoraba. Otra punzada en el estómago. Mientras se ponía el salto de cama recordó que Lucían regresaba al día siguiente. Desde por la mañana temprano estaría pendiente de verlo llegar galopando por la avenida de robles.

Sin importarle lo que pensaran o dijeran los demás, correría a su encuentro. Su corazón daría un brinco, siempre lo daba, cuando él saltara del caballo y, envolviéndola con sus brazos, la levantara del suelo.

Y en la fiesta de Año Nuevo bailarían.

Abigail se puso a canturrear mientras alzaba una vela y, protegiéndola con una mano, salía al pasillo de la gran mansión donde fue sirvienta y ahora era, si no su hija, al menos la esposa de su hijo.

El cuarto de la niña estaba en la segunda planta del ala familiar. Una batalla que había librado con la madre de Lucían, y perdido. Josephine Manet tenía normas muy precisas en cuanto a conducta, disposiciones domésticas y tradiciones. Madame Josephine, pensó Abigail mientras pasaba con sigilo por delante de las puertas de los demás dormitorios, tenía opiniones muy precisas sobre todo. Entre ellas, que un bebé de tres meses debía estar en el cuarto infantil al cuidado de una niñera y no en el dormitorio de los padres, en una cuna embutida en un rincón.

Abigail subió la angosta escalera acariciando las paredes con la luz de la vela. Por lo menos había conseguido mantener a Marie Rose a su lado durante seis semanas y en la cuna que formaba parte de la tradición de su propia familia. La había tallado su abuelo. Su madre había dormido en ella y en ella meció a Abigail diecisiete años más tarde.

Marie Rose había pasado sus primeras noches en esa vieja cuna, un ángel diminuto velado por sus nerviosos y embelesados padres.

La pequeña respetaría a la familia de su padre y sus costumbres. Pero Abigail estaba decidida a que también respetara a la familia de su madre y aprendiera sus costumbres.

Josephine se había quejado tanto del bebé y de la cuna que Abigail y Lucían tuvieron finalmente que ceder. Era, en palabras de Lucían, como el agua que erosiona la piedra. Nunca cesa, de modo que la piedra o cede o se desgasta.

La niña pasaba ahora las noches en su propio cuarto, en la cuna fabricada en Francia en la que los niños Manet dormían desde hacía un siglo.

El arreglo, aunque le desagradaba, era conveniente, se dijo Abby para tranquilizarse. Su pequeña Rose era una Manet. De mayor sería una dama.

Además, tal como madame Josephine no se cansaba de repetir, los demás miembros de la familia no tenían por qué ver perturbado su sueño por el llanto de un bebé. Independientemente de cómo se trataran tales asuntos en el bayou, aquí, en Manet Hall, los niños eran atendidos en el cuarto infantil.

Cómo arrugaba los labios cuando pronunciaba esa palabra, bayou, como si fuera un término que solo debía mencionarse en burdeles y tabernas.

Qué importaba que madame Josephine la detestara, que monsieur Henri la tratara con indiferencia. Qué importaba que Julián la mirara como ningún hombre debía mirar a la esposa de su hermano.

Lucian la amaba.

Tampoco importaba que Marie Rose durmiera en otro cuarto. Aunque las separara un piso o un continente entero, ella sentía las necesidades de su niña como si fueran propias. El vínculo era tan fuerte, tan auténtico, que nunca podría romperse.

Puede que madame Josephine ganara batallas, pero Abigail sabía que ella había ganado la guerra. Tenía a Lucían y a Marie Rose.

El cuarto de los niños estaba iluminado con velas. Claudine, la niñera, desconfiaba del alumbrado de gas. Tenía a Marie Rose en los brazos y estaba intentando calmarla con una tetilla azucarada, pero la pequeña agitaba furiosamente los puños.

-Menudo carácter. -Abigail dejó la vela y, riendo, cruzó la habitación con los brazos extendidos.

-Sabe muy bien lo que quiere y cuándo lo quiere. -Claudine, una bonita cajún de ojos oscuros y soñolientos, achuchó a la pequeña antes de entregarla-. Apenas había empezado a quejarse. No entiendo cómo puedes oírla desde abajo.

-La oigo en mi corazón. Tranquila, mi niña, mamá ya está aquí.

-Tiene el pañal mojado.

-Yo la cambiaré. -Abigail frotó su mejilla contra la de su hija y sonrió. Claudine era una amiga, una batalla ganada. Tenerla como niñera en la casa le proporcionaba la tranquilidad y la camaradería que no recibía de la familia de Lucían.

-Vuelve a la cama. Una vez que haya comido dormirá hasta la mañana.

-Es un tesoro. -Claudine pasó las yemas de sus dedos por los rizos de Marie Rose-. Si no me necesitas, daré un paseo hasta el río. Jasper está allí. -Su mirada se iluminó-. Le dije que, si podía, bajaría a verle a media-noche.

-Tienes que hacer que ese muchacho se case contigo, chére.

-Oh, lo haré. Estaré fuera una o dos horas, si no te importa.

-No me importa, pero asegúrate de no pillar otras cosas aparte de cangrejos -dijo mientras se preparaba ^ para cambiar la ropa de la cuna de Marie Rose.

-No te preocupes. Estaré de vuelta antes de las dos.

-La joven se dirigió a la puerta pero antes de salir se volvió-. Abby, ¿imaginaste alguna vez, cuando éramos niñas, que un día serías la señora de esta casa?

-No soy la señora. -Abby hizo cosquillas a su pequeña en los pies y esta gorjeó-. La que si lo es probablemente vivirá hasta los ciento diez años para asegurarse de que yo no lo sea.

-Si alguien puede hacerlo, es ella. Pero algún día serás la señora. La suerte te ha sonreído, Abby, y te sienta muy bien.

Una vez a solas con su hija, Abby le hizo más cosquillas y la arrulló. Le puso polvos de talco y le colocó un pañal limpio. Después de ponerle otro camisón, se sentó en una mecedora y ofreció su pecho a esa boca diminuta y hambrienta. Los primeros tirones glotones, la sacudida en la matriz como respuesta, la hicieron suspirar. Sí, la suerte le había sonreído. Lucian Manet, el heredero de Manet Hall, el caballero de todos los cuentos de hadas, se había fijado en ella. Y la amaba.

Inclinó la cabeza para ver comer a su niña. Marie

Rose tenía los ojos abiertos como platos, clavados en el rostro de su madre. Una pequeña arruga de concentración se había formado entre sus cejas.

Cuánto deseaba que esos ojos permanecieran azules |como los de Lucian. Marie Rose tenía el pelo oscuro y rizado, pero había heredado la piel blanca de su padre en lugar de la tez morena de su madre cajún.

Tendría lo mejor de ambos, pensó Abby. Tendría lo mejor de todo.

No estaba pensando únicamente en el dinero, la gran posición, la posición social, aunque era cierto que deseaba esas cosas para sus hijos ahora que las había probado. También estaba pensando en la aceptación, la educación, el saberse parte de este lugar. Su hija, y todos los hijos que vinieran después, aprenderían a leer y a escribir, y hablarían inglés y el francés con corrección y con voces distinguidas.

Nadie les miraría jamás por encima del hombro.

-Serás una dama -murmuró Abigail acariciando la mejilla de su hija mientras la manita de esta amasaba el pecho materno, como si quisiera acelera la leche-. Una dama educada, con el corazón dulce de papá y la sensatez de mamá. Papá llegará mañana. Es el último día de este siglo y tú tienes toda una vida por delante.

Hablaba con voz queda, en un murmullo monótono que sosegaba a ambas.

-Qué emoción, Rosie, mi Rosie. Mañana por la noche habrá un gran baile. Tengo un vestido nuevo, azul como tus ojos. Como los ojos de tu papá. ¿Te he contado que me enamoré primero de sus ojos? Son tan hermosos, están tan llenos de bondad... Cuando regresó a Manet Hall al terminar la universidad parecía un príncipe que volvía a su castillo. El corazón me latió con una fuerza casi insoportable.

Abigail se recostó en la mecedora y se columpió a la luz palpitante de las velas.

Pensó en la fiesta de Año Nuevo y se imaginó bailando con Lucían mientras su vestido giraba al ritmo de un vals.

Se dijo que le haría sentirse orgulloso de ella.

Y recordó la primera vez que bailaron el vals.

Fue una primavera. El perfume de las flores envolvía el aire y la casa aparecía iluminada como un palacio. Desatendiendo sus tareas, ella se

había colado en el jardín porque ansiaba ver el salón blanco, con sus barandillas que parecían encaje negro, resplandecer bajo el cielo estrellado, la forma en que los ventanales flameaban. La música se filtraba por las ventanas y las puertas hasta la terraza, adonde la gente salía para tomar el aire.

Se imaginó dentro del salón de baile dando vueltas y más vueltas al compás de la música. Y así giró entre las sombras del jardín. Y mientras giraba vio que Lucian la observaba desde el camino.

Su propio cuento de hadas, pensó Abby. El príncipe tomando la mano de Cenicienta e invitándola a bailar poco antes de que dieran las doce. No tenía zapatos de cristal, ni una carroza de calabaza, pero fue una noche mágica.

Todavía podía oír la música que se deslizaba por la terraza hasta el jardín.

Cuando el baile termine, cuando rompa el alba...

Entonó la canción con voz queda al tiempo que trasladaba a su hija al otro pecho.

Cuando los bailarines se marchen, cuando las estrellas se apaguen...

Ella y Lucian habían bailado esa hermosa y triste canción en el jardín bañado de luna, con la sombra blanca y dorada de la mansión a sus espaldas. Ella con su humilde vestido de algodón y él con su bello traje de gala. Y como tales cosas son posibles en los cuentos de hadas, durante esa hermosa y triste canción se enamoraron.

Ay, pero ella sabía que había ocurrido antes. Para ella todo comenzó la primera vez que vio a Lucian, el día que llegó desde Nueva Orleáns a lomos de la yegua castaña. El sol, filtrándose entre el follaje y el musgo de los robles de la avenida, lo envolvía como las alas de un ángel. Su hermano gemelo -Julian- cabalgaba a su lado, pero ella solo vio a Lucían.

Abby había entrado en la casa como criada unas semanas antes y se desvivía por complacer a monsieur y madame Manet, pues quería conservar el trabajo y el salario.

Lucian le hablaba -con amabilidad y corrección- cuando se cruzaban por los pasillos. Ella, sin embargo, había notado que la observaba. No como Julian, no con ojos lascivos y sonrisa afectada, sino con una suerte de anhelo.

Durante las siguientes semanas tropezaron con frecuencia. Él la buscaba. Actualmente ella lo sabía, pues él se lo había confesado en su noche de bodas.

Así y todo, la historia entre ellos empezó de verdad la noche del baile. Terminada la canción, él la retuvo unos segundos más. Luego se inclinó, como un caballero ante una dama, y le besó la mano.

Justo cuando ella pensó que la velada había tocado a su fin, que la magia iba a esfumarse, él posó la mano que acababa de besar en el ángulo de su codo. Echaron a andar y empezaron a hablar. Del tiempo, las flores, los chismorreos de la casa.

Como si fueran amigos, pensó ahora Abby con una sonrisa. Como si fuera la cosa más natural del mundo que Lucian Manet diera un paseo por el jardín con Abigail Rouse,

A partir de ese día dieron muchos paseos por el jardín. Dentro de la casa, donde los demás podían verles, seguían actuando como señor y criada. Pero durante toda esa primavera embriagadora recorrieron los

senderos del jardín como jóvenes amantes, contándose sus esperanzas, sueños, pesares y alegrías.

El día que ella cumplió diecisiete años él le hizo un regalo envuelto en papel de color plata con un gran lazo azul. El reloj esmaltado era una hermosa esfera suspendida de las alas doradas de un broche. El tiempo vuela, declaró él mientras le prendía el reloj en la tela desgastada del vestido, cuando estamos juntos. Y prefería que su vida pasara volando que vivirla separado de ella.

Colocó una rodilla en el suelo y le rogó que fuera su esposa.

No podía ser, había intentado explicarle ella entre lágrimas. Él estaba fuera de su alcance y podía tener a quien quisiera.

Abby recordó que Lucían se había echado a reír y el júbilo había estallado en su hermoso rostro. ¿Cómo era posible que él estuviera fuera de su alcance cuando le tenía cogida la mano? Y si podía tener a quien quisiera, la tendría a ella.

-Así que ahora nos tenemos el uno al otro y te tenemos a ti -susurró Abby, y colocó a su niña adormecida sobre el hombro-. Y si su familia me odia por ello, ¿qué importa? Yo le hago feliz.

Volvió la cara hacia la suave curva del cuello de su bebé.

-Estoy aprendiendo a hablar y a vestirme como ellos. Nunca pensaré como ellos, pero me comporto como ellos por Lucían, al menos en público.

Satisfecha, acarició la espalda de la pequeña sin dejar de mecerla. Pero al oír los pasos pesados y tambaleantes en la escalera, se levantó raudamente. Abrazó a su pequeña al tiempo que se volvía hacia la cuna.

Cuando oyó a Julián cruzar la puerta supo, sin necesidad de mirarle, que estaba borracho. Casi siempre estaba borracho o camino de estarlo.

Abby guardó silencio. Dejó a la niña en la cuna y cuando esta sollozó, la acarició hasta tranquilizaría.

-¿Dónde está la niñera? -preguntó Julián.

Abby seguía de espaldas a él.

-No te quiero aquí cuando has bebido.

-¿Ahora me das órdenes? -Su voz era gangosa y su equilibrio escaso, pero pensaba con claridad. El alcohol, en opinión de Julián, ayudaba a aclarar la mente.

Y la suya estaba muy clara en lo referente a la esposa de su hermano. Si Lucian tenía una cosa -y qué era una mujer sino una cosa-, Julian la quería.

Abby era menuda, de constitución casi frágil. Pero tenía unas piernas fuertes. Podía adivinar su contorno a través de la fina tela del salto de cama, iluminada por el fuego a contraluz de la chimenea. Esas piernas lo envolverían con la misma facilidad con que envolvían a su hermano.

Poseía unos senos altos e hinchados, sobre todo ahora que había parido. En una ocasión había puesto las manos encima de ellos y Abby le había abofeteado. Como si tuviera derecho a decidir quién podía tocarla.

Julian cerró la puerta tras de sí. La fulana que había contratado esa noche solo había conseguido aumentar su apetito. Había llegado el momento de saciarlo.

-¿Dónde está la otra zorra del bayou?

La mano de Abby se cerró en un puño. Se dio la vuelta, protegiendo la cuna con su cuerpo. Julian se parecía mucho a Lucian, pero poseía una dureza que Lucian no tenía. Un fondo siniestro.

Abby se preguntó si era cierto lo que contaba su abuela, que a veces, con los gemelos, los rasgos quedaban divididos en el útero. Uno se llevaba lo bueno y el otro lo malo.

Ignoraba si Julian ya había nacido así de malcriado, pero sabía que era peligroso cuando estaba borracho. Había llegado el momento de hacerle saber que ella también era peligrosa.

-Claudine es mi amiga y no tienes derecho a hablar así de ella. Márchate. No tienes derecho a venir aquí a insultarme. Esta vez Lucian se enterará.

Advirtió que la mirada de Julián descendía por su cuerpo y percibió lujuria en sus ojos. Con gesto presto, se cerró la bata sobre el pecho todavía parcialmente descubierto.

-Eres repugnante. Cochon! ¿Cómo te atreves a entrar en el cuarto de un bebé con pensamientos perversos hacia la esposa de tu hermano ?

-La zorra de mi hermano. -Julian pensó que ya podía oler su rabia y su miedo. Un perfume embriagador-- Te habrías abierto de piernas para mí si hubiera nacido quince minutos antes, pero no me habrías robado el apellido como se lo has robado a él.

Abby alzó el mentón.

-A ti ni siquiera te veo. Nadie te ve. No eres nada al lado de él. Solo una sombra, una sombra que apesta a whisky y a burdel.

Quería huir. Julian le daba miedo, siempre le había dado miedo a un nivel profundo, primitivo. Pero no quería dejarle solo con su pequeña.

-Cuando se lo cuente a Lucian, te echará de aquí.

-Lucian no tiene ningún poder en esta casa y todos lo sabemos. -Se acercó un poco más, como un cazador abriéndose paso en el bosque-. Mi madre es quien manda aquí y yo soy su hijo predilecto, aunque naciera un poco después.

-Te echará de aquí. -Las lágrimas le quemaban la garganta porque sabía que Julián tenía razón. Era Josephine quien reinaba en Manet Hall.

-Lucian me hizo un favor al casarse contigo. -La voz de Julián era ahora un balbuceo perezoso. Sabía que Abby no podía huir-. Mi madre ya lo ha excluido del testamento. Oh, la casa será para él, eso no puede cambiarlo, pero yo heredaré el dinero. Y es ese dinero lo que mantiene este lugar.

-Puedes quedarte con el dinero y con la casa. -Abby sacudió las manos con gesto despectivo-. Quédatelo todo y vete al infierno.

-Mi santo hermano es débil. Los santos siempre pecan de beatería.

-Él es un hombre. Mucho más hombre que tú.

Había confiado en enfurecerle lo bastante para que la pegara y luego se marchara, pero en lugar de eso Julian soltó una risa queda y se acercó aún más.

Cuando Abby leyó la intención en sus ojos, abrió la boca para gritar. La mano de Julián salió disparada y agarró un mechón de la melena oscura de su cuñada, que le caía en forma de rizos hasta la cintura. El tirón hizo que el grito quedara reducido a un gorjeo. Julian le rodeó la garganta con la mano que le quedaba libre y apretó.

-Yo siempre cojo lo que es de Lucian, incluidas sus fulanas.

Abby le pegó, le mordió, y cuando alcanzó a respirar, gritó. Él le desgarró las vestiduras, le sobó los senos. La pequeña rompió llorar en la cuna.

Impulsada por el llanto de su hija, Abby dio zarpazos hasta liberarse. Se volvió rápidamente, tropezó con el bajo desgarrado de su camisón. Su mano se cerró en tomo al atizador de la chimenea y, agitándolo con furia, golpeó el hombro de Julián.

Aullando de dolor, él cayó de espalda contra el hogar y ella corrió hasta la cuna.

Tenía que rescatar a su hija. Tenía que rescatar a su hija y huir.

Julian la agarró de la manga y ella volvió a gritar al tiempo que la tela cedía. Cuando se inclinó para recoger al bebé, Julián tiró de ella. Le cruzó la cara con el dorso de la mano y la arrinconó contra una mesa. Una vela cayó al suelo y se ahogó en su propia cera.

-¡Perra! ¡Zorra!

Estaba loco. Abby podía verlo ahora en el brillo demente de sus ojos, en la rojez ebria de sus mejillas. El miedo que sentía se tornó en terror.

-Te matará, mi Lucian te matará. -Intentó enderezarse, pero él volvió a golpearla, esta vez con el puño. El dolor se expandió de la cara a todo el cuerpo. Mareada, Abby se arrastró hacia la cuna. Tenía sangre en la boca, una sangre dulce y caliente.

Mi niña. Dios misericordioso, no dejes que haga daño a mi niña.

Notó el peso de Julián sobre su cuerpo, y su hedor. Se rebeló contra él mientras suplicaba ayuda. Sus aullidos se fundían con los gritos desconsolados de la pequeña.

-¡No! ¡No! ¡Maldito seas!

Mas cuando él le levantó la falda del camisón, Abby supo que por mucho que suplicara, por mucho que luchara, nada lo detendría. Iba a mancillarla, a degradarla por ser quien era. Por ser de Lucian.

-En el fondo es lo que quieres. -Julián entró en ella y la sensación de poder le embriagó como el vino tinto. Ella tenía la cara pálida, de miedo e incredulidad, y magullada a causa de los golpes. Estaba indefensa, pensó él mientras la embestía con su envidia incontenible-. Es lo que todas queréis, zorras cajún.

Embate tras embate, la violó con vehemencia. La excitación de hallarse dentro de ella a la fuerza se apoderaba de él, convirtiendo su respiración en cortos gruñidos que escapaban entre sus dientes apretados.

Abby estaba ahora llorando, un llanto que la atragantaba. Pero también gritaba. Como podía, gritaba mientras él vertía en ella su furia, sus celos, su desprecio.

En el instante en que el reloj anunció las doce Julián le rodeó el cuello con las manos.

-Cállate, maldita.

Le aporreó la cabeza contra el suelo y la estrujó con más fuerza. Pero los gritos seguían horadándole el cerebro.

Aunque vagamente, Abby también los oía. El llanto frenético de Marie Rose retumbaba en su cabeza junto con las campanadas de medianoche. Golpeó débilmente las manos que le robaban el aire mientras trataba de cerrar su cuerpo a la inenarrable invasión.

Ayúdame, madre de Jesús. Ayúdame. Ayuda a mi niña.

Su visión se hizo borrosa. Martilleando ferozmente el suelo con los talones, su cuerpo se convulsionó.

Lo último que oyó fue el llanto de su hija. Lo último que pensó fue Lucian.

La puerta del cuarto se abrió de golpe. Josephine Manet se detuvo en el umbral y evaluó la escena rápidamente. Fríamente.

-Julian.

Rodeando todavía el cuello de Abby con las manos, Julian levantó la vista. Si su madre percibió la locura en sus ojos, optó por no verla. Con el cabello dorado recogido en una trenza, la bata abotonada severamente hasta el cuello, la mujer se acercó.

Abby tenía los ojos abiertos. Por la comisura de la boca descendía un hilillo de sangre y las mejillas estaban llenas de moretones.

Desapasionadamente, Josephine se inclinó y colocó los dedos en la garganta de Abby.

-Está muerta -declaró, y fue directa a la puerta que comunicaba con el cuarto de la niñera. La abrió e introdujo la cabeza. Luego la cerró con llave.

Se apoyó un instante en la puerta con la mano sobre su propia garganta, meditando sobre las posibles consecuencias. Deshonra, ruina, escándalo.

-Fue... un accidente. -Las manos de Julián empezaron a temblar al abandonar el cuello de Abby. El whisky se arremolinaba ahora en su cabeza, nublándola, y le quemaba el estómago provocándole náuseas.

Podía ver las marcas en la piel de Abby, oscuras, profundas, irrecusables.

--Trató de... seducirme, luego me atacó...

Josephine cruzó la estancia martilleando el suelo con sus zapatillas. Se agachó y abofeteó a su hijo.

-Calla. Calla y haz exactamente lo que yo te diga. No pienso perder otro hijo por culpa de esta criatura. Bájala a su dormitorio. Sal por la terraza, y espérame allí.

-Fue culpa de ella.

-Sí, y ha pagado. Bájala, Julián. Date prisa.

-Me... -Una lágrima asomó por el rabillo del ojo de Julian y rodó-. Me colgarán. Tengo que huir.

-No, no te colgarán. -Inclinada sobre el cuerpo de su nuera, Josephine atrajo hacia sí la cabeza de su hijo y le acarició el pelo-. No, cariño, no te colgarán. Obedece a mamá. Llévala a su cuarto y espérame allí. Todo irá bien. Todo será como debe ser. Te lo prometo.

-No quiero tocarla.

-¡Julian! -El tono dulce de la madre se tornó en una orden severa-. Haz lo que te digo. Ya.

Josephine se levantó y caminó hasta la cuna, donde los aullidos de la pequeña se habían reducido a un quedo gemido. Llevada por el calor del momento, pensó en colocarle una mano sobre la nariz y la boca. Sería como ahogar una bolsa de gatitos.

Sin embargo...

La pequeña llevaba la sangre de su hijo y, por tanto, la suya propia. Podía despreciarla, pero no podía destruirla.

-Duérmete -dijo-. Decidiremos qué hacer contigo más tarde.

Mientras su hijo se llevaba a la muchacha que había violado y asesinado, la mujer procedió a poner orden en el cuarto. Recogió la vela y frotó la cera vertida hasta borrar todo rastro de ella.

Devolvió el atizador a la chimenea y con los jirones de la bata de Abby limpió las manchas de sangre. Actuaba diligentemente, apartando la mente

de aquello que había provocado tanto destrozo, manteniéndola fija en lo que debía hacerse para salvar a su hijo.

Cuando tuvo la certeza de que todo estaba en su sitio, abrió la puerta y dejó sola a su nieta, que ahora dormía.

Por la mañana despediría a la niñera por desatender sus obligaciones. La expulsaría de Manet Hall antes de que Lucian regresara para descubrir que su esposa había desaparecido.

La chica se lo había buscado, pensó Josephine. Tratar de subir de posición en la vida no podía traer nada bueno. Las cosas tenían un orden y existía una razón para ese orden. Si la muchacha no hubiera hechizado a Lucian -porque seguro que la hechicería local tenía algo que ver con esto- todavía estaría viva.

La familia ya había sufrido suficiente escándalo. Qué vergüenza tener que mantener la cabeza alta cuando tu primogénito se ha fugado con una hembra sin dinero, descalza, criada en una barraca del pantano.

Y después el sabor amargo de las apariencias. Era preciso conservar la dignidad pese al golpe. ¿Acaso no había hecho ella todo lo posible por que esa criatura vistiera como correspondía a un miembro de la familia Manet?

Mas no debió pedir peras al olmo, pensó. ¿De qué sirvieron los modelos de París si la chica solo tenía que abrir la boca para saberse que era del pantano? Por Dios santo, si había sido una criada.

Josephine entró en el dormitorio, cerró la puerta y miró la cama donde estaba tumbada la difunta esposa de su hijo con los ojos fijos en el dosel de seda azul.

Abigail Rouse, se dijo, no era más que un problema que había que resolver.

Julián estaba acurrucado en una butaca con la cabeza entre las manos.

-Deja de gritar -murmuraba-, deja de gritar.

Josephine caminó hasta él y le agarró los hombros.

-¿Quieres que vengan a por ti? -preguntó-. ¿Quieres arrastrar a tu familia a la desgracia? ¿Quieres que te ahorquen como a un vulgar ladrón?

-No fue culpa mía. Ella me sedujo y después me atacó. Mira. Mira. -Ladeó la cabeza-. ¿Has visto los arañazos de la cara?

-Sí. -Durante un instante, solo un instante, Josephine flaqueó. El corazón que había dentro del símbolo en que se había convertido se encogió ante el espantoso acto por todas las mujeres temido.

Abigail, fuera lo que fuera, había amado a Lucían. Fuera lo que fuera, había sido violada y asesinada a pocos metros de la cuna de su hija.

Julián la forzó, la golpeó, la mancilló. La asesinó.

Borracho y enloquecido, había matado a la esposa de su hermano. Dios misericordioso.

Josephine apartó bruscamente ese pensamiento de la mente.

La muchacha estaba muerta. Su hijo no.

-Esta noche contrataste a una prostituta, ¿verdad? -preguntó Josephine-. No me vuelvas la cara -espetó-. Estoy al corriente de las cosas que hacen los hombres. ¿Contrataste a una mujer?

-Sí, mamá.

Ella asintió enérgicamente.

-En ese caso, si alguien comete la temeridad de preguntártelo, fue la fulana la que te hizo esos arañazos. En ningún momento fuiste al cuarto de

la niña. -Tomó la cara de su hijo entre las manos para obligarle a mirarla a los ojos y le hundió los dedos en las mejillas mientras le hablaba con voz grave y clara-. No tenías ninguna razón para entrar en ese cuarto. Fuiste a la ciudad en busca de alcohol y mujeres y, una vez satisfecho, regresaste a casa y te acostaste. ¿Está claro?

-Pero ¿cómo vamos a explicar… ?

-No hay nada que explicar. Ya te he dicho lo que hiciste esta noche. Repítelo.

-Fui… fui a la ciudad. -Julián se mojó los labios. Tragó saliva-. Bebí y visité un burdel. Regresé a casa y me acosté.

-Exacto. Exacto. -Josephine acarició la mejilla arañada de su hijo-. Ahora recogeremos algunas ropas y joyas de Abigail. Lo haremos apresuradamente, como lo hizo ella cuando decidió huir con un hombre al que había estado viendo en secreto. Un hombre que bien podría ser el padre de la niña que duerme arriba.

-¿Qué hombre?

Josephine dejó escapar un largo suspiro. Era el niño de sus ojos, pero solía desesperarla.

-No importa, Julián, es algo que tú no sabes. -Se acercó al ropero y eligió una capa de terciopelo negro-. Envuélvela en esto, ¡venga! -dijo en un tono que levantó a su hijo de la silla.

Julián tenía el estómago revuelto y las manos temblorosas, pero envolvió el cuerpo en el terciopelo como mejor pudo mientras su madre guardaba objetos en una sombrerera y un maletín.

Con las prisas se le cayó un broche con un pequeño reloj esmaltado. La punta de su zapatilla lo golpeó y lo lanzó a un rincón de la habitación.

-La llevaremos al pantano. Tendremos que ir a pie. En el cobertizo del jardín hay algunos adoquines viejos. La hundiremos con ellos.

Y los caimanes, pensó, los caimanes y los peces harían el resto.

-Aunque den con ella, será lejos de aquí. El hombre con el que huyó la mató. -Josephine se palpó la cara con el pañuelo que guardaba en el bolsillo de su bata y se pasó una mano por la trenza-. Eso será lo que la gente creerá si la encuentran. Tenemos que sacarla de Manet Hall cuanto antes.

Empezaba a advertir también en ella cierto grado de locura.

Esa noche había luna. Se dijo que había luna porque el destino comprendía qué estaba haciendo y por qué lo hacía. Oía la respiración acelerada de su hijo y los ruidos de la noche. Las ranas, los insectos, los pájaros nocturnos se hundían en una nota espesa.

Era el final de un siglo y el comienzo de otro. Se desharía de esta aberración y empezaría este nuevo siglo, esta nueva era, limpia y fuerte.

El aire era frío y húmedo, pero tenía calor. La piel casi le ardía mientras se alejaba de la casa cargada con el equipaje. Los músculos de los brazos, de las piernas, protestaban, pero ella seguía caminando como un soldado.

Una vez, solo una vez, creyó sentir un roce en la mejilla, como el aliento de un fantasma. El espíritu de la muchacha muerta que avanzaba a su lado acusándola, condenándola, maldiciéndola para toda la eternidad.

El miedo solo consiguió fortalecerla.

-Aquí. -Se detuvo y contempló el agua donde los tumores de los cipreses horadaban la superficie como huesos contra la piel-. Túmbala.

Julián obedeció. Luego se levantó bruscamente, le dio la espalda y se tapó la cara con las manos.

-No puedo hacerlo, mamá. No puedo. Estoy mareado.

Llegó hasta el agua dando traspiés, sollozando, presa de las náuseas.

Menudo inútil, pensó Josephine algo irritada. Los hombres eran incapaces de manejar una crisis. Para eso hacía falta una mujer, la sangre fría y la mente clara de una hembra.

Josephine abrió la capa y colocó los adoquines sobre el cuerpo. Gotas de sudor le surcaron el rostro, pero ella llevó a cabo la espantosa tarea con la misma eficacia implacable con que habría realizado cualquier otra. Sacó la cuerda de la sombrerera y la enrolló a lo largo del cuerpo, por arriba, por abajo, por el centro. Sacó otra cuerda y la ató con un fuerte nudo a las asas del maletín.

Levantó la vista y advirtió que Julián la observaba pálido como la nieve.

-Tendrás que ayudarme. No puedo meterla en el agua yo sola. Pesa demasiado.

-Estaba borracho.

-Lo sé, Julián. Estabas borracho. Y ahora estás lo bastante sereno para afrontar las consecuencias. Ayúdame a meterla en el agua.

Julián advirtió que sus piernas flaqueaban a cada paso, como las de un títere. El cuerpo tocó el agua sin apenas hacer ruido. Tras un ligero plof y una especie de borboteo, desapareció. Sobre la superficie se formaron ondas que brillaron a la luz de la luna, pero también se fueron diluyendo.

-Finalmente ha salido de nuestras vidas -declaró con calma Josephine-. Muy pronto será como esas ondas, como si nunca hubiera existido. Asegúrate de limpiarte bien las botas, Julián. No se las des a nadie del servicio.

Entrelazó un brazo al de su hijo y sonrió, pero su sonrisa tenía un vestigio de demencia.

-Debemos regresar a casa y descansar. Mañana tenemos mucho que hacer.

Manet Hall, Luisiana Enero de 2002

Su madre tenía razón, como siempre. Declan Fitzgerald miró lo que había más allá del parabrisas enfangado y la lluvia torrencial, y se alegró de que no estuviera allí para refregárselo por las narices.

No porque Colleen Sullivan Fitzgerald fuera dada a esas cosas. Ella se limitaría a elevar una ceja perfecta en un arco perfecto y dejaría que su silencio lo hiciera por ella.

Su madre le había dicho sucintamente, cuando él pasó por su casa antes de dejar Boston, que había perdido la cabeza. Y que un día lo lamentaría. Sí, estaba seguro de que había dicho: «Un día lo lamentarás».

Todavía no lo había lamentado, pero al contemplar la selva de maleza, las terrazas medio hundidas, la pintura levantada y los canalones rotos de la vieja plantación, empezó a dudar de su cordura.

¿Qué le había llevado a creer que podía devolver a este viejo deshecho su antiguo esplendor o, más exactamente, que debía hacerlo? Por todos los santos, él era drogado, un Fitzgerald de los Fitzgerald de Boston, y más hábil blandiendo un palo de golf que un martillo.

Restaurar una casa urbana en su tiempo libre durante dos años no tenía nada que ver con mudarse a Nueva Orleáns y hacer de contratista.

¿Tenía la casa tan mal aspecto la última vez que estuvo aquí? Lo cierto es que habían pasado cinco años, no, seis. Seguro que la primera vez que la vio se hallaba en mejor estado. Entonces él tenía veinte años y estaba

disfrutando de un demente martes de Carnaval con su compañero de universidad. Once años, pensó mientras se mesaba su cabello rubio oscuro.

El viejo Manet Hall era un molesto microbio que llevaba once años ocupando su cerebro. Como todas las obsesiones, estaba durando más de lo que duraban muchas relaciones. Cuando menos, las suyas.

Ahora la casa le pertenecía, para bien o para mal. Y ya abrigaba la sensación de que iba a ser para mucho mal.

Sus ojos, tan grises y, en ese momento, tan desapacibles como la lluvia, estudiaron el edificio. Los elegantes arcos gemelos de la doble escalinata que conducía a la terraza de la primera planta lo habían hechizado aquel lejano febrero. Y también los ventanales arqueados, el extravagante mirador del tejado, las finas columnas blancas y las barandas de hierro extrañamente ornamentadas. La mezcla de estilos italiano y griego le había parecido exuberante, sureña y muy del Viejo Mundo.

Ya en aquel entonces se sentía fuera de lugar, de una forma que no sabía explicar, en Nueva Inglaterra.

Manet Hall había tirado de él como un gancho a través de la memoria, pensó ahora. Había sido capaz de visualizar el interior de la casa antes de que él y Remy entraran a explorarla.

O quizá los litros de cerveza que había ingerido le habían hecho creer que podía.

Un muchacho ebrio de apenas veinte años no era de fiar. Y tampoco un hombre sereno de treinta y uno, reconoció con pesar.

En cuanto Remy le contó que Manet Hall había vuelto a salir a subasta, hizo una oferta. No había visto la propiedad desde hacía más de cinco años, pero tenía que ser suya. Tenía la sensación de haber esperado toda la vida para poder llamarla hogar.

El precio era razonable si no pensaba en todo el dinero que iba a tener que invertir para hacerla habitable. Así pues, por el momento no lo pensaría.

Era su casa, tanto si se trataba de una locura como de un acierto. Fuera como fuese, había sustituido el maletín por un cinturón de herramientas. Ya solo eso consiguió levantarle el ánimo.

Sacó su teléfono móvil. Podía, deshacerse del abogado de Boston que llevaba dentro, pero, así y todo... Sin dejar de estudiar la casa, telefoneó a Remy Payne.

Le atendió una secretaria e imaginó a Remy sentado frente a una mesa abarrotada de carpetas e informes. Esbozó una leve sonrisa que le ahuecó las mejillas y suavizó la línea algo severa de su boca.

Efectivamente, se dijo, su vida podría ser peor. Podría estar delante de esa mesa.

-Hola, Dec. -La voz perezosa de Remy flotó dentro del atiborrado Mercedes SUV como la bruma sobre un río lento-. ¿Dónde estás?

-En el coche, contemplando el enorme elefante blanco que cometí la locura de comprar. ¿Por qué no me disuadiste?

-¿Estás aquí? ¡Qué hijo de puta! No te esperaba hasta mañana.

-La impaciencia me pudo. -Declan se frotó el mentón y oyó el roce rasposo de una barba incipiente-. Conduje hasta muy tarde y esta mañana madrugué. Remy, ¿ en qué estaba pensando?

--Que me cuelguen si lo sé. Oye, dame un par de horas para terminar unos asuntos e iré a verte. Traeré whisky para brindar por esa ratonera.

-Estupendo.

-¿Has entrado?

-Todavía no. Me estoy mentalizando.

-Jesús, Dec, entra aunque solo sea para escapar de la lluvia.

-Lo haré. -Declan se pasó una mano por la cara-. Nos veremos dentro de un par de horas.

-No se te ocurra cocinar, por lo que más quieras. Traeré algo de comida. Sería una estupidez que quemaras la casa antes de pasar tu primera noche en ella.

-Vete al cuerno. -Declan oyó la risa de Remy antes de colgar.

Puso el coche en marcha y condujo hasta el pie de la destartalada escalinata doble que flanqueaba la entrada. Abrió la guantera y sacó las llaves que le habían enviado por correo tras el acuerdo.

Se apeó y al instante quedó empapado. Decidió dejar las cajas para más tarde y corrió a refugiarse bajo el porche de la entrada. Notando que algunos ladrillos del suelo cedían inquietantemente bajo su peso, se sacudió como un perro.

Plantaría enredaderas para que treparan por las columnas esquineras, pensó. Algo con flores azules. Si se concentraba, era capaz de verlas. Algo abierto, como una taza, y hojas con forma de corazón.

He debido de verlo en algún lugar, murmuró, y se volvió hacia la puerta. Era doble, con molduras, con un panel de cristal largo y arqueado en cada hoja y, en lo alto, un cristal con forma de media luna. Al rozar la puerta con los dedos notó un escalofrío por todo el cuerpo.

-Bienvenido a casa, Dec -dijo en voz alta antes de girar la llave.

El vestíbulo era como lo recordaba, su amplio suelo de madera de pino, su altísimo techo con el medallón de yeso representando dos coronas de flores. Probablemente el medallón había sostenido en otros tiempos una fabulosa araña de cristal. Ahora solo ofrecía una bombilla suspendida de un cable. No obstante, cuando Declan pulsó el interruptor de la pared, la bombilla se encendió. Ya era algo.

En cualquier caso, la escalera era la pieza central. Se elevaba, amplia y recta, hasta la primera planta, donde giraba a derecha e izquierda para conducir a las dos alas.

Por qué un hombre sencillo y sin pretensiones de ser otra cosa necesitaba dos alas era una pregunta que no deseaba plantearse en ese momento.

La barandilla estaba cubierta de polvo, pero cuando Declan pasó un dedo palpó la suave madera que ocultaba. ¿Cuántas manos se habían agarrado a esa barandilla?, se preguntó. ¿Cuántos dedos la habían recorrido? Era la clase de preguntas que le fascinaban.

La clase de preguntas que le impulsaron a subir, dejando la puerta abierta a la lluvia y sus pertenencias todavía en el coche.

Probablemente la escalera estuvo alfombrada en otros tiempos, y también el largo pasillo. Una alfombra con un estampado intrincado sobre un fondo rojo oscuro. Seguro que los suelos, el maderamen y las superficies de las mesas habían recibido periódicamente una capa de cera de abejas hasta brillar como la araña de luces.

En las fiestas, mujeres luciendo vestidos espectaculares descenderían por esa escalera, elegantes y seguras de sí mismas, y los hombres se

reunirían en el billar, utilizando el juego como una excusa para fumar habanos y hablar de política y finanzas.

Y los sirvientes, irían de un lado a otro, invisibles, avivando fuegos, retirando copas y atendiendo peticiones.

Al llegar al rellano de la primera planta Declan abrió un panel. La puerta falsa estaba hábilmente integrada en la pared, en el papel gastado, en el revestimiento de madera. Ignoraba por qué sabía que estaba ahí. Seguramente alguien se lo había mencionado.

Introdujo la cabeza en el oscuro y húmedo pasillo. Parte de las dependencias del servicio, pensó. A la familia y a los invitados les traía sin cuidado tener pisoteados a la servidumbre. Un buen sirviente no dejaba rastro de su trabajo, realizaba sus tareas con discreción, silencio y habilidad.

Declan frunció el entrecejo. ¿De dónde había sacado eso? ¿De su madre? Por pretenciosa que fuera a veces, jamás habría dicho algo tan pedante.

Encogiéndose de hombros, cerró de nuevo la puerta. Exploraría esa zona en otro momento, cuando dispusiera de una linterna y una bolsa con migas de pan.

Caminó por el pasillo asomándose a las puertas. Habitaciones vacías llenas de polvo, de humedad, de la luz grisácea de la lluvia. Algunas paredes conservaban el papel, otras enseñaban los travesaños.

Sala de estar, estudio, cuarto de baño y, sin duda, la sala de billar que había imaginado, pues el bar de caoba seguía en su sitio.

Entró para rodearlo, para acariciar la madera y examinar su elaboración artesanal.

Había iniciado su romance con la madera en el instituto. Hasta la fecha estaba siendo su relación más duradera. Había trabajado un verano como peón, pese a las objeciones de su familia. Reacio ante la idea de pasar los largos días estivales encerrado en un despacho de abogados como pasante, había querido trabajar al aire libre. Para trabajar su bronceado y su cuerpo.

Fue una de las pocas ocasiones en que su padre pasó por encima de su madre y le apoyó.

Sufrió quemaduras de sol, cortes, ampollas, callos y dolores de espalda. Y se enamoró del trabajo de la construcción.

Más que de la construcción, se dijo ahora Declan, de la reconstrucción. Abordar algo ya creado y restaurarlo.

Nada en la vida le había divertido tanto ni le había aportado tantas satisfacciones.

Se le daba bien. Tenía un don natural, le había dicho un capataz irlandés. Buenas manos, buenos ojos, buen cerebro. Declan no había olvidado el gozo de aquel verano. No había vuelto a sentir nada igual desde entonces.

Quizá ahora, pensó. Quizá ahora volvería a sentirlo. La vida tenía que ser algo más que pasarse los días haciendo lo que los demás esperaban de él.

Con creciente placer y expectación, reanudó sus pesquisas.

Se detuvo en la puerta del salón de baile y sonrió.

-¡Genial!

Su voz resonó en el aire y regresó para rebotarle en la cara. Encantado, entró en la estancia. El suelo estaba rayado y lleno de manchas. A juzgar

por algunas marcas, alguien había levantado varios tabiques que, más tarde, otro había echado abajo.

Podría repararlas. Algún imbécil había cubierto el yeso original con piedra y pintura amarilla. También eso podría repararlo.

Al menos habían respetado el techo. Guirnaldas de flores y frutas conformaban el precioso artesonado. Iba a necesitar la mano de un experto para restaurarlo. Lo encontraría.

Abrió las puertas de la, terraza de par en par. Los abandonados jardines se extendían como una selva atravesada por maleza y ruinosos senderos de piedra. Seguro que había todo un tesoro de plantas ahí afuera. Necesitaría un paisajista, pero confiaba en poder hacer parte del trabajo él mismo.

Casi todos los edificios anexos estaban en ruinas. Vislumbró parte del cañón de una chimenea, un trozo de pared cubierta de hiedra y los ladrillos y el tejado oxidado de un pigeonnier. Los plantadores criollos eran dados a criar palomas.

Únicamente había obtenido algo más de una hectárea con la casa, por lo que era probable que otros edificios pertenecientes en otros tiempos a la plantación se estuvieran deteriorando en la propiedad de otra persona.

Pero tenía árboles, pensó. Árboles increíbles. Los viejos robles que formaban la avenida chorreaban agua y musgo, y las gruesas ramas del sicomoro se retorcían como una bestia prehistórica.

Una mancha de color llamó su atención y le hizo salir a la lluvia. Una mata alta y robusta estaba dando flores rojas. ¿Qué planta era capaz de florecer en enero?, Pensó, y se dijo que debía preguntárselo a Remy.

Cerró los ojos un instante y prestó atención. Solo se oía el martilleo de la lluvia contra el tejado, el suelo, los árboles.

Había hecho lo correcto, se dijo. No estaba loco. Había encontrado su lugar. Lo sentía como suyo, y en el caso de que no lo fuera, ¿qué importaba? Encontraría otro. Al menos había conseguido poner en marcha la energía necesaria para buscar.

Cruzó de nuevo el salón de baile y se dirigió al ala fa-miliar para echar un vistazo a los cinco dormitorios.

Mientras deambulaba por el primero de ellos, se des-cubrió tarareando una canción.

«Cuando el baile termine, cuando rompa el alba, cuando los bailarines se marchen, cuando las estrellas se apaguen…» Detuvo su estudio del zócalo y miró por encima de su hombro, como si esperara encontrar a alguien. ¿De dónde la había sacado?, se preguntó. La música, la letra. Sacudió la cabeza.

-Del salón de baile, zoquete -murmuró-. Tienes el salón de baile en la cabeza y por eso empiezas a cantar algo acerca de un baile. Aunque parezca extraño, pero no es ninguna locura. Tampoco es una locura que hables solo. Mucha gente lo hace.

La puerta del dormitorio de enfrente estaba cerrada. Aunque había previsto que las bisagras rechinaran, al oírlas notó un escalofrío en la espalda.

Y del escalofrío pasó al pasmo. Juraría que olía a perfume. Perfume de flores. Azucenas. Bodas y funerales. Y durante un instante las imaginó, puras y blancas, y algo fúnebres, en un jarrón de cristal.

Y del pasmo pasó a la irritación. Había enviado algunos muebles por adelantado, entre ellos su dormitorio. Los transportistas los habían dejado

en el cuarto equivocado a pesar de que sus instrucciones habían sido claras. Quería ocupar el dormitorio principal, el que hacía esquina y daba al jardín y al estanque por la parte de atrás y a la avenida de robles por la parte lateral.

Ahora o se conformaba con este cuarto o arrastraba él solo los malditos muebles.

Cuando abrió la puerta del todo el olor a azucenas fue abrumador. Casi mareante. Declan se percató de que ni siquiera eran sus muebles. La cama tema un dosel de seda azul. Había un ropero de madera tallada y una cómoda alta y lustrosa. Notó el aroma a cera de abejas. Sobre un tocador de patas curvadas cual cuellos de cisne descansaba aquel jarrón de cristal con las azucenas. La silla que lo presidía era frágil, con un asiento de intrincado encaje en tonos azules y rosas.

Cepillos de plata, un broche de alas doradas con un reloj esmaltado, cortinajes azules, la luz tenue de unas lámparas de gas, un salto de cama blanco sobre el respaldo de un diván.

Unos candelabros en la repisa de la chimenea y un retrato en un marco de plata.

Lo veía todo con suma claridad, pero antes de que su cerebro pudiera entender cómo, se descubrió contemplando una habitación vacía y la lluvia que caía tras las ventanas sin cortinas.

-Por los clavos de Cristo. -Se agarró al marco de la puerta para no caer-. ¿ Qué demonios…?

Respiró hondo. No había nada en el aire salvo moho y polvo.

Lo he imaginado, se dijo. Simplemente he imaginado el aspecto que en otros tiempos pudo tener este cuarto. No había visto ni olido nada. Simplemente se había dejado atrapar por el encanto del lugar, por su energía.

Con todo, no se atrevió a cruzar la puerta.

La cerró y se dirigió al cuarto esquinero. Tal como había ordenado, sus muebles estaban allí y al verlos sintió un profundo alivio.

Su sólida cama Chippendale con el cabezal y los pies sin adornos. Él y su madre siempre habían coincidido en su amor por las antigüedades, su respeto por el trabajo artesano, por la historia.

Compró la cama después de que él y Jessica cancelaran la boda. Bueno, después de que él la cancelara, reconoció con la habitual punzada de culpa. Deseoso de empezar de cero, había renovado por completo el mobiliario de su dormitorio.

Eligió la cómoda de soltero no solo porque presentía que así iba a quedarse, sino porque le gustaba el estilo, las incrustaciones de espinapez, los compartimientos secretos, las patas cortas y curvadas. Había comprado el armario para esconder la televisión y el equipo de música, y las esbeltas lámparas déco porque le gustaba mezclar estilos.

El hecho de ver sus cosas en la espaciosa estancia, con su hermosa chimenea de granito verde, las puertas arqueadas de la terraza, el papel desgastado de las paredes, los suelos tristemente arañados, le devolvió a la realidad.

El vestidor contiguo le arrancó una sonrisa. Solo le faltaba el ayuda de cámara y el frac. Torció el gesto al re parar en el color verde aguacate del cuarto de baño, por lo visto modernizado durante los deplorables años setenta, y le apeteció una ducha caliente.

Antes de sumergirse en la horrible bañera verde daría un rápido paseo por el segundo piso y otro por la planta baja.

Mientras subía, la canción volvió a sonar en su cabeza dando vueltas como un vals. Le haría compañía hasta que Remy llegara.

Muchas esperanzas se desvanecieron después del baile.

La escalera era aquí más estrecha. El segundo piso estaba destinado a los niños y el personal, y ni los unos ni los otros necesitaban toques elegantes.

Decidió dejar el ala del servicio para más tarde y se dirigió a lo que supuso era el cuarto de los niños, los almacenes y los desvanes.

Alargó una mano hacia un pomo con el bronce deslustrado por el tiempo y el olvido. Por el pasillo corrió un aire tan frío que le heló los huesos. Vio cómo su aliento escapaba de su boca por el sobresalto y se condensaba.

Cuando su mano se cerró sobre el pomo experimentó unas náuseas tan repentinas, tan intensas, que le robaron la respiración. Su frente se cubrió de sudor frío y la cabeza empezó a darle vueltas.

De pronto fue presa de un miedo tan aterrador, tan devastador, que quiso echar a correr, pero en lugar de eso retrocedió con paso tambaleante y apoyó la espalda en la pared mientras el pánico le estrangulaba como manos asesinas.

No entres ahí. No entres.

Pese a ignorar de dónde procedía esa voz que resonaba en su cerebro, decidió hacerle caso. Sabía que corrían rumores de que en la casa había fantasmas. No le importaba.

O creía que no le importaba.

Así y todo, la idea de abrir la puerta a lo que pudiera haber al otro lado, a lo que pudiera esperarle, era más de lo que deseaba afrontar solo. Y con el estómago vacío. Después de diez horas de coche.

-Además, sería una pérdida de tiempo -dijo por la tranquilidad de escuchar su propia voz-. Debería estar descargando el coche. Me voy a descargar el coche.

-¿Con quién hablas, cher?

Declan saltó como una pelota de baloncesto contra el aro de una canasta y a duras penas consiguió que su alarido tuviera una entonación aceptablemente masculina.

-Maldita sea, Remy, me has dado un susto de muerte.

-Eres tú el que está aquí arriba hablándole a una puerta. Te llamé mientras subía, pero supongo que no me oíste.

-Supones bien.

Declan se apoyó de nuevo en la pared, respiró hondo y estudió a su amigo.

Remy Payne tenía el atractivo descarado de un estafador. En opinión de Declan, estaba hecho para la abogacía. Inteligente, sagaz, con unos alegres ojos azules y una boca ancha capaz, como ahora, de esbozar una arrolladora sonrisa que te hacía desear creer cuanto te estaba contando aunque supieras que no eran más que patrañas.

De constitución más bien delgada, jamás conseguía engordar pese a tener un apetito de elefante. En la universidad había ostentado una melena morena y lisa que le sobrepasaba el cuello de la camisa. Ahora llevaba el pelo casi tan corto como un cesar.

-¿No habías dicho un par de horas?

-Y ya han pasado. De hecho, dos y media. ¿Te encuentras bien, Dec? Estás un poco pálido.

-Demasiadas horas de coche, supongo. Caray, me alegro de verte.

-Ya era hora de que lo dijeras. -Con una sonrisa, Remy envolvió a Declan en un abrazo de oso-. Caray, muchacho, has estado haciendo musculitos. Date la vuelta y enséñame el culo.

-Animal. -Se dieron unas palmadas en la espalda-. Dime una cosa -continuó Declan dando un paso atrás-, ¿crees que estoy loco?

-Por supuesto que sí. Siempre lo has estado. Bajemos a servirnos una copa.

Se sentaron en el suelo del que fuera el salón de los caballeros con una pizza de chorizo y una botella de Jim Beam.

El primer trago de bourbon descendió como seda líquida por el estómago de Declan y deshizo todos los nudos. La pizza, sabrosa y grasienta, le llevó a decidir que el extraño suceso que acababa de vivir había sido el resultado de la fatiga y el hambre.

-¿Tienes previsto vivir así mucho tiempo o piensas comprarte un par de sillas?

-No necesito un par de sillas. -Declan arrebató la botella a Remy y le dio un trago-. Al menos por ahora. Quiero vivir con lo mínimo durante un tiempo. Tengo los muebles del dormitorio y puede que ponga una mesa en la cocina. Si empiezo a comprar muebles, me estorbarán mientras restauro la casa.

Remy miró a su alrededor.

-A juzgar por su estado, necesitarás una silla de ruedas antes de que la hayas terminado.

-Solo necesita un lavado de cara.

-Me han contado que los últimos propietarios hicieron el trabajo duro. Por lo visto querían convertir la casa en un hotel de lujo. Aguantaron casi seis meses antes de salir corriendo. Probablemente se les acabó el dinero.

Enarcando las cejas, Remy pasó un dedo por el suelo y contempló el polvo recogido.

-Es una pena que no puedas vender toda esta porquería. Te harías asquerosamente rico. Oh, lo había olvidado, tú ya eres asquerosamente rico. ¿Cómo está tu familia?

-Como siempre.

-Seguro que está pensando que su pequeño Dec est fou.-Remy giró un dedo sobre la sien-. Que se ha vuelto majara.

-Puede que tengan razón, pero por lo menos es mi locura. Una declaración, una reunión o una negociación más y me habría arrojado al Charles.

-El derecho financiero es lo que te tiene quemado, cher. -Remy se chupó un dedo manchado de salsa-. Tendrías que haberte dedicado al derecho penal, como yo. Mantiene la sangre en circulación. Una palabra tuya y mañana mismo abrimos juntos un bufete.

-Gracias por pensar en mí. Veo que todavía te apasiona.

-Así es. Me encanta su lado tortuoso y resbaladizo, la pompa y la ceremonia, el forcejeo, la palabrería. Todo. -Remy sacudió la cabeza e inclinó la botella-. A ti, en cambio, nunca te gustó.

-Nunca.

-Todos esos años partiéndote el culo en Harvard tirados por la borda. ¿Es eso lo que te dicen?

-Entre otras cosas.

-Pues se equivocan, y tú lo sabes. No estás tirando nada por la borda. Simplemente estás eligiendo algo diferente. Relájate y disfrútalo. Ahora estás en Nueva Orleáns, o muy cerca de Nueva Orleáns. Aquí nos tomamos las cosas con calma. Pronto acabaremos con tu lado yanqui y te tendremos bailando cajún y removiendo alubias rojas Con arroz.

-Eso espero.

-Ven a la ciudad cuando estés instalado. Effie y yo te llevaremos a cenar. Quiero que la conozcas.

Remy se había quitado la corbata y la americana y se había arremangado la camisa azul de abogado. Dejando aparte el pelo, no había cambiado mucho desde sus años en Harvard, cuando devoraban pizza y bourbon, pensó Declan.

-¿Realmente vas a casarte?

Remy dejó escapar un suspiro.

-Doce de mayo, llueva o truene. Voy a sentar mi inquieto culo, Dec. Ella es justamente lo que quiero.

-Una bibliotecaria. -Para Declan era un misterio-. Tú y una bibliotecaria.

-Especialista en investigación -le corrigió Remy antes de soltar una carcajada-. El ratón de biblioteca más bonito que he visto en mi vida. Y es inteligente. Estoy perdidamente enamorado de ella, Dec. Loco de amor.

-Me alegro por ti.

-Todavía te devora la culpa por… ¿cómo se llamaba? ¿Jennifer?

-Jessica. -Con una mueca de dolor, Declan dio otro trago de bourbon para mitigar el mal sabor de boca que le producía ese nombre-. Cancelar una boda tres semanas antes de subir al altar crearía sentimientos de culpa a cualquiera.

Remy lo aceptó con un rápido encogimiento de hombros.

-Puede, pero te sentirías peor si hubieras llegado hasta el final.

-Y que lo digas. -Los ojos grises de Declan se clavaron melancólicos en la botella-. Pero creo que ella habría llevado mejor que nos hubiéramos casado y nos hubiéramos divorciado al día siguiente. -Todavía le remordía la conciencia-. No pude hacerlo peor. Ahora está saliendo con mi primo James.

-¿James, James? ¿El que grita como una chica o el que tiene pelo de Drácula?

-Ni uno ni otro. -Los labios de Declan sonrieron. Caray, cómo había echado esto de menos-. James es el hombre perfecto. Cirujano plástico, jugador de polo, coleccionista de sellos.

-Bajo de estatura, mentón hundido, acento yanqui.

-Justamente, pero ya no tiene el mentón hundido. Implante. Según mi hermana, parece que van en serio. También, según mi hermana, me lo merezco.

-Pues que se case ella con Jennifer.

-Jessica, y eso es exactamente lo que le dije -explicó Declan gesticulando con la botella para dar énfasis a sus palabras-. Estuvo dos semanas sin hablarme, lo cual fue un alivio. Actualmente no soy muy popular entre los Fitzgerald.

-Lo cierto, Dec, es que dadas las circunstancias debo decir... que se jodan.

Con una carcajada. Declan le pasó el bourbon.

-Brindemos por eso.

Tomó otra porción de pizza.

-Quiero preguntarte algo más sobre este lugar. He investigado a fondo su historia desde que lo visitamos la primera vez.

-Borrachos y haciendo eses.

-Así es, situación que podría repetirse si seguimos dándole al bourbon. El caso es que Manet Hall fue construida en 1879 después de que el edificio original se viniera abajo durante un incendio inexplicado relacionado, probablemente, con asuntos políticos, con la Reconstrucción y con otros líos posteriores a la guerra civil.

-La guerra de la Agresión del Norte, hijo -puntualizó Remy con un dedo-. Recuerda en qué lado de la línea Mason-Dixon has depositado tu trasero yanqui.

-Tienes razón. Lo siento. En fin, el caso es que los Manet adquirieron el terreno, muy barato según los in-formes, y construyeron el edificio actual. Cultivaron principalmente azúcar y algodón y arrendaron tierras a aparceros. Vivieron bien durante veinte años. Tenían dos hijos y ambos murieron jóvenes. Luego falleció el padre, y la esposa aguantó hasta que, al parecer, la palmó mientras dormía. Murieron sin herederos. Por lo visto existía una nieta, pero la excluyeron del testamento. La propiedad salió a subasta y ha pasado de mano en mano hasta ahora. Ha estado más tiempo vacía que llena.

-¿Y?

Declan se inclinó hacia delante.

-¿Crees que tiene fantasmas?

Remy apretó los labios y agarró el último trozo de pizza.

-¿Me has soltado toda esa lección de historia para hacerme esa pregunta? Muchacho, serías un perfecto abogado del sur. Claro que tiene fantasmas. -Sus ojos bailaron mientras daba un bocado a la pizza-. Cualquier casa antigua de por aquí que se precie ha de tener fantasmas. La nieta que has mencionado era una Rouse por parte de madre. Lo sé porque soy primo cuarto o quinto de los Simone y los Simone pertenecen a esa línea. Creo que la niña fue criada por los abuelos maternos después de que su madre se fugara con un hombre, o eso dicen. No recuerdo qué fue del padre, pero hay gente que sí lo recuerda. Sé que Henri Manet, su esposa Josephine y el otro hijo, cuyo nombre ignoro, murieron en esta casa. Uno de ellos no tiene el valor de habitarla, es una lástima.

-¿Murieron por causas naturales?

Remy arrugó la frente.

-Ni idea. ¿Por qué lo preguntas?

-No lo sé. -Declan luchó contra un escalofrío-. Vibraciones.

-¿Quieres que venga alguien a darle un repaso? ¿Un vudú que espante a tu fantasma o lo invoque para tener con él una pequeña charla? Podrías encontrar un brujo o una médium en cada esquina de la ciudad.

-No, gracias.

-Si cambias de opinión, dímelo. -Remy le guiñó un ojo-. Podría ponerte en contacto con alguien que te haría toda la pantomima.

No deseaba una pantomima, decidió Declan más tarde. Pero sí deseaba esa ducha y una cama. Con el Jim Beam zumbándole agradablemente en la sangre, entró algunas cajas en casa y las revolvió hasta encontrar sábanas y toallas. Trasladó arriba lo que pensaba que necesitaría esa noche.

Fue el sentimiento de culpa del buen católico lo que le impulsó a hacer la cama, más que la necesidad de orden. Se obsequió con una ducha de diez minutos y se deslizó entre las sábanas limpias al compás de la incesante lluvia.

A los treinta segundos dormía profundamente.

Había un bebé llorando. No le extrañó. Los bebés acostumbran llorar en medio de la noche o cuando les viene en gana. Parecía un llanto irritado, molesto, más que un llanto de alarma.

Alguien debería cogerlo en brazos… hacer lo que la gente hace cuando un bebé llora. Darle de comer. Cambiarlo. Acunarlo.

De niño, cuando despertaba de una pesadilla, su madre o la niñera, a veces su padre, venían a acariciarle la cabeza y hacerle compañía hasta que el miedo pasaba.

El bebé no tenía miedo. El bebé tenía hambre.

No le extrañó pensar eso. Saberlo.

Pero sí le extrañó, y mucho, despertarse empapado de sudor y descubrirse frente a la puerta con el pomo de bronce del segundo piso.

Caminar sonámbulo. Era algo que no había hecho desde la infancia. Pero a la luz del día le fue fácil comprender por qué había ocurrido. Jim Beam, pizza de chorizo y conversación sobre fantasmas.

Más difícil de aceptar era el pavor que sintió al descubrirse delante de esa puerta del segundo piso. Había caído en una amnesia temporal y penetrado en una pesadilla de pánico, una pesadilla donde había tenido la certeza de oír el llanto vago de un bebé.

Había echado a correr. No habría sido capaz de abrir esa puerta ni con una pistola apuntándole a la cabeza. Perseguido por su propio pavor, había corrido a encerrarse con llave en su habitación. Como un demente, pensaba ahora ante una taza tibia de café instantáneo.

Al menos nadie le había visto.

Aunque, pensándolo bien, había sido una primera noche entretenida. Corrientes de aire frío, bebés fantasmas, amnesias temporales. Mucho mejor que estar sentado en su casa de Boston, bebiendo cerveza y viendo ESPN.

Tal vez dedicara un tiempo a ahondar en la historia de la casa. De su casa, rectificó, y con la taza de café, se apoyó en la barandilla húmeda de la terraza de su dormitorio.

Su vista. Una hermosa vista más allá del desvencijado jardín.

Las hojas caían a causa de la lluvia con un sonido regular y melodioso y el aire relucía con el peso que la tormenta había dejado atrás. La bruma avanzaba a ras de suelo como dedos de humo, rodeando los árboles y otorgándoles formas románticas y misteriosas.

Si el sol brillara en ese momento, la luz sería espectacular, pero ahora tampoco era nada despreciable.

Había un estanque pequeño cubierto de hojas de nenúfar y campos, algunos en barbecho y otros cultivados para una primavera que aquí llegaba mucho antes. Divisó la delgada curva del río que se abría paso a través de las sombras del bayou.

Un pequeño puente destartalado cruzaba el agua con su joroba. Luego un camino de tierra se adentraba en el bosque en dirección a una casa oculta en su mayor parte por los árboles. Una fina columna de humo se mezclaba con la neblina.

Esa mañana ya había visitado el mirador y se había alegrado de comprobar que el tejado y las chimeneas estaban en buen estado. Antes de tirar la toalla, los últimos propietarios se habían encargado de repararlos, así como la terraza de la primera planta.

Se diría que, además, habían empezado a trabajar en la terraza de atrás con intención de convertirla en un porche cerrado.

Lo cual no era una mala idea. La meditaría.

Declan no sabía si se les había acabado el dinero, la energía o ambas cosas, pero apreciaba su buena suerte.

Tenía un montón de dinero y en ese momento, mientras contemplaba el vapor que se elevaba por encima de la maleza, un montón de energía.

Se llevó la taza a los labios y la bajó cuando observó a una mujer-¿una chica?- avanzar entre los árboles hacia la curva del río. Un enorme perro negro andaba pesadamente a su lado.

Estaba demasiado lejos para apreciar sus rasgos. Advirtió que vestía una camisa de cuadros rojos y unos vaqueros y que tenía una larga melena morena y muy rizada. ¿Era mayor?, se preguntó. ¿Joven? ¿Bonita? ¿Nada del otro mundo?

Decidió que era joven y bonita. Después de todo, la elección era suya.

La chica lanzó una pelota al aire y la paró astutamente cuando el perro dio un salto. La lanzó dos veces más al tiempo que el animal brincaba y corría en círculos. Luego retrocedió como un lanzador de béisbol y la impulsó como una bala. Sin vacilar, el perro fue tras la pelota, en dirección al estanque, y la agarró con los dientes un segundo antes de que cayera al agua.

Qué habilidad, pensó Declan, y sonrió al ver que la muchacha aplaudía.

Ojalá pudiera oírla. Tenía la certeza de que estaba riendo, de que su risa era grave y gutural. Cuando el perro salió del agua, escupió la pelota a los pies de ella y se sacudió.

Seguro que la había dejado empapada, pero ella no se apartó ni se frotó remilgadamente los vaqueros.

Repitieron el juego, con Declan como público cautivado.

Se imaginó que la chica se acercaba con el perro al Hall. Que se acercaba lo bastante para que él pudiera saludarla desde la terraza e invitarla a tomar una taza de pésimo café. Su primer intento de hospitalidad sureña.

O, mejor aún, se imaginó que bajaba hasta el estanque. Ella estaría forcejeando con el perro. Resbalaría sobre la hierba mojada y caería al agua. Él estaría allí mismo para tirar de ella. No, para arrojarse y salvarla porque ella no sabía nadar.

Luego una cosa llevaría a otra y harían el amor sobre esa hierba húmeda, a la luz del sol. El cuerpo de la chica, mojado y esbelto, se elevaría sobre el suyo. Él se llenaría las manos con sus pechos y…

-Uau. -Declan parpadeó y la vio desaparecer de nuevo entre los árboles.

No supo si sentir vergüenza o alivio cuando descubrió que estaba duro. Había hecho el amor solo una vez en los seis meses que llevaba separado de Jessica. Y lo había hecho más por reflejo que por deseo.

Por fin podía borrar de su lista de preocupaciones la de su virilidad.

Arrojó el fondo del café. No le importaba empezar el día con una fantasía erótica, pero sí con un café malo. Había llegado el momento de ser práctico.

Entró de nuevo en casa, cogió la cartera y las llaves del coche y partió a la ciudad para comprar provisiones.

Le tomó casi todo el día. No solo comprar provisiones, sino familiarizarse una vez más con la ciudad que a partir de ahora llamaría suya.

Si Boston era una esposa respetable con ciertos secretos sórdidos, Nueva Orleáns era una amante sensual que celebraba sus lados más oscuros.

Se obsequió con un enorme desayuno tan cargado de colesterol que imaginó su corazón desplomándose del susto.

Compró café en grano y un molinillo. Bollos y buñuelos. Llenó el carro con productos de soltero: platos precocinados, pizzas congeladas y cereales. Luego acudió a la tienda de licores para adquirir cerveza, bourbon y vino bueno.

Lo dejó todo en el coche y echó de nuevo a andar, tanto por el gozo de patear las calles como por la necesidad de comprar algo en y con lo que comer. Optó por platos de papel y cubiertos de plástico, y observó a un músico de la calle instalar el estuche de su trompeta en el suelo, colocar dentro algunas monedas y llenar el aire de magia.

Declan le dio su primer dólar del día.

Evitó la tentación de los anticuarios y el hechizo del Quarter. A la hora del almuerzo ya salía música de los bares y los restaurantes despedían aromas exóticos. Se compró una muffuletta, ese maravilloso bocadillo de pan italiano con carne, queso y aceite, para comérselo más tarde en casa.

Mientras regresaba a su coche reparó en los turistas cargados de bolsas del Café du Monde y de las tiendas del Riverwalk, en las lectoras sentadas frente a mesas plegables alrededor de la plaza Jackson que leían el futuro por diez dólares. Pasó por delante de un callejón y aspiró el suave olor a marihuana bajo el hedor de la basura.

Y vio a una enorme negra fumando indolentemente en una terraza atestada de plantas sobre una tienda que vendía velas eróticas.

Compró para Remy una que representaba una mujer desnuda con pechos como torpedos y sonrió todo el camino hasta el coche.

Regresó a casa lleno de energía. Guardó las provisiones donde le pareció razonable en ese momento e inició una inspección exhaustiva de todas las estancias de la planta baja. Tomó nota de los problemas, las posibilidades, los planes y las prioridades.

La cocina era, decididamente, lo más importante. Tenía experiencia en el tema gracias a su casa de Boston y a dos restauraciones de amigos en las que había colaborado.

En realidad no cocinaba más que tortillas y bocadillos calientes, pero pensaba que la cocina era el corazón de una casa. La última remodelación en la de Manet Hall era de los años ochenta: blanca y cromada con un mostrador cuadrado en el centro y un suelo blanco cegador.

Lo bueno eran las generosas ventanas, el viejo y práctico hogar de ladrillo y el hermoso techo artesonado. Le gustaba la espaciosa despensa, pero pensó que tendría más utilidad como cuarto de paso. Desenterraría el suelo de madera original, arrancaría el papel de teteras y sustituiría el mostrador central por una mesa antigua de panadero o algo parecido.

Pintar no era su fuerte. Se lo había dejado a Jessica, que había optado por colores pálidos y líneas clásicas.

Ahora que lo pensaba, él prefería colores más fuertes y el encanto de lo extravagante. Le gustaban los detalles. Era su casa, maldita sea, y la arreglaría a su manera. De arriba abajo.

Pondría vitrinas antiguas donde exponer objetos de cocina antiguos. Platos sueltos y desportillados, botellas y frascos de Masón. Muchos.

Encimeras sólidas. Grifería de bronce. No le importaba que perdiera el lustre. Así parecería más real.

Una nevera gigante. Cocina y lavaplatos modernos. Todo cubierto con madera envejecida.

Tomó notas, midió, volvió a medir. Desempaquetó sus libros de consulta y los estudió detenidamente sobre el suelo de la biblioteca mientras engullía medio bocadillo y bebía suficiente café para que le pitaran los oídos.

Ya podía verlo. Estanterías desde el suelo hasta el techo repletas de libros, paredes pintadas de verde oscuro y el techo de color crema. Gruesos candelabros de plata en la repisa de la chimenea. Tenía que contratar a un profesional a fin de que inspeccionara los cañones para poder hacer fuego cuanto antes y caldear el aire.

Repararía el maderamen allí donde hiciera falta y lo puliría hasta dejarlo suave como el raso. Las puertas correderas de la biblioteca y los portalones que separaban el salón de los caballeros del de las damas estaban en excelente estado.

Alguien había barnizado el suelo de la biblioteca.

Pasó las manos por la madera. Un poco de lija, dos capas de barniz transparente y quedaría perfecto. Las alfombras, las gruesas Aubusson que Josephine había hecho traer de París, lo habían protegido.

Olió a brandy, cuero, cera de abejas y rosas, pero no se extrañó. Tenía la mirada empañada y distante cuando se detuvo ante la chimenea de azulejos y pasó el pulgar por la esquina mellada. Tendría que repararla o, si no encontraba el material, redondearla. Los costosos azulejos habían sido pintados a mano en Italia.

Julián había derribado el candelabro de la repisa y desportillado el azulejo. Otra vez borracho. Otra vez enfurecido.

Sonó el móvil y Declan se sentó sobre sus talones. Contempló la estancia vacía parpadeando. ¿Qué había estado haciendo? ¿En qué había estado pensando? Se miró el pulgar y advirtió que se había levantado la piel al frotarlo contra el azulejo mellado. Perplejo, extrajo el móvil del bolsillo.

-¿Diga?

-Por fin. Estaba a punto de colgar.

La voz alegre de Remy resonó en su cabeza mientras contemplaba el azulejo. Había estado pensando en el azulejo. Algo…

-Estoy… eh… estoy inspeccionando las habitaciones una por una y tomando medidas.

-¿Por qué no sales un rato a tomar el aire? Tengo una reunión hasta tarde, pero he pensado que después podríamos tomar una copa. Con Effie, si consigo arrastrarla.

-¿Qué hora es? -Declan giró la muñeca para consultar su reloj-. ¿Medianoche? ¿Es medianoche?

-Aún no. ¿Has estado bebiendo?

-Solo café. -Miró extrañado su reloj y dio unos golpecitos a la esfera-. Creo que a mi reloj se le ha acabado la pila.

-Son poco más de las seis. Estaré libre a eso de las nueve. ¿Por qué no vienes? Podemos quedar en Et Trois, un bar del Quarter. Está en la calle Dauphine, a una manzana de Bourbon.

-Vale. -Declan se mesó distraídamente el pelo y notó unas gotas de sudor en la frente-. Me parece bien.

-¿Necesitas indicaciones, pequeño yanqui?

-No, lo encontraré. -Se frotó el pulgar-. ¿Remy?

-Así me llaman.

Declan sacudió la cabeza y se rió de sí mismo.

-Nada. Hasta luego.

Partió temprano. No porque tuviera ganas de beber, sino porque quería ver la metamorfosis que experimentaba Nueva Orleáns al anochecer. Las calles, hirviendo de gente en busca de diversión, resplandecían bajo un carnaval de luces.

En opinión de Declan, no eran los turistas ni los comerciantes quienes dirigían el cotarro. Era la propia ciudad, cuyos engranajes giraban al ritmo de la música.

Esta salía de los portales, jazz, rock, blues. Arriba, las terrazas de los restaurantes rebosaban de cenas que protegían del frío de enero con salsas picantes y alcohol. Los anunciantes de los clubes de destape prometían toda clase de placeres visuales, y en las tiendas las cajas registradoras tintineaban sin cesar al tiempo que los turistas compraban camisetas y máscaras de carnaval en gran-des cantidades. Los bares servían huracanes a los yanquis y cerveza y alcohol al resto.

Pero era la música lo que mantenía vivo el desfile.

Se empapó del ambiente mientras se paseaba por Bourbon dejando atrás portales, luces brillantes y patios inesperados. Rodeó un grupo de mujeres que charlaban en la acera como cotorras.

Aspiró su aroma -a flores y dulces- y tuvo la acostumbrada reacción masculina de placer y pánico cuando rompieron a reír.

-Vaya trasero -dijo una, y Declan siguió andando.

Las mujeres en grupo eran entidades peligrosas y misteriosas.

Pensó que debía llevarle un detalle a Effie, un regalo por su compromiso. No conocía sus gustos ni, de hecho, cómo era. Pero si algo se le daba bien era comprar regalos.

Lamentando lo tardío de su ocurrencia, entró en un par de tiendas sin demasiadas esperanzas. Casi todo iba dirigido a los turistas y dedujo que un pene de plástico con cuerda no era lo más adecuado para un primer encuentro. Se dijo que el regalo podía esperar, o bien podía decantarse por un perfume o una crema femenina.

Entonces la vio. Una rana de plata apoyada en sus cuatro patas, como si se dispusiera a saltar. La expresión era maliciosa y tenía una sonrisa astuta. A Declan enseguida le recordó a Remy.

Si esa Effie se había enamorado de su viejo colega de universidad, tenía que apreciar esta clase de extravagancias. Hizo que se la envolvieran con un papel elegante y un gran lazo rojo.

Aún no eran las nueve cuando dobló la esquina de Dauphine.

Le apetecía sentarse en un bar, lejos del tumulto. Quizá escuchar música y disfrutar de una cerveza. Durante las semanas venideras tendría que dar todo de sí. Pasarse los días destripando la cocina y las noches planeando su siguiente ataque. Tendría que buscar artesanos. Obtener presupuestos. Poner manos a la obra.

Esa noche la pasaría con amigos. Luego se iría a casa y dormiría ocho horas.

Divisó el letrero azul de Et Trois. Era difícil no verlo, pues bailaba alegremente sobre la arañada puerta de madera de un edificio separado de la calle por apenas dos zancadas.

El primer piso tenía la típica terraza con la barandilla de hierro. Alguien la había adornado con geranios rosas y colocado luces de colores en el alero. Era una imagen bonita y femenina. La clase de lugar donde te podías sentar a tomar tranquilamente una copa de vino y con-templar a la gente que pasaba por la calle.

Al abrir la puerta fue recibido por música cajún y olor a ajo y whisky.

Sobre el pequeño escenario tocaba un grupo de cinco músicos: washboard, violín, batería, guitarra y acordeón. La diminuta pista de baile ya estaba repleta de gente bailando la ligera danza cajún.

Declan advirtió a través de la tenue luz que todas las mesas redondas habían sido corridas a un lado y estaban ocupadas. Se volvió hacia la barra. La madera, de vieja, estaba casi negra pero lustrosa. Había una docena de taburetes y Declan se apresuró a pillar el único que quedaba libre.

Hileras de botellas cubrían el espejo situado detrás del mostrador, entremezcladas con saleros y pimenteros de las formas más variadas. Una elegante pareja vestida de noche, perros, Rocky y Bullwinkle, Porky y Petunia, los pechos redondos y desnudos de una mujer recostada, máscaras de carnaval y hadas con alas.

Declan los observó; se preguntó qué clase de persona coleccionaría y expondría hadas y partes del cuerpo, y se dijo que tenía que ser alguien que comprendía Nueva Orleáns.

En el escenario, la violinista empezó a cantar en cajún. Tenía una voz de sierra oxidada inexplicablemente atractiva. Siguiendo el ritmo con un pie, Declan dirigió la vista al fondo de la barra. El camarero, con cabello rasta hasta la cintura, poseía una cara que hubiera podido tallarla un artista a partir de un grano de café pulido, y unas manos que servían chupitos y cerveza a presión con elegante habilidad.

Declan levantó una mano para llamar su atención. Y ella asomó por la puerta que conectaba con la barra.

Más tarde, cuando pudiera pensar con claridad, decidiría que fue como el golpe de una almádana contra el pecho. Un golpe que en lugar de pararle el corazón, se lo puso en marcha. El corazón, la sangre, el cerebro. Todo pasó del punto muerto a la marcha rápida en un instante.

«¡Estabas aquí! -gritó algo en su mente-. Por fin.»

Declan podía oír la carrera que se libraba dentro de su cuerpo como un potente zumbido que ahogaba la música, las voces. Sus ojos se

concentraron en ella con tal intensidad que parecía atrapada por un foco en un escenario negro.

No poseía una belleza clásica. Pero era espectacular.

Sobre los hombros le caía una melena de rizos agita-nados y negros como la noche. Poseía el rostro afilado de un zorro, la nariz delgada y aristocrática, los pómulos altos y lisos, el mentón anguloso. Los ojos eran alargados, de párpados grandes, y la boca amplia, llena y pintada de un rojo intenso.

Nada encajaba en exceso, pensó Declan mientras su cerebro no paraba de dar vueltas. Los rasgos de la cara no hacían juego y, sin embargo, eran perfectos. Sorprendentes, seductores, soberbios.

Era menuda, de constitución casi frágil, y vestía una camiseta rojo amapola ajustada, de escote bajo y redondo, que realzaba los músculos esbeltos de sus brazos y las firmes curvas de sus senos. En el valle de esos senos colgaba una cadena con una llavecita de plata.

Tenía la piel morena y los ojos marrones como el chocolate amargo.

Esos labios encarnados esbozaron una lenta sonrisa al tiempo que su dueña se acercaba y se inclinaba sobre la barra, hasta que sus caras estuvieron lo bastante cerca para que él pudiera reparar en el pequeño lunar situado en la comisura derecha de su labio superior. Lo bastante cerca para poder aspirar el aroma a jazmín y sumergirse en él.

-¿Puedo hacer algo por ti, cher?

Oh, sí, pensó Declan. Te lo ruego.

Mas solo alcanzó a decir:

-Eh…

Ella ladeó ligeramente la cabeza y lo estudió. Habló de nuevo con su suave deje cajún.

-¿Tienes sed o solo hambre… esta noche?

-Eh… -Declan quería pasar la lengua por esos labios rojos, por ese diminuto lunar, y succionarlos-. Una Corona.

Observó cómo ella iba a buscar la botella y le hincaba una rodaja de lima. Tenía andares de bailarina entre clásica y exótica. Declan se percató de que su lengua se hacía literalmente un nudo.

-¿Te lo apunto, guapo?

-Eh… -Maldita sea, Fitzgerald, haz el favor de calmarte-. Sí, gracias. ¿Qué abre? -Ella enarcó las cejas y él levantó la botella-. La llave.

-¿Esta llave? -Ella pasó el dedo por la llave y la presión arterial de Declan se disparó-. Mi corazón, cher. ¿Qué pensabas?

Él le tendió una mano. Temía que si no la tocaba ya, se vendría abajo y rompería a llorar.

-Me llamo Declan.

-¿De veras? -La joven introdujo su mano en la de él-. Bonito nombre. Muy original.

-Es… es irlandés.

-Aja. -Ella le giró la mano y se acercó para leerle la palma-. ¿Qué veo aquí? Llevas poco tiempo en Nueva Orleáns pero esperas quedarte. Huyes del frío del norte, ¿verdad?

-Sí, pero eso es fácil de adivinar.

Ella alzó la mirada y esta vez el corazón de Declan se detuvo.

-Puedo adivinar más cosas. Eres un abogado yanqui de Boston con dinero. Has comprado Manet Hall.

-¿Te conozco? -Declan sintió algo profundo, como un vínculo forjado en hierro, cuando su mano apretó la de ella-. ¿Nos hemos visto antes?

-En esta vida no, cariño. -Ella le dio una palmadita en la mano y se alejó para atender a otros clientes.

Pero estuvo pendiente de él. No era como lo había imaginado dada la descripción de Remy. Aunque tampoco sabía qué había imaginado. Pero le gustaban las sorpresas, y el hombre que estaba sentado en su bar, observándola con ojos grises como la tormenta, parecía estar lleno de ellas.

Le gustaban esos ojos. Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran con deseo, pero en los ojos de Declan había visto algo más. Un sobresalto que encontraba halagador y, al mismo tiempo, enternecedor.

Y le parecía conmovedor tener a un hombre que parecía capaz de manejar cuanto le echaran encima pero que balbuceaba cuando ella le sonreía.

Aunque Declan apenas había tocado su cerveza, ella regresó y dio un golpecito a la botella.

-¿Otra?

-No, gracias. ¿Puedes dejar la barra un rato? ¿Puedo comprarte una copa, un café, un coche, un perro?

-¿Qué guardas ahí?

Declan miró la bolsa que había dejado sobre el mostrador.

-Un regalo para alguien a quien voy a conocer.

-¿Compras regalos a muchas mujeres, Declan?

-No es una mujer. Quiero decir que no es mi mujer. De hecho, no tengo mujer, es solo... Caray, antes se me daba mejor.

-¿Qué?

-Impresionar a las mujeres.

Ella rió con esa risa grave y gutural de sus fantasías.

-¿No podrías tomarte un descanso? Vaciaremos una mesa y podrás darme una segunda oportunidad.

-No te está yendo mal con la primera. El bar es mío, así que nunca descanso.

-¿ Este bar es tuyo?

-Sí. -Empezó a alejarse cuando una camarera llegó a la barra con una bandeja.

-Espera, espera. -Declan le tomó de nuevo la mano-. No sé cómo te llamas. ¿Cómo te llamas?

-Angelina -respondió ella suavemente-. Pero me llaman Lena, porque no soy ningún ángel, cher. -Pasó un dedo por la mejilla de Declan y se alejó para atender a otros clientes.

Declan dio un largo sorbo de cerveza para bajar la saliva que se había acumulado en su boca.

Estaba fraguando otro acercamiento cuando Remy le dio una palmada en la espalda.

-Vamos a necesitar una mesa, hijo.

-Prefiero la vista desde aquí.

Remy siguió la mirada de su amigo.

-De las mejores que ofrece la ciudad. ¿Has conocido a mi prima Lena?

-¿Prima?

-Prima cuarta, creo. Puede que quinta. Angelina Simone, una de las joyas de Nueva Orleáns. Y aquí tienes otra, Effie Renault. Effie, cariño, te presento a mi buen amigo Declan Fitzgerald.

-Hola, Declan. -Effie se escurrió entre los dos y besó a Declan en la mejilla-. Me alegro mucho de conocerte.

Una nube de pelo rubio le enmarcaba el rostro, un rostro bonito con forma de corazón, y sus ojos eran azules como el cielo en verano. Los labios, de un rosa profundo, eran curvados como los de una muñeca.

Parecía la cabecilla de las animadoras de un instituto.

-Eres demasiado guapa para perder el tiempo con este tipo -le dijo Declan-. ¿Por qué no te fugas conmigo?

-¿Cuándo nos vamos?

Con una sonrisa, Declan se bajó del taburete y la besó.

-Buen trabajo, Remy.

-El mejor de mi vida. -Remy apretó los labios contra el cabello de Effie-. Siéntate aquí, cariño. Este lugar está hasta los topes. Puede que la barra sea lo mejor que podamos encontrar. ¿Te apetece vino?

-Vino blanco de la casa.

-¿Quieres otra cerveza, Declan?

-Déjame pedir. Invito yo.

-En ese caso, chardonnay del bueno para mi chica. Yo tomaré lo mismo que tú.

-Mira a quién tenemos aquí. -Lena sonrió a Remy-. Hola, Effie. ¿Qué os pongo esta noche?

-Una copa de chardonnay para la señorita y dos Coronas -dijo Declan-. Luego podrías llamar al cero sesenta y uno. Mi corazón deja de latir cada vez que te miro.

-Tu amigo tiene mucha labia cuando se relaja, Remy. -Lena extrajo una botella de vino de la nevera.

-Las chicas de Harvard se derretían en sus manos.

-Nosotras, las chicas del sur, estamos demasiado acostumbradas al calor para derretirnos con facilidad. -Sirvió el vino y remató las cervezas con una rodaja de lima.

-Yo te conozco -recordó de pronto Declan-. Te vi esta mañana jugando con tu perro, un perro grande y negro, cerca del estanque.

-Rufus. -Lena sintió un ligero sobresalto al saberse observada-. Es el perro de mi abuela. Vive en la casa del bayou. A veces voy a verla y me quedo con ella si se encuentra pachucha o simplemente sola.

-Pásate por el Hall la próxima vez. Te lo enseñaré.

-Quizá lo haga. Nunca lo he visto por dentro. -Dejó un cuenco de galletas saladas sobre la barra-. ¿Queréis algo de la cocina?

-Lo pensaremos -dijo Remy.

-Solo tenéis que pedirlo. -Lena se alejó y desapareció tras la puerta.

-Creo que deberías limpiarte la baba, Dec. -Remy le estrujó el hombro-. Es asqueroso.

-No te metas con él, Remy. El hombre que no se excita con Lena es porque le falta alguna pieza importante.

-Decididamente deberías rugarte conmigo -declaró Declan-. Pero entretanto te deseo lo mejor. -Le colocó la bolsa delante.

-¿Me has comprado un regalo? ¡Eres un encanto! -Effie rasgó el papel con un entusiasmo que enterneció a Declan. Y cuando alzó la rana, la miró

fijamente y en silencio. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada-. Se parece a Remy. Mira, corazón, tiene tu misma sonrisa.

-Yo no lo veo.

-Yo sí. Y Dec también lo vio. -Giró sobre el taburete y miró a Declan con el rostro iluminado-. Me gustas. Cómo me alegro de que me gustes. Quiero tanto a este bobo que casi no puedo soportarlo, de modo que habría fingido que me gustas aunque no fuera cierto. Afortunadamente, no tengo que fingir.

-Oh, cariño, no llores. -Remy sacó un pañuelo mientras Effie rompía en sollozos-. Le ocurre cuando está contenta. La noche que le pedí que se casara conmigo, lloró tanto que tardó diez minutos en decir sí.

La levantó del taburete.

-Vamos, chère, baila conmigo hasta que te seques.

Declan recuperó el taburete, tomó su cerveza y los vio girar por la pista.

-Hacen buena pareja -comentó Lena por detrás.

-Es cierto. ¿Te gustaría comprobar si nosotros también la hacemos?

-Eres perseverante. -Lena dejó escapar un suspiro-. ¿Qué coche piensas comprarme?

-¿Coche?

-Te ofreciste a comprarme una copa, un café, un coche o un perro. Puedo comprarme mi propia bebida y me gusta el café que hago. Tengo perro, más o menos. Y coche, pero no veo por qué no podría tener dos. ¿ Qué coche vas a comprarme?

-Tú eliges.

-Te lo diré cuando lo haya decidido -contestó Lena, y se alejó de nuevo.

Trabajó sin parar durante tres días. En opinión de Declan, pocas cosas satisfacían tanto como echar algo abajo. Ni siquiera el volverlo a armar le producía el mismo placer.

Destripó la cocina. Arrancó el mostrador central, las encimeras y los armarios. Despegó el papel de pared y levantó el linóleo.

Se quedó con un esqueleto de yeso y madera e infinitas posibilidades.

Por la noche cuidaba de sus ampollas y tirones musculares y devoraba libros de diseño.

Cada mañana, antes de comenzar el día, bebía su primera taza de café en la terraza con la esperanza de divisar a Lena y el enorme perro negro al que había llamado Rufus.

Se puso en contacto con obreros y artesanos, encargó material y, llevado por el entusiasmo, se compró una camioneta.

La primera noche que pudo encender la chimenea del salón, brindó por la ocasión y por él con una copa solitaria de Merlot.

No había vuelto a caminar sonámbulo, pero había tenido sueños. Cuando despertaba, recordaba solo imágenes sueltas. Y música, normalmente la melodía que se había alojado en su cabeza como un tumor. O voces elevadas.

En una ocasión soñó con escenas de sexo, con suaves suspiros en la oscuridad, con el roce perezoso de piel contra piel, con un deseo que se elevaba como una ola de fuego.

Esa noche despertó con los músculos trémulos y el olor a azucenas desvaneciéndose de sus sentidos.

Puesto que soñar con sexo era a cuanto podía aspirar, concentró todas sus energías en el trabajo.

Solo se tomó un descanso y fue para hacer una visita. Y lo hizo armado de un ramo de margaritas blancas y un hueso de cuero.

La casa del bayou era, un edificio alargado de una sola planta, rodeado, por tres de sus lados, de agua del color del tabaco. Una barca blanca flotaba en un desvencijado embarcadero.

Los árboles circundaban la casa allí donde no llegaba el agua. Cipreses, robles y pacanas. De sus ramas pendían botellas de cristal llenas de agua hasta la mitad. Y entre las raíces nudosas de un roble descansaba una estatua pintada de la Virgen María.

A sus pies había pensamientos morados.

El camino desembocaba en un pequeño porche con macetas de flores y una mecedora. Los postigos estaban pintados de color verde musgo. La tela metálica de la puerta lucía un par de remiendos y por ella salía la voz fuerte y melancólica de Ethel Waters.

Declan oyó los ladridos del perro. Así y todo, no estaba preparado para la velocidad con que Rufus echó a correr en su dirección.

-Madre mía -fue cuanto alcanzó a decir. Apenas dispuso de un instante para preguntarse si debía saltar por la ventana de la camioneta o quedarse quieto, cuando aquella mole negra, del tamaño de un pony, se detuvo a sus pies.

Rufus acompañó los ladridos con gruñidos atronadores y una imponente exhibición de su dentadura. Dudando de su capacidad para ahuyentar al animal con el ramo de margaritas, Declan optó por el acercamiento amistoso.

-Qué grande estás, Rufus. ¿ Cómo va todo?

El animal le olfateó las botas, las perneras, y se detuvo en la entrepierna.

-¿No te parece un poco pronto para intimar? -Pensando en esos dientes, Declan decidió que prefería poner en peligro la mano a sus partes pudendas, así que extendió lentamente el brazo para acariciar la enorme cabeza.

Rufus alzó sus chispeantes ojos marrones, se apoyó sobre las patas traseras y plantó sus enormes garras delanteras en los hombros de Declan.

A renglón seguido le pasó por la cara una lengua del tamaño del Mississippi. Acorralado contra la camioneta, Declan rezó para que los largos lametones fueran un saludo y no un método de ablandamiento.

-Yo también me alegro de conocerte.

-Bájate, Rufus.

Al oír la tenue orden que llegaba de la puerta, el perro se dejó caer, tomó asiento y agitó la cola.

La mujer del porche era más joven de lo que había imaginado Declan. No tenía más de sesenta y cinco años. Poseía la constitución menuda de su nieta y su mismo rostro afilado. El pelo era una masa de rizos negros con mechas blancas.

Lucía un vestido de algodón hasta la pantorrilla y un jersey rojo y holgado. Unos botines marrones, sobre los que caían unos gruesos calcetines rojos, le cubrían los pies. Declan oyó un tintineo de pulseras cuando la mujer se llevó las manos a las caderas.

-Le gusta tu olor y tu voz, por eso te ha dado un beso de bienvenida.

-¿Y de no haberle gustado?

La mujer esbozó una sonrisa que resaltó las arrugas de la cara.

-¿Tú qué crees?

-Creo que me alegro de tener un olor amistoso. Soy Declan Fitzgerald, señora Simone. He comprado Manet Hall.

-Sé quién eres. Entra a charlar un rato. -La mujer abrió la tela metálica.

Acompañado de Rufus, Declan caminó hasta el porche.

-Es un placer conocerla, señora Simone.

Ella lo examinó con una mirada franca y reservada.

-Eres guapo, muchacho.

-Gracias. -Declan le tendió las flores-. Usted también.

La mujer aceptó las flores y apretó los labios.

-¿Has venido a cortejarme, Declan Fitzgerald?

-¿Cocina bien?

La señora Simone soltó una risa perezosa y él se enamoró un poco.

-Acabo de hacer pan de maíz, así que podrás comprobarlo por ti mismo.

Le invitó a pasar y lo condujo por el pasillo central de la casa. Declan vio un salón, varios dormitorios -uno de ellos con un crucifijo de hierro sobre una cama austera también de hierro- y un cuarto de costura, todo impregnado de un desorden acogedor e inmaculado.

La casa olía a cera de muebles y a lavanda, y a unos pasos de la cocina aspiró el olor a pan recién hecho.

-Señora, tengo treinta y un años, soy económicamente solvente y según mi último examen médico estoy como una rosa. No fumo, bebo con moderación y soy razonablemente limpio. Si se casa conmigo, la trataré como a una reina.

La mujer rió y sacudió la cabeza, luego señaló la mesa de la cocina.

-Siéntate y estruja esas largas piernas debajo de la mesa para que no tropiece con ellas. Y puesto que me estás cortejando, puedes llamarme señorita Odette.

Destapó una bandeja y sacó dos platos del armario. Mientras ella cortaba rebanadas de pan de maíz. Declan miró a través de la puerta de la cocina.

El bayou se extendía ante sus ojos, un sueño de aguas oscuras y tumores de cipreses calvos con el reflejo de los árboles sobre la superficie. Un pájaro de grandes alas rojas cruzó el aire.

-¡Caray! ¿Cómo consigue hacer lo que tiene que hacer cuando podría pasarse el día aquí sentada contemplando la vista?

-Es un buen lugar. -Odette sacó una jarra de té de una nevera vieja que apenas le sobrepasaba en estatura-. Mi familia lleva aquí más de ciento cincuenta años. Mi abuelo tenía una ubicación aún mejor al otro lado de ese bosque de robles. Los guardacostas nunca la encontraron.

Le colocó delante un vaso y un plato.

-Manger. Come. ¿Qué hace tu abuelo?

-Era abogado. De hecho, los dos lo eran.

-¿ Están muertos?

-Jubilados.

-Como tú, ¿eh? -Odette sacó una botella celeste mientras Declan cogía una rebanada de pan.

-Más o menos, por lo que al derecho se refiere. Está delicioso, señorita Odette.

-Se me da bien hacer pan. Me gustan las margaritas -añadió mientras las colocaba en la botella, que previamente había llenado de agua-. Tienen el rostro alegre. ¿Piensas dar a Rufus ese hueso que le has traído o quieres que te suplique un poco más?

Rufus estaba sentado en el suelo con una pata sobre su muslo. Declan decidió que ya había suplicado suficiente y sacó el hueso de la bolsa. El perro lo tomó entre los dientes con suma delicadeza, se tumbó agitando la cola y procedió a mordisquearlo.

Odette colocó las flores en el centro de la mesa y se sentó al lado de Declan.

-¿Qué piensas hacer con esa vieja mansión, Declan Fitzgerald?

-Muchas cosas. Devolverle su aspecto original en la medida de lo posible.

-¿Y luego?

-No lo sé. Vivir en ella.

Odette quebró una esquina de su pan de maíz. Ya había decidido que le gustaba el aspecto del muchacho, su pelo desordenado, esos ojos grises, la delgadez de su rostro. Y su acento, yanqui pero no remilgado. Sus modales eran corteses al tiempo que naturales y simpáticos.

Ahora quería saber de qué estaba hecho.

-¿Porqué?

-Tampoco lo sé. Solo sé que he querido hacerlo des-de la primera vez que la vi.

-¿Y qué opina el Hall al respecto?

-Creo que todavía no lo ha decidido. ¿Ha estado dentro alguna vez?

-Aja. -La mujer asintió-. Hace tiempo. Mucha casa para un hombre joven. ¿Tienes moza en Boston?

-No, señora.

-Un chico guapo como tú y superados los treinta. ¿Eres gay?

-No, señora. -Declan sonrió y levantó su vaso de té-. Me gustan las chicas, pero todavía no he encontrado la adecuada.

-Enséñame las manos. -Odette le tomó una y la giró-. Todavía queda algo de ciudad en ellas, pero te estás encargando de cambiarlo. -Deslizó el pulgar por ampollas, rasguños y callos incipientes-. Antes de irte te daré una pomada para mantener esas ampollas a raya. Tienes una mano fuerte, Declan. Tan fuerte que fuiste capaz de cambiar tu destino y tomar un camino nuevo. No la amabas.

-¿Cómo dice?

-A aquella mujer. -Odette acarició el costado de la mano con la uña del pulgar-. La que dejaste. No era para ti.

Ceñudo, Declan se inclinó y se miró fijamente la mano.

--¿Ve a Jessica? -Fascinante-. ¿Se casa con James?

-¿Qué más te da? Ella tampoco te quería.

-Vaya por Dios -repuso, y rió suavemente.

-Se avecina un amor, un amor que te cortará la respiración. Será bueno para ti.

Sin dejar de frotarle la mano, Odette le miró a la cara y sus ojos se hicieron más profundos. Declan sintió que podía ver en ellos muchos mundos.

-Tienes fuertes vínculos con Manet Hall, vínculos muy antiguos. Vida y muerte. Sangre y lágrimas. Felicidad, si eres fuerte y astuto. Eres un

hombre inteligente, Declan. Sé lo bastante inteligente para mirar adelante y atrás a fin de encontrarte a ti mismo. No estás solo en esa casa.

Declan notó la garganta seca, pero no buscó su vaso de té. No movió un solo músculo.

-Hay fantasmas -dijo.

-Lo que hay en esa casa ha impedido que otros la habiten. Dicen que por problemas de dinero, de tiempo o cosas así, pero lo que hay en esa casa les asustó. Te estaba esperando.

Por la espalda de Declan trepó un escalofrío como una flecha helada.

-¿Por qué?

-Eso debes averiguarlo tú. -Odette le estrujó la mano, la soltó y alzó su vaso.

Declan cerró los dedos al hormigueo que notaba en la palma.

-¿Es usted vidente?

Divertida, Odette se levantó para llevar la jarra de té a la mesa.

-Veo lo que veo de vez en cuando -dijo mientras llenaba los vasos-. Un poco de magia culinaria. Eso no me hace bruja, solo mujer. -Advirtió que Declan tenía la mirada fija en la cruz de plata envuelta en cuentas de colores que pendía de su cuello-. ¿Te parece una contradicción? ¿De dónde crees que viene el poder, cher?

-Creo que nunca me lo he planteado.

-No sacamos partido de lo que el buen Señor nos ha dado. Sea lo que sea, desperdiciamos su regalo. -Ladeó la cabeza y Declan vio que también lucía pendientes. Unas piedras gordas y azules suspendidas de unos lóbulos diminutos-. Me han dicho que has llamado a Jack Tripadoe para que te haga de fontanero.

-Eh... -Declan se esforzó por pasar del terreno fantástico al terreno práctico mientras su mano seguía vibrando por el contacto de los dedos de Odette-. Sí, me lo recomendó mi amigo Remy Payne.

-Ese Remy es un caso. -Su rostro se iluminó y el misterio que flotaba en la atmósfera se diluyó-. Jack es primo de la esposa del hermano del marido de mi hermana. Trabaja bien, pero si no te hace un buen precio, dile que la señorita Odette querrá conocer los motivos.

-Se lo agradezco. ¿No conocerá por casualidad a un yesero? Alguien que sepa restaurar.

-Te conseguiré un nombre. Te costará muchos rea-les devolver a ese lugar su aspecto original y luego mantenerlo.

-Tengo un montón de reales. Espero que venga a verme para que pueda enseñárselo. No sé hacer pan de maíz, pero puedo prepararle un té.

-Eres un muchacho atento, cher. Tu mamá te educó bien.

-¿Le importaría escribirlo en un papel y firmarlo? Se lo enviaría a mi madre por correo.

-Va a ser un placer tenerte por aquí -dijo Odette-. Ven a verme cuando quieras.

-Gracias, señorita Odette. -Declan se levantó-. Para mí también será un placer tenerla por aquí.

El sol iluminó el rostro de la mujer cuando esta alzó la vista hacia él. El ángulo de la cara, el regocijo en sus ojos oscuros, la curva burlona de sus labios lo envió directo al bar del Quarter.

-Se parece mucho a usted.

-Es cierto. ¿Ya le has echado el ojo a mi Lena?

Declan se sobresaltó al comprender que había hablado en voz alta y trató de sonreír.

-Bueno, ya hemos decidido que me gustan las chicas, ¿no?

Odette soltó una carcajada y se levantó dando una palmada a la mesa.

-Me gustas, Declan.

Y ella le gustaba a él. Tanto que había decidido comprar un par de sillas para que tuviera dónde sentarse cuando lo visitara. Encontraría algo el sábado, pensó mientras preparaba las paredes de la cocina. Las buscaría por la tarde, antes de reunirse con Remy y Effie para cenar.

Remataría la velada con una copa en Et Trois.

Y si Lena no trabajaba esa noche en el bar, saldría y se arrojaría delante del primer coche que pasara en ese momento por la calle.

Trabajó hasta mucho después de que hubiera anochecido y luego se obsequió con una cerveza y una cena de pollo Hungry Man. Comió sentado en su caballete de serrar, admirando los adelantos de la cocina.

Las paredes estaban peladas, reparadas y listas para pintar. Las marcas de lápiz indicaban las medidas de los armarios que empezaría a fabricar al día siguiente. Hasta se había atrevido a afilar los ladrillos del hogar y se dijo que no había hecho un mal trabajo. El viejo suelo de pino, ya expuesto, estaba actualmente protegido con telas. Había establecido el patrón de circulación de la cocina y señalado el lugar para los fogones y la nevera.

Si no encontraba una vitrina para la pared, también la fabricaría con sus manos. Nada podía detenerle.

Subió al dormitorio con una botella de agua, tomó su ya habitual ducha de nueve minutos y se tumbó en la cama con sus notas, dibujos y libros. Mientras elaboraba el plan para el salón, se quedó dormido.

Y despertó temblando de frío en medio de la oscuridad. El bebé le había despertado. El llanto todavía resonaba en sus oídos cuando se enderezó con el corazón martilleándole las costillas.

No sabía dónde estaba, únicamente sabía que se hallaba en el suelo y no en la cama. Y hacía tanto frío que podía ver el vaho de su propio aliento en la negra oscuridad.

Se levantó y, extendiendo los brazos como un ciego, palpó el aire y dio un paso al frente.

Azucenas. Su cuerpo se estremeció al reparar en el perfume. Entonces comprendió dónde estaba: en el cuarto del fondo del pasillo. El cuarto que, como el del segundo piso, había estado evitando los últimos días.

Se hallaba en él, pensó arrastrando el otro pie. Y aunque pareciera una locura, sabía que no estaba solo.

-Puedes asustarme, pero no lograrás espantarme.

Sus dedos rozaron algo sólido. Los apartó de golpe antes de comprender que era una pared. Haciendo respiraciones profundas, la siguió mientras tropezaba con chambranas y pisaba cristales. A tientas, encontró el picaporte de las puertas que daban a la terraza y las abrió de par en par.

Notó el aire cálido y denso de enero sobre su piel helada. Dando traspiés, alcanzó la barandilla y se agarró a ella. La noche parecía el interior de una cueva. El viejo refrán tenía razón, se dijo. No hay oscuridad como la del campo.

Cuando sus ojos se acostumbraron a ella, cerró las puertaventanas de la habitación.

-Esta es ahora mi casa -dijo en voz baja. Avanzó por la terraza, abrió la puerta de su dormitorio y entró.

-¿Sonámbulo? -Remy volvió a llenar su tenedor de arroz.

-Sí. Fui sonámbulo durante seis meses cuando tenía once años. -Declan se encogió de hombros, pero no logró sacudirse del todo ese peso.

No había sido su intención sacar el tema. La cena que Effie había preparado en el piso de Remy, situado en el distrito de Garden, era deliciosa, y también la compañía. Sin darse cuenta, no obstante, había pasado de hablar de los progresos que había hecho en la casa a sus pesadillas nocturnas.

-Debe de ser horrible despertarte y encontrarte en otro lugar -dijo Effie.

-Tétrico, como mínimo. Es extraño que haya acabado en las dos habitaciones que más me inquietan. O quizá sea lo lógico. Algo del inconsciente.

-Lo importante es que permanezcas dentro de los confines de la casa -intervino Remy-. No me gustaría enterarme de que caminaste sonámbulo hasta el pantano.

-Genial ocurrencia. Gracias.

-Remy. -Effie le dio una palmada en la mano-. Declan, creo que deberías ver a un médico. Podrías tomar algo que te ayudara a dormir mejor.

-Tal vez. Llevo una semana en esa casa y solo me ha ocurrido dos veces. Y en cualquier caso, los tranquilizantes no espantarán al fantasma.

-Solo son corrientes de aire y crujidos de la madera.

Remy sonrió.

-Effie no cree en fantasmas.

-Ni en el tarot, ni en las hojas de té ni en ninguna de esas tonterías. -Su voz era tensa y algo defensiva.

-Mi chica está muy aferrada al aquí y ahora.

-Tu chica tiene sentido común -replicó Effie-. Declan, es lógico que tengas sensaciones extrañas vi-viendo en esa vieja mansión. Y apuesto a que no te estás alimentando como es debido. Deberías quedarte a vivir con Remy hasta que te acostumbres a tu nuevo entorno.

-Ella no quiere. -Remy señaló a Effie con la cabeza.

-Viviré contigo cuando estemos casados.

-Pero cariño, mayo queda muy lejos. Te extraño cuando no estás aquí -protestó Remy cogiéndole la mano y besándola con profusión.

-Te propongo algo, Effie -dijo Declan-. Ven a pasar conmigo unas cuantas noches, en plan estrictamente platónico, claro -puntualizó con una sonrisa en tanto que Remy afilaba la mirada-. Apuesto a que tu opinión sobre los fantasmas cambia después de una o dos noches.

-Lo siento, soy una chica de ciudad. ¿Qué haces tan solo en esa casa perdida cuando no estás trabajando?

-Leo. Y hablando de leer, tengo que pasar por la biblioteca para que me ayudes a desenterrar más información sobre Manet Hall. También hago cosas en el jardín y doy paseos. El otro día fui a ver a la señorita Odette.

-¿Has conocido a la señorita Odette? -preguntó Remy apurando su plato-. Toda una mujer, ¿no te parece?

-Me cayó de maravilla. El caso es que la casa me tiene tan ocupado que a las diez de la noche ya estoy durmiendo. He conectado el televisor, pero

nunca me acuerdo de encenderlo. Esta tarde compré una mesa y unas sillas, además de otras cosas.

Siempre era un error cruzar la puerta de un anticuario, se regañó Declan.

-No vamos a permitir que te encierres en esa casa y te dejes la piel trabajando -decidió Effie-. Espero que a partir de ahora vengas a vernos a la ciudad por lo me-nos una vez por semana. Y tú, Remy, deberías ir los sábados para echarle una mano. Dec, pasas demasiado tiempo solo. -Effie retiró su silla de la mesa-. Eso es justamente lo que te pasa. ¿Listos para la tarta?

Tal vez Effie tuviera razón, pensó Declan mientras buscaba un espacio para aparcar. Categórica, desde luego, lo era. Intentaría variar un poco sus actividades. Podría visitar la ciudad una o dos veces por semana para una buena comida. Podría invitar a Remy y a Effie a una cena informal.

Podría pasar una noche leyendo otras cosas que no fueran libros de consulta.

Más aún, pensó. Se obligaría a vencer el bloqueo mental que se había creado con la habitación de la segunda planta.

Tuvo que aparcar a una manzana y media de Et Trois, pero cuando entró y vio a Lena en la barra, se dijo que la caminata había merecido la pena.

Esa noche no pudo hacerse con un taburete, pero sí consiguió escurrirse entre los clientes y ocupar una es-quina de la barra. La música estaba alta y era alegre, como el público.

Había una rubia detrás del mostrador además de la propietaria y el tipo rasta. Los tres estaban bailando.

Lena le miró mientras servía dos cervezas y un gintonic.

-¿Corona?

-Mejor una cola.

Estaba tan guapa como la recordaba. Esa noche iba de azul, una blusa con el escote desabotonado y las mangas enrolladas hasta los codos. Sus labios volvían a ser rojos pero se había recogido el pelo a los lados con peinetas plateadas. Reparó en el brillo de unos aros en las orejas.

Lena le colocó delante un vaso largo.

-¿Cómo andas?

-Creo que con las dos piernas.

-No. -Lena le obsequió con su risa grave y gutural-. ¿No hablas a lo Nueva Orleáns, cher? Cuando digo «¿Cómo andas?» te estoy preguntando cómo te va.

-Ah, bien, gracias. ¿Cómo andas tú?

-Así se habla. Yo bien, también. Con mucho trabajo. Si quieres algo más, pídelo.

Declan tuvo que conformarse con mirarla. Lena atendía su tercio de la barra sirviendo bebidas, cruzando algunas palabras y entrando y saliendo de la cocina sin prisas.

En ningún momento se le pasó por la cabeza marcharse. En cuanto quedó libre un taburete, Declan lo ocupó.

Era como si la estudiara un gato grande y apuesto, pensó Lena. Tranquilo, paciente y una pizca peligroso. Declan apuró su vaso, pidió otro y allí seguía sentado cuando el local empezó a vaciarse.

Ella se acercó de nuevo.

-¿Esperas algo, bombón?

-Sí. -Declan la miró fijamente.

Ella pasó el trapo por la barra.

-He oído que fuiste a ver a mi abuela.

-Hace un par de días. Os parecéis.

-Eso dicen. -Lena se introdujo una esquina del trapo en el bolsillo de atrás-. ¿Fuiste para seducirla con tu encanto yanqui y conseguir que me hablara bien de ti?

-Me dije que sería un efecto secundario deseable, pero en realidad fui a verla porque es mi vecina. Esperaba encontrar una anciana y pensé que le gustaría saber que tiene a alguien cerca para echarle una mano, pero cuando la vi me di cuenta que no necesita ayuda de nadie.

-Qué amable. -Lena dejó escapar un suspiro-. Muy amable. Lo cierto es que a mi abuela no le iría mal una espalda fuerte de vez en cuando. ¿Dupris, cariño? -dijo sin apartar la mirada de Declan-. Cierra por mí, ¿quieres? Me voy a casa.

Sacó un bolso pequeño de debajo del mostrador y se lo colgó del hombro.

-¿Puedo acompañarte a casa?

-Sí.

Ella salió de la barra y sonrió cuando Declan le abrió la puerta.

-Me han contado que estás trabajando duro en esa casa que te has comprado.

-Noche y día. He empezado por la cocina y ya he hecho muchos progresos. No te he visto por el estanque.

-Lo sé. -Lo cierto era que se había mantenido ale-jada a propósito. Tenía curiosidad por saber si él volvería. Echó a andar lentamente por la acera.

-Conocí a Rufus. Le caí bien.

-A mi abuela también.

-¿Qué me dices de ti?

-Oh, yo también les caigo bien.

Se volvió hacia una verja de hierro cuando él rió. Entraron en un diminuto patio con una mesa de hierro y dos sillas.

-Lena. -Declan le tomó la mano.

--Vivo aquí. -Señaló los escalones que conducían a la terraza del primer piso que él había admirado la primera noche.

-Caray. Al cuerno mi oportunidad de seducirte con mi labia y mis encantos durante el largo paseo a casa. ¿Por qué no...?

-No. -Lena le clavó un dedo en el pecho-. Esta noche no subirás, pero creo que deberíamos quitarnos este peso de encima.

Se puso de puntillas, deslizó una mano por la nuca de Declan y atrajo su boca a la de ella.

Declan sintió que se hundía. Como si hubiera estado caminando sobre un suelo firme que, de pronto, se convertía en agua. Era una caída larga, empinada, con miles de impresiones que se precipitaban sobre sus sentidos.

La caricia sedosa de los labios de Lena, el roce cálido de su piel, el aroma embriagador de su perfume.

Cuando él empezó a abrir esos labios, ella retro-cedió.

-Se te da bien -murmuró posando un dedo sobre la boca de él-. Lo intuía. Buenas noches, cher.

-Espera. -Declan no estaba tan conmocionado como para no poder reaccionar. Le cogió una mano-. Esto solo ha sido el principio -dijo, y la tomó elegantemente entre sus brazos.

Notó la curva divertida de los labios de Lena contra los suyos, y deslizando las manos por su espalda, por su pelo, se dejó ahogar.

¡Glups! Lo mismo pensó ella cuando se sintió caer. La boca de Declan era paciente, pero notó los rápidos impulsos del deseo. Sus manos eran delicadas, pero la sujetaban con firmeza.

El sabor de Declan, como un recuerdo vago, empezó a penetrarle en la sangre.

Alguien abrió la puerta del bar. Un estallido de música y de nuevo el silencio. Un coche pasó como una bala con otro aluvión de música que salía por las ventanillas.

El calor trepó por el cuerpo de Lena y se coló por debajo de la piel, de modo que las manos que había posado sobre los hombros de él subieron hasta unirse en la nuca.

-Pero que muy bien -repitió, y giró la cabeza para frotar su mejilla contra la de él. Una vez, dos veces-. Pero esta noche no te dejaré subir. Tengo que meditar acerca de ti.

-De acuerdo. No me hartaré de volver.

-Siempre vuelven por Lena. -Durante un tiempo, pensó mientras se soltaba-. Vete a casa, Declan.

-Esperaré a que entres.

Ella enarcó las cejas.

-Eres un caso. -Por su amabilidad, le besó en la mejilla antes de subir.

Cuando abrió la puerta y se dio la vuelta, él seguía allí.

-Que tengas dulces sueños, cher.

-No estaría mal, por una vez -murmuró Declan cuando ella hubo cerrado la puerta.

Manet Hall 2 de enero de 1900

Eran mentiras. Tenían que ser mentiras, mentiras de lo más crueles. Jamás creería, jamás creería que su dulce Abby se había fugado. Que los había abandonado a él y a su hija.

Lucían se sentó en una punta de la cama, presa del aturdimiento que le tenía atrapado desde hacía dos días, desde que regresara para encontrar el Hall alborotado y a su esposa desaparecida.

Otro hombre. Eso decían. Un amor que había conocido en secreto durante uno de los viajes de negocios de Lucian a Nueva Orleáns.

Mentiras.

Él había sido el único hombre. Había tomado un ángel por esposa, había llevado una virgen a su lecho nupcial.

Algo malo le había ocurrido. Lucían abrió y cerró la mano sobre el broche que le había regalado cuando le pidió que se casara con él. Algo horrible.

Pero ¿qué? ¿Qué pudo empujarla a abandonar la casa en medio de la noche?

Un pariente enfermo, pensó al tiempo que se levan taba para pasear arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

Pero sabía que no era eso. ¿Acaso no había cabalgado como un loco por el pantano para preguntar, rogar, exigir a la familia y los amigos de Abby si sabían qué había sido de ella?

La gente seguía buscándola por el camino, por el pantano, por los campos.

Pero los rumores, las habladurías, ya corrían por el río.

La joven esposa de Lucian Manet había huido con otro hombre.

Y él podía oír los susurros que había detrás de los susurros. ¿ Qué esperaba? Purria cajún. Seguro que esa niña fue engendrada en el bayou y ella le hizo creer que era de él.

Mentiras atroces, perversas.

La puerta se abrió. Josephine no se había molestado en llamar. Era la dueña de Manet Hall, ahora y siempre. Entraba en las estancias a su antojo.

-Lucian.

Él se volvió raudamente.

-¿La han encontrado? -Todavía no se había cambiado las ropas mugrientas de la última búsqueda y la esperanza brilló a través de las manchas que le cubrían la cara.

-No. -Josephine cerró la puerta tras de sí con gesto irritado-. Ni la encontrarán. Se ha ido y probablemente en estos momentos se está riendo de ti con su amante.

Josephine casi podía creérselo. Pronto, pensó, sería la verdad.

-No es cierto.

-Eres un ingenuo. Fuiste un ingenuo al casarte con ella y sigues siéndolo. -Josephine se acercó al ropero y lo abrió de par en par-. ¿No ves que faltan algunas de sus ropas? ¿No lo ha dicho acaso su criada?

Él solo alcanzó a ver el vestido azul con volantes y escarapelas del que Abby estaba tan orgullosa.

-La criada se equivoca. -Pero la voz le temblaba.

-El que se equivoca eres tú. ¿Qué me dices de las joyas? -Josephine cogió del estante la caja de cuero y la abrió-. ¿Dónde están las perlas que le regalaste por Navidad? ¿La pulsera de diamantes que le compraste cuando dio a luz?

-Alguien las robó.

Con gesto despectivo, Josephine volcó las joyas sobre la cama.

-Agarró las que más brillaban. A las chicas de su calaña solo les importa lo que reluce. Te hechizó, hizo que avergonzaras a tu familia y ahora nos ha deshonrado a todos.

-No es cierto. -Lucían cerró los ojos, sintiendo que su corazón se desgarraba-. Ella no me dejaría. Y jamás dejaría a Marie Rose.

-Por mucho que quiera a la niña, dudo que Abigail o su amante desearan cargar con ella. ¿Cómo sabes que la niña es tuya?

La rabia tino de rojo las mejillas de Lucian.

-¿Cómo puedes preguntarme algo así? ¿Cómo pudiste vivir en la misma casa que mi esposa durante un año y pensar eso de ella?

La duda, se dijo fríamente Josephine, estaba plantada. Ella haría que creciera.

-Porque yo vivía en la misma casa que ella pero no estaba hechizada ni cegada por la lujuria. Tú tienes tanta culpa como ella. Si hubieras satisfecho tus apetitos como los demás hombres, si le hubieras pagado unas monedas, ahora no tendríamos este escándalo en nuestra casa.

-Pagarle como a una ramera, como Julián paga a sus mujeres. -Lucían dio un paso al frente con tanta rabia que las manos le temblaban-. Mi esposa no es una ramera.

-Te utilizó -dijo Jsephine con un susurro perverso-. Te robó la dignidad y mancilló nuestro honor. Entró en esta casa como criada y se marchó con el botín de su engaño. Como una ladrona en medio de la noche mientras su hija lloraba.

Agarró a Lucían por los brazos y lo sacudió.

-Trataste de cambiar lo que no puede cambiarse. Esperaste demasiado de ella. Jamás podría haber sido la señora de Manet Hall. -Yo lo soy-. Al menos tuvo juicio suficiente para comprenderlo. Ahora se ha ido. Mantendremos la cabeza alta hasta que los rumores amainen. Somos Manet y sobreviviremos.

Josephine se encaminó a la puerta.

-Espero que te asees y te reúnas con tu familia para la cena. Nuestras vidas ya han sufrido suficiente trastorno.

Una vez solo, Lucian se sentó en la cama y, sosteniendo el broche en la mano, rompió a llorar.

-Tengo que reconocerlo, muchacho. -Con las manos sobre las caderas, Remy miró en derredor-. Has dejado la cocina hecha una pena.

-Vuelve dentro de dos semanas -replicó Declan desde el comedor, donde había montado su taller de carpintería.

Effie levantó una esquina de la tela.

-El suelo te quedará precioso. Esta cocina es como un lienzo en blanco -dijo mientras contemplaba la estancia destripada-. Declan tenía que limpiarla para poder pintar el cuadro adecuado.

-Effie, abandona a ese animal y vente a vivir conmigo.

-Deja de hacer proposiciones a mi chica.

Remy caminó hasta la puerta. Declan estaba de pie, frente a una sierra eléctrica, con un cinturón de herramientas en la cadera y un lápiz de carpintero detrás de la oreja. Remy tuvo la impresión de que su amigo llevaba tres días sin ver una hoja de afeitar.

Tenía que admitir que ese aspecto de manitas desaliñado le favorecía enormemente.

-¿Te echo una mano o prefieres que me quede admirando tu aspecto varonil?

-No me irían mal un par de ayudantes. -Declan deslizó la sierra por una pieza de madera, provocando un agradable zumbido y una lluvia de serrín, y la apago antes de levantar la vista-. ¿Realmente queréis ayudar?

-Desde luego. -Remy colocó un brazo sobre el hombro de Effie-. Trabajaremos a cambio de cerveza.

Cuatro horas más tarde estaban sentados en la terraza de la cocina recién pintada. Effie, empequeñecida por la vieja camisa vaquera que Declan le había dejado a modo de guardapolvo, tenía pecas de pintura en la nariz. La cerveza estaba helada y en el equipo de música de Declan sonaba Foghat.

Declan se sacó la última astilla del pulgar.

-¿Qué flores está dando ese arbusto? -preguntó señalando el jardín.

-Camelias -le informó Effie-. Estos jardines están hechos un desastre, Dec.

-Lo sé. Tengo que ponerme con ellos.

-No puedes hacerlo todo. Deberías contratar a alguien para que los limpiara.

-Big Frank y Little Frankie. -Remy bebió un largo trago de cerveza-. Ellos te harían el trabajo. Y lo harían bien.

-¿Es un negocio familiar? -Declan siempre había confiado en los negocios familiares-. ¿Padre e hijo?

-Hermano y hermana.

-¿Y los dos se llaman Frank?

-Sí. Frank X., que viene de Xavier, es un tipo algo egocéntrico y puso su nombre a sus dos hijos. Te daré su número de teléfono. Diles que llamas de parte de Remy.

-Voy a asearme un poco. -Effie se miró las manos llenas de pintura-. ¿Te importa que dé una vuelta por la casa?

-Cielo -Declan le besó una mano-, puedes hacer lo que gustes.

-Menos mal que yo la vi primero -dijo Remy cuando Effie se hubo marchado.

-Y que lo digas.

-Por tu forma de mirar constantemente hacia el bayou, me parece a mí que tú tienes a otra mujer en mente.

-Ya que no puedo poseer a Effie a menos que te asesine, he decidido cortejar a la señorita Odette como prueba de nuestra amistad.

-Ya, ya. -Con una carcajada, Remy se reclinó sobre los codos-. Esa Lena agita a los hombres, despierta en ellos toda clase de pensamientos interesantes.

-Tienes chica.

-Eso no significa que mi cerebro haya dejado de funcionar. Pero no te preocupes, Effie es todo lo que quiero. -Remy dejó escapar un suspiro de hombre satisfecho-. Además, Lena y yo ya tuvimos nuestra oportunidad hace mucho tiempo.

-¿Qué quieres decir con eso? -Declan dejó su cerveza y miró fijamente a su amigo-. Tú y Lena. ¿Tú... y Lena?

Remy le guiñó un ojo.

-Fue durante un verano abrasador, hace unos quince años. Caray, cómo duele. -Remy se frotó el corazón-. Yo tenía... diecisiete años, eso es. Acababa de terminar el instituto. Por lo tanto ella tenía quince, creo. Pasamos algunas veladas memorables en el asiento trasero de mi viejo Chevy Camaro.

Remy reparó en la actitud meditabunda de Declan.

-Oye, que yo la vi primero. Me pasé seis meses ardiendo de pasión por ella. Pensaba que moriría si no la tenía. Ya sabes cómo son esas cosas a los diecisiete.

-Lo sé. Y también a los treinta y uno.

Remy sonrió.

-En fin, me tenía embelesado, bailaba a su alrededor, le olía los talones. La llevé al cine, a dar largos paseos en coche, a mi baile de graduación. Dios, qué hermosa estaba. Finalmente, una noche de junio le quité la ropa en el asiento trasero de mi Cámaro. Era su primera vez. -Miró fijamente a Declan-. Dicen que las mujeres nunca olvidan su primera vez. Lo tienes crudo, cher.

-Creo que puedo hacerlo mejor que un adolescente lujurioso. -A pesar de que ella, se dijo Declan, le hacía sentirse así-. ¿Qué ocurrió entre vosotros?

-Me fui al norte a estudiar y ella se quedó. La cosa se fue enfriando y nos convertimos en amigos. Somos amigos, Dec. Está entre mis amigos favoritos.

-Reconozco una advertencia cuando la oigo. Quieres a todas las chicas para ti, ¿es eso?

-Solo estaba pensando que no me gustaría ver a dos de mis amigos hacerse daño mutuamente. Los dos lleváis mucho equipaje a cuestas.

-Sé mantener el mío a raya.

-Puede. Y Dios sabe que ella se ha esforzado por mantener el suyo en el desván. Su madre... -Remy se detuvo al oír un grito de Effie.

Se levantó de un salto y derribó la botella, cubriendo el suelo de cerveza. Entró raudo en la cocina, por delante de su amigo, mientras gritaba el nombre de Effie.

-Arriba. -Declan giró a la izquierda y echó a correr por la escalera de la cocina-. Está arriba.

-¡Remy, Remy! ¡Ven, deprisa!

Effie estaba sentada en el suelo del pasillo, abrazada a su propio cuerpo. En cuanto Remy se agachó a su lado, se arrojó a sus brazos.

-Nena, ¿qué ha ocurrido? ¿Estás herida?

-No, no. He visto... -Effie ocultó la cara en el hombro de su prometido-. Ahí dentro, sobre la cama.

Declan miró la puerta entreabierta. La única cama que había visto en ese cuarto era la que él había imaginado. Lentamente, abrió del todo la puerta. Podía ver la capa de polvo que cubría el suelo, la zona que Effie había perturbado al asomarse. A través de la ventana, el sol no iluminaba otra cosa que madera y papel pintado.

-¿Qué viste, Effie? -preguntó Declan.

-Una mujer sobre la cama... su cara. Estaba muerta.

-Nena. -Remy le acarició el pelo y miró en derredor-. En esta habitación no hay nada. Mira, está vacía.

-Pero yo lo vi...

-Cuéntame qué viste. -Declan se arrodilló a su lado.

-Vi... -Effie estaba temblando. Apretó los labios-. Ayúdame a levantarme, Remy.

Aunque estaba blanca como la nieve, se puso de pie y se acercó a la puerta.

-Effie, cariño, estás temblando. Será mejor que bajemos.

-No, espera. -Tenía los ojos abiertos de par en par y el corazón todavía le latía con fuerza-. Es imposible que viera algo. Es un cuarto vacío. Solo un cuarto vacío. Tuve que imaginarlo...

-¿Una cama con dosel? ¿Cortinajes azules? ¿Una cómoda y un escritorio? ¿Un tocador y una silla azul? ¿Lámparas de gas, velas en la repisa de la chimenea, un retrato enmarcado?

-¿Cómo lo sabes?

-Porque yo también lo vi el primer día que estuve aquí. Y olí a azucenas.

-Azucenas blancas en un jarrón alto -prosiguió Effie, y una lágrima le cayó por la mejilla-. Me pareció extraño y por otro lado encantador que

hubieras puesto flores. Luego me pregunté por qué no nos habías dicho que habías arreglado esta habitación. Fue entonces cuando entré y vi a la mujer sobre la cama. Lo siento. Necesito aire fresco.

Sin decir palabra, Remy la levantó en sus brazos.

-Mi héroe -murmuró ella cuando se alejaban por el pasillo.

-Me has dado un susto de muerte, chère. Declan, tráele un vaso de agua a mi chica.

Declan permaneció un largo instante contemplando la habitación antes de seguir a sus amigos.

Llenó un vaso de agua y lo llevó a la terraza, donde encontró a Remy sentado con Effie en el regazo.

-¿Qué opinión te merecen ahora los fantasmas?

Effie bebió agua mientras estudiaba a Declan por encima del vaso.

-Lo imaginé.

-Un salto de cama blanco sobre la silla, un juego de cepillos de plata, una especie de broche de oro y esmalte.

-Un reloj -puntualizó ella, y dejó escapar un suspiro trémulo-. No puedo explicarlo.

-¿Puedes hablarme de la mujer?

-Tenía la cara magullada y llena de sangre. Oh, Remy.

-Sssh. -Remy le acarició el pelo y la atrajo hacia sí-. No tienes que pensar en ello. Dale un respiro, Declan.

-No, no, estoy bien. -Effie reposó la cabeza en el hombro de Remy y clavó sus ojos en los de Declan-. Fue horrible, horrible y extraño. Creo que era una mujer joven, pero no puedo asegurarlo. Vi mucho pelo, pelo muy oscuro y rizado. Llevaba puesto un camisón hecho jirones. Tenía unas marcas espantosas en el cuello... como si... Dios, como si la hubieran estrangulado. Enseguida supe que estaba muerta. Grité y retrocedí. Entonces las piernas me fallaron.

-Tengo que descubrir quién era -dijo Decían-. Tiene que haber una forma de averiguar si era un miembro de la familia, una criada o una invitada. Si una mujer joven murió de forma violenta en esta casa, tiene que estar registrado en algún lugar.

-Puedo indagar. -Effie dejó el vaso y alcanzó a esbozar una sonrisa-. Después de todo, es mi trabajo.

-Si se hubiera producido un asesinato, habríamos oído hablar de él a lo largo de estos años. -Remy sacudió la cabeza-. Yo no he oído nada. Vamos, cariño, te llevaré a casa.

-Está bien. -Effie posó una mano sobre el brazo de Declan-. Ven con nosotros. Creo que no deberías quedarte.

-Tengo que hacerlo. Quiero hacerlo.

Necesitaba quedarse, pensó cuando estuvo solo y el motor de su destornillador eléctrico retumbó en el comedor. No solo estaba restaurando la casa. La estaba haciendo suya. Si una muchacha asesinada formaba parte de la casa, también formaba parte de él.

Quería averiguar su nombre, conocer su historia. ¿De dónde era? ¿Por qué había fallecido? A lo mejor él había venido a parar aquí porque debía descubrirlo.

Si esas imágenes, esas sensaciones, habían espantado a otras personas, a él solo le atraerían todavía más.

Podía convivir con fantasmas, pensó mientras pasaba una, mano por el canto de su primer armario. Con todo, no descansaría hasta conocerlos.

Pero cuando terminó de trabajar y se fue a la cama, dejó las luces encendidas.

Durante los días que siguieron estuvo demasiado ocupado para pensar en fantasmas, en su sonambulismo e incluso en las visitas a la ciudad que se había propuesto. El electricista y el fontanero estaban trabajando duramente con sus respectivos equipos. En la casa había demasiada gente y jaleo para los fantasmas.

Frank y Frankie, tan parecidos como sus nombres, anchos de espaldas y con el pelo del color del barro, recorrieron los jardines haciendo unos ruiditos con la boca que tanto podían ser de aprobación como de aversión. La pequeña Frankie parecía ser el cerebro de la operación, y tras una hora de inspección comunicó a Declan su precio por limpiar la maleza. Pese a preguntarse si tenían intención de jubilarse con lo que pedían, Declan confió en Remy y los contrató.

Regresaron cargados de palas, piquetas y tijeras de podar de un kilómetro de largo. Declan podía oír desde el comedor, donde estaba fabricando los armarios, el perezoso vaivén de sus voces y algún que otro golpe o derribo.

Cuando se asomó al jardín, comprobó que la maleza había empezado a desaparecer.

El yesero que le había enviado la señorita Odette era un hombre negro, flaco como un fideo, llamado Tibald. Su bisabuelo, explicó a Declan, había trabajado durante un tiempo de bracero para los Manet.

Recorrieron la casa mientras Tibald hacía anotaciones en una libreta sobada y diminuta. Cuando entraron en el salón de baile, el hombre contempló el techo con expresión soñadora.

-Siempre pienso que he creado una imagen en mi mente que no existe -dijo-. Creo que nunca me acostumbraré a ver esta clase de trabajo.

-¿Ya había estado aquí?

-Sí. Los Rudicker me pidieron un presupuesto por las obras de enlucido. Son las personas a las que usted compró la casa. Tenían ideas refinadas, pero nunca hicieron nada con ellas. De todos modos, oí que iban a contratar a alguien de Savannah.

-¿Por qué?

Tibald siguió sonriendo al techo.

-Tenían ideas refinadas y temían que la gente de aquí no fuera capaz de llevarlas a cabo. A mí me parece que los Rudicker pensaban que cuanto más dinero gas-taran, más fino les quedaría. No sé si me entiende.

-Le entiendo. En mi opinión, si uno contrata a gen-te del lugar, mayores probabilidades tendrá de que se impliquen en su trabajo. ¿Puede reparar y reproducir estos artesonados?

-Hice todo el enlucido de la Harvest House de River Road. En el camión guardo fotografías como referencia. Puede echarles una ojeada o visitar personalmente la Harvest House. Hacen visitas públicas y a veces celebran actos de postín. También trabajé en Nueva Orleáns, en Baton Rouge y en Metarrie. Puedo darle nombres.

-Veamos esas fotos.

Un vistazo a las fotografías del antes y el después de cornisas, paredes y medallones demostraron que el hombre era un artista. Por formalidad,

Declan le pidió un presupuesto. Tras prometerle que lo tendría listo a finales de semana, Tibald le tendió la mano.

-Reconozco que me encantaría meter mano en ese salón de baile. -Tibald contempló la casa-. ¿Está haciendo algo en el segundo piso?

-Más adelante.

-Si quiere, hable con mi hermana Lucy. Limpia casas.

-Aún falta mucho para que necesite una limpiadora.

Tibald sonrió y extrajo un paquete de goma de mascar Big Red.

-No me refiero a esa clase de limpieza, señor. -Después de ofrecer a Declan, cogió una goma de mascar, la dobló y se la introdujo en la boca-. Limpieza de espíritus. Tiene espíritus fuertes en esta casa. -Mastico con lentitud-. Sobre todo en el segundo piso.

-¿Cómo lo sabe?

-Noto su respiración en la nuca. ¿Usted no? Cuando los Rudicker estaban restaurando la casa, se les fueron dos obreros. Los tipos salieron por piernas y nunca volvieron. Quizá por eso los Rudicker buscaron trabajadores de fuera. -Tibald se encogió de hombros-. Quizá por eso no terminaron sus refinadas ideas.

-¿Sabe qué ocurrió en el segundo piso?

-No, ni conozco a nadie que lo sepa. Pero sí sé de unos cuantos que no subirían a ese piso ni por todo el oro del mundo. Si hay que enlucir algo en la segunda planta, primero llame a mi hermana Lucy.

Se volvieron al oír el sonido de un motor.

-Es el coche de la señorita Lena. Le acompaña la señorita Odette.

La sonrisa de Tibald se amplió cuando el viejo MG se detuvo al lado de su camión.

-Buenas tardes, señoras. -Caminó hasta el lado del pasajero para abrirle la puerta a Odette-. ¿Cómo anda?

-Bien, muy bien, Tibald. ¿Cómo está su familia?

-Nada de qué quejarnos.

Declan abrió la puerta del conductor y Lena bajó. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una camisa turquesa.

-Mi abuela pensó que había llegado la hora de hacerte una visita. -Miró hacia el camino y reparó en las camionetas-. ¿Qué has hecho, cher? ¿Contratar a un ejército?

-Solo un batallón. -Lena olía a jazmín, pensó Declan. Olía a noche. Estuvo a punto de atragantarse con la goma de mascar-. ¿Os apetece dar una vuelta?

-Desde luego. Tibald, salude a Mazie de mi parte.

-Descuide. Debo irme. Le haré ese presupuesto, señor Fitzgerald.

-Llámeme Declan. Lo esperaré impaciente. Señorita Odette. -Declan le tomó una mano mientras Tibald subía a su camión.

La mujer llevaba puesto un vestido de algodón del color de la calabaza madura y un jersey verde oscuro. En esta ocasión los calcetines hacían juego con el vestido.

Olía a lavanda y sus cadenas y pulseras tintineaban. Todo en ella le resultaba relajante.

-Bienvenida a Manet Hall.

Odette guiñó un ojo a Lena cuando Declan le besó la mano.

-Visitaremos el interior de la casa cuando hayamos terminado con el jardín. He oído que contrató al gran Frank y la pequeña Frankie -dijo

Odette, señalando con la cabeza la furgoneta de los hermanos-. ¿Qué tal se portan?

-Parece que hacen su trabajo, aunque ignoro cómo. -Declan contempló los jardines con los dedos pulgares suspendidos de las presillas de su cinturón- Todavía no les he pillado trabajando, pero en cuanto me doy la vuelta desaparece un camión entero de maleza. ¿Le gustaría dar un paseo?

-Será un placer. Lena, cariño, trae del coche las botellas protectoras.

-¿Botellas protectoras?

-Para mantener alejados a los espíritus malignos. -Lena procedió a sacar del coche unas botellas de cristal llenas de agua hasta la mitad.

-¿Deberían preocuparme los espíritus malignos? -preguntó Declan.

-Más vale prevenir -respondió Odette, y cargan-do dos botellas echó a andar hacia los árboles.

-Botellas protectoras -murmuró Declan mientras levantaba una. Las había visto en casa de Odette-. ¿Cómo funcionan?

-Es un viejo truco vudú -explicó Lena-. El sonido que hacen al chocar entre sí espanta a los espíritus malignos.

Declan golpeó dos botellas entre sí. El sonido era agradable, se dijo, y no especialmente aterrador.

-¿Crees en la brujería vudú?

-Creo en la prevención. -Lena se alejó, menuda y sinuosa, para reunirse con su abuela.

Ya fuera magia vudú o meras botellas de cristal, le gustaban colgadas de sus árboles. Y cuando volvió a golpear dos entre sí, le gustó el sonido que emitieron.

Tardaron casi una hora en rodear la casa, pues fue preciso charlar con los jardineros, preguntarles por la familia, especular sobre el tiempo y opinar sobre el jardín.

Cuando Declan consiguió finalmente llevarlas a la cocina, Odette se llevó las manos a las caderas y asintió.

-Me gusta el color, como la corteza de una tarta horneada en su punto. La mayoría de los hombres solo conocen el blanco. Este color hace que la madera del suelo destaque.

-La semana que viene montaré los armarios. -Declan señaló el comedor-. Los estoy haciendo de madera de pino y cristal.

Odette entró y pasó una mano por uno de ellos.

-Buen trabajo, Declan. Tienes talento.

-Gracias.

-Y te hace feliz.

-No lo sabe usted bien. ¿Quieren ir al salón? Tengo una mesa. Les prepararé una taza de té. -Algo pesado golpeó el suelo del primer piso. Declan levantó la vista-. Lamento el ruido.

-El trabajo casi nunca es una actividad silenciosa. Si no te importa, Lena y yo daremos una vuelta. Encontraremos solas el salón.

-No tiene pérdida. Es la única habitación con una mesa.

-Declan es un joven muy agradable -comentó Odette cuando salió del comedor acompañada de Lena.

-Sí.

-Y muy guapo.

-Mucho.

-Le gustas, chère.

Lena rió.

-Lo sé.

-¿ Qué piensas hacer?

-Todavía lo estoy meditando. Jesús, qué casa. -Lena arrastró las manos por una pared-. Por esa puerta cabría un coche. Es una pena que la hayan descuidado tanto.

-¿Descuidado? No sé, a mí me da la impresión de que simplemente ha estado esperando. Se nota que aquí vive un hombre -señaló Odette al entrar en el salón-. Le basta con una mesa y dos sillas. Seguro que no se ha preparado una comida decente desde que llegó aquí.

Lena enarcó una ceja.

-Abuela, no conseguirás que me compadezca tanto de él como para hacerle la comida. -Se acercó a la ventana con una sonrisa-. Qué vista tan hermosa. Imagina cómo debía de ser mirar por esta ventana cuando la casa gozaba de todo su esplendor, con los caballos trotando por la avenida y aquellos coches antiguos subiendo por el camino.

-Volverá a ser hermosa, pero necesita una mujer. Y el muchacho también.

Lena jugó con la llavecita que colgaba de su cuello.

-He dicho que aún lo estoy meditando. Todavía hace frío en esta casa -añadió-. No le iría mal un fuego.

-Lo encenderé -dijo Declan al entrar con una jarra rebosante de té y unas tazas de plástico.

6

Charlaron durante una hora larga. Exceptuando a Remy y Effie, pensó Declan, Lena y la señorita Odette eran su primera compañía real.

Le gustaba tenerlas allí, tener esa presencia femenina en el salón, con el fuego crepitando animadamente y el sol de la tarde forzando su entrada a través del polvo de las ventanas.

-Vendré a ver tu cocina cuando esté terminada -dijo Odette.

-Espero que me visite a menudo. Me encantaría enseñarle el resto de la casa.

-Podrías enseñársela a Lena. Yo debo irme.

-Te acompaño, abuela.

-No, tú quédate un rato. -Pese al tono despreocupado de Odette, su mirada era traviesa-. Prefiero caminar. Llegaré justo a tiempo para mi siesta. -En cuanto se disponía a levantarse, Declan se puso de pie y le ofreció una mano-. Eres muy atento, muchacho. Ven a verme cuando estés menos ocupado. Te prepararé un sauce patate o estofado de patatas antes de que adelgaces tanto que la ropa te resbale del cuerpo.

-Ya tengo teléfono. -Declan buscó en sus bolsillos un trozo de papel, encontró un lápiz en el bolsillo de la camisa y anotó el número-. Si necesita algo, llámeme.

-Muy atento, sí señor. -Odette alzó una mejilla para invitarle a besarla. Cuando él la hubo acompañado hasta el portal, le hizo señas para que volviera a inclinarse-. Me gusta que cortejes a mi Lena. Sabrás cuidar de ella, algo que la mayoría no sabe hacer.

-¿Es su manera de decirme que pierdo el tiempo con usted, señorita Odette?

La mujer rió y le dio una palmadita en la mejilla.

-Ay, si yo tuviera treinta años menos se lo pondría difícil a mi Lena. Ahora ve y enséñale la casa.

Declan la vio alejarse entre los árboles y las botellas protectoras.

-Mi abuela te cae bien -dijo Lena desde la puerta del salón.

-Me tiene enamorado. Es maravillosa. Oye, su casa queda un poco lejos. Quizá deberías...

-Si quiere caminar, caminará. Siempre se sale con la suya. -Lena se acercó al portal-. Mira, Rufus ha venido para acompañarla a casa. Juraría que ese perro tiene un radar por lo que a mi abuela se refiere.

-Esperaba que Rufus apareciera por aquí. -Declan se volvió hacia Lena-. Y te trajera con él. Esta semana estuve dos noches a punto de ir a tu bar, pero cambié de parecer en el último momento.

-¿Porqué?

-Una cosa es la persistencia y otra el acoso. -Declan levantó un dedo para jugar con el pelo de Lena-. Pensé que si aguantaba hasta que fueras tú quien viniera a verme, evitaría que solicitaras una orden de arresto.

-Si quiero que un hombre me deje tranquila, se lo digo.

-¿Los hombres hacen siempre lo que les dices?

Lena esbozó esa sonrisa felina que despertaba en Declan el deseo de lamerle el lunar.

-La mayoría. ¿Vas a enseñarme tu mansión, cher?

-Claro. -Declan le alzó el mentón y la besó-. Por cierto -añadió mientras la conducía de la mano hasta la escalera-, la señorita Odette me ha dado permiso para cortejarte.

-Necesitas mi permiso, no el suyo.

-Tengo intención de hechizarte hasta hacerte perder el sentido. Una escalera fabulosa, ¿no te parece?

-Sí. -Lena pasó una uña roja por la barandilla-. Esta casa es magnífica, Declan. Y por lo que he visto hasta ahora, deduzco que en realidad no eres un abogado rico.

-Ex abogado. Pero no te entiendo.

-Tienes dinero para restaurar esta casa y conservarla. Porque piensas conservarla, ¿verdad?

-Sí.

-Entonces no eres rico. Eres más que rico. Eres millonario. ¿Me equivoco?

-El dinero no es un problema, pero no da la felicidad.

Lena se detuvo en el rellano y rió.

-Ay, cher, si piensas eso es que no sabes dónde comprar.

-Puedes ayudarme a gastarlo cuando quieras.

-Quizá lo haga. -Lena contempló el gran vestíbulo desde la barandilla-. Necesitarás muebles. Conozco algunos lugares.

-¿Tienes un primo?

-Uno o dos. -Lena alzó una ceja al oír las palabrotas que llegaban del fondo del pasillo.

-El fontanero -explicó Declan-. Le pedí que empezara por el cuarto de baño principal. Era espantoso. Si conoces a alguien que quiera sanitarios realmente feos, de color aguacate, dímelo.

Declan procedió a alejarse de la puerta del que ya consideraba el cuarto de los fantasmas, pero Lena giró el pomo y la abrió. Cuando entró, Declan contuvo la respiración.

-Hace frío. -Lena. se abrazó, pero no pudo frenar el escalofrío-. Deberías conservar el papel de la pared. Es un dibujo bonito. Violetas y capullos de rosa.

Cuando se dirigía a las puertaventanas, Lena notó que del escalofrío pasaba a un fuerte temblor y experimentó una profunda tristeza.

-Es una habitación triste, ¿no crees? Necesita luz. Y vida.

-Hay un fantasma, una mujer. Creo que la mataron aquí.

-¿De veras? -Lena miró a Declan. Estaba un poco pálida y tenía los ojos muy abiertos-. No tengo la sensación de... violencia. Solo de tristeza. De vacío y tristeza.

Su voz se había espesado. Instintivamente, Declan entró.

-¿Estás bien?

-Sí. Solo tengo frío.

Declan alargó las manos con intención de frotarle los brazos pero al tocarla notó una descarga.

Sonriendo, Lena dio un paso atrás.

-Me temo que esto no es lo que mi abuela entiende por hacer la corte, cher.

-Es esta habitación. Hay algo extraño en ella.

-Los fantasmas no me preocupan, y a ti tampoco deberían preocuparte. No pueden hacerte daño. -Así y todo, Lena caminó hasta la puerta reprimiendo el deseo de acelerar el paso.

Deambuló por las demás habitaciones, pero en ninguna experimentó la tristeza, la aprensión, la soledad que le habían impulsado a abandonar el primer cuarto.

Cuando entró en la habitación de Declan, sonrió.

-Esto ya está mejor. Tienes gusto, cher. -Lena introdujo la cabeza en el cuarto de baño, donde los fontaneros estaban dando golpes y blasfemando-. Aunque no puedo decir lo mismo ¿Eres la persona que hizo este baño. ¿Eres tú, Tripadoe? ¿Sabe tu madre que comes con esa boca?

Se apoyó en la jamba de la puerta y charló durante un rato con los fontaneros. Declan aprovechó para hacerse a un lado y mirarla.

Era patética esa chifladura de cachorro que le había cogido, pensó.

Y cuando ella le miró por encima del hombro, le temblaron hasta las plantas de los pies.

-¿Quieres que te enseñe el salón de baile? Será el escaparate de la casa.

-Será un placer. -Pero cuando echaron a andar, Lena señaló la escalera-. ¿ Qué hay allí arriba?

-Más habitaciones. Trasteros y algunas dependencias del servicio.

-Echemos un vistazo.

-No tienen nada de especial. -Declan fue a cogerle la mano, pero Lena ya estaba subiendo.

-¿Se puede llegar al mirador desde aquí? Muchas veces lo contemplaba y me imaginaba en él. -Es más fácil llegar desde... ¡No!

La mano de Lena se detuvo en seco sobre el pomo de bronce del cuarto infantil.

-¿Qué ocurre? ¿Tienes a una mujer encadenada ahí dentro? ¿Guardas aquí todos tus secretos, cher?

-No, pero... -Podía notar el pánico trepando por su cuerpo, quemándole la base de la garganta-. Hay algo raro en esa habitación.

-En casi todas lo hay -replicó Lena antes de abrir la puerta.

Declan tenía razón. Ella experimentó al instante la misma sensación de tristeza, de pérdida, de soledad. Vio paredes, suelos y ventanas, polvo y abandono. Y sintió que se le rompía el corazón.

Cuando empezó a hablar, el frío la invadió. Notó que le soplaba en la piel como un aliento, que se introducía en su pelo como si fueran dedos.

-Es el centro -declaró, pero ignoraba qué quería decir con eso o por qué lo sabía-. ¿Lo notas? ¿Puedes notarlo?

Declan se mareó y, abatido, clavó los dedos en la jamba de la puerta. Sentía un miedo irracional que le atravesaba los huesos como navajas. Maldita sea, era su casa, se recordó con severidad, y entró.

La habitación empezó a dar vueltas. Oyó un grito, vio la cara de Lena, la alarma brotando de ella. Creyó ver que su boca pronunciaba su nombre. Luego notó que la vista le fallaba y unas manchas blancas bailaban a través de la neblina.

-Tranquilo, Declan, cariño, no es nada.

Alguien le estaba acariciando el pelo y la cara. Notó en sus labios otros labios. Abrió los ojos y solo alcanzó a ver una mancha borrosa, así que volvió a cerrarlos.

-No los cierres. -Ella le golpeó suavemente las mejillas con unos dedos que temblaban. Declan había caído al suelo, como un árbol bajo un hacha, después de empalidecer y poner la mirada en blanco-. Abre los ojos.

-¿Qué ha pasado?

-Te desvaneciste.

Declan tenía ahora los ojos clavados en ella. La humillación forcejeaba con una vaga sensación de náuseas.

-Perdona, pero los hombres no nos desvanecemos. A veces nos desplomamos o perdemos el conocimiento, pero no nos desvanecemos.

El suspiro de Lena fue de profundo alivio. Puede que se hubiera abierto la cabeza, pensó, pero afortunadamente había recuperado el sentido del humor.

-Disculpa, te desplomaste. Caíste con tanta fuerza que tu cabeza rebotó contra el suelo. -Se inclinó de nuevo y rozó con sus labios el rasguño que tenía en la frente-. Te va a salir un morado, bebé. No pude cogerte. Imagino que si lo hubiera hecho, nos habrías tirado a los dos.

Lena había conseguido darle la vuelta y ahora le acariciaba las mejillas.

-¿Te desplomas a menudo?

-Generalmente cuando bebo hasta perder el cono-cimiento, lo cual no hago desde que iba a la universidad. Oye, sé que corro el riesgo de ponerme en ridículo dos veces en pocos minutos, pero necesito salir de aquí.

-De acuerdo. ¿Puedes levantarte? Me temo que no soy capaz de hacerlo sola, cher. Eres un tipo grande.

-Puedo. -Declan se puso de rodillas. Intentó respirar pero volvió a ahogarse, como si tuviera un tabique en el pecho. Su corazón luchaba por seguir palpitando. Tambaleante, finalmente se levantó.

Lena le rodeó la cintura con un brazo y se hizo con todo el peso que podía sostener.

-Un paso, dos pasos. Bajaremos para que puedas tumbarte.

-Se me pasará. -Los oídos le pitaban. Nada más alcanzar la escalera se sentó y colocó la cabeza entre las piernas.

-Dios santo.

-Tranquilo, cariño. -Lena le acarició el cabello.

-Cierra esa puerta, ¿quieres? Ciérrala.

Lena corrió hasta ella y la cerró de un portazo.

-Cuando respires mejor te llevaré a la cama.

-He ansiado oír esas palabras desde el primer día que te vi.

El nudo formado en su estómago perdió intensidad.

-¿Te encuentras mejor?

-Sí. -Volvía a respirar y la sensación de náuseas empezaba a amainar-. Tendré que darle una paliza a alguien o salir a cazar algún mamífero para recuperar mi hombría.

-Deja que te vea la cara. -Lena le echó la cabeza hacia atrás-. Todavía estás un poco pálido, pero has recuperado algo de color. Apuesto a que mi abuela tiene razón cuando dice que no comes. ¿Qué has almorzado hoy, cher?

-Cheerios, el desayuno de los campeones. -De-clan esbozó una sonrisa débil-. No parece que hayan funcionado.

-Te haré un bocadillo.

-¿En serio? -Ya solo la idea le llenó de placer-. ¿Vas a cocinar para mí?

-Yo no llamaría cocinar a preparar un bocadillo.

-Yo sí. Lena, esa habitación…

-Hablaremos de eso cuando te hayas llenado el estómago.

Las opciones eran reducidas. Lena miró tristemente a Declan tras echar una ojeada a la nevera de segunda mano que descansaba en el comedor.

-¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

-Soy varón -respondió Declan encogiéndose de hombros-. Los hábitos alimenticios de los varones nunca envejecen. Tengo mantequilla de cacahuete para acompañar la gelatina. -Miró a su alrededor-. En algún lugar.

También tenía una lonja solitaria de jamón, dos huevos, un trozo de queso anémico y media bolsa de ensalada preparada.

-Está visto que acabaré cocinando para ti. ¿Dónde están los fogones?

-Aquí. -Declan dio una palmadita a la superficie del microondas.

-Algo es algo. ¿Cuenco? ¿Cuchillo? ¿Tenedor?

-Eh… -Declan rebuscó en la caja donde guardaba los objetos de cocina y extrajo la vajilla de plástico.

-Cielo, esto es muy triste. Anda, siéntate que Lena cuidará de ti. Pero solo esta vez -añadió.

Declan se apoyó en el caballete de serrar y la observó batir los huevos, despedazar el jamón, cortar el queso y añadir parte de la ensalada.

-¿Tienes hierbas, cher? ¿Especias?

-Tengo sal y pimienta -respondió-. Son especias -añadió cuando ella suspiró-. Los exploradores recorrieron continentes enteros en busca de sal.

-Creciste con cocinera en casa, ¿verdad?

-Sí, ¿y?

-¿Cómo te las arreglaste cuando te independizaste?

-Comida para llevar, comida congelada y microondas. Con esas tres cosas no hay hombre que pase hambre.

Lena metió el cuenco en el microondas, lo programó y se volvió hacia Declan.

-Si vives aquí será mejor que contrates a otra cocinera.

-Di el precio.

-Eres un hombre gracioso, Declan. -Había recuperado el color y los ojos le brillaban de nuevo. El nudo del estómago había desaparecido-. ¿Por qué no tienes novia?

-La tenía, pero descubrí que no la quería.

-¿En serio? -Lena abrió el microondas al oír el pitido, removió el contenido del cuenco y volvió a cerrarlo-. ¿Qué ocurrió?

-¿Remy no te lo ha contado?

-No me lo cuenta todo.

-Estaba prometido, pero rompí el compromiso tres semanas antes de la boda, lo cual me convirtió en un sinvergüenza. Mucha gente de Boston todavía maldice mi nombre.

Quería darle un toque de humor, pensó Lena, pero no lo estaba consiguiendo.

-¿Por eso te fuiste?

-No, por eso comprendí que podía irme.

-No la amabas.

-No, no la amaba.

-Te entristece decirlo. -Lena sacó el cuenco del microondas, cogió un tenedor de plástico y se lo pasó a Declan. Observó que en sus ojos volvía a asomar el re-mordimiento-. ¿Te amaba ella?

-No. Hacíamos buena pareja. Estábamos acostumbrados el uno al otro. Ella pensaba que queríamos las mismas cosas.

-Pero tú no.

-Nunca quisimos las mismas cosas. Y cuanto más se acercaba el día D, más notaba que mi vida se iba estrechando, hasta que ya solo quedó una pequeña ranura sin espacio, sin aire, sin luz. Me di cuenta de que mi boda con Jessica me hacía sentir como el derecho empresarial, y si el resto de mi vida iba a ser así tenía dos opciones, saltar de un puente o salir de la ranura mientras estuviera a tiempo.

Lena le apartó el pelo de la frente.

-Fue un acto más valiente salir que saltar.

-Puede. Está muy bueno. -Declan recogió otro trozo de tortilla con el tenedor-. ¿Y tú? ¿Cómo es posible que no tengas novio?

Lena ladeó la cabeza.

-¿Quién dice que no lo tengo?

Declan le cogió una mano antes de que ella tuviera tiempo de apartarse.

-Necesito saber si lo tienes.

Lena le miró la mano y luego le miró a los ojos.

-¿Porqué?

-Porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque no puedo apartarte de mi mente. Porque cada vez que te veo mi corazón se acelera.

-También eres bueno diciendo cosas que excitarían a cualquier mujer.

Si fuera solo eso, si fuera solo una cuestión de excitación, se escurriría entre esas largas piernas y saciaría el deseo de ambos. Pero no se hallaba ante un hombre sencillo, pensó.

Estar con él no sería fácil.

-Come -le ordenó, y recuperó la mano-. ¿Por qué has empezado por la cocina si te alimentas de mantequilla de cacahuete y no tienes ni un solo plato?

-Tengo platos, pero no de los que se lavan. La cocina es el corazón de un hogar. Yo crecí en una casa antigua y maravillosa, con habitaciones enormes. Teníamos cocinera, pero era en la cocina donde siempre aterrizábamos cuando había una crisis, una celebración o algún tema que tratar. Supongo que quiero eso mismo aquí.

-Qué bueno. -Lena se apoyó en un armario para estudiarle-. ¿Quieres acostarte conmigo, cher?

Declan consiguió bajar ágilmente del caballete a pesar de que su pulso se había disparado.

-Por supuesto. Pero primero echaré al fontanero. -Le encantó la risa de Lena-. Oh, no te referías a este momento. Ya entiendo, es como esas preguntas de verdadero o falso. Déjame comprobar algo. -Se llevó los dedos a la muñeca-. Sí, todavía estoy vivo, de modo que la respuesta es verdadero.

Sacudiendo la cabeza. Lena retiró el cuenco vacío de sus manos y lo tiró a una caja que hacía de basura.

-Eres un hombre interesante. Declan. Me gustas.

-Oh, oh, espera un momento. -Declan miró a su alrededor y agarró un destornillador que había sobre una tabla-. Toma.

-¿Para qué?

-Para que me lo claves en el corazón cuando me digas que solo deseas que seamos amigos.

-Apuesto a que Jessica todavía se está dando bofetadas por haberte dejado escapar. Quiero que seamos amigos. -Lena giró el destornillador en su mano y lo devolvió a su lugar-. Pero todavía no sé si solo quiero que seamos amigos. Tengo que meditarlo.

-De acuerdo. -Declan deslizó las manos por los brazos de Lena hasta alcanzarle los hombros-. Medítalo.

Ella no se apartó, sino que alzó la cara para que sus labios se encontraran. Le gustaba el suave progreso del calor a la pasión, el paseo amable ofrecido por un hombre que se tomaba su tiempo.

Lena comprendía el deseo. El de un hombre. El suyo propio. Y sabía que algunos de esos deseos podían saciarse únicamente con encuentros rápidos y apasionados en la oscuridad.

Algunas veces ella había saciado el suyo de esa manera.

Esto, no obstante, era algo más que deseo, era ansia. El ansia, incluso estando satisfecha, podía causar un dolor que no causaba el deseo.

Así y todo, no pudo evitar posar las manos en el rostro de él y dejar que el beso girara.

En su interior, en lo más hondo, hubo un suspiro.

-Angelina.

Declan susurró su nombre al cambiar el ángulo del beso. Al hacerlo más profundo. Mil advertencias se apiñaron en el cerebro de Lena sin recibir respuesta. Se entregó durante un instante imprudente a la pasión, al deseo. Al ansia.

Luego retrocedió.

-No hay duda de que tengo mucho que meditar.

Le puso una mano en el pecho cuando él intentó atraerla de nuevo.

-Tranquilízate, cher. -Le obsequió con una son-risa lenta, perezosa-. Ya me has encendido lo bastante por hoy.

-Apenas había empezado.

-Te creo. -Lena suspiró y se echó el pelo hacia atrás-. Tengo que irme. Esta noche trabajo.

-Iré a verte y te acompañaré a casa.

Aunque hablaba con serenidad, en sus ojos había tempestades. La clase de tempestades, imaginó ella, que te hacían estremecer de placer antes de colisionar sobre tu cabeza.

-Mejor no.

-Lena, quiero estar contigo. Quiero pasar tiempo contigo.

-¿Quieres pasar tiempo conmigo? Proponme una cita.

-¿Una cita?

-Ya sabes, me recoges en casa y me llevas a cenar a un restaurante elegante. Después me llevas a bailar y luego me acompañas a casa y me das un beso de buenas noches. ¿Crees que podrás hacerlo?

-¿ A qué hora te recojo?

Lena sonrió y sacudió la cabeza.

-Esta noche trabajo. Tengo libre la noche del lunes. Es cuando el bar está más tranquilo. Recógeme a las ocho.

-El lunes, a las ocho.

Declan la cogió de los brazos y la atrajo hacia sí. Esta vez el paso a la pasión no fue suave, sino impetuoso.

Ay, sí, cómo la haría estremecer de placer antes de la colisión, pensó Lena.

-Tómatelo como un recordatorio -dijo Declan.

Más bien una advertencia, pensó ella. Declan no era tan manso como parecía.

-No lo olvidaré. Hasta luego, cher.

-Lena, no hemos hablado de lo que ocurrió arriba.

-Hablaremos -dijo ella por encima del hombro antes de proseguir su camino.

No respiró bien hasta que hubo salido de la casa. Declan no iba a ser tan fácil de manejar como había imaginado. Su cortesía no era una fachada, era parte de él. Pero también la pasión y la determinación.

Un compendio que admiraba y respetaba.

Eso no significaba que no pudiera manejarlo, se dijo al entrar en el coche. Manejar a los hombres era una de sus principales habilidades.

Este hombre, no obstante, era mucho más complicado de lo que parecía a primera vista. Y mucho más interesante que todos los hombres que había conocido hasta entonces.

Sabía qué veían los hombres cuando la miraban. Y no le importaba porque ella era más de lo que ellos veían. O querían ver.

Tenía cerebro y fuerza, y la habilidad de utilizar ambas cosas para conseguir lo que quería. Dirigía su vida de la misma forma que su bar. Con gusto por el colorido y una base de orden bajo el caos.

Miró Manet Hall por el retrovisor mientras se alejaba en el coche. Le preocupaba que Declan Fitzgerald hiciera tambalear ese orden como nadie lo había hecho aún.

Le preocupaba que no encontrara tan fácil apuntalar las grietas cuando él se fuera.

Siempre se iban. A menos que ella se fuera primero.

Declan se durmió pensando en Lena. Soñó con ella. Sueños poderosos, intensos, donde Lena yacía debajo de él moviendo las caderas con sacudidas rápidas y enérgicas. La piel empapada como oro líquido. Ojos oscuros como el chocolate, labios rojos y húmedos.

Podía oír su respiración, sus jadeos, sus pequeños ahogos de placer. Podía olería, podía aspirar ese jazmín que le hacía pensar en harenes y sombras prohibidas.

Se sumergió en el sueño, muerto de deseo por ella.

Y la vio correr por el pasillo con los brazos llenos de sábanas. El pelo, ese hermoso pelo, cruelmente recogido hacia atrás y su cuerpo tentador cubierto desde el cuello hasta los tobillos con un vestido holgado de flores diminutas.

Llevaba los labios apretados y sin pintar. Y podía oírle los pensamientos como si fueran suyos.

Tenía que darse prisa, tenía que guardar las sábanas cuanto antes. Madame Manet ya estaba levantada y no le gustaba encontrarse criadas por los pasillos. Si no se daba prisa, llamaría su atención.

No quería llamar la atención de madame. Los sirvientes conservaban más tiempo el empleo cuando se mantenían invisibles. Eso decía la señorita LaRue, el ama de llaves, y nunca se equivocaba.

Necesitaba el empleo. Su familia necesitaba el dinero que ella ganaba, pero, ay, también le gustaba trabajar en el Hall. Era la casa más hermosa que había visto en su vida. Estaba feliz y orgullosa de participar en sus cuidados.

¿Cuántas veces la había contemplado desde las sombras del bayou? Admirándola, deseando la oportunidad de contemplar a través de las ventanas toda la belleza que encerraba dentro.

Y ahora ella estaba dentro y era responsable, en cierta medida, de cuidar de esa belleza.

Le encantaba pulir la madera, barrer los suelos, ver el brillo de los cristales después de frotarlos.

En el sueño, ella salía al pasillo por una de las puertas falsas del primer piso. Sus ojos lo miraban todo mientras corría: el papel de la pared, las alfombras, la madera, el cristal. Entró en un cuarto y guardó las sábanas en un armario.

Pero cuando se dirigía a la puerta algo llamó su atención y se acercó de puntillas a la ventana.

Declan vio, como ella, los jinetes que se acercaban por la gran avenida de robles. Él sintió, como ella, un sobresalto cuando sus ojos se posaron en el hombre subido al hermoso caballo castaño. Su pelo era dorado y ondeaba al viento. Cabalgaba erguido en la silla, como un soldado, con un abrigo gris sobre unos hombros anchos y unas botas negras y lustrosas.

La joven se llevó la mano a la garganta y pensó: he ahí un príncipe de regreso a su castillo.

Suspiró, como suspiran las muchachas cuando se enamoran. Él sonrió, como si le sonriera a ella, pero ella sabía que era la casa lo que hizo que su hermoso rostro se iluminara.

Con el corazón acelerado, la joven salió a toda prisa del cuarto y desapareció por la puerta de servicio.

El joven señor había vuelto a casa, pensó. Y se preguntó qué ocurriría ahora.

Declan despertó sobresaltado en medio de la oscuridad, en medio del frío. Olió a humedad y polvo y notó la madera del suelo bajo su cuerpo.

-¿Qué demonios...? -Atontado, alargó una mano con aprensión y golpeó una pared. Palpándola, se levantó y echó a andar con la esperanza de alcanzar una esquina o una puerta. Tardó un rato en percatarse de que la pared no estaba empapelada.

No se hallaba en el cuarto de los fantasmas. Estaba en uno de los pasadizos del servicio, como la chica del sueño.

Declan había estado siguiendo sus pasos.

La idea de tantear la oscuridad hasta encontrar la salida no le atraía, pero menos le atraía esperar en ese pasadizo a que amaneciera.

Echó a andar muy lentamente. Para cuando notó la junta de una puerta, estaba empapado de sudor.

Salió con ímpetu, pronunció una oración de agradecimiento al aspirar la primera bocanada de aire fresco y contempló, en la tenue luz, la silueta del pasillo de la primera planta.

Tenía telarañas en el pelo y las manos y los pies llenos de polvo.

Si esto seguía así, se dijo, tendría que ver a un médico y recurrir a los somníferos. Con la esperanza de que las aventuras de esa noche hubieran terminado, se lavó y bebió agua para calmar el ardor de su garganta. Y se encerró con llave en su habitación.

Declan cogió la pila de libros de los brazos de Effie y la besó en la mejilla.

-No hacía falta que me los trajeras. Podría haber ido a buscarlos.

-No importa, se canceló una reunión y tenía tiempo libre. Además... -con un suspiro, Effie dio una vuelta completa- tenía que demostrarme que no echaría a correr en cuanto entrara en esta casa.

-¿Estás bien?

-Sí. -Effie suspiró de nuevo y asintió enérgicamente con la cabeza-. Bastante bien. -Entonces reparó en las ojeras de Declan-. Tú, en cambio, pareces agotado.

-No duermo muy bien que digamos. -Mas no quería hablar de los sueños, ni de su sonambulismo, ni de los ruidos que tantas veces le despertaban durante la noche-. Vamos a la cocina para que pueda presumir. Tengo limonada. No es natural, pero está fría.

-Vale. -Effie acarició el brazo de Declan a modo de reconocimiento tácito y, porque comprendía, aligeró el tono de su voz-. Solo dispongo de media hora, pero tengo información para darte. Y algunas hipótesis. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Se asomó al salón. El suelo estaba lleno de papeles, libros abiertos y muestras de pintura y telas.

-Mi próximo proyecto. He decidido empezar por esta habitación para que la gente pueda estar cómoda cuando la haya terminado. ¿Qué clase de información?

-Sobre los Manet -respondió Effie mientras seguían recorriendo la casa-. Henri Manet se casó con Josephine Delacroix. Ambos pertenecían a familias criollas adineradas e influyentes. Henri estaba metido en política. Se rumorea que su padre hizo una fortuna durante la guerra comerciando con municiones entre esta-dos. La familia se hizo republicana durante la Reconstrucción y se rumorea que utilizó su poder e influencia para comprar votos y políticos. ¡Caray, Dec!

Effie entró en la cocina y admiró los armarios inferiores que Declan ya había montado.

-Son preciosos.

Declan se llevó los pulgares a los bolsillos traseros y esbozó una sonrisa.

-Pareces sorprendida.

-Y lo estoy, pero en el buen sentido. Remy no es capaz ni de clavar una alcayata en la pared para colgar un cuadro. -Acarició la madera y abrió una puerta-. Están muy bien hechos. Seguro que estás orgulloso.

-La verdad es que estoy bastante satisfecho de mí mismo. Los chicos de las encimeras acaban de irse. He elegido una superficie lisa que imita pizarra. También he encargado un enorme frigorífico Sub-Zero por razones que todavía desconozco, una cocina y un lavavajillas. Lo forraré todo de madera.

Declan dejó los libros sobre el contrachapado que cubría temporalmente la superficie de los armarios.

-¿Te apetece un vaso de limonada?

-Sí. -Effie le siguió hasta el comedor. Declan había terminado dos armarios superiores e iba por el tercero-. Te están quedando preciosos. Apuesto a que estás trabajando día y noche.

Y perdiendo peso, pensó Effie. Cada día estás más demacrado.

-Prefiero eso a caminar en sueños. -Declan se puso nervioso e introdujo las manos en los bolsillos para mantenerlas quietas-. Cuéntame más cosas.

-De acuerdo. -Effie se reprimió el deseo de regañarle y volvió a los hechos-. Los propietarios originales de esta casa perdieron la mayor parte de su dinero durante la guerra. Fueron tirando vendiendo terrenos o arrendándolos a aparceros. Sus ideas políticas estaban reñidas con las de los Manet. Se produjo un incendio y la casa quedó reducida a cenizas. Aquello los dejó en la miseria. Los Manet compraron la propiedad y construyeron esta mansión. Tenían dos hijos gemelos, Lucian y Julián, y ambos fueron a estudiar a Tulane. A Lucían le fue muy bien, mientras que Julián se licenció, por así decirlo, en la bebida y el juego. Lucían era el heredero y estaba destinado a dirigir los negocios de la familia. El dinero de los Manet había menguado considerablemente, pero Josephine gozaba de una herencia importante. Sus dos hijos murieron antes de cumplir los veintitrés.

Declan le tendió un vaso.

-¿Cómo?

-Aquí es donde comienzan los rumores y las hipótesis. -Effie dio un sorbo a su limonada-. La hipótesis más plausible es que se quitaron mutuamente la vida. Nadie sabe por qué, pero al parecer tuvieron una riña

violenta. Se cuenta que Lucían fue a Nueva Orleáns, por orden de su madre, para sacar a su hermano de los burdeles que frecuentaba. Julián opuso resistencia, discutieron y uno de ellos, probablemente Julián, sacó un cuchillo. Forcejearon y ambos se hirieron. Julián murió al instante. Lucian agonizó durante una semana hasta que un día se levantó, salió al jardín y cayó al estanque, donde se ahogó.

El estanque, pensó Declan, cubierto de hojas de nenúfar, empañado de neblina al amanecer.

-Los padres debieron de quedar destrozados.

-El corazón del padre dejó de funcionar pocos años después. Josephine vivió unos años más, pero sufrió un revés financiero. Aunque todavía tenía la casa y las tierras, no le quedaba dinero. Se rumoreaba que Julián se lo había gastado casi todo en el juego.

-Remy dijo que había una nieta, hija de Lucian o de Julián.

-También existen hipótesis a ese respecto. Aunque los informes muestran que Lucian se casó con una tal Abigail Rouse en 1898 y que el matrimonio tuvo una hija un año más tarde, no existen documentos sobre la muerte de Abigail. Tras el fallecimiento de Lucían, los Manet repudiaron legalmente a la niña y la excluyeron del testamento. Por lo visto fue criada por los Rouse. No he encontrado ningún dato referente a Abigail Rouse salvo su partida de nacimiento y su certificado de matrimonio.

-A lo mejor la echaron de la casa cuando Lucían murió.

-Puede. Hablé de ello con Remy. -Effie se acercó a la ventana y contempló los jardines-. Es un poco impreciso, pero recuerda que corrían rumores de que Abigail se había fugado con otro hombre. -Se volvió-. Las versiones de los Rouse son muy diferentes. Hablan de juego sucio. Averiguarás más cosas de Abigail y de lo que pudo ocurrirle si hablas con alguien de la familia Rouse o la familia Simone.

-Averiguar más cosas de una chica que huyó o murió hace cien años.

-Cariño, esto es el sur. Cien años no son nada. Ella era del bayou y tenía diecisiete cuando se casó con Lucian. Es imposible que la familia de él aprobara ese matrimonio. Dudo que la vida de Abigail en esta casa fuera color de rosa. Tal vez huyó. Por otro lado... yo vi a alguien en la habitación de arriba. No creo en esas cosas. No creía. -Effie reprimió un escalofrío-. Ahora mismo ya no sé qué pensar, pero te aseguro que me gustaría averiguarlo.

-Hablaré con la señorita Odette. Y con Lena. Tengo una cita con ella el lunes.

-¿De veras? -La idea levantó el ánimo de Effie-.

Por lo visto nos esperan más rumores. -Le devolvió el vaso-. Debo irme. Te enviaré a Remy mañana para que te eche una mano y me deje tranquila. Tengo prueba con el vestido de novia y otros recados nupciales.

-Lo mantendré ocupado.

-¿Por qué no vuelves a la ciudad con él? -preguntó Effie cuando se dirigía a la puerta. Deseaba coger a Declan del brazo y llevárselo de esa casa-. Podríamos cenar juntos e ir al cine.

-Deja de preocuparte por mí.

-No puedo evitarlo. Cuando te imagino aquí solo, con esa habitación allí arriba, siento escalofríos. -Miró la escalera con nerviosismo.

-Los fantasmas no pueden hacer daño. -Declan le dio un beso en la frente-. Están muertos.

Pero por las noches, con el sonido del viento y la lluvia, con el tintineo de las botellas protectoras, no parecían muertos.

Se dio fiesta el domingo. Durmió hasta tarde, despertó con un cielo que se esforzaba por aclarar y pasó otra hora en la cama con los libros que Effie le había traído.

Le había marcado las páginas que creía que podían interesarle más. Declan estudió viejas fotografías de las grandes plantaciones. Y se emocionó cuando contempló la foto en blanco y negro de Manet Hall en su esplendor de principios de siglo.

Los retratos formales de Henri y Josephine Manet no le produjeron la misma emoción. Por ellos sintió curiosidad. La mujer era indudablemente hermosa, muy al estilo de su tiempo, con el corpiño cuadrado de su vestido de noche ribeteado de rosas y la peineta de plumas adornándole el cabello recogido en lo alto.

El traje, ajustado a una cintura increíblemente estrecha, le confería una fragilidad que se veía acentuada por la extensión de las faldas de brocado y las mangas de farol terminadas en unos guantes largos y blancos.

La cara, sin embargo, era fría, y no por la rigidez de la pose ni la calidad de la foto, pensó Declan. Sobresalía por encima de su frágil constitución y la hacía formidable.

Pero fue el retrato de Lucian Manet el que le dejó de piedra.

Había visto esa cara en el sueño. El apuesto joven de cabellos dorados subido a un caballo castaño, galopando por la avenida de robles.

¿Autosugestión? ¿Había esperado que la cara del sueño fuera real y la estaba proyectando ahora en Lucian?

Sea como fuere, se le puso la carne de gallina.

Decidió ir a Nueva Orleáns y obsequiarse con unas horas revolviendo anticuarios.

En lugar de eso, se descubrió una hora más tarde entrando en Et Trois.

Los domingos por la tarde eran un buen negocio, se dijo. Mezcla de turistas y lugareños. Estaba aprendiendo a distinguir a unos de otros, pensó satisfecho. La música estaba ahora a cargo de la máquina de discos, y en ese momento una canción de Beau Soleil se colaba en las conversaciones de los clientes.

El olor a frito le recordó que su estómago se había saltado el desayuno. Reconociendo a la camarera rubia de su segunda visita, se acercó y probó una sonrisa con ella.

-Hola. ¿Está Lena?

-En el despacho. Mirando al escenario, la puerta de la derecha.

-Gracias.

-No hay de qué, monada.

Declan llamó a la puerta que decía PRIVADO e introdujo la cabeza. Lena estaba sentada frente a una mesa, trabajando en el ordenador. Llevaba el pelo recogido y Declan sintió deseos de mordisquearle la nuca.

-Hola. ¿Cómo andas?

Lena se recostó y estiró perezosamente los hombros.

-Aprendes deprisa. ¿Qué haces en mi puerta, cher?

-Paseaba por el barrio y decidí acercarme para invitarte a comer. Como un preludio de la cita de mañana.

Lena había pensado en él más de la cuenta. Y ahora aquí estaba, alto, sensual y varonil.

-Estoy haciendo la contabilidad.

-Y te he interrumpido. ¿No es un fastidio? -Declan entró de todos modos y se sentó en el borde de la mesa-. Te he traído un regalo.

Fue entonces cuando ella reparó en la bolsa.

-Dudo que ahí dentro quepa un coche.

-Estamos en ello.

Lena le miró fijamente mientras aceptaba la bolsa y extrajo una caja envuelta en papel dorado con un lazo blanco. Lo abrió lentamente. Siempre había creído que la expectación era tan importante como el regalo.

Guardó cuidadosamente el lazo en la bolsa, abrió el papel y lo dobló con esmero.

-¿Cuánto tiempo tardas en abrir tus regalos de Navidad? -preguntó Declan.

-Me gusta tomarme mi tiempo. -Lena abrió la caja y notó un tirón en los labios, pero mantuvo la expresión serena mientras contemplaba el salero y el pimentero con forma de cangrejos sonrientes-. ¡Qué pareja tan atractiva!

-Eso pensé yo. También había caimanes, pero estos tipos me parecieron más simpáticos.

-¿Forman parte de tu campaña de seducción, cher?

-Por supuesto. ¿Qué tal ha funcionado?

-No está mal. -Lena paseó un dedo por la fea sonrisa de uno de los cangrejos-. No está nada mal.

-Bien. Puesto que ya te he interrumpido y te he seducido, ¿por qué no dejas que también te alimente? Para devolverte la tortilla.

Lena se reclinó en su silla y dio vueltas mientras lo meditaba.

-¿Por qué cada vez que te veo tengo la sensación de que debería echar a andar en la otra dirección?

-A mí que me registren. Y aunque lo hicieras, mis piernas son más largas que las tuyas y te daría alcance. -Se inclinó sobre la mesa y levantó las cejas. Lena llevaba una falda, una falda corta. Quizá sus piernas fueran más largas, pero esas medias no le quedarían ni la mitad de bien--. Aunque tú tampoco te quedas corta. ¿Por qué vas tan arreglada?

-No voy arreglada. Vengo de misa. -Lena sonrió-. Con ese nombre, te tomé por un chico católico.

-Culpable.

-¿Has ido hoy a misa. Declan?

Declan nunca había entendido por qué esa pregunta siempre lo violentaba.

-Soy medio lapso.

-Oh. -Lena arrugó los labios-. Mi abuela se llevará una decepción.

-Fui monaguillo durante tres años. Eso debería contar.

-¿Cuál es tu nombre de confirmación?

-Te lo diré si comes conmigo. -Declan cogió los cangrejos y los hizo bailar sobre la mesa-. Venga, Lena, sal a jugar conmigo. Ha salido el sol.

-De acuerdo. -Craso error, le dijo su mente práctica, pero, así y todo, se levantó y cogió el bolso-. Puedes invitarme a comer, pero ha de ser algo rápido. -Guardó su archivo y apagó el ordenador.

-Michael -dijo Declan, tendiéndole una mano-. Declan Sullivan Michael Fitzgerald. Si fuera un poco más irlandés, tendría sangre verde.

-Louisa. Angelina Marie Louisa Simone.

-Muy francés.

-Bien sur. Y quiero italiano. -Lena introdujo su mano en la de él-. Invítame a pasta.

Por sus visitas anteriores, Declan sabía que en Nueva Orleáns tenías que esforzarte mucho para comer mal. Cuando Lena lo condujo a un restaurante pequeño y sencillo, no se inquietó. No tuvo más que aspirar el aire para saber que iban a comer divinamente.

Lena saludó a alguien con la mano, señaló una mesa vacía y, al parecer, recibió el visto bueno.

-Esto no es una cita -advirtió.

Declan hizo lo posible por parecer inocente y casi lo consiguió.

-¿No?

-No. -Lena se reclinó en su silla y cruzó las piernas-. Una cita es cuando quedamos a una hora y me recoges en casa. Esto es un encuentro casual. De modo que mañana será nuestra primera cita. Lo digo por si estás pensando en la regla de las tres citas.

-A los hombres no nos gusta pensar que las mujeres sabéis eso.

Lena sonrió.

-Hay muchas cosas que no os gusta pensar que sabemos. -Sin apartar la mirada de Declan, tendió una mano al hombre moreno que se había detenido frente a su mesa-. Hola, Marco.

-Lena. -Marco le besó los dedos y le entregó la carta-. Me alegro de verte.

-Te presento a un amigo de universidad de Remy. Declan, de Boston. Lo traje para que vea que en el Vieux Carré sabemos cocinar italiano.

-No podrías haber elegido mejor. -Marco estrechó la mano de Declan y le tendió una carta-. Mi madre está hoy en la cocina.

-Eso significa festín -explicó Lena-. ¿Qué tal la familia, Marco?

Declan se percató entonces de cómo ocurría. Cuando Lena cambió de postura, levantó la cara y miró a Marco, fue como si los dos estuvieran solos en una isla de intimidad. Era algo sexual, de eso no había duda, pero también... cortés, decidió.

-Estupendamente. El viernes mi Sofía ganó un concurso de ortografía.

-Tu niña es una lumbrera.

Charlaron durante un rato, pero Declan se distrajo observando la cara de Lena. Cómo sus cejas subían, bajaban o se unían según la emoción. Cómo movía los labios, resaltados por el diminuto lunar.

Cuando Lena se volvió hacia él, Declan sacudió la cabeza.

-Perdona, ¿qué decías? Te estaba mirando y me perdí.

-Veo que hay tipos con labia en el norte -dijo Marco.

-Y guapos, ¿no te parece? -preguntó Lena.

-Mucho. Nuestra Lena tomará los linguini con marisco. ¿Sabes ya lo que quieres o necesitas más tiempo?

-No pidas lo mismo que yo. -Lena martilleó con un dedo la carta que Declan aún no había leído-. O no será divertido picar de tu plato. Prueba las conchas rellenas. Mamá las hace buenísimas.

-Que sean conchas rellenas. -Declan presintió que habría pedido virutas de cartón si ella se lo hubiera pedido-. ¿Quieres vino?

-No, porque tú has de conducir y yo he de trabajar.

-Estricta. ¿San Pellegrino entonces? -Declan miró a Marco.

-Os traeré una botella.

Cuando Marco se hubo marchado, ella se remetió el pelo por detrás de la oreja.

-¿ Qué planes tienes para hoy, cher?

-Había pensado visitar algunos anticuarios. Estoy buscando una vitrina para la cocina y cosas con qué llenarla. Puede que haga una visita a la señorita Odette de regreso a casa. ¿Qué cosas le gustan? Quiero llevarle algo.

-No tienes que llevarle nada.

-Me gustaría.

Lena colgó un brazo sobre el respaldo de su silla y martilleó la mesa con los dedos mientras le observaba.

-En ese caso, una botella de vino. Un buen tinto. Pero dime una cosa, cher. ¿Tú no utilizarías a mi abuela para conquistarme, verdad?

Advirtió que la furia encendía los ojos de Declan, una furia más oscura, más candente de lo que había esperado en él. Hubiera debido imaginar, se dijo, que toda esa afabilidad ocultaba algo afilado, algo dentado. Le impresionó, pero más le impresionó la rapidez con que Declan pasó de la furia a la dulzura.

Un hombre que podía dominarse de ese modo, decidió Lena, tenía una voluntad de hierro. Un aspecto más a tener en cuenta.

-Es al revés -dijo él-. Te estoy utilizando a ti para conquistar a la señorita Odette. Es la chica de mis sueños.

-Lo siento.

-Me alegro, porque es para sentirlo.

Lena esperó a que les sirvieran el agua y el pan. La dureza de Declan le había molestado. Sobre todo, fue capaz de admitir, porque se la tenía merecida. Cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó.

-Lo siento porque he sido desagradable. Voy a decirte algo, Declan. Mi boca tiene la costumbre de soltar cosas desagradables. No siempre lo lamento. No soy una mujer de carácter dulce y sereno. Soy desconfiada. Tengo cosas buenas, pero también cosas malas. Y me gusta así.

Declan le imitó la postura.

-Soy tenaz, competitivo y temperamental. Tengo mal genio, pero también mucho aguante, lo cual es una suerte para la gente en general. No tengo que salirme con la mía en los detalles pequeños, pero cuando decido que quiero algo de verdad, encuentro la forma de conseguirlo. Así que a ti te conseguiré.

Lena estaba equivocada. Declan no había recuperado la dulzura. Todavía había genio en sus ojos. Puesto que la persona con la que siempre intentaba ser honesta era con ella misma, no se molestó en fingir que eso no la excitaba.

-Lo dices para que me enfade.

-Esa es una ventaja secundaria. -Declan se recostó y le ofreció pan-. ¿Quieres pelea?

Malhumorada, aceptó un trozo.

-Quizá más tarde. Las peleas me quitan el apetito. -Se encogió de hombros y dio un bocado a su pan-. En cualquier caso, no te aconsejo que vayas a ver a mi abuela. Está en casa de su hermana.

-Entonces pasaré otro día de esta semana. Me han montado las encimeras de la cocina y ayer Remy me ayudó, por llamarlo de algún modo, con los armarios superiores. La tendré terminada dentro de dos semanas.

-Me alegro. ¿Has vuelto a subir a la segunda planta?

-Sí. -Antes, sin embargo, había tenido que animarse con un buen trago de Jim Beam-. Esta vez no me caí de bruces, pero sufrí un ataque de pánico, y no soy propenso a ellos. He descubierto más cosas sobre la historia de la familia Manet, pero todavía me falta información. Quizá tú la tengas.

-Quieres saber cosas sobre Abigail Rouse.

-Exacto. ¿Qué... ? -Declan se detuvo porque Lena había dirigido su atención a Marco, que en ese momento les traía la pasta. Cuando empezaron a hablar ociosamente de la comida, se recordó que en el sur las cosas iban más lentas.

-¿Qué sabes de ella? -preguntó cuando volvieron a estar solos.

Lena enrolló la pasta en el tenedor y la deslizó entre sus labios. Suspiró profundamente y tragó.

-Mamá Realdo cocina como los dioses. Prueba tu plato -le ordenó, y se inclinó para catarlo ella también.

-Está delicioso. La mejor comida que he probado desde que me hicieron una tortilla en el microondas.

Lena esbozó una sonrisa larga y lenta que se instaló en el estómago de Declan. Luego siguió comiendo.

-Conozco las historias que contaban en mi familia, pero nadie puede asegurar que sean ciertas. Abigail trabajaba de criada en la mansión. En aquellos tiempos las familias adineradas solían contratar a chicas cajún. Cuentan que Lucian Manet llegó de Tulane y se enamoró de ella. Huyeron y se casaron. Tuvieron que huir porque nadie habría aprobado esa boda, ni la familia de él ni la de ella.

Partió un trozo de pan y lo mordisqueó mientras estudiaba a Declan.

-La mezcla de clases es un asunto espinoso. Lucian regresó a casa con Abigail y también eso fue un asunto espinoso. La gente dice que Josephine Manet era una mujer dura, orgullosa y fría. Empezaron a contar con los dedos, pero el bebé no nació hasta pasados diez meses.

-La habitación de arriba debía de ser el cuarto de la niña.

-Es muy probable. Había una niñera, que se casó más tarde con el hermano de Abigail. Ella es la fuente de la mayor parte de las historias sobre el Hall. Al parecer, dos días antes de que finalizara el año Lucian se hallaba en Nueva Orleáns por asuntos de trabajo. Cuando regresó a casa, Abigail no estaba. Le contaron que había huido con un muchacho del bayou que había estado viendo a escondidas, pero eso no tenía sentido. La niñera, que se llamaba... Claudine, dijo que Abigail jamás habría abandonado a Lucían y la pequeña. Dijo que le había ocurrido algo malo, algo horrible, y se echó la culpa porque la noche que Abigail desapareció ella había bajado al río para ver a su novio.

Una muchacha muerta sobre una cama con dosel en una habitación fría, pensó Declan, y la pasta se aferró a su estómago como el pegamento. Bebió un largo sorbo de agua.

-¿La buscaron?

-Su familia la buscó por todas partes. Dicen que Lucían rondó el bayou hasta el día de su muerte. Cuando no buscaba allí, estaba en la ciudad

tratando de dar con algún rastro de su esposa. No encontró nada y también él pereció joven. Muerto él y su gemelo, sin duda el favorito de su madre, Josephine envió a la niña a casa de los padres de Abigail. Te has puesto pálido, Declan.

-Lo sé. Sigue.

Esta vez, cuando Lena partió un trozo de pan, lo untó de mantequilla y se lo dio. Su abuela tenía razón, pensó, el muchacho necesitaba comer.

-El bebé era la abuela de mi abuela. Los Manet la repudiaron alegando que era bastarda y no llevaba su sangre. La trasladaron a casa de los Rouse con lo puesto y una bolsa que contenía algunos juguetes. Lo único que obtuvo del Hall fue el reloj de broche que Claudine le entregó y que había pertenecido a Abigail.

La mano de Declan se posó raudamente en la de Lena.

-¿Todavía existe ese broche?

-Esas cosas pasan de hija a hija. Mi abuela me lo dio cuando cumplí dieciséis años. ¿Por qué?

-Un reloj esmaltado suspendido de unas alas doradas.

Lena enrojeció.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque lo he visto. -Declan notó un escalofrío en la espalda-. Sobre la cómoda del dormitorio que debía de ser el de Abigail. Un cuarto vacío -prosiguió- con muebles fantasma. La habitación donde Effie vio una chica muerta tumbada en la cama. Ellos la mataron, ¿verdad?

La forma en que lo dijo, tan directa, tan fría, golpeó el estómago de Lena.

-Eso piensa la gente. La gente de mi familia.

-En el cuarto infantil.

-No lo sé. Me estás asustando, Declan.

-¿A ti? -Se pasó una mano por la cara-. En fin, supongo que ya conozco la identidad de mi fantasma. Pobre Abigail, todos estos años rondando el Hall, esperando el regreso de Lucian.

-Pero si realmente murió en el Hall, ¿quién la mató?

-Tal vez sea eso lo que debo descubrir para que ella pueda...ya sabes, descansar en paz.

Declan ya no estaba pálido, pensó Lena. Su rostro se había endurecido. Otra vez esa determinación.

-¿Por qué tú?

-¿Por qué no? Tuvo que ser uno de los Manet. La madre, el padre o el hermano. Luego la enterraron en algún lugar y dijeron que había huido. Tengo que averiguar más cosas de ella.

-Seguro que lo conseguirás. Tienes pinta de terco, cher. No entiendo por qué eso me atrae tanto. Habla con mi abuela. Quizá sepa más cosas o conozca a alguien que las sepa. -Lena apartó su plato vacío-. Ahora invítanos a un capuchino.

-¿Quieres postre?

-No me queda sitio. -Lena abrió el bolso y extrajo un paquete de cigarrillos.

-No sabía que fumaras.

-Me compro un paquete al mes. -Deslizó los dedos a lo largo de un cigarrillo.

-¿Un mes? ¿Qué sentido tiene?

Lena se llevó el cigarrillo a los labios y lo encendió con un mechero plateado. Tal como había hecho con el primer bocado de pasta, suspiró tras la primera calada.

-Placer, cher. Un paquete tiene veinte cigarrillos y un mes treinta o treinta y un días. Salvo febrero. Me encanta el mes de febrero. Puedo fumarme el paquete entero en un día y volverme loca el resto del mes, o dosificarlo y hacer que dure, pues no volveré a comprarme un paquete hasta el mes siguiente.

-¿Y cuántos cigarrillos gorreas entretanto?

Los ojos de Lena brillaron a través de la nube de humo.

-Eso sería hacer trampas, y yo no hago trampas. El placer no es nada, cielo, a menos que tengas la fuerza de voluntad para aguantar hasta que realmente puedas apreciarlo.

Pasó un dedo por el dorso de la mano de Declan y, por puro placer, frotó el pie contra su pierna.

-¿Cómo andas tú de fuerza de voluntad? -preguntó.

-Pronto lo averiguaremos.

Había oscurecido cuando llegó a casa. El cajón de su camioneta estaba lleno de tesoros que había encontrado en los anticuarios. El mejor de todos, no obstante, era la vitrina que había adquirido y por la que había suplicado y sobornado para que se la trajeran al día siguiente.

Trasladó lo que pudo en un primer viaje y lo dejó todo en el vestíbulo. Luego cerró la puerta y se quedó muy quieto.

-Abigail -dijo. Escuchó el eco de su voz y esperó.

Mas no sintió ninguna corriente fría y nada rompió el silencio.

Y allí, de pie en la base de la escalinata, no podía explicarse por qué sabía que no estaba solo.

Le despertó la tormenta, pero al menos despertó en su propia cama. Los relámpagos estallaban al otro lado de la ventana inundando la habitación con novas de luz.

Miró el despertador. Un minuto para las doce. No podía ser, pensó Declan. Se había acostado después de la una. Sospechando que la tormenta había cortado la corriente, apretó el interruptor de la lámpara.

La luz le deslumbró.

-Mierda. -Se frotó los ojos y cogió la botella de agua que había dejado en la mesita de noche. Luego salió a la terraza a contemplar el espectáculo.

Habría merecido pagar una entrada para verlo, se dijo. Lluvia flagelante, relámpagos cegadores y el viento que aullaba entre los árboles. Alcanzaba a oír el choque violento de las botellas protectoras y la feroz guerra de truenos.

Y el llanto del bebé.

La botella de agua resbaló de sus dedos, cayó al suelo y le empapó los pies.

No estaba soñando, se dijo, y se agarró a la barandilla mojada. No estaba caminando sonámbulo. Estaba despierto, totalmente consciente de su entorno. Y oía al bebé llorar.

Obligándose amoverse, regresó al dormitorio, se puso unos pantalones de algodón y comprobó que su linterna funcionaba. Descalzo, sin camisa, abandonó la seguridad de su cuarto y se dirigió a la segunda planta.

Aguardó a que le invadiera el pánico, ese nudo en el estómago, la dificultad para respirar, las fuertes palpitaciones.

Pero esta vez no llegó. Los escalones solo eran escalones, y la puerta una simple puerta con un pomo de bronce que necesitaba lustre.

Y el bebé había dejado de llorar.

-Justo cuando llego -refunfuñó.

Las manos le sudaban, pero de nervios, no de miedo. Giró el pomo. La puerta se abrió con un chirrido.

La chimenea estaba encendida. La luz del fuego y de las velas dibujaba bellas formas en las paredes de color melocotón. De las ventanas pendían cortinajes azules con visillos de encaje. El suelo, reluciente como un espejo, tenía dos alfombras con un estampado en tonos melocotones y azules.

Había una cuna de hierro con sábanas blancas.

Ella estaba sentada en una mecedora con un bebé junto al pecho. Declan vio la mano del bebé posada en un seno, blanca sobre dorado. El cabello de la mujer rodaba por los brazos de la mecedora.

Sus labios entonaban una canción o un cuento que Declan no podía oír. Sus ojos contemplaban al bebé mientras lo alimentaba y su rostro rebosaba amor.

-No los abandonaste -dijo Declan con voz queda-. No habrías sido capaz.

Ella miró hacia la puerta y, durante un instante paralizador, Declan pensó que le había oído. Que le hablaría. Cuando ella le sonrió y extendió una mano, Declan dio un paso hacia delante.

Entonces vio a un hombre pasar por su lado como una brisa y caminar hacia ella, y las rodillas le fallaron.

Tenía el pelo rubio. Era alto y delgado y vestía un batín granate. Tras arrodillarse junto a la mecedora, acarició la mejilla del bebé y los diminutos dedos que amasaban el pecho de la mujer.

La mujer, Abigail, posó una mano sobre la del hombre. Y allí, rodeados por la tenue luz, los tres permanecieron unidos mientras la boca lechosa de la pequeña succionaba y ella la mecía suavemente.

-Nunca los abandonaste. Descubriré qué te hicieron. Descubriré qué os hicieron.

Mientras hablaba, la puerta se cerró de golpe. Declan dio un salto, se volvió y se descubrió sumido de nuevo en la oscuridad, con los relámpagos y la linterna como única luz. Sintió un gran peso en el pecho, como el de una roca, que le robó el aire. La habitación estaba vacía, helada, y el pánico le saltó a la garganta.

Se agarró al pomo y las manos sudorosas le resbalaron por el bronce. Sus jadeos luchaban por convertirse en gritos, en ruegos y oraciones. Mareado, cayó de rodillas y luchó frenéticamente con el pomo, dolorido y pegado a la puerta.

Cuando consiguió abrirla, salió a cuatro patas y se desplomó en el suelo, boca abajo, con el corazón desbocado y los truenos sacudiendo las paredes.

-Estoy bien, maldita sea, estoy bien. Voy a levantarme del suelo y luego me iré a la cama.

Tal vez perdiera horas de sueño, pensó Declan mientras se levantaba tembloroso, pero había averiguado un par de cosas.

Si lo que había visto en el cuarto infantil era cierto y no una fantasía, Abigail Rouse Manet no había abandonado Manet Hall voluntariamente.

Y tenía más de un fantasma en sus manos.

Probablemente estaba cometiendo un error, pensó Lena mientras deslizaba el vestido negro por el cuerpo. Ya había cometido algunos errores con Declan Fitzgerald.

Eso la irritaba porque raras veces cometía errores con los hombres.

Si algo había aprendido de su madre, era a manejar a la especie masculina. En el tema de las relaciones, Lena había convertido en un hábito hacer exactamente lo contrario de lo que hacía Lilibeth.

El método la había mantenido libre de afectos durante casi treinta años. No tenía el más mínimo deseo ni intención de ponerse en manos de un hombre. Metafóricamente hablando, pensó con una sonrisa mientras se pasaba el carmín por los labios.

Le encantaba estar en las manos del hombre adecuado cuando tenía ganas de que la manejaran.

En su opinión, la mujer que no disfrutaba del sexo simplemente no tenía ojo para elegir a sus parejas. Una mujer lista escogía hombres que estuvieran dispuestos a aprender cómo quería ser complacida. Y una mujer complacida solía dar al hombre buenos viajes.

Todo el mundo salía ganando.

El problema era que Declan tenía el don de hacer que le apeteciera el sexo en todo momento. No estaba acostumbrada a que la guiaran sus hormonas.

Lo más sabio y seguro que una mujer podía hacer con respecto al sexo era tenerlo controlado. Decidir el cuándo, el dónde, el quién y el cómo. Los hombres, en fin, los hombres eran lujuriosos por naturaleza. No era culpa de ellos.

Y las mujeres que aseguraban que no intentaban excitar a los hombres, o no tenían sangre en las venas o mentían.

Si creyese que ella y Declan iban a tener un rollo con un comienzo y un final amistoso, no estaría preocupada. Pero Declan era algo más. Poseía demasiadas capas, pensó, y no parecía capaz de atravesarlas todas.

Más preocupante, mucho más preocupante aún era que él le provocaba algo más que deseo. Eso también resultaba complicado y misterioso.

Le gustaba su aspecto, y su acento yanqui. Y para colmo había tocado su punto flaco con ese cariño que le profesaba a la abuela.

También le calentaba la sangre, reconoció Lena. Ese hombre tenía unos labios realmente hábiles.

Y cuando él no prestaba atención, tenía una mirada de hombre herido. Ella atraía los corazones heridos.

Más le valía tomárselo con calma. Arqueó el cuello y deslizó por la piel la varita de cristal de su perfume. Despacio. No tenía sentido llegar al final del camino a menos que hubieras disfrutado del viaje.

Pasó la varita por el escote e imaginó en él los dedos de Declan. Su boca.

Cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no deseaba a un hombre tan... obviamente. Y puesto que ya era demasiado tarde para un revolcón rápido y anónimo, más le valía conocerlo un poco mejor antes de dejarle creer que podía llevársela a la cama.

-Qué puntual, cher -dijo en voz alta al oír que llamaban. Comprobó su aspecto frente al espejo, se envió un beso y caminó hasta la puerta.

El traje le sentaba muy bien. Elegante y moderno, decidió. Le acarició la solapa con los dedos.

-Mmm, sabes vestirte, cher.

-Lo siento, toda la sangre de mi cabeza se ha vaciado, así que lo único que soy capaz de decir es uau.

Lena le miró seductoramente y dio una vuelta sobre sus tacones de aguja.

-Entonces, ¿te parece bien?

El vestido descendía aferrado a su piel. Las glándulas de Declan estaban bailando una giga.

-Me parece muy bien.

Lena dobló un dedo.

-Acércate.

Dio un paso atrás, tomó el brazo de Declan y se volvió hacia un espejo antiguo de marco plateado.

-Estamos divinos -dijo, y su reflejo se rió del reflejo de él-. ¿Adonde me llevas, cher?

-Pronto lo sabrás. -Declan recogió un fular de seda rojo y lo extendió sobre los hombros de Lena-. ¿No tendrás frío?

-Si lo tengo, significará que el vestido no está tan bien. -Lena salió a su pequeña terraza. Se disponía a coger la mano de Declan cuando bajó la vista y vio una limusina blanca estacionada en la cuneta.

Tardó diez segundos en recuperar la voz.

-¿Te has comprado un coche nuevo, cariño?

-Es alquilado. Pensé que de ese modo podríamos beber todo el champán que quisiéramos.

En cuanto a primeras citas, pensó Lena mientras bajaban a la calle, esta prometía. Y no hizo más que mejorar cuando un chófer uniformado abrió la puerta y la invitó a subir.

Dentro había dos cubiteras de plata. Una contenía una botella de champán y la otra un bosque de tulipanes morados.

-Las rosas son demasiado predecibles -dijo De-clan, y tiró de una flor para ofrecérsela-. Y tú no.

Lena giró el tulipán bajo su nariz.

-¿Es así como seduces a las chicas en Boston?

Declan le tendió una copa de champán.

-No hay ninguna otra chica.

Sorprendida, Lena bebió.

-Me estás deslumbrando, Declan.

-Forma parte del plan. -Unió su copa a la de ella-, Soy muy bueno llevando planes hasta el final.

Ella se recostó y cruzó las piernas con un gesto lento que sabía atraería la mirada de Declan.

-Eres un hombre peligroso. ¿Sabes lo que te hace realmente peligroso? Que hay que mirar muy adentro para percatarse de ello.

-No te haré daño, Lena.

-Claro que no -repuso ella, pero dejó escapar una risa deliciosa-. Es solo parte del viaje, cielo. Y por ahora lo estoy disfrutando.

Declan eligió un elegante restaurante francés donde los camareros vestían pajarita, la luz era tenue y la mesa del fondo ofrecía intimidad.

Segundos después de que tomaran asiento llegó otra botella de champán y Lena comprendió que Declan la había dispuesto de antemano. Eso y probablemente mucho más.

-Me han dicho que la comida aquí es memorable -explicó-. La casa es de principios del siglo xx, del renacimiento colonial georgiano, y perteneció a un pintor. Fue una casa particular hasta hace treinta años.

-¿Siempre investigas la historia de los restaurantes donde comes?

-El contexto importa, sobre todo en Nueva Orleáns. Y también la cocina. Dicen que el canelón a 1'Orange es una especialidad de la casa.

-En ese caso, uno de nosotros debería pedirlo. -Intrigada, Lena dejó la carta a un lado. Declan no solo era divertido. No sólo era sexy e inteligente. También era interesante-. Esta vez elige tú.

Declan pidió desde los entrantes hasta el soufflé de chocolate con la soltura de un hombre acostumbrado a comer en restaurantes exclusivos.

-Tu francés es bueno, al menos pidiendo platos. ¿Lo hablas bien?

-Sí, pero el francés cajún todavía me desconcierta.

-¿Has estado en París?

-Sí.

Lena se inclinó de esa manera suya, con los brazos cruzados sobre el canto de la mesa y la mirada fija en él.

-¿Es tan maravilloso como dicen?

-Sí.

-Algún día me gustaría ir. A París y Florencia, a Barcelona y Atenas. -Eran sueños vivos, y la expectación le resultaba tan excitante como el deseo-. ¿Has estado en todos esos lugares?

-En Atenas no. Todavía. A mi madre le gustaba viajar, así que de joven íbamos a Europa cada año, y a Irlanda cada dos. Todavía tenemos familia allí.

-Y de todos los lugares que has visitado, ¿cuál es tu favorito? -Lena descansó los codos en la mesa y el mentón en los dedos enlazados.

-Es difícil decirlo. La costa oeste de Irlanda, las montañas de la Toscana, los cafés de París. Pero en este momento, este es mi lugar favorito.

-Otra vez esa lengua de seda. Entonces háblame de Boston.

-Boston es una ciudad portuaria de Nueva Inglaterra de gran importancia histórica. -Cuando ella rió, él se reclinó en su asiento y absorbió su risa-. Ah, no te referías a eso.

-Háblame de tu familia. ¿Tienes hermanos?

-Dos hermanos y una hermana.

-Familia numerosa.

-¿Bromeas? Mis padres fueron unos roñosos en lo que a procreación se refiere. Mi madre tiene seis hermanos y mi padre ocho, y ninguno de ellos tuvo menos de cinco hijos. Somos una legión.

-Los echas de menos.

-¿De veras? Sí, la verdad es que sí-confesó Declan a regañadientes-. Con esta agradable distancia de por medio, me he dado cuenta de que mi familia me gusta.

-¿ Vendrán a verte?

-Más adelante. Esperarán a que mi madre vuelva a hablarme. En nuestra casa cuando no es una cosa, es nuestra madre.

Lena probó el entrante que él le había elegido. No lucía ningún anillo y Declan se preguntó por qué. Tenía unas manos preciosas, elegantes y delicadas. La llave de plata descansaba sobre esa piel suave y morena, y había un destello plateado en las orejas. Los dedos y las muñecas, no obstante, estaban desnudos. Hermosamente desnudos, pensó, y se preguntó si la ausencia de adornos era una estrategia femenina para hacer que los hombres prestaran atención a las líneas del cuerpo.

No había duda de que con él funcionaba.

-¿ Crees que está enfadada contigo? ¿ Tu madre?

Declan tuvo que esforzarse por recuperar el hilo de la conversación.

-Enfadada no. Irritada, molesta, desconcertada. Si realmente estuviera enfadada, estaría aquí poniendo el grito en el cielo hasta que se hiciera su voluntad.

-¿Desea que seas feliz?

-Sí. Lo cierto es que nos queremos como idiotas, pero ella estaría más contenta si mi felicidad coincidiera con su idea de la misma.

Lena ladeó la cabeza y Declan apreció de nuevo ese destello plateado a través de los negros rizos.

-¿Por qué no le dices que está hiriendo tus sentimientos?

-¿Qué?

-Si no se lo dices, ¿cómo esperas que deje de comportarse así?

-Les decepcioné.

-Te equivocas -respondió Lena con impaciente solidaridad-. ¿Crees que tu familia quiere que seas desgraciado? ¿Que te cases con una mujer que no amas y trabajes en una profesión que no te gusta?

-Sí. No. La verdad es que no lo sé.

-En ese caso, creo que deberías preguntárselo.

-¿Tienes hermanos?

-No. Y esta noche vamos a hablar de ti. Yo me reservaré para otra ocasión. ¿Encontraste lo que querías en tus anticuarios?

-Y mucho más. -Más cómodo hablando de adquisiciones que de familia, Declan le ofreció una descripción detallada que los condujo hasta el plato principal.

-¿Cómo puedes saber lo que quieres antes de terminar una habitación?

-Simplemente lo sé. -Declan levantó los hombros-. No puedo explicarlo. Tengo reservado un precioso escritorio para el salón. El salón es mi próximo proyecto y no requiere tanto trabajo como la cocina. Más que nada, paredes y suelos. Quiero darle un buen empujón a los interiores para poder dedicarme a las terrazas y la escalinata y, con suerte, empezar a pintar en abril. De ese modo podremos volver dentro antes de que llegue el calor del verano.

-¿Por qué tanta prisa? La casa no se moverá de ahí.

-¿Recuerdas el carácter tenaz y competitivo del que te hablé?

-Eso no significa que no puedas relajarte un poco. ¿Cuántas horas trabajas a la semana?

-No sé, unas diez o doce al día. -Declan sonrió y le cogió la mano-. ¿Estás preocupada por mí? Me tomaré más tiempo libre si lo pasas conmigo.

-No estoy preocupada por ti. -Pero Lena no apartó la mano. Dejó que él la sostuviera contra esa palma dura y callosa-. Pronto serán los carnavales. Si no dejas de trabajar para disfrutarlos, bien podrías estar en Boston. -Lena contempló el soufflé doble que el camarero había colocado en el centro

de la mesa-. Mmm, qué maravilla. -Se inclinó hacia delante, cerró los ojos e inspiró. Cuando volvió a abrirlos estaba sonriendo-. ¿Dónde está el tuyo?

Declan la llevó a bailar. Había descubierto un club donde tocaban fox-trots y canciones jazzy de los treinta, y la sorprendió haciéndola girar hasta que las piernas le flaquearon.

-Estás lleno de sorpresas.

-Lo sé. -La atrajo hacia sí, la hizo estremecer cuando deslizó las manos por su figura y la sujetó por las caderas. El cuerpo de Lena se contoneaba pegado al de él, una ola deslizándose bajo otra ola al son del saxo tenor.

La hizo reír incluso cuando ya no le quedaba aliento. Ella echó la cabeza hacia atrás, dejando caer la melena, y él descendió sobre ella. Le acarició el mentón con los labios, la rozó con los dientes. Luego la levantó de nuevo, la rodeó, la sedujo.

Las luces eran cálidas, azuladas como el humo, y los movimientos de Declan sinuosos, de modo que era como moverse en el agua. Un anhelo para el que no estaba preparada trepó por el estómago de Lena. Con los ojos entrecerrados, deslizó una mano por el cabello de Declan y le acercó la cara ese último centímetro, hasta que sus bocas se encontraron.

-Encajas como anillo al dedo, Lena. Encajamos.

Ella sacudió la cabeza y descansó su mejilla en la de él.

-Si haces el amor la mitad de bien que bailas, debes de dejar una estela de sonrisas femeninas a tu paso.

-Permíteme que te lo demuestre. -Declan le mordisqueó el lóbulo y notó que ella se estremecía-. Quiero acariciarte. Sé cómo será el tacto de tu piel bajo mis manos. Lo he soñado.

Ella permaneció con los ojos cerrados, tratando de mantener el anhelo a raya.

-Baila conmigo. Se hace tarde y quiero un último baile.

En la limusina, Lena descansó su cabeza en el hombro de él. La música, el vino, las luces tenues todavía daban vueltas en su cabeza. Se sentía empapada de romanticismo, y saber que esa había sido la intención de Declan no disminuía su efecto. Solo lo aumentaba.

Era un hombre que ponía empeño en los detalles. Pequeños y grandes. Con la casa que había elegido, con la mujer que deseaba.

Ella admiraba eso. Lo admiraba a él.

-Sabes hacer disfrutar a una chica, cher.

-Deja que lo repita mañana por la noche.

-Mañana trabajo.

-Entonces, la próxima noche que tengas libre.

-Lo pensaré. No es mojigatería, Declan. -Lena se irguió para poder mirarle a los ojos-. No me gusta la mojigatería. Es precaución. Tampoco puedo decir que eso me guste, pero contigo creo que es inteligente ser precavida. Y sí me gusta ser inteligente.

Cuando la limusina se detuvo frente a su casa, Lena le acarició la mejilla.

-Ahora acompáñame hasta la puerta y dame un beso de buenas noches.

Declan cogió la cubitera con los tulipanes morados. La dejó en el suelo, junto a la puerta, y tomó el rostro de Lena entre sus manos.

El beso fue más dulce de lo que ella había esperado. Había esperado ardor, el ardor persuasivo que podría derretir su resistencia. En lugar de

eso, Declan le había dado un beso tierno, suave, terminando la noche como la había comenzado. Con romanticismo.

-¿Y antes de ir a trabajar? -Se llevó la mano de Lena a los labios-. Te llevaría de picnic.

Ella le miró sorprendida.

-¿De picnic?

-La temperatura es agradable. Podríamos tender una manta junto al estanque. Trae a Rufus contigo para que haga de carabina. Me gusta verlo saltar.

-Maldita sea. -Ahora fue Lena quien tomó la cara de él entre sus manos-. Maldita sea. Quiero que te vayas a esa limusina blanca.

-Vale. -Declan le acarició el pelo-. Esperaré a que entres.

-Ve a esa limusina -repitió Lena-, paga al chófer y dile que se vaya a casa. Luego sube.

Declan le cogió las muñecas y notó su pulso.

-Cinco minutos. No cambies de opinión. No. Dos minutos. Cronométrame.

Mientras él corría escaleras abajo, ella recogió las flores y entró. Si era un error, pensó, no sería el primero. Ni el último.

Encendió las velas y puso Billie Holiday. El sexo será fácil, se recordó. Cuando tenía lugar entre dos adultos sin ataduras y con, en fin, con algo de cariño además de deseo, debía ser una celebración.

Persuadida o no, la decisión era suya. No tenía sentido lamentarla antes de que hubiera comenzado.

Declan llamó a la puerta. El hecho de que no hubiera entrado directamente la hizo sonreír. Buenos modales y sangre caliente. Una combinación interesante. Irresistible.

Abrió la puerta y la congoja de Billie Holiday inundó el aire. Él se metió las manos en los bolsillos y sonrió.

-Hola de nuevo, bombón. -Lena lo agarró de la corbata-. Entra.-Tiró de él hasta el interior. Y caminando de espaldas habría tirado de él hasta el dormitorio.

Pero él le colocó las manos en la cintura y la atrajo hacia sí.

-Me gusta tu música. -La hizo bailar-.Cuando vea más allá de ti, te diré si me gusta tu casa.

-¿Has recibido clases de qué decir para que las mujeres caigan a tus pies?

-Es un don natural. -Él le rozó con los labios las comisuras de la boca, el provocativo lunar-. Las calles de Boston estaban cubiertas con mis conquistas. Eran un engorro para el tráfico, así que el ayuntamiento me pidió que me fuera. -Deslizó su mejilla por la de ella-. Te huelo en mis sueños y me despierto deseándote.

El corazón de ella empezó a temblar, como si estuviera entrando en calor después de una larga helada.

-Supe que serías un problema en cuanto entraste en mi bar. -Se estiró bajo la mano que corría por su espalda-. Pero ignoraba hasta qué punto.

-Enorme. -Él la levantó del suelo y apretó la boca contra la suya hasta que los dos gimieron-. ¿Cómo?

-Mmm, se me ocurren muchas maneras.

La poca sangre que le quedaba a él en la cabeza bajó disparada hasta la pelvis.

-Ja. Quería decir que cómo se va a tu dormitorio.

Con una risa suave, ella le mordió el labio inferior.

-La puerta de la izquierda.

Él tuvo impresiones diversas mientras cruzaban la sala. Colores vibrantes, madera vieja. Pero casi todos sus sentidos estaban absortos en la mujer que sostenía en los brazos. Su peso, su contorno, su aroma. La sorpresa en su rostro cuando él la dejó de pie junto a la cama en lugar de tumbarla.

-Me gustaría ir despacio, si no te importa. -Él le deslizó un dedo por la clavícula y la encantadora curva que el escote del vestido dejaba al descubierto-. Ya sabes, como cuando abres un regalo.

-No puedo decir que me importe.

Ella había esperado precipitación -manos rápidas, boca hambrienta-, en consonancia con el deseo temerario que había percibido en su mirada. Cuando él unió sus manos a las de ella y posó sus labios en los de ella como si fueran seda, ella recordó la habilidad con que él había dominado su mal genio el día anterior.

Por lo visto, ese dominio alcanzaba otras pasiones.

No había esperado tanto romanticismo. Él lo comprendió en cuanto ella vio los tulipanes. En sus ojos había visto, más que asombro, suspicacia. La misma que veía ahora mientras sí él aminoraba el ritmo y se demoraba en el placer tranquilo de un beso.

Seducirla hasta la cama ya no era suficiente. Quería seducir esa suspicacia hasta convertirla en un placer indefenso.

Los besos de ella eran calientes y atentos. Para él no fue difícil acoplarse, flotar en ese lento roce de lenguas mientras sus cuerpos se contoneaban juntos, como si todavía estuvieran bailando.

Cuando ella aflojó los dedos, él supo que flotaba con él.

Le bajó la cremallera del vestido con lentitud y deslizó los dedos por la parcela de piel recién expuesta. Ella arqueó la espalda y ronroneó.

-Tienes buenas manos, cher, y unos labios muy seductores. -Mirándolo a los ojos, desató el nudo de su corbata-. Veamos el resto.

Tenía algo especial desvestir a un hombre con traje, pensó. El tiempo que se tardaba en retirar todas las capas de ropa para llegar a la piel aumentaba la expectación, afilaba la curiosidad. Mientras ella le desabotonaba la camisa, él la acarició, arrastrándole el vestido por los hombros hasta que quedó eróticamente suspendido de la curva de sus pechos. Le mordisqueó la boca sin prisa, sin vacilación.

Entonces ella le abrió la camisa, deslizó las manos por el torso con un pequeño gemido de aprobación, notó el fuerte palpitar de su corazón bajo las palmas.

-Tienes muy buena figura para ser abogado.

-Ex abogado. -Era como morir, pensó él, morir centímetro a centímetro con esos dedos largos, delgados, y esas uñas rojas, deslizándose por su piel. Ella le pellizcó ligeramente los bíceps, le lamió los labios.

-Realmente, estás lleno de sorpresas. Me gustan los hombres fuertes.

Martilleó la hebilla del cinturón con las uñas y su sonrisa se tornó felina.

-Veamos qué otras sorpresas tienes para mí.

Volvían a bailar, el baile más antiguo, y ella marcaba ahora el paso. Él notó un temblor en los músculos del estómago cuando ella tiró del cinturón y lo lanzó hacia atrás.

Se imaginó arrojándola a la cama y entrando en ella con su escandaloso deseo. Ella lo aceptaría.

Ella lo esperaría.

En lugar de eso, le tomó las manos antes de que ella pudiera desabrocharle los pantalones y se las llevó a los labios. La miró, vio asombro y, una vez más, suspicacia.

-Parece que llevo desventaja -dijo él juguetonamente-. Y puesto que he estado preguntándome qué guardas debajo de este vestido, me gustaría descubrir cuan cerca están mis suposiciones de la realidad.

Posó los labios sobre los hombros desnudos de ella y los utilizó para bajar la tela. Bendijo la ley de la gravedad cuando el vestido cayó a los pies de ella.

Vestía encaje negro.

Era la fantasía de cualquier hombre. Piel morena, pelo revuelto, pechos altos apenas contenidos por el delicado encaje. El torso delgado, las caderas dulcemente curvadas con más encaje negro de tiro bajo. Piernas bien contorneadas bajo medias negras terminadas en tacones de aguja.

-Cerca. -El aire ya le quemaba los pulmones-. Muy cerca. ¿Qué es esto? -Pasó el dedo por un tatuaje que había en el interior del muslo, justo por encima de la orilla de la media.

-Es mi dragón. Vigila la entrada. -Estaba temblando y no había esperado temblar-. Muchos hombres creen que pueden pasar por encima de mi dragón. Y muchos hombres se queman.

Declan deslizó el dedo por el sensible valle formado entre el encaje y el muslo.

-Juguemos con fuego.

La atrajo hacia sí, le devoró la boca. Y cuando eso no fue suficiente, la giró para pasarle los dientes por el hombro, el cuello. Con la cara sumergida en su pelo, subió las manos por su cuerpo y las llenó con sus pechos cubiertos de encaje.

Ella se arqueó, unió las manos por detrás del cuello de él y se ofreció. El salto de la paciencia a la urgencia la dejó mareada, brutalmente excitada y lista para ser tomada. Ahora notaba la avaricia de él, y notó que la suya aumentaba hasta darle alcance.

La mano de él bajó, se detuvo entre sus piernas y apretó, llevándola hasta el borde del clímax. Antes de que cayera, le deslizó un dedo por el muslo y con un rápido chasquido, desató una liga.

Ella contuvo la respiración. Su cuerpo se tensó.

-Mon Dieu.

-Cuando esté dentro de ti, no podrás pensar en nada más. -Desató otra liga-. Pero primero necesito tocarte como he soñado que te tocaba. -Deslizó los labios por sus hombros y apartó la tira del sujetador-. Angelina.

La volvió hacia él, le hundió los dedos en el pelo, le echó la cabeza hacia atrás.

-Esta noche eres mía.

La resistencia de ella, el desafío, se abrieron paso a través de la seducción.

-No soy de nadie.

Él la levantó del suelo y la tumbó en la cama.

-Esta noche seremos el uno del otro.

Cerró la boca sobre la boca de ella, deteniendo sus palabras, drogándole el cerebro. Ella giró la cara para recuperar el aliento, para intentar calmarse. Pero los labios de él le surcaron los pechos, se demoraron por encima del encaje, por debajo. Los largos tirones del estómago le aflojaron los músculos y le derritieron la voluntad.

Ella cedió, diciéndose que se estaba rindiendo a sus propias necesidades, no a él.

Él sintió su entrega, su ablandamiento. Lo escuchó en el gemido quedo de placer y aceptación.

Así que tomó lo que había anhelado desde el primer instante que la vio, aquella mañana brumosa.

Su cuerpo era un tesoro, su piel era perfumada, sus curvas femeninas. Él se alimentó de su sabor con sorbos lentos y tragos largos. Liberó los pechos de sus manos, de su boca. La sangre le ardía como una tormenta de fuego, pero dejó que le quemara y torturó a los dos.

Cuando arrastró el encaje por las caderas, ella se arqueó. Se abrió. Él pasó los dedos por su piel, observándole la cara a la luz de las velas, viendo cómo sus ojos se cerraban, cómo sus labios temblaban con un gemido. Y cuando la penetró con los dedos, cuando los introdujo en el terciopelo húmedo y caliente, ella se dobló, gritó, lo volvió loco.

Apretando la cara contra el estómago de ella, la hizo volar.

El cuerpo de ella era una masa de anhelo, de gozo, y el afilado canto del placer la rebanó como un relámpago. Estalló en su interior y la lanzó al vacío.

Lo rodeó con una mano. Tenía el cuerpo duro como la piedra. Lo quería dentro de ella tanto como su siguiente aliento.

-Te quiero ahora. -Notó que él se estremecía, y que ella también. Cuando se elevó sobre ella, se vio en sus ojos-. Quiero que me llenes. Llename.

Él se aferró al resbaladizo vestigio de control que le quedaba y, cuando las piernas de ella lo envolvieron, entró lenta, muy lentamente. Y se adentró cuando ella se levantó para encontrarse con él. Aguantó ahí con la respiración atrapada en la garganta, y se perdió en ella.

Ahora se oían suspiros y jadeos cortos. Mirándose el uno al otro, se movieron a un ritmo casi ocioso que extendía el placer como un estanque caliente. Unieron sus labios y él notó que los de ella se curvaban antes de levantar la cabeza y verla sonreír.

Sus pieles resbalaban como la seda. La música, el lamento trágico procedente de la sala, un repentino estallido de celebración en la calle, se fundieron en la cabeza de él con las respiraciones aceleradas de ella.

Ella se tensó y echó la cabeza hacia atrás para ofrecer su garganta a los labios de él. Se apretó contra él, se estremeció. Él volvió a hundir la cabeza en su pelo y esta vez se permitió volar con ella.

Más tarde, se quedó tumbado observando los juegos de luz del techo, acariciando con su mano la espalda de ella. Empapado de ella.

-¿Vas a dejar que me quede? -preguntó-. ¿O debo llamar un taxi?

Ella miró las sombras del techo.

-Quédate.

Declan despertó poco después del alba. Ella se había acoplado a su cuerpo mientras dormía, pero advirtió que tenía un brazo entre ambos, con la mano cerrada en un puño sobre el corazón. Como si lo estuviera protegiendo, pensó Declan. La llavecita de plata descansaba sobre el canto de la mano.

Quiso levantarla y desplegar suavemente los dedos. Descubrirle el corazón, se dijo. Él ya le había entregado el suyo. Se lo había entregado, pensó, en cuanto la vio.

Representaba un fuerte impacto para un hombre que había llegado a la conclusión de que no era capaz de querer, salvo a familiares y amigos. Su crisis personal con Jessica, sobre la que todo el mundo aseguraba -incluida ella- que era perfecta para él, le convenció de que había perdido su única oportunidad de entablar una relación duradera y satisfactoria con una mujer.

Había sido una conclusión dura de tragar para un hombre que, en su corazón, creía firmemente en la familia, en el hogar, en el matrimonio. Y el hecho de haberla tragado, comprendía ahora, fue la causa principal de la infelicidad que le había seguido durante meses como un perro fiel.

Ahora tenía delante a la mujer que constituía la respuesta. Pero no creía que ella estuviera dispuesta a escuchar la pregunta.

Así pues, tendría que persuadirla. De una forma u otra, más tarde o más temprano. Porque lo que había dicho esa noche lo había dicho de corazón. Iban a ser el uno del otro.

Pensó en despertarla y recordarle la estupenda pareja que hacían en la cama. No se le ocurría una forma mejor de comenzar el día, sobre todo porque ella estaba caliente, suave y acurrucada contra él.

Pero apenas habían dormido y no le pareció justo despertarla. Su jornada laboral comenzaba mucho más tarde que la de él.

Con gran pesar, se separó de ella y se levantó. Ella se revolvió en sueños, suspiró y rodó sobre el calor que él había dejado.

Cogió sus pantalones y se encaminó a la ducha.

Para Declan, el cuarto de baño decía mucho de una persona. El de ella era rigurosamente pulcro e indulgente. Unas toallas gruesas de color verde bosque hacían resaltar los sanitarios blancos y entonaban con los pequeños rombos repartidos por el suelo de baldosa.

Plantas frondosas adornaban el alféizar de la ventana y de una botella verde y alargada brotaba un trío de narcisos.

Había otras botellas de bellos colores y frascos que contenían aceites, cremas y sales de baño. Le gustaban los jabones de fantasía, observó, y los guardaba en un bonito cuenco.

También descubrió que allí el agua caliente duraba más que en su casa. Sonrió a lo largo de la deliciosa ducha de quince minutos que llenó la habitación de vaho como un baño turco.

Ella todavía dormía cuando salió del baño, estirada ahora sobre las sábanas con el sol de la mañana iluminando de soslayo su hermosa espalda. Declan apartó de su cabeza la idea de deslizarse entre las sábanas y se concentró en encontrar el café.

La sala de estar era de techos altos y suelos de madera oscura. Con una esponja había aplicado pintura azulada en las paredes, produciendo el efecto del denim gastado. Una de las paredes acogía una chimenea circundada por la misma madera oscura con una repisa que Declan

enseguida codició. La madera estaba gastada y la pintura, de color crema, levantada.

Comprendió por qué la había dejado así. Para conservar su pasado y su carácter.

En las paredes había alegres carteles enmarcados. Carteles publicitarios, observó. Mujeres elegantes anunciando champán y hombres de aspecto impecable disfrutando de un habano.

Un sofá azul marino de respaldo alto, cubierto, como hacían curiosamente las mujeres con los sofás y las camas, de cojines, dominaba el centro de la estancia.

Declan entró en la cocina y sonrió. No era habitual encontrar fotos en blanco y negro de desnudos -masculinos y femeninos- en las paredes de una cocina.

Pero más le alegró encontrar el café.

Cerró la puerta para que el ruido del molinillo no se colara en el dormitorio. Y mientras el café se hacía, contempló la vista de Nueva Orleáns que ofrecía la ventana de la cocina.

Oyó deslizarse la puerta.

Ella llevaba puesto un albornoz rojo corto. Tenía los ojos pesados por el sueño y una sonrisa perezosa en los labios.

-Lo siento, pensaba que había conseguido ahogar el ruido del molinillo.

-No lo oí. -Lena inspiró hondo-. Pero olí el resultado. ¿Estás preparando el desayuno, cher?

-¿Quieres tostadas? Es mi punto fuerte.

-Creo que anoche ya caté tu punto fuerte. -Sin dejar de sonreír, se acercó a él y deslizó las manos por su cuello-. Dame un poco más -dijo, y unió su boca a la de él.

Se había despertado sola, segura de que él ya no estaba. Nunca dejaba que los hombres se quedaran a pasar la noche en su cama. Les era demasiado fácil escurrirse. Prefería echarlos, prefería dormir sola a despertarse sola.

Entonces vio la camisa, la chaqueta, los zapatos, y sé alegró. Se alegró demasiado. Cuando un hombre llegaba a tener tanto poder, significaba que había llegado el momento de recuperar una parte. Y el método más seguro era nublarle la mente con sexo.

-¿Por qué no me despertaste, cielo?

-Lo pensé. -Todavía lo pensaba-. Pero me dije que si esta noche trabajabas, necesitabas dormir más de diez minutos. Claro que si ya estás despierta...

Ella rió y se escabulló.

-Como ya estoy despierta, quiero café. -Lena abrió un armario y le lanzó esa mirada astuta por encima del hombro-. A lo mejor, si me lo pides por favor, te preparo el desayuno.

-¿Te lo suplico de pie, de rodillas o totalmente tumbado?

-Me halagas. Declan. Te haré tostadas. Le pain perdu. Tostadas francesas -añadió cuando él le miró sin comprender-. Tengo una buena baguette. -Le tendió una taza repleta de café.

-Gracias. Como eres buena en la cocina, no tendremos que contratar a una cocinera cuando nos casemos y criemos a nuestros seis hijos.

-¿Seis?

-Estoy obligado a mantener la tradición Sullivan-Fitzgerald. Me gusta el arte de tu cocina. No es un lugar habitual para poner desnudos.

-¿Por qué? -Lena sacó una sartén-. Cocinar es un arte, un arte sexy si lo haces bien.

Cogió un cuenco azul. Él la observó quebrar un huevo en el canto y dejar que la clara y la yema cayeran, todo con una mano.

-Ahora te entiendo. Hazlo otra vez.

Lena rió y rompió otro huevo.

-¿Por qué no pones un poco de música? No tardaré mucho.

Comieron en una mesita plegable que Lena había colocado debajo de una de las ventanas de la sala.

-¿Dónde aprendiste a cocinar? -preguntó Declan.

-Me enseñó mi abuela. También intentó que aprendiera a coser, pero no lo consiguió.

-Me sorprende que abrieras un bar y no un restaurante.

-Me gusta cocinar cuando me apetece. No me gusta tener que hacerlo siempre, para ganarme la vida.

-Te comprendo. ¿Por qué acabaste regentando un bar?

-Quería tener mi propio negocio. Si trabajas para otros, se pasan el día diciéndote haz esto, haz lo otro, ven aquí, ve allá, y eso no va conmigo. Me matriculé en la escuela de comercio y me dije, ¿qué negocio me gustaría montar? No quiero vender recuerdos, no quiero una tienda de regalos, no quiero vender ropa. Pensé que todas esas cosas tenían buena salida en Nueva Orleáns, pero ¿qué tenía mejor salida aún? El placer. Un poco de diversión inofensiva. Para eso viene la gente al Big Easy. Así que monté Et Trois.

-¿Cuánto hace que lo tienes?

-Veamos... -Lena ya se había comido su tostada, así que pescó con el tenedor una de las cuatro que había apilado en el plato de Declan-. Pronto hará seis años.

-¿Abriste un bar a los veintitrés años?

-Oye, ¿cómo sabes la edad que tengo?

-Remy.

Lena alzó la mirada al techo.

-Et là! Ese Remy se ha ganado una buena zurra. Los hombres no deberían ir por ahí revelando la edad de las mujeres. ¿Qué más te ha contado?

Declan se concentró en el desayuno.

-Está buenísimo. ¿Qué le has puesto?

Ella guardó silencio diez segundos.

-Comprendo. Los hombres no podéis evitar jactaros de vuestras hazañas sexuales.

Incómodo, por él y por su amigo. Declan contestó:

-No fue así. Habló con nostalgia. Resultó conmovedor. Fuiste importante para él, y todavía lo eres.

-Tiene suerte de que lo sepa y de que yo sienta lo mismo. ¿Recuerdas la primera chica con la que estuviste en el asiento trasero de un coche? ¿La recuerdas con cariño?

-Sherry Bingham. Una rubia muy bonita. La amé desesperadamente durante mi último año de instituto.

Le gustó el hecho de que mencionara un nombre al instante. Aunque se lo hubiera inventado.

-¿Qué ocurrió?

-Me dejó por un futbolista. Me hizo un placaje. Jesús, un futbolista sin cuello y con la inteligencia de un mosquito. Todavía estoy cabreado con ella. Pero, volviendo a ti... por cierto, eres muy buena desviando las preguntas personales, pero he sido abogado... ¿cómo conseguiste montar el bar? Veintitrés años es una edad muy temprana para crear un negocio y, encima, un negocio próspero cuando la mayoría se hunde a los tres años.

Lena se recostó en su silla.

-¿Qué importa eso, abogado?

-Vale. -Declan se encogió de hombros y siguió comiendo-. Daré por sentado que robaste un banco, pagaste a la pandilla, sedujiste al propietario del edificio y lo asesinaste después de que te lo dejara en su testamento. Y seguiste regentando un garito de juego y prostitución en la parte de atrás.

-Caray, no he perdido el tiempo. Me gusta tu versión. La mía en comparación es muy insulsa. Trabajaba después del colegio y durante los veranos, y ahorré dinero. Soy muy buena ahorrando cuando lo necesito. Luego trabajé sirviendo bebidas en un bar e iba a la escuela de comercio por las mañanas. Antes de cumplir veintidós años mi abuelo murió. Se cayó de una escalera y se partió el maldito cuello. -Sus ojos se humedecieron-. Supongo que todavía estoy cabreada con él.

-Lo siento. -Declan le acarició una mano-. ¿Estabais muy unidos?

-Lo quería más que a cualquier hombre en el mundo. Pete Simone, de enorme risa y enormes manos. Tocaba el violín y siempre llevaba una bandana roja. Siempre. En fin... -Lena parpadeó para ahuyentar las lágrimas-. El caso es que tenía una póliza de seguros muy elevada. La mitad debía ser para mí y la otra mitad para mi abuela. Al final mi abuela me obligó a aceptarla toda. Es imposible disuadirla cuando se le mete algo en la cabeza. Invertí el dinero y un año más tarde abrí el bar.

-No hay nada insulso en tu versión. Regentas un buen bar, Lena.

-Lo sé. -Se levantó y recogió los platos-. Cher, será mejor que te vistas si quieres que te lleve a casa.

No pudo convencerla para que entrara. Tuvo que con-formarse con un beso antes de que ella lo echara del coche y se marchara.

Llegar a casa a las nueve de la mañana con el traje arrugado le granjeó un guiño de Big Frank mientras trasladaba ramas muertas a una pira.

-Parece que ayer noche estuvo de suerte, señor Dec.

Declan se frotó el corazón y entró en la casa para ponerse a trabajar.

No la vería esa noche ni la siguiente. Tendría que contentarse con llamadas telefónicas. Deambular por la casa con el teléfono portátil, devanándose los sesos en busca de conversaciones que la mantuvieran al otro lado de la línea, le hacían sentirse como un adolescente.

Comenzaban los Carnavales, le dijo. Mientras duraran, no tendría tiempo de salir a jugar.

Declan sabía cuándo alguien le estaba poniendo a prueba esquivándole y confundiéndole. Se dijo que la dejaría tirar de la cuerda hasta que él decidiera recuperarla.

Remy pasó una tarde por su casa vestido de Hugo Boss y con un collar de cuentas doradas. Se quitó el collar y lo colocó sobre la cabeza de Declan.

-¿Cuándo piensas venir a la ciudad?

-Pensaba sumarme a la locura este fin de semana.

-Cher, estamos en Carnaval. Cada noche es fin de semana.

-En esta casa no. Ven a ver.

Condujo a su amigo hasta el salón. Tibald se hallaba en lo alto de una escalera, trabajando pacientemente en el artesonado del techo.

-Hola, Tibald. -Remy se guardó los pulgares en los bolsillos y echó el cuello hacia atrás-. Menudo trabajo.

-Y que lo digas. ¿Cómo anda Effie estos días?

-Arrojándome a la bebida con los planes de boda. Ayer elegimos el pastel y se diría que era un asunto de vida o muerte que tuviera en los bordes capullos de rosa amarillos o rosas grandes.

-Lo mejor que puede hacer un hombre en estos casos es asentir a todo lo que ella diga y presentarse el día de la boda. Podrías haberlo mencionado antes de que le dijera que me gustaban las rosas grandes cuando resulta que ella había pensado en los capullos. -Remy se sacó del bolsillo un frasco de Tylenol- ¿Tienes algo con qué bajar esto, Dec? Esa mujer me ha provocado un dolor de cabeza descomunal.

Declan le entregó una botella de agua medio llena.

-¿Has venido a esconderte?

-Hasta que se calme. -Devorando los comprimidos, se paseó por la tela que cubría el suelo-¿Has hecho tú estas paredes, Dec, o son alquiladas?

-Las he hecho yo. -Complacido, Declan pasó los dedos por las suaves paredes verdes-. Me he pasado los últimos tres días en esta habitación. -Con sus noches, pensó para sí-. Creo que este color dará al salón un aire más elegante que un papel estampado. Y me gusta cómo queda con la chambrana.

-Eres una mezcla de Bob Vila y Martha Stewart. ¿Cuál será tu próxima víctima?

-La biblioteca. Todavía tengo que hacer retoques aquí y en la cocina, pero la biblioteca es la próxima de la lista. Después espero trabajar en el exterior. Dame un par de aspirinas.

Remy le pasó el frasco y el agua.

-¿Problemas laborales o femeninos?

-Un poco de cada. Salgamos a la terraza de atrás para que veas lo que los Frank han hecho con los jardines de ese lado.

-Me han contado que paseaste a Lena en una limusina blanca hace unas noches -dijo Remy mientras caminaban-. A eso lo llamo yo tener clase.

-Soy un tío con clase. -Declan le devolvió el agua y abrió las puertaventanas del comedor.

-Tienes intención de enamorarla. Buen comienzo.

-Tengo intención de mucho más -repuso Declan al tiempo que Remy se llevaba la botella a los labios-. Voy a casarme con ella.

Remy se atragantó y escupió el agua.

-Buena puntería-dijo Declan-. Puedes quedarte con la botella.

-Jesús, Dec. ¿Tú y Lena vais a casaros?

-Me gustaría celebrar la boda aquí, en otoño. Quizá septiembre. -Contempló su terraza, sus jardines. Se preguntó qué pájaro estaba cantando en ese instante-. La casa no estará terminada, pero será parte del encanto. Aunque si tardo más en cazarla, puede que nos casemos la próxima primavera.

-A eso lo llamo yo un trabajo rápido.

-No creas, es solo cuestión de perseverancia. -Declan sonrió mientras estudiaba la cara de pasmo de su amigo-. Ah, no te referías a la casa sino a Lena. Toda-vía no se lo he pedido. Seguro que me diría que no. Mira, ya están brotando algunas flores, narcisos, tulipanes y lirios de agua, me han dicho los Frank. Pese a llevar años enterrados bajo toda esa maleza, seguían floreciendo. Es increíble.

-Dec, creo que necesitas algo más fuerte que el Tylenol.

-No estoy loco. Estoy enamorado. Empiezo a creer que estaba enamorado de ella antes incluso de conocerla. Por eso nunca hubo nadie que realmente me importara, porque ella estaba aquí y yo aún tenía que encontrarla.

-Creo que yo sí necesito algo más fuerte.

-El bourbon está en la cocina. El hielo en la nevera portátil. El frigorífico llegará mañana.

-Serviré dos vasos.

-El mío que sea corto y suave -pidió Dec distraídamente-. Todavía tengo trabajo por delante.

Remy trajo dos vasos y dio un largo sorbo a su bourbon mientras observaba la cara de Declan.

-Declan, te quiero como a un hermano.

-Lo sé.

-Por lo tanto, voy a hablarte como hablaría a un hermano... si lo tuviera en lugar de estar rodeado de hermanas.

-Crees que me he vuelto loco.

-No. En algunas situaciones, diantre, en la mayoría de las situaciones, el hombre piensa con la polla. Cuando ese proceso mental llega a la cabeza, el hombre, por lo general, ve la situación con más claridad.

-Te agradezco la explicación, papá.

Remy sacudió la cabeza y se paseó por la terraza.

-Lena es una mujer muy atractiva.

-En eso estamos de acuerdo.

-Ella exuda esas feromonas o como se llamen de la misma forma que otras mujeres exudan el perfume que se ponen para excitar a los hombres. Ella excita con solo respirar.

-Estás intentando decirme que estoy encaprichado o cegado por el deseo.

-Exacto. -Remy posó una mano solidaria en el hombro de Declan-. Ningún hombre podría reprochártelo. Además, has pasado por unos meses duros en lo que a relaciones se refiere, y como sé que acarreas el sentimiento de culpa como un tesoro personal, imagino que no has desatascado las tuberías desde que rompiste con Jennifer.

-Jessica, gilipollas. -Divertido, conmovido, Declan se apoyó en la barandilla-. No es un capricho. Pensaba que lo era, con una buena dosis de ese deseo añadido, pero no lo es. No es un problema de tuberías atascadas y no estoy pensando con la polla, sino con el corazón.

-Ay, hermano. -Remy bebió otro trago de whisky-. No llevas aquí ni un mes.

-La gente siempre habla como si el tiempo fuera un factor determinante. -Y como la parte crítica de su cerebro había pensado lo mismo, le irritaba oír esa opinión de boca de su mejor amigo-. ¿Acaso existe una ley que diga que no puedes enamorarte hasta pasado un período de

tiempo razonable durante el cual las partes han de relacionarse, comunicarse y, a ser posible, copular para garantizar su compatibilidad? Si esa ley existe y funciona, explícame el índice de divorcios.

-Como abogados que somos, nos quedaríamos aquí debatiendo el asunto hasta el próximo martes.

-Entonces, déjame decirte algo. Jamás he sentido lo que siento ahora. Pensaba que no era capaz. Había llegado a la conclusión de que algo dentro de mí no funcionaba como debía.

-Por Dios, Dec.

-No podía amar a Jessica. -El sentimiento de culpa volvió a colarse en su voz-. Simplemente no podía, aunque lo intenté. Estuve a punto de conformarme con el cariño, el respeto y nuestra posición social común porque pensaba que era cuanto podría recibir y dar. Pero no es cierto. Nunca me he sentido como me siento ahora, Remy -repitió-. Y me gusta.

-Si quieres a Lena, entonces yo la quiero para ti. El problema, Dec, es que por mucho que la quieras, eso no te garantiza que ella vaya a sentir lo mismo.

-Tal vez me rompa el corazón, pero sentir intensamente es mucho mejor que no sentir nada. -Se lo había estado diciendo, una y otra vez, desde que comprendió que estaba enamorado de ella-. Sea como fuere, tengo que intentarlo.

Columpió el whisky que aún no había probado.

-No sabe qué pensar de mí -murmuró-. Será divertido dejar que lo descubra.

Esa noche oyó un llanto. Los sollozos desgarrados de un hombre. Declan se agitó en sueños, doblado por la pena, incapaz de frenarla, incapaz de dar o buscar consuelo.

Pero cuando se hizo el silencio, la pena permaneció.

Bayou Rouse Marzo, 1900

Ignoraba por qué venía a este lugar a contemplar el agua, las espesas sombras verdes que lo rodeaban a medida que la noche se iba comiendo al día.

Pero venía, una y otra vez, a deambular por el pantano, como si esperara encontrársela paseando por el meandro del río donde las flores se abrían.

Ella le sonreiría, le cogería la mano.

Y todo volvería a ser como antes.

Nada podía volver a ser como antes.

Temía estar volviéndose loco, temía que la pena le estuviera nublando la mente del mismo modo que la noche nublaba el día. ¿Cómo podía explicar sino que pudiera oír los susurros de ella por la noche? ¿Qué podía hacer para apagar esa voz, para apagar ese dolor?

Una garza azul se elevó por encima de los juncos como un fantasma, hermosa, pura, perfecta, para luego rozar las aguas marrones y deslizarse entre los árboles. Lejos de él. Siempre lejos de él.

Ella se había ido. Su Abby había volado como el pájaro fantasma. Todo el mundo lo decía. Su familia, sus amigos. Había oído a los sirvientes murmurarlo. Abigail Rouse se había fugado con un don nadie y abandonado a su marido y su hija bastarda.

Pese a seguir buscando en Nueva Orleáns, en Batou Rouge, en Lafayette, pese a seguir rondando el bayou como un espectro, en las horas más solitarias de la noche lo creía.

Ella les había abandonado a él y a la niña.

Ahora era él quien se estaba yendo, en todo salvo en cuerpo. Vivía los días como un hombre en trance. Y que Dios le perdonara, pero no podía ser un padre para la niña, ese reflejo de Abigail del que dudaba, en secreto, avergonzado, que llevara su sangre. El simple hecho de contemplarla le producía una tristeza indecible.

Ya no visitaba el cuarto de la pequeña. Se odiaba por eso, pero hasta el acto de subir los escalones que conducían a la segunda planta le hundía en un mar de desesperación.

Decían que la niña no era suya.

No. A la luz tenue del crepúsculo, mientras la noche cobraba vida a su alrededor, Lucian se cubrió la cara con las manos. No, no podía, no se permitiría pensar eso de ella. Ellos habían creado esa hija juntos, fruto del amor, de la confianza, del deseo.

¿Y si también eso era una mentira?

Bajó las manos y caminó hacia el agua. Estaría cálida, como la sonrisa de ella. Suave, como la piel de ella. Su tono se hizo más intenso y casi alcanzó el color de los ojos de ella.

-¡Lucian!

Lucían se detuvo sobre la margen resbaladiza del pantano.

Abby. Corría hacia él abriéndose paso entre el follaje de un sauce, con el cabello rizado ondeando sobre los hombros. Su corazón, embotado de pena, despertó con un sobresalto salvaje.

Entonces el último rayo de luz se posó en la cara de ella y él volvió a perecer.

Claudine le agarró las manos. El miedo hizo que sus dedos se enfriaran. Había visto algo en los ojos de Lucian. Había visto la muerte.

-Ella no lo habría querido. Ella no habría querido que condenaras tu alma quitándote la vida.

-Ella me abandonó.

-No es cierto. Mienten, ellos mienten. Lucían. Ella te amaba. Os amaba a ti y a Marie Rose por encima de todas las cosas.

-Entonces, ¿dónde está? -La ira que vivía bajo el dolor entumecido despertó de su letargo. Lucian agarró a Claudine por los brazos y la levantó del suelo. Una parte de él, una parte oscura, secreta, quería golpearle la cara con los puños. Borrar esa cara por la conexión que guardaba con Abigail-. ¿Dónde está?

-¡Muerta! -gritó Claudine, y su voz resonó en el aire pegajoso-. La mataron. La muerte es lo único que la habría hecho dejaros a ti y a Rosie.

Lucian la apartó y se apoyó en el tronco de un roble.

-Eso es otra locura.

-Sé lo que digo. Lo siento. He tenidos sueños.

-Yo también -repuso él. Las lágrimas le irritaban los ojos, aguaban la luz-. Yo también he tenido sueños.

-Lucian, tienes que escucharme. Yo estuve allí aquella noche. Abby vino al cuarto a atender a la niña. La conozco desde que éramos bebés. No había nada en ella salvo amor por ti y por Marie Rose. No debí marcharme del Hall aquella noche. -Claudine cruzó las manos sobre su pecho, como si

quisiera unir las dos mitades rotas de su corazón-. Me pasaré el resto de mi vida suplicando su perdón por no haber estado allí.

-Se llevó ropas y joyas. Mi madre tiene razón. -Lucian apretó los labios, interpretando el acto como signo de fortaleza cuando, en realidad, era una muestra de su fe debilitada-. Tengo que aceptarlo.

-Tu madre odiaba a Abby. Al día siguiente me despidió. No quiere tenerme en la casa porque teme que descubra lo que pasó en realidad.

Lucian se volvió con la cara tan deformada por la ira que Claudine dio un paso atrás.

-¿Quieres que crea que mi madre mató a mi esposa y luego ocultó el crimen, el pecado, el horror, haciendo que pareciera una huida?

-No sé qué ocurrió, pero sí sé que Abby no huyó. Mamá Rouse fue a ver a Evangeline.

Lucían agitó una mano y volvió a girarse.

-Tonterías vudú.

-Evangeline tiene poderes. Dijo que hubo sangre, dolor y miedo. Y un pecado espantoso. Muerte, dijo, y una tumba con agua. Dijo que tienes dos mitades, y que una es negra como una cueva del infierno.

-¿Significa eso que yo la maté? ¿Que llegué a casa por la noche y asesiné a mi esposa?

-Dos mitades, Lucian, que compartieron una matriz. Mira a tu hermano.

Un rayo helado lo atravesó y sintió náuseas.

-No pienso escucharte más. Vete a casa, Claudine. Mantente alejada del Hall.

Lucian rebuscó en su bolsillo, extrajo un reloj de broche y lo apretó contra la mano de Claudine.

-Guárdalo para la niña. -Ya no era capaz de llamarla por su nombre-. Quiero que tenga algo de su madre.

Lucian contempló el reloj. El tiempo se había detenido para Abigail.

-Estás matándola de nuevo al no creer en ella.

-Mantente alejada de mí. -Tambaleándose, Lucían echó a andar hacia Manet Hall, hacia su elegido infierno-. No te me acerques más.

-¡Lo sabes! -gritó Claudine-. ¡Sabes que ella era sincera!

Apretando el reloj contra su pecho, Claudine se juró que lo entregaría, junto con la verdad, a la hija de Abigail.

Manet Hall Febrero, 2002

Declan observó el nacimiento del día desde la terraza. Por el cielo del este el amanecer asomaba rosado con vestigios malvas en la base, como moretones adormecidos. El aire era cada vez más caliente. Podía notar ese aumento día a día. Aún no era marzo pero el invierno ya estaba diciendo adiós.

Los jardines que tanta pena dieran un mes antes mostraban ahora indicios de su pasado esplendor. Las sofocantes enredaderas, la maleza invasora, la madera muerta y los ladrillos rotos habían desaparecido para revelar, metro a metro, los senderos, los arbustos y hasta bulbos y plantas que se habían resistido a morir.

Un viejo emparrado de hierro aparecía cubierto de lo que los Franks denominaron glicina y un islote de enormes azaleas mostraban brotes esperanzadores.

Tenía magnolias, mirtos, camelias, jazmines. Declan había anotado cuanto recordaba que había surgido de las voces perezosas de los Franks. Cuando describió la enredadera que deseaba para las columnas del rincón, ellos le dijeron que lo que necesitaba era maravilla.

Le gustaba el nombre. Las mañanas siempre estaban llenas de maravillas.

Creía que su cuerpo se estaba acostumbrando a las cinco o seis horas de sueño interrumpido que lograba arrebatar a las noches. O quizá lo que le mantenía despierto fueran los nervios.

Algo lo empujaba, paso a paso, en la transformación de esta casa que era suya y, en cierto modo, no solo suya.

Si era Abigail quien la rondaba, se hallaba ante una mujer condenadamente veleidosa. Había momentos en que se sentía muy cómodo, totalmente en paz. Otras veces el miedo le hormigueaba la nuca. Y había ocasiones en que se creía observado.

Acechado.

Justo la mujer que necesitas, se dijo mientras bebía su café matutino. Tan pronto te sonríe como te abofetea.

Mientras lo pensaba, vio a Lena y al enorme perro negro asomar por entre los árboles.

Sin pensarlo dos veces, dejó el café a un lado y se dirigió a la escalera de la terraza.

Ella le había visto mucho antes. Protegida por los árboles y la bruma de la mañana, se había detenido y, mientras acariciaba la cabeza de Rufus, había estudiado la casa. Lo había estudiado a él.

¿ Qué tenía ese lugar y ese hombre que tanto la atraían?, se preguntó. Había muchas mansiones antiguas por la zona, a lo largo de River Road, en dirección a Baton Rouge.

Dios sabía que había muchos hombres apuestos por ahí.

Pero era esta casa la que siempre había despertado su interés y su imaginación. Y, al parecer, el hombre que corría escaleras abajo con una camisa harapienta, unos vaqueros aún más harapientos y barba de una noche, estaba teniendo el mismo efecto.

No le gustaba tener deseos. Eran un estorbo. Y cuando el deseo implicaba un hombre, seguro que le volvía la vida del revés.

Ella había construido su vida ladrillo a ladrillo. Y le gustaba como era. Un hombre, por afable que fuera, en el mejor de los casos alteraría el diseño. En el peor, echaría abajo los ladrillos.

Se había mantenido alejada desde la noche que lo tuvo en su cama. Solo para demostrarse que era capaz.

Ahora, no obstante, tenía una sonrisa lista para él, una sonrisa lenta y felina. Mientras el perro echaba a correr rasgando la niebla para saludarlo, ella se quedó donde estaba.

Rufus saltó, embadurnó con su lengua la cara de Declan y cayó al suelo con la panza hacia arriba.

Era, se dijo Lena, la forma que tenía Rufus de mostrar su amor incondicional.

También seduce a los perros, pensó mientras Declan se agachaba para acariciar al animal y jugar. Tenía demasiado atractivo para que resultara bueno. Sobre todo para ella.

-¡Rufus! -gritó. El animal se levantó con un entusiasmo que casi derribó a Declan. Riendo, Lena lanzó una pelota al aire y la cazó hábilmente cuando caía. Rufus se abalanzó sobre ella. Lena arrojó la pelota al otro lado del estanque. El animal salió disparado y pilló la pelota con los dientes segundos antes de su sonora zambullida.

-Podría contrataros el Bo Sox. -Mientras Rufus regresaba a la orilla, Declan colocó las manos bajo los codos de Lena y la levantó del suelo. Tuvo un instante para verla parpadear de sorpresa antes de cubrirle la boca con sus labios.

Ella se agarró a la camisa de él, no para sostenerse, sino por lo que había debajo, todo ese músculo y ese calor, todo ese hombre.

Oyó ladrar al perro, tres ladridos guturales, y el agua que sacudió la dejó empapada. Lena no le habría sor-prendido que hubiera salido humo de su piel.

-Buenos días -dijo Declan antes de devolverla al suelo-. ¿Cómo andas?

-Uau. -Tenía que felicitarle por ambos recibimientos. Se mesó el pelo-. ¿Cómo andas tú? -respondió, y alzó una mano para acariciarle la mejilla-. Necesitas un afeitado, cher.

-Si hubiera sabido que vendrías a verme, me habría afeitado.

-No he venido a verte. -Lena recogió la pelota que Rufus había dejado a sus pies y la lanzó de nuevo-. Solo estaba jugando con el perro de mi abuela.

-¿Le pasa algo? Dijiste que cuando no se encontraba bien pasabas la noche con ella.

-A veces se pone tristona, eso es todo. -Maldita sea, ese interés instantáneo y genuino la había conmovido-. Echa de menos a su Pete. Tenía diecisiete años cuando se casó con él y cincuenta y ocho cuando él murió. Más de cuarenta años es mucho tiempo para engranar dos vidas.

-¿Crees que le gustaría que la visitara más tarde?

-Le agrada tu compañía. -Rufus volvía a agitar la cola con impaciencia, así que Lena le lanzó una vez más la pelota.

-Dijiste que tenía una hermana. ¿Nadie más?

-Dos hermanas y un hermano. Todos vivos.

-¿Hijos?

El semblante de Lena se tensó.

-Yo soy lo único que tiene en ese campo. ¿Has estado en la ciudad disfrutando de la fiesta?

Tema prohibido, pensó Declan. Lo dejaría aparcado, por el momento.

-Aún no. Pensaba ir esta noche. ¿Trabajas?

-No haré otra cosa que trabajar hasta el Miércoles de Ceniza. A la gente le gusta beber antes de la Cuaresma.

-Seguro que te acuestas muy tarde. Pareces cansada.

-No me gusta madrugar, pero mi abuela es un pájaro tempranero. Cuando ella se levanta, todo el mundo tiene que levantarse. -Lena estiró los brazos-. Tú también eres un pájaro madrugador, ¿verdad, cher?

-Últimamente sí. ¿Por qué no vienes a casa a tomar un café y a ver lo que he estado haciendo con mi tiempo puesto que no puedo pasarlo contigo?

-He estado muy ocupada.

-Eso dijiste.

Las cejas de Lena se unieron para formar una profunda línea de irritación.

-Porque es cierto.

-No he dicho que no lo sea. Caray, te estoy poniendo nerviosa, pero no me importa, Lena. -Declan alargó un brazo y la agarró del pelo, divertido y encantado al ver el genio en su rostro-. Sí me importaría, no obstante, que pensaras que iba a conformarme con una sola noche a tu lado.

-Me acuesto contigo si quiero y cuando quiero.

-Y también me importaría -prosiguió él suavemente, aunque la mano que la tenía cogida del brazo para que no pudiera escapar era ahora firme-, me importaría mucho, que pensaras que lo único que quiero de ti es llevarte a la cama.

-Los hombres no me tocan a menos que les diga que pueden hacerlo. -Lena le empujó la mano.

-Nunca has tenido que vértelas con alguien como yo, ¿verdad? -Había acero en sus dedos, en su voz-. Tranquilízate. No conseguirás deshacerte de mí provocando una pelea. Querías mantenerte alejada esta semana. Estupendo. Soy un hombre paciente. Lena, pero no soy un felpudo. No creas que podrás caminar por encima de mí cuando te vayas.

Lena comprendió que la ira no era la forma de manejarle. Estaba segura de que podía hacer tambalear ese control y provocar una buena pelea. Sería interesante, incluso entretenido. Pero tenía el cincuenta por ciento de probabilidades de perder.

Le acarició la mejilla.

-Tranquilo, cher. -Su voz era ahora seda líquida-. ¿Por qué te pones así? Simplemente estoy un poco irritada, eso es todo. No me sienta bien madrugar, y tu mal genio no me ayuda. No era mi intención herir tus sentimientos.

Se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

-¿Qué intenciones tienes, Angelina?

La forma en que había utilizado su nombre completo la picó. Parecía una especie de advertencia.

-Declan, cariño, tú me gustas, de veras. La otra noche, caray, me hiciste ver las estrellas. Los dos lo pasamos de miedo, ¿no es cierto? Pero no vamos a darle más importancia de la que tiene.

-¿Qué importancia tiene?

Ella levantó los hombros.

-La de un interludio muy satisfactorio para los dos. ¿Por qué no lo dejamos ahí y volvemos a ser amigos?

-Podríamos. O podríamos hacer esto.

Declan la atrajo hacia sí con vehemencia. La levantó del suelo y le robó la boca. Sin paciencia esta vez, sin sensatez, sin buscar el acoplamiento de labios. Era una marca a fuego y ambos lo sabían.

Rufus ladró cuando Lena forcejeó. Pero ni siquiera cuando sus ladridos se transformaron en gruñidos Declan le prestó atención. Agarró a Lena del pelo, le echó la cabeza hacia atrás e hizo que la caída fuera para ambos más profunda. Genio, dolor y hambre se unieron dentro de él, sazonando el beso.

Ella no pudo resistirse. Y aún menos cuando todo un cúmulo de emociones irrumpió en su sistema liberando deseos que había confiado mantener ocultos. Ahogando una blasfemia, se abrazó al cuello de Declan y se sumó a la ferocidad del beso.

Con un gemido, Rufus se tumbó en el suelo y se puso a mordisquear la pelota.

-No hemos terminado aún. -Declan deslizó unas manos de dueño por los brazos de Lena.

-Puede que no.

-Esta noche iré a tu bar y te acompañaré a casa después del cierre. El miércoles, cuando el jaleo haya terminado, me gustaría que vinieras a casa. Cenaremos juntos.

Lena alcanzó a esbozar una sonrisa.

-¿Cocinas tú?

Declan sonrió y le acarició la frente con los labios.

-Te sorprenderé.

-Siempre lo haces -respondió ella mientras él se alejaba.

Estaba irritada, no solo por haber perdido una batalla, sino por su cobardía. Porque era cobardía lo que la había empujado a empezar la pelea.

Caminó por la marisma al tiempo que Rufus corría entre los árboles y la espesa maleza con la esperanza de asustar a un conejo o una ardilla.

Se detuvo en la curva de lo que siempre se había conocido como el Bayou Rouse. Este misterioso lugar, con sus aguas lentas y oscuras, los cipreses calvos y los densos olores, era su mundo tanto como las calles tortuosas y el ambiente animado del Quarter.

Había corrido por este mundo de niña, había aprendido la diferencia entre un reyezuelo y un gorrión, a evitar un nido de víboras por su olor a pepino, a arrojar el anzuelo y recogerlo con un bagro para la cena.

Era el hogar de su sangre, al igual que el Quarter se había convertido en el hogar de sus ambiciones. Al primero no regresaba únicamente cuando su abuela estaba triste, sino cuando ella lo estaba.

Atisbo el avance del hocico nudoso de un caimán. Lo que se ocultaba debajo de la superficie, pensó, era lo que podía hundirte, con una dentellada rápida, si no estabas atenta y perdías la cabeza.

Mucho se ocultaba bajo la superficie de Declan Fitzgerald. Ella habría preferido que fuera un niñato rico y mimado con ganas de pasarlo bien. Se habría divertido con él y lo habría despachado cuando ambos se hubieran hartado.

Era mucho más difícil despachar algo que respetabas. Admiraba la fuerza de Declan, su determinación, su sentido del humor. Como amigo, le proporcionaba mucho placer.

Como amante, se desvivía por ella.

Él quería demasiado. Ya empezaba a notar lo mucho que la absorbía. Y eso le asustaba, le asustaba no ser capaz de detener el proceso.

Jugando con la llavecita, puso rumbo a la casa del bayou. Las cosas seguirían su curso, se dijo. Siempre lo hacían.

Sonrió cuando vio a su abuela ajetreada en el jardín de la cocina, protegida por un sombrero de paja.

-Huelo a pan recién hecho -gritó Lena.

-Pan negro. Tengo una hogaza para que te la lleves a casa.

Odette se incorporó y se llevó una mano a los riñones.

-Y otra que podrías llevarla al Hall para ese chico. No come bien.

-Está lo bastante sano.

-Lo bastante sano para querer darte un bocado. -Odette volvió a su labor con las botas clavadas firme-mente en la tierra-. ¿Trató de darte uno esta mañana? Tienes pinta de que sí.

Lena se sentó en un escalón.

-¿Y qué pinta es esa?

-La de una mujer a la que un hombre le ha puesto las manos encima y no ha terminado el trabajo.

-Si el problema está ahí, sé cómo terminarlo sola.

Con una carcajada, Odette arrancó una ramita de romero. Pellizcó las agujas y las agitó bajo su nariz por el simple placer de olerías.

-¿Por qué rascarte el picor si tienes quien te lo rasque? Puede que por fuera aparente casi setenta, pero sé reconocer a un hombre que está dispuesto y puede.

-El sexo no dirige mi vida, abuela.

-No, pero seguro que la haría más agradable. -Odette se incorporó-. No eres Lilibeth, 't poulette.

Al oír su apodo de la infancia -pollita- sonrió.

-Lo sé.

-El hecho de no ser Lilibeth no significa que tengas que estar sola si encuentras a alguien que sabe encenderte la llama.

Lena aceptó el romero que Odette le ofrecía.

-Creo que él no quiere una llama, sino una hoguera entera. -Lena se recostó sobre los codos y echó la melena hacia atrás-. He vivido todo este tiempo sin quemarme y pienso seguir así.

-Para ti las cosas siempre son blancas o negras. ¿No podrías elegir un color intermedio por una vez? Aunque ya seas una mujer hecha y derecha, para mí sigues siendo mi niña, de modo que voy a decirte algo. No tiene nada de malo que una mujer camine sola siempre que sea por una buena razón. Tener miedo a tropezar no lo es.

-¿Quieres saber qué ocurriría si me permitiera enamorarme de él? -preguntó Lena-. Que con el tiempo se hartaría del agua del pantano y volvería a Boston. O que después de hartarse de jugar conmigo, se buscaría a otra nena.

Odette se echó el sombrero hacia atrás. Tenía la cara roja de exasperación.

-¿Qué ocurre si cae un diluvio y el agua nos arrastra hasta el Mississippi? Maldita sea, Lena, no puedes pensar así. Te dejará seca.

-Estaba bien antes de que él apareciera y estaré bien cuando él se vaya. -Con la cara larga. Lena acarició a Rufus cuando le plantó el hocico en la rodilla-. Esa casa, abuela, esa casa que tantas ganas tiene de restaurar, es un símbolo de lo que ocurre cuando dos personas no pertenecen al mismo lugar. Llevo la sangre de ella y sé de lo que hablo.

-No lo sabes. -Odette le alzó el mentón-. Si ellos no se hubieran querido, si Abby Rouse y Lucian Manet no se hubieran amado y no hubieran tenido una hija, tú y yo no estaríamos aquí.

-Si hubiera sido su destino estar juntos, ella no habría muerto de la forma en que murió. No sería un fantasma en esa casa.

-Oh, chére. -La exasperación y el cariño riñeron la voz de Odette-. No es Abby Rouse quien ronda ese lugar.

-Entonces, ¿ quién es?

-Confío en que sea justamente eso lo que el muchacho tiene que averiguar. Y puede que tú estés aquí para ayudarle. -Odette olfateó el aire-. El pan está hecho -dijo un segundo antes de que sonara el timbre del horno-. ¿Quieres llevar una hogaza al Hall?

Lena apretó la mandíbula.

-No.

-De acuerdo. -Odette subió los escalones y abrió la puerta de la cocina-. Se la llevaré yo. -Sus ojos bailaron cuando miró por encima de su hombro-. Y puede que te lo robe delante de tus narices.

Declan tenía abiertas todas las puertas y ventanas de la planta baja. Ry Cooder sonaba en su equipo de música con su rhythm and blues. Siguiendo la cadencia, estaba aplicando la primera capa de barniz sobre el suelo del salón recién pulido.

Todo le dolía. Cada músculo y cada hueso del cuerpo aullaban con la misma ferocidad que Ry Cooder. Había confiado en que el esfuerzo físico de lijar la madera templara su furia. Ahora esperaba que la necesidad de concentrarse en el barniz lo consiguiera.

El alba rosácea no había cumplido su promesa.

Esa mujer lo sacaba de sus casillas, pensó. Y ella lo sabía. Una noche lo cubría de abrazos en la cama y a la siguiente apenas le ofrecía una conversación por teléfono.

Tan pronto se enfada como se derrite en sus brazos. Mira que intentar convertir la noche que habían pasado juntos en un simple rollo.

Y un cuerno.

-Cher, ¿por qué te pones así? -murmuró-. Todavía no has visto cómo puedo ponerme, nena. Pero lo verás antes de que acabe con esto.

-Pareces algo enfadado.

Declan se volvió bruscamente, arrastrando el barniz consigo. Y casi cayó de rodillas cuando vio a Odette sonreírle desde la puerta.

-No la oí entrar.

-No me sorprende. -Con el privilegio que le otorgaba la edad, se inclinó y bajó el volumen en el momento en que Cooler cambiaba de ritmo y se lamentaba-. Me gusta Cooler, pero no tan alto. Te he traído una hogaza de pan que hice esta mañana. Termina lo que estabas haciendo. La dejaré en la cocina.

-Deme un minuto.

-No tienes que parar por mí, cher.

-Lo sé. Deme cinco minutos, por favor. Hay algo de beber... he olvidado qué, en la nevera. ¿Le importaría servirse usted misma?

-En absoluto. Ya empiezo a notar el calor y aún no estamos en marzo. Tómate el tiempo que necesites.

Cuando Declan fue a reunirse con ella, Odette estaba frente a la vitrina de la cocina, examinando su contenido.

-Mi madre tenía un viejo molde de barquillos como ese. Y yo todavía tengo una despepitadora de cerezas como esa. ¿Cómo llaman aquí a esos platos? No lo re-cuerdo.

-Vajilla de fiesta.

-Eso es. ¿Has pagado dinero por esos frascos de Masón, cher?

-Me temo que sí.

Asombrada, Odette chasqueó la lengua.

-Quién me lo iba a decir. Aunque quedan preciosos. Un día ven a rebuscar en mi cobertizo. Tal vez encuentres algo que te interese. -Miró en derredor y asintió con la cabeza-. Buen trabajo, Declan, buen trabajo.

-Estará acabada cuando monte las encimeras y termine los paneles de los electrodomésticos.

-Buen trabajo -repitió Odette-. Y el salón te está quedando precioso.

-Ya he comprado algunos muebles. Me he adelantado un poco. ¿Quiere sentarse, señorita Odette?

-Solo un minuto. Guardo algo perteneciente a esta casa que quizá te gustaría tener. Podrías ponerlo en la repisa del salón o en una de las habitaciones.

Se sentó frente a la mesa y sacó de una bolsa un marco de piel marrón.

-Es una fotografía. Un retrato de Abigail Rouse.

Declan contempló el rostro de la mujer que rondaba sus sueños. Podría haber sido Lena, pensó, pero había demasiada dulzura, demasiada aún por formar en esta cara. Las mejillas eran más redondas, los ojos de largas pestañas demasiado crédulos, y también demasiado tímidos.

Qué joven, pensó. Y qué cándida pese al vestido de mujer adulta con cuello alto de pelaje, pese al ángulo desenfadado de la toca de terciopelo y sus picaras plumas.

Tenía delante una muchacha, rumió Declan, mientras que Lena era una mujer.

-Muy bonita -dijo-. Bonita y muy joven. Se le rompe a uno el corazón.

-Mi abuela dedujo que tenía unos dieciocho años cuando le hicieron esta foto. No podía tener más, porque no vivió para ver los diecinueve.

Mientras Odette hablaba, arriba estalló un portazo. Se limitó a mirar el techo.

-Parece que también tu fantasma está enfadado.

-Los portazos empezaron hoy. El hijo del fontanero huyó como una bala hace un par de horas.

-Tú no tienes pinta de ir a ningún lado.

-No. -Declan se sentó al otro extremo de la mesa justo cuando se producía otro portazo y contempló la sonrisa tímida y confiada de Abigail Rouse Manet-. No voy a ningún lado.

Los Carnavales eran una auténtica locura. La música, las máscaras y el gentío se unían en una suerte de celebración desesperada que conseguía crear un ambiente inocentemente jubiloso y, al mismo tiempo, increíblemente sexual. Declan dudaba que los turistas que llegaban en tropel para la ocasión comprendieran la finalidad de los Carnavales. La urgencia por hartarse de placeres antes de los cuarenta días de ayuno.

Deseoso de vivir la experiencia, decidió pasear entre el gentío e incluso atrapó algunos collares lanzados desde una de las terrazas. La música y las risas resonaban en sus oídos.

Se dijo que la visión de los pechos desnudos que dos jovencitas, fieles a la tradición, mostraron levantándose la blusa, le resultaría menos alarmante después de un par de copas.

Como también que una completa desconocida le obsequiara con un beso de tornillo. La lengua que actualmente invadía su boca transmitía el dulzor de muchos huracanes y la feliz lujuria de la embriaguez.

-Gracias -dijo cuando consiguió despegarse.

-Vuelve aquí-gritó la mujer enmascarada-. Laizzez les bon temps rouler!

Declan no quería dejarse llevar cuando eso implicaba lenguas extrañas invadiendo su boca, de modo que se perdió en la multitud.

A lo mejor se estaba haciendo viejo, pensó, o quizá fuera su educación bostoniana, pero quería encontrar un lugar donde poder sentarse y observar la fiesta sin sufrir su acoso.

Las puertas de Et Trois estaban abiertas de par en par y el fragor interior se mezclaba con el de la calle. Tuvo que abrirse paso entre los juerguistas que ocupaban la acera y los que abarrotaban el local para hacerse un sitio en la barra.

El bar rebosaba de humo, música y golpes de pie sobre la madera de la pista de baile. En el escenario, un violinista tocaba con tal pasión que a Declan no le habría sorprendido que el arco se incendiara.

Lena estaba sirviendo una cerveza a presión con una mano y un chupito de bourbon con la otra. Los otros dos camareros estaban igual de atareados y Declan contó cuatro camareras atendiendo las mesas.

Sus cangrejos le sonrieron desde detrás de la barra y se puso absurdamente contento.

-Cerveza y chupito -dijo Lena entregando los vasos a unas manos que aguardaban. Al ver a Declan, levantó un dedo y sirvió a tres clientes más mientras se iba acercando-. ¿Qué te apetece, monada?

-Tú. Tienes el local a tope, tanto dentro como en la acera.

-Banquette -le corrigió Lena-. Aquí la llamamos banquette. -Se había recogido el pelo con collares de cuentas moradas y doradas. La llavecita de plata estaba bañada de sudor-. Puedo servirte una copa, cher, pero ahora mismo no puedo hablar.

-¿Te echo una mano?

Lena se apartó un mechón de la cara.

-¿Conque?

-Con lo que sea.

Alguien se escurrió a codazos y pidió a gritos un Tequila Sunrise y una cerveza a presión.

Lena alcanzó la botella de tequila y se volvió para servir la cerveza.

-¿Sabes recoger mesas, universitario?

-Puedo aprender.

-¿Ves a la camarera pelirroja? Es Marcella. Dile que te he contratado y que te diga lo que puedes hacer.

A medianoche. Declan calculó que había traslada-do media tonelada de vasos y botellas a la cocina y vaciado en colillas el equivalente a Mount Rainier.

Su culo había recibido pellizcos, caricias y miradas devoradoras. ¿Qué les pasaba a las mujeres con los traseros masculinos? Alguien debería estudiar ese fenómeno.

Había perdido la cuenta de las propuestas y no quería volver a pensar en la enorme mujer que se lo había subido al regazo.

Fue como si le hubieran asfixiado con una almohada de doscientos kilos empapada de whisky.

Para cuando dieron las dos no daba crédito a la capacidad del cuerpo humano para el vicio y ya había modificado la idea que tenía de la aptitud y la resistencia que requerían los trabajos relacionados con la restauración.

Logró sesenta y tres dólares con ochenta centavos de propina y prometió que quemaría sus ropas a la primera oportunidad.

El local seguía en plena forma a las tres y Declan llegó a la conclusión de que Lena no le había estado evitando. Y si lo había hecho, había tenido una excusa razonable.

-¿A qué hora cerráis? -le preguntó mientras llevaba otra bandeja a la cocina.

-Cuando la gente se vaya. -Lena vació dos botellas de cerveza en sendos vasos de plástico.

-¿Y lo hace?

Ella esbozó una sonrisa distraída mientras examinaba a la multitud.

-Durante los Carnavales, no mucho. ¿Por qué no te vas a casa, cher? Todavía tenemos una hora por delante, como mínimo.

-Me quedo.

Declan llevó los vasos a la cocina y regresó justo a tiempo de ver a tres tipos muy ebrios -muchachos, observó- tratando de ligar con Lena.

Ella los estaba manejando bien, pero el trío no quería darse por vencido.

-Si queréis durar hasta el último día, tenéis que bajar un poco el ritmo. -Sirvió tres cervezas en vasos de plástico-. ¿No estaréis pensando en conducir?

-Diantre, no. -El que llevaba puesta una camiseta de la Universidad de Michigan bajo una avalancha de collares se inclinó hacia delante. Demasiado-. Tenemos una casa en Royal. ¿Por qué no te vienes conmigo, nena? Podríamos zambullirnos desnudos en el jacuzzi.

-Muy tentador, cher, pero estoy muy ocupada.

-Yo te daré algo más de qué ocuparte -dijo él, y agarrándose la entrepierna consiguió que sus compañeros lo vitorearan.

Declan se acercó y posó una mano de dueño sobre el hombro de Lena.

-Estás intentando ligar con mi chica. -Notó que el hombro de Lena se tensaba y vio desafío en los ojos del muchacho de Michigan.

Bajo otro estado, pensó Declan mientras calculaba las medidas -metro ochenta y cinco, ochenta y cinco kilos-, quizá ese muchacho se hiciera la cama cada mañana y visitara a mujeres ancianas. Quizá rescatara a gatitos y cachorros. Pero ahora mismo estaba borracho, excitado y estúpido.

Para demostrarlo, Michigan enseñó los dientes.

-¿Por qué no te vas a joder a otra parte? ¿O prefieres vértelas conmigo fuera?

La voz de Declan se tornó afable.

-¿Por qué iba a querer pelearme contigo cuando lo único que estás haciendo es admirar mi gusto? Espectacular, ¿no te parece? Si no hubieras intentado ligártela, habría pensado que estás demasiado borracho para ver con claridad.

-Veo estupendamente, gilipollas.

-Exacto. ¿Qué tal si os invito a ti y a tus amigos? Cariño, ponles unas cervezas a mi cuenta. -Declan se inclinó sobre el mostrador y señaló la camiseta-. ¿Vacaciones de primavera? ¿Qué estás estudiando?

Estupefacto y ebrio, Michigan parpadeó.

-¿Yati que timpodta?

-Mera curiosidad. -Declan acercó un cuenco de galletas saladas y picó una-. Tengo una prima que enseña en el departamento de inglés. Eileen Brennan. A lo mejor la conoces.

-¿La profesora Brennan es tu prima? -La agresividad del muchacho cedió el paso a la camaradería-. El semestre pasado estuvo a punto de catearme.

-Es muy severa. Siempre me ha dado miedo. Si la ves, salúdala de parte de Dec. Toma, tu cerveza.

Eran más de las cuatro cuando Lena abrió la puerta de su apartamento.

-Has sabido manejar a esos crios, cher. Lo hiciste tan bien que no te echaré una bronca por lo de «mi chica».

-Eres mi chica, lo que pasa es que todavía no lo sabes. Además, era un caso fácil. Mi prima Eileen es famosa en la Universidad de Michigan. Eran muchas las probabilidades de que ese muchacho la conociera.

-Otros hombres habrían enseñado los músculos. -Lena dejó las llaves-. Habrían salido a la calle y rodado por el suelo para comprobar quién tenía la polla más grande.-Cansada, procedió a quitarse los collares del pelo mientras miraba a Declan-. Supongo que el abogado que llevas dentro te mantiene fuera de líos.

-El muchacho no tenía más de veintidós años.

-Cumplió veintiuno en enero. Les pedí el carnet.

-No me peleo con niños. Además, detesto el efecto de los nudillos en mi cara. Duelen mucho. -Declan le levantó el mentón. Lena parecía agotada-. Un día largo, ¿eh?

-Y lo que me espera hasta el miércoles. Gracias por tu ayuda, cielo. Te has portado como un jabato.

Más aún, pensó Lena. Declan se había zambullido en la onda de su bar y había dado el callo. Había seducido a los clientes, había tolerado manos largas y evitado una situación potencialmente fea utilizando su ingenio en lugar de su ego.

Cuanto más lo conocía, pensó, más había por conocer.

Extrajo un sobre del bolsillo trasero de su pantalón.

-¿Qué es?

-Tu paga.

-Lena, no quiero tu dinero,

-Tú trabajas, yo te pago. No acepto invitaciones. -Le puso el sobre en la mano-. Pero en negro, que ahora no tengo ganas de papeleo.

-Vale, lo acepto. -Declan se guardó el dinero en el bolsillo. Simplemente le compraría algo.

-Supongo que ahora debería darte una buena propina. -Lena le rodeó el cuello con los brazos y apretó su cuerpo contra el de él. Sin cerrar los ojos, le mordisqueó lentamente el labio hasta besarlo.

Declan descendió las manos por los costados del cuerpo de ella y la levantó por las caderas hasta que las piernas le rodearon la cintura.

-Tienes que descansar los pies.

-Ay, sí, mmm.

Le acarició el cuello con la nariz, subió hasta la oreja y regresó a la boca al tiempo que la trasladaba al dormitorio.

-¿Sabes lo que voy a hacer?

El deseo de Lena hervía a fuego bajo ante el inenarrable placer de liberar sus doloridos pies.

-Creo que me hago una idea.

La dejó sobre la cama y casi pudo notar su suspiro de alivio. Le quitó un zapato.

-Voy a darte algo que todas las mujeres desean.

Arrojó el zapato, se encaramó a la cama y le quitó el otro.

Pese al cansancio, la cara de ella se volvió maliciosa.

-¿Rebajas en Saks?

-Mejor aún. -Le pasó un dedo por el arco del pie-. Un masaje en los pies.

-¿Un qué?

Sonriendo, Declan le dobló un pie, le frotó los dedos y vio cómo los ojos de ella se nublaban de placer.

-Mmmm, Declan, tienes unas manos mágicas.

-Relájate y disfruta. El tratamiento de reflexología Fitzgerald es famoso en todo el mundo. También ofrecemos masajes de cuerpo entero.

-No me cabe duda.

Lo peor del dolor había empezado a amainar. Cuando Declan alcanzó las pantorrillas, los agotados músculos temblaron con una mezcla de dolor y placer.

-¿Te tomarás unas vacaciones después de Carnaval?

Ella estaba flotando, pero trató de concentrarse en la voz de él.

-Sí, el Miércoles de Ceniza.

-Vaya, qué gandula. -Declan le besó despreocupadamente la rodilla-. Vamos a desvestirte.

Le desabotonó los vaqueros. Ella levantó las caderas y se estiró perezosamente. Probablemente, se dijo él, no era consciente de que tenía la voz ronca y arrastraba las palabras.

-¿Qué más piensas frotarme, cher?

Él se permitió acariciarle los senos, disfrutar de su reacción. Ella hundió los dedos en su pelo, fue al encuentro de sus labios. Él le tiró de la camiseta hacia arriba y desabrochó la presilla frontal del sujetador. Descendió a besos hasta el pecho mientras ella arqueaba el cuerpo.

Entonces la giró sobre el estómago. Ella gimió y se derritió cuando él le frotó el cuello.

-Lo que imaginaba -dijo Declan-. Concentras toda la tensión aquí, como yo.

-Mmm, Jesús. -Si pudiera pedir un deseo en ese momento, pediría que él siguiera haciendo lo que estaba haciendo durante una semana-. Podrías ganarte la vida con esto.

-Siempre ha sido mi profesión de repuesto. Tienes algunos nudos importantes. El doctor Dec va a dejarte como nueva.

-Me encanta jugar a médicos.

Esperó a que él cambiara el tono, a que sus manos se volvieran exigentes. Era un encanto, pensó medio adormilada, pero también era hombre.

Echaría un sueñecito hasta que él la despabilara.

Cuando despertó, el sol entraba por las ventanas. Una ojeada borrosa al despertador le dijo que eran las diez y veinte. Ya era de día, pensó sorprendida. ¿Cómo había ocurrido?

Estaba arropada en la cama con el mismo esmero que si la hubiera arropado su abuela. Arropada y sola.

Giró sobre su espalda, se desperezó y bostezó. Entonces, con cierto asombro, se percató de que nada le dolía. Ni el cuello, ni los pies, ni la espalda.

El doctor Dec, musitó, había hecho un buen trabajo. Y probablemente se fue enfurruñado porque ella no le había pagado sus honorarios. No podía reprochárselo, pues la había tratado con suma dulzura y ella no había hecho otra cosa que el muerto.

Tendría que compensarle, pensó mientras se levantaba para poner en marcha la cafetera antes de dirigirse a la ducha.

Entró en la cocina y contempló la jarra llena de café y la nota apoyada en ella. Arrugando la frente, alzó la nota y encendió de nuevo la cafetera mientras leía.

He tenido que irme. Esta mañana vienen los de la encimera. Como no sabía a qué hora ibas a levantarte, no quise dejar la cafetera encendida. El café está hecho a las siete y diez. Por cierto, estás muy bonita cuando duermes.

Te llamaré luego.

DECLAN

-Qué extraño eres -murmuró Lena martilleando la nota con los dedos-. Me tienes desconcertada.

Pasó por el bar para revisar el turno del almuerzo y las existencias. Acto seguido, ansiosa por satisfacer su curiosidad, partió hacia Manet Hall.

La puerta estaba abierta. Supuso que Declan era de los pocos que habían vivido en esa casa que dejaría la puerta abierta para todo el que quisiera entrar. Por mucho que le gustara la vida en el campo, alguien tendría que asesorarle sobre sistemas de seguridad.

Oyó barullo de hombres trabajando en la parte de atrás, pero se tomó su tiempo para llegar hasta allí.

El salón atrajo su atención. Pasó los dedos por el brillante suelo y lo notó duro y frío. Entonces entró y miró a su alrededor.

Era un hombre cuidadoso con sus cosas, fue cuanto se le ocurrió pensar. Cuidaba los detalles, hacía que adquirieran importancia. El color, la madera, la elegancia de la chimenea, las deslumbrantes ventanas que supuso había lavado él mismo.

También supuso que él mismo iba a decorar la estancia, prestando suma atención a los detalles.

Jamás había conocido a un hombre que se tomara tantas... molestias con algo, se dijo. De hecho, no conocía a nadie. Tal vez, se vio obligada a reconocer, había pasado demasiado tiempo con el tipo de hombre equivocado.

-¿Qué opinas?

Lena se volvió envuelta por la luz que entraba por las ventanas. Declan estaba junto a la puerta.

-Opino que esta casa es muy afortunada por tenerte. Creo que la ves como debería ser y que te esmerarás para devolverle la vida.

-Qué bonito. -Se acercó a ella-. Muy bonito. Pareces descansada.

-Los hombres no deberían decir a las mujeres que parecen descansadas, sino que están preciosas.

-Siempre te veo preciosa, pero hoy, además, te veo descansada.

-Qué labia, chico, qué labia. -Lena se dirigió a la chimenea. Deslizó una mano por la repisa y la detuvo ante un marco de cuero que contenía la foto de una joven-. Abigail -susurró, y el dolor volvió a penetrarla. Muy adentro.

-Me la dio la señorita Odette. Te pareces a ella.

-Yo nunca he tenido esa expresión tan cándida. -Lena acarició el rostro joven y confiado de la muchacha.

Había visto antes ese retrato, incluso lo había estudiado detenidamente durante un período de su vida en que le había parecido romántico el misterio que ocultaba. Durante un período en que había sido lo bastante joven para ver romanticismo en una tragedia.

-Se me hace extraño verla aquí -dijo-. Ver una parte de mí aquí.

-Ella pertenece a este lugar. Y tú también.

Lena se sacudió esa idea y la pena que esos ojos oscuros y diáfanos vertían sobre su corazón. Miró largamente a Declan. Ropa de trabajo, cinturón de herramientas, barba de un día. Cada vez le era más difícil imaginárselo con traje de rayas y maletín de cuero.

Cada vez le era más difícil imaginar su vida sin él.

-¿ Por qué te fuiste esta mañana ?

-¿No viste la nota? Los tipos de la encimera. -Señaló la cocina-. Había tenido que suplicarles y pagarles un suplemento para que aceptaran venir un sábado por la mañana. No podía fallarles.

-No me refería a eso. Tú no fuiste a la ciudad, trabajaste casi seis horas recogiendo mesas y me diste un masaje en los pies porque no tenías nada mejor que hacer un viernes por la noche. Viniste en busca de sexo, cher, y te fuiste sin él. ¿Por qué?

Declan notó que el genio trataba de horadar su buen talante.

-Tienes la habilidad de convertir lo sencillo en algo complicado.

-Porque las cosas raras veces son tan sencillas como parecen.

-De acuerdo, hablemos claro. Fui a la ciudad porque quería verte. Recogí mesas porque quería ayudarte. Te di un masaje en los pies porque calculé que llevabas doce horas erguida. Y te dejé dormir porque lo necesitabas. ¿Es que nunca te han hecho un favor?

-Los hombres, en general, no, a menos que quieran algo a cambio. ¿Qué quieres tú a cambio?

Declan esperó a que se le pasara el primer arrebato de irritación.

-Eso es insultante. Pero si tanto te interesa devolverme el favor, dispongo de veinte minutos. Podemos subir, echar un polvo y quedar empatados. De lo contrario, tengo mucho trabajo.

-No era mi intención insultarte. -Pero se daba cuenta de que lo había hecho-. Lo que ocurre es que no te entiendo. Los hombres que he conocido íntimamente se habrían molestado por lo que no sucedió entre nosotros esta mañana. Supuse que tú también te habrías molestado, y no te lo habría reprochado. Lo habría entendido.

-¿Tanto te cuesta comprender que puedes importarme lo bastante para dejar a un lado el sexo a fin de permitirte dormir?

-Sí. .

-Quizá no sea insultante. Quizá solo sea triste. -Advirtió que las mejillas de Lena enrojecían y comprendió que era de vergüenza-. Para mí no todo se reduce al sexo. El sexo da color a la vida, pero hay otras cosas.

-Me gusta saber a qué debo atenerme. Si no lo sabes, no puedes decidir dónde quieres estar o qué dirección te gustaría tomar.

-Y yo te estoy jodiendo la brújula.

-Más o menos.

-Soy un tipo afable. Lena, pero no voy a permitir que me metas en el mismo saco que los demás hombres a los que has tratado. De hecho, a mí no me tratarás. Nos trataremos el uno al otro.

-Porque así lo quieres.

-Porque así es. -El tono de Declan fue categórico-. Nada entre nosotros se parece ni va a parecerse a nada de lo que ya hemos tenido. Es posible que necesites tiempo para acostumbrarte.

-¿Así es como consigues salirte con la tuya? ¿Enumerando las reglas en ese tono razonable tan irritante?

-Hechos, no reglas -le corrigió él en ese tono razonable tan irritante-. Y si te resulta irritante es únicamente porque te sentirías más segura en una pelea. Ya nos hemos comido los veinte minutos que podríamos haber destinado al sexo. Una buena sesión de sexo o una buena pelea exigen su tiempo. Voy a tener que suspender ambas actuaciones a causa de la lluvia.

Lena le miró fijamente mientras buscaba algo mordaz que decir. Al final desistió y rompió a reír.

-En ese caso, cuando deje de llover, empecemos por la pelea. Luego podríamos dedicarnos al sexo a modo de prima.

-Me parece bien. ¿Tienes que irte ya o todavía dispones de unos minutos? Podrías ayudarme a trasladar la alfombra que he comprado para el salón. Pensaba pedírselo a los tipos de la encimera, pero con lo que les pago prefiero que no se distraigan.

-¿Escatimando gastos tú, con lo abultados que tienes los bolsillos?

-No los tendría si me dejara sablear. Además, así podré tenerte conmigo y mirarte un rato más.

-Muy astuto. -Lo cierto era que quería quedarse, quería estar con él-. De acuerdo, te ayudaré con la alfombra antes de irme. ¿Dónde está?

-En la estancia contigua. -Declan señaló las puertas-. Casi todo lo que he comprado hasta ahora lo guardo ahí. Mi próximo proyecto será la biblioteca, así que podré sacar lo que va en el salón y en la biblioteca antes de empezar con ese cuarto.

Lena se acercó y quedó boquiabierta. Una cueva de Aladino, pensó, creada por un loco millonario con un gusto ecléctico. Estaba repleta de mesas, sofás, alfombras, lámparas y lo que su abuela llamaría chismes.

-Santo Dios, Declan, ¿cuándo compraste todo esto?

-Un poco allí, un poco allá. Me digo que no debo, pero no me escucho. En cualquier caso, es una casa grande. -Declan avanzó por los estrechos pasillos formados por sus adquisiciones-. Necesita muchas... cosas. Pensé en respetar la época en que fue construida la casa, pero luego me dije que con el tiempo me cansaría. Me gusta mezclar estilos.

Lena vio una mesa auxiliar de bronce estilo Hepplewhite con forma de hipopótamo.

-Misión cumplida.

-Mira esta lámpara. -Declan pasó los dedos por la pantalla de una Tiffany-. Tengo debilidad por las lámparas.

-Yo diría que tienes debilidad por todo, cher.

-Sobre todo por ti. Aquí está la alfombra. -Declan dio unas palmadas al rollo alargado que descansaba sobre la pared-. Creo que podremos

arrastrarla. Debí dejarla más cerca de la puerta, pero cuando la compré no estaba seguro de dónde iría. Ahora sí lo sé.

Entre los dos consiguieron bajarla hasta el suelo. Con Declan encorvado y caminando de espaldas, contornearon los islotes de muebles. Tuvieron que detenerse una vez para mover un sofá y otra para apartar una mesa auxiliar.

-¿Sabes una cosa? -dijo Lena cuando los dos cayeron de rodillas en el salón, jadeando-. Dentro de dos meses estarás enrollándola de nuevo. Aquí nadie deja puestas las alfombras en verano. Hace demasiado calor.

-Ya me preocuparé por eso en junio.

Lena se sentó sobre los talones y le acarició la mejilla.

-Cher, empezarás a pensar en el verano antes de que acabe abril. En marcha. -Se subió las mangas y colocó las manos sobre el rollo-. ¿Listo?

Avanzando a cuatro patas, desenrollaron la alfombra y revelaron poco a poco el dibujo. Lena sólo alcanzaba a atisbar tonalidades y texturas, pero eso le bastó para comprender por qué Declan la quería allí.

Los verdes de las hojas eran tenues, como el verde de las paredes, y se mezclaban con rosas de tonos suaves sobre un fondo verde oscuro. Una vez abierta, se levantó para estudiar el efecto conjunto mientras él se preocupaba de colocarla en su posición exacta.

-Te has comprado un jardín de rosas. Declan. Casi puedo olerías.

-Bonita, ¿eh? Encaja muy bien en este salón. Para empezar, utilizaré los dos sofás imperio y creo que la mesa Biedermeier. -Declan contempló el medallón del techo-. Vi una lámpara genial, de vidrio soplado, muy Dale Chuhuly. Debí comprarla.

-¿Por qué no vemos primero cómo quedan los sofás?

-Pesan mucho. Pediré a Remy que me eche una mano con ellos. Tenía previsto pasar hoy por aquí.

-Me tienes a mí.

-No quiero que te hagas daño.

Lena le clavó una de sus miradas antes de dirigirse al almacén.

Colocados los sofás, retrocedió para examinar el resultado cuando oyó llorar al bebé.

Miró a Declan, pero él parecía distraído.

-¿Han venido los hombres de la encimera con un bebé? -preguntó.

Declan cerró los ojos y se hundió en el sofá.

-¿Puedes oírlo? Nadie más lo oye. Los portazos, sí. Y el agua que corre cuando no hay nadie en el cuarto para abrir los grifos. Pero nadie oye al bebé.

Presa de un escalofrío. Lena se volvió hacia el vestíbulo.

-¿De dónde viene el llanto?

-Del cuarto infantil. A veces del dormitorio de Abigail, pero sobre todo del cuarto infantil. No obstante, cuando alcanzo la puerta se calla. Remy estuvo aquí en dos ocasiones en que empezó el llanto. No podía oírlo. Pero tú sí puedes.

-Tengo que ir a ese cuarto. No soporto oír a un bebé llorar de ese modo. -Lena caminó hasta el vestíbulo y empezó a subir. En ese momento el llanto cesó.

Durante un instante pareció como si toda la casa estuviera en silencio. Luego oyó el barullo de la cocina, la música de una radio, las voces de los obreros.

-Qué extraño. -Permaneció detenida en la escalera con una mano en la barandilla y el corazón acelerado-. Estaba pensando que quería coger al bebé en brazos. La gente dice que a los bebés hay que dejarlos llorar, pero yo no estoy de acuerdo. Estaba pensando en eso cuando el llanto paró.

-Es extraño que estuvieras pensando en coger en brazos a tu tatarabuela. Es Marie Rose -explicó Declan cuando Lena se volvió para mirarle-. Estoy seguro. A lo mejor puedes oírla porque llevas su sangre, y supongo que yo puedo oírla porque soy el propietario de la casa. He dejado un mensaje a los dueños anteriores para hablar del asunto, pero no me han devuelto la llamada.

-Tal vez no quieran hablar.

-No lo sabré si no se lo pregunto. ¿Tienes miedo?

Lena levantó la vista y se hizo la misma pregunta.

-Supongo que debería tenerlo, pero no lo tengo. Lo encuentro fascinante. Creo... -Se interrumpió al oír un portazo-. Eso no es obra de un bebé -dijo, y echó a correr escaleras arriba.

-Lena. -Pero ella ya había doblado la curva del rellano y él no tuvo más remedio que seguirla.

Avanzó por el pasillo abriendo puertas. Al abrir la puerta del dormitorio de Abigail, una ola de aire frío la envolvió y resopló del susto. Pasmada por el vaho que salía de su boca, se llevó los brazos al pecho.

-Esto no es propio de un bebé -susurró.

-No. Es ira. -Cuando Declan le puso las manos en los hombros para calentarla, para alejarla, la puerta se cerró con un golpe seco.

Lena dio un brinco, no pudo evitarlo, y oyó el nerviosismo en su risa ahogada.

-Tu fantasma no es muy hospitalario que digamos.

-Es la primera vez que lo veo. -Declan tenía un nudo en la base de la garganta. Y en el corazón, pensó mientras respiraba hondo-. Quienquiera que sea, está muy cabreado.

-Es el cuarto de Abigail. Las cajún podemos ser temibles cuando nos irritamos.

-No parece la cólera de una chica. Y aún menos de la joven de la fotografía.

-Qué poco sabes de chicas, cher.

-Oye, tengo una hermana que puede ser tan mala como un gato escaldado. Quería decir que parece una cólera resentida, malvada.

-Si alguien me hubiera matado y me hubiera enterrado en una tumba oculta, estaría muy resentida. -Lena se obligó a coger el pomo helado-. No gira.

Declan posó una mano sobre la de ella. Otra corriente fría. El pomo giró suavemente. Y cuando la puerta se abrió, solo encontraron una habitación vacía llena de sol y sombras.

-Da un poco de miedo, ¿no te parece? -Pero Lena entró.

-Sí, un poco.

-¿Sabes qué creo, cher?

-¿Qué?

-Creo que el hombre que es capaz de vivir en esta casa solo, noche tras noche, y que sale a comprar alfombras, mesas y lámparas para decorarla... -Se volvió y le rodeó la cintura-. Creo que el hombre que es capaz de hacer eso tiene unas pelotas de acero.

-¿De veras? -Leyendo la invitación, Declan bajó la cabeza y la besó-. Creo que podría hacer un hueco de veinte minutos para esa sesión de sexo.

Lena rió y le dio un fuerte abrazo.

-Lo siento, cielo, pero tengo que irme. Es sábado y la noche se acerca. Pero si estás por el barrio a eso de las tres o las cuatro de la madrugada, creo que podría permanecer despierta el tiempo suficiente para... -le deslizó una mano entre las piernas y acarició por encima de los tejanos-... dar un masaje a estas pelotas de acero.

Declan apenas logró ahogar un gemido.

-El miércoles -dijo-, cuando estés del todo libre.

Ella todavía tenía la mano entre sus piernas y podía notar el endurecimiento.

-¿El miércoles?

-Cuando estés libre. -Declan, con todo, apretó su boca contra la de ella para dejarle catar lo que estaba sintiendo-. Ven aquí. Cenaremos juntos y te quedarás a dormir. -La arrinconó contra la pared. Utilizó los dientes-. Te quiero en mi cama. El miércoles. Dime que vendrás y que te quedarás a dormir.

-De acuerdo. -Lena se liberó. Unos minutos más, pensó, y en lugar de esperar al miércoles lo tomaría ahí mismo, en el suelo-. Tengo que irme. No debí quedarme tanto tiempo.

Al salir del cuarto miró a un lado y otro del pasillo.

-Creo que nunca he pasado la noche en una casa embrujada. ¿A qué hora vengo?

-Pronto.

-No hace falta que me acompañes a la puerta, cher. -Lena le lanzó una sonrisa maliciosa-. A juzgar por tu estado actual, caminar podría suponerte un problema. Pásate por el bar si cambias de opinión.

Se llevó un dedo a los labios, lo besó, lo dirigió hacia Declan como si fuera una pistola y se alejó.

Un gesto atinado, pensó Declan. Había momentos en que una mirada de ella era tan mortal como una bala.

Solo tenía que aguantar hasta el miércoles para que volviera a dispararle.

La lluvia llegó la noche del sábado y acampó como un ocupa el resto del fin de semana. Mantuvo a Declan dentro, y lo mantuvo solo. Con Blind Lemon Jackson de fondo, emprendió el trabajo en la biblioteca.

Encendió la chimenea para calentarse, pero también para animarse, y se descubrió sentado en el hogar pasando un dedo por el azulejo desportillado. Quizá lo dejara como estaba. No todo tenía que ser perfecto. Los accidentes debían aceptarse, así como su huella personal.

Era cierto que quería devolverle la vida a la casa, pero ¿quería ponerla exactamente como antes? Ya había cambiado algunas cosas, y los cambios la hacían suya.

Si reparaba el azulejo, ¿estaría honrando la historia de Hall o recreándola?

No había sido un hogar feliz.

Sintió un escalofrío en la espalda pese a tenerla de cara al fuego.

Una casa fría, llena de secretos, ira y envidia.

De muerte.

Quería un libro. La lectura era para ella un placer, un placer lento y brillante. La biblioteca, con sus interminables hileras de libros, le inspiraba tanto respeto como una iglesia.

Ahora que Lucien estaba encerrado con su padre en el estudio repasando los negocios de sus propiedades y cultivos, ahora que la lluvia martilleaba las ventanas, podía entregarse a una placentera tarde de lectura.

Todavía no se había acostumbrado a disponer de su tiempo como gustara, así que entró en la estancia como si se tratara de un placer prohibido. Ya no tenía sábanas que doblar, mesas que limpiar ni bandejas que transportar.

Ya no era una criada en esta casa, sino una esposa.

Una esposa. Acarició la palabra. Todavía era tan nueva, tan impecable. Como la vida que estaba creciendo en su interior. Tan nueva que aún tenía que anunciárselo a Lucien.

Se le estaba retrasando la menstruación, y nunca se le retrasaba. Había despertado enferma tres días seguidos. Con todo, esperaría otra semana. Hablar del tema demasiado pronto podía torcerlo.

Deseaba tanto tener un hijo... Deseaba tanto dar un hijo a Lucien... Se llevó una mano al vientre mientras recorría las estanterías e imaginaba el hermoso hijo o la hermosa hija que traería al mundo.

Quizá un niño, solo quizá, ablandaría a la madre de Lucien. Quizá un niño traería la alegría a esta casa como a ella la esperanza de tenerlo le llenaba de alegría el corazón.

Eligió Orgullo y prejuicio de Austen. El título, pensó, le interesaba. Había tanto de ambas cosas en Manet Hall. Se mordió el labio mientras lo hojeaba. Era una lectora lenta, meticulosa, pero Lucien decía que era porque saboreaba las palabras.

Tropezaba con ellas, pensó, pero estaba mejorando. Satisfecha, se volvió y vio a Julián repantigado en una de las butacas de color vino con una copa en una mano y una botella junto al codo.

Observándola.

Julian la asustaba. Le repelía. Pero se dijo que ya no era una criada. Era la esposa de su hermano y debía intentar ser su amiga.

-Hola, Julian. No te había visto.

Él alzó la botella de brandy y se sirvió otra copa.

-Ese libro -dijo antes de dar un largo trago-, tiene palabras de más de una sílaba.

-Sé leer. -Su espalda se enderezó como una flecha-. Me gusta leer.

-¿ Qué otras cosas te gustan, chére?

Sus dedos apretaron el libro cuando él se levantó, y se relajaron cuando él caminó hasta la chimenea, descansó una bota en el hogar y un codo en la repisa.

-Estoy aprendiendo a montar. Lucien me está enseñando. Todavía no soy muy buena, pero me gusta. -Oh, deseaba tanto ser su amiga. Esta casa merecía calor, risas, amor.

Julián rió y ella oyó el brandy en esa risa.

-Apuesto a que sabes montar. Apuesto a que sabes montar a un hombre hasta hacerlo sudar. Puede que esos ojos cándidos funcionen con mi hermano, siempre ha sido un ingenuo. Pero yo sé quién eres y qué buscas.

-Soy la esposa de tu hermano. -Tenía que haber una forma de dar el primer paso para superar este odio. Por Lucien, por el bebé que credo en su interior, avanzo hacia Julián- Solo quiero que sea feliz. Yo le hago feliz.

Llevas su sangre, Julián, eres su gemelo. No debería existir discordia entre nosotros. Quiero ser tu hermana, tu amiga.

Julián apuró la copa.

-¿ Quieres ser mi amiga?

-Sí. Por Lucien, deberíamos…

-¿Hasta qué punto estás dispuesta a ser mi amiga?

-Julian se abalanzó sobre ella y le agarró dolorosamente los senos.

La estupefacción la paralizó. Luego la injuria atravesó la estupefacción con un calor abrasador. Su mano estalló contra la mejilla de él con tanta fuerza que lo tambaleó.

-¡Cerdo! ¡Animal! Como vuelvas a ponerme las manos encima te mato. Soy de Lucien. Soy la esposa de tu hermano.

-¡La ramera de mi hermano! -gritó él mientras ella corría hacia la puerta-. Zorra cajún, te veré muerta antes de que cojas lo que me pertenece por derecho.

Presa de la ira, Julián se apartó de la repisa y, al hacerlo, derribó el pesado candelabro de plata, que golpeó el azulejo y desportilló la esquina.

Declan no se había movido. Cuando recuperó el conocimiento estaba sentado junto al hogar con la espalda de cara al fuego. La lluvia seguía golpeando el suelo, surcando las ventanas.

Tal como había ocurrido, pensó, durante la… ¿visión? ¿Amnesia temporal? ¿Alucinación?

Se llevó la mano al entrecejo, donde la jaqueca le estaba horadando el cráneo como una estaca.

A lo mejor no tenía fantasmas, pensó. A lo mejor lo que tenía era un maldito tumor cerebral. Tendría más sentido. Cualquier otra cosa tendría más sentido.

Los portazos, las corrientes frías y hasta el sonambulismo eran consecuencias de la casa con las que podía vivir. Pero había visto a esas personas dentro de su cabeza. Había escuchado sus palabras, el tono en que las decían. Y más desconcertante aún, las había sentido.

Notaba las piernas debilitadas. Casi le fallaron cuando fue a levantarse. Se agarró a la repisa de la chimenea con tanta vehemencia que se sorprendió de que el mármol no cediera.

Si tenía un problema fisico o mental, debía afrontarlo. Los Fitzgerald no escondían la cabeza bajo el ala cuando las cosas se ponían feas.

Entró en la cocina en busca de aspirinas, lo cual, se dijo mientras se servía cuatro, era como intentar apagar un fuego forestal orinando. Así y todo, se las tomó y se pasó el vaso frío por la frente.

Iría a Boston a ver a su tío. El hermano menor de su madre era cardiólogo, pero seguro que conocía a un buen neurocirujano. Un par de días, algunas pruebas, y sabría si estaba loco, poseído o moribundo.

Fue a descolgar el teléfono pero se detuvo a medio camino y sacudió la cabeza. Estaba loco, se dijo. Si visitaba a su tío Mick, el rumor sobre sus posibles problemas de salud correría por la familia como un virus aerotransportado.

Además, ¿por qué tenía que ir a Boston? También había médicos en Nueva Orleáns. Pediría a Remy el nombre del suyo. Le diría que

simplemente deseaba contar con un médico y un dentista de la zona. Era lógico.

Se haría un chequeo y le pediría al médico que le recomendara a un especialista. Así de sencillo.

Si los fantasmas no conseguían ahuyentarlo de Manet Hall, tampoco lo conseguiría un tumor cerebral.

Al dejar el vaso, se produjo un portazo en la segunda planta. Declan dirigió la vista al techo y sonrió.

-Yo también estoy de un humor de perros.

Cuando llegó el miércoles ya volvía a tener el control de la situación. Quizá fuera la expectación de ver a Lena lo que le había levantado el ánimo, además del trabajo que había hecho durante los últimos días previos a la Cuaresma. Tenía una cita con el médico de Remy en una semana y, habiendo dado ese paso, se veía capaz de dejar a un lado su preocupación por el estado de su cerebro.

No había sufrido más amnesias temporales. Al menos que él supiera, pensó.

La lluvia se había desplazado finalmente a Florida, dejando un sendero de su jardín cubierto de las primeras trompetas de narciso.

El parte meteorológico había destacado los veinticinco centímetros de nieve en Boston.

Enseguida llamó a su madre para frotárselo por las narices.

El sol y el primer atisbo de primavera le hicieron cambiar de planes antes de lo previsto. Aplazó el trabajo en la biblioteca y procedió a reforzar la terraza de la segunda planta reemplazando los tablones dañados.

Escuchó a Ray Charles y se sintió sano como un caballo. Decidió dejar que los Franks hicieran la primera plantación porque, sencillamente, no disponía de tiempo. Pero el año que viene lo haría él personalmente. O hasta donde pudiera.

La próxima primavera pasaría las mañanas de los domingos en esta terraza, comiendo buñuelos y bebiendo café con leche... con Lena. Domingos largos y ociosos mirando los campos, los jardines. Y dentro de unos años mirando a los niños en los campos, en los jardines.

Quería tener una familia, y le alegraba saberlo. Nunca hasta ahora había sentido esa necesidad, la necesidad de vivir el presente y mirar hacia el mañana al mismo tiempo.

Así pues, sabía que lo que sentía por ella era bueno. Y también lo que planeaba para ellos. Él la ayudaría en el bar si ella lo necesitaba, pero también tendría su propio trabajo.

Se miró las palmas de las manos, los callos que le habían salido, los rasguños que veía como medallas personales a su valor.

Utilizaría su espalda y su imaginación para transformar otras casas. La gente de la zona pensaría en Declan Fitzgerald cuando necesitara a un contratista.

Tendrías que haber visto aquella vieja casa antes de que él la pillara, dirían. Si necesitas que te hagan el trabajo, llama a Dec. Él lo hará por ti.

Sonrió mientras arrancaba el siguiente tablón podrido.

Para cuando dieron las cuatro ya había terminado la parte delantera de la terraza y se tumbó boca abajo para descansar. Se durmió con B. B. King suplicando a Lucille.

Y seguía durmiendo cuando se levantó y bajó por la inestable escalera de caracol que descendía hasta el jardín.

Notaba la hierba gruesa bajo los pies, y el sol sofocante del verano le cubría la cara y le azotaba la cabeza pese al sombrero.

Los demás estaban dentro de la casa, donde el aire era fresco, pero él quería ver el estanque, los nenúfares. Quería sentarse bajo la sombra del sauce que bailaba sobre el agua y leer.

Le gustaba oír el canto de los pájaros y el calor no le molestaba. El calor era sincero. El aire de Hall era frío y falso.

Le rompía el corazón ver la casa que amaba pudrirse de amargura.

Se detuvo en la margen del estanque y miró las hojas verdes y redondas como platos, los nenúfares blancos que las adornaban. Vio pasar una libélula con el sol reflejado en las alas provocando un brillo iridiscente. Escuchó el chapoteo de una rana y la llamada de un cardenal.

Al oír su nombre se volvió. Y sonrió mientras su amada cruzaba el césped aterciopelado. Mientras estuvieran juntos, pensó, mientras se amaran, el Hall resistiría.

-Declan, Declan.

Alarmada, Lena lo agarró por los brazos y lo sacudió. Lo había visto bajar por la traicionera escalera cuando se acercaba en su coche, y lo había visto caminar hacia el estanque con paso extraño, como vacilante, muy diferente de su andar relajado.

Tenía los ojos abiertos, pero brillaban de una forma que sintió que la atravesaban, que veían algo más, alguien más.

-Declan. -Lena mantuvo la voz firme, y también las manos mientras le sostenía la cara-. Mírame. ¿Puedes oírme? Soy Lena.

-Sentémonos bajo el sauce, donde nadie pueda vernos.

No había ningún sauce, solo los restos de un tronco podrido. El miedo se agolpó en la garganta de Lena, pero se lo tragó. Instintivamente, se arrodilló y posó sus labios tiernos en los de él.

La respuesta de Declan fue lenta, adormilada, como si se deslizara hacia ella. Contra ella. Dentro de ella. Lena supo el momento exacto en que despertaba por la forma en que su cuerpo se tensó. Declan empezó a tambalearse, pero ella lo sostuvo.

-Tranquilo, cher. Apóyate en mí hasta que las piernas te aguanten.

-Lo siento, tengo que sentarme. -Se dejó caer en la hierba y reposó la frente en las rodillas-. Uau.

-Todo ha pasado, ya estás bien. -Lena se arrodilló a su lado y le acarició el pelo mientras en cajún, su idioma tranquilizador, murmuraba-: Respira, respira.

-¿Qué demonios me pasa? Estaba en la terraza, trabajando.

-¿Es lo último que recuerdas?

Declan contempló el estanque.

-No tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí.

-Bajaste por la escalera, la del lado derecho de la casa. Pensaba que ibas a atravesarla. -El corazón de Lena se aceleró al recordar lo inestable que era-. No es una escalera segura, Declan. Deberías cerrarla.

-Sí. -Se frotó la cara con las manos-. Y, de paso, me encierro a mí mismo en una habitación acolchada.

-No estás loco.

-Soy sonámbulo, ahora también durante el día. Tengo alucinaciones. Oigo voces. Muy cuerdo no puedo estar.

-Hablas como un yanqui. Aquí esas cosas ni si-quiera tienen la categoría de excentricidad. Mi tía abuela Sissy tiene auténticas conversaciones con su marido Joe, que lleva muerto doce años, y nadie piensa que esté loca.

-¿De qué hablan?

-Oh, de asuntos familiares, de temas de actualidad, del tiempo, de política. A mi tío abuelo Joe le encantaba criticar al gobierno. ¿Te encuentras mejor, cher?

-No lo sé. ¿Qué he hecho? ¿Qué me has visto hacer?

-Bajaste por la escalera y cruzaste el césped en dirección al estanque. Caminabas de una forma extraña, así que comprendí que te pasaba algo.

-¿Qué quieres decir?

-Tú tienes un andar suave y desgarbado, pero no caminabas así. Luego te detuviste delante del estanque.

No le contó que por un momento estuvo segura de que iba a entrar en el agua.

-Te llamé varias veces y al final te volviste y sonreíste. -Lena notó que su estómago se tensaba por el recuerdo-. Pero no a mí. Creo que no era a mí a quien veías. Dijiste que querías sentarte bajo el sauce, donde nadie pudiera vernos.

-Aquí no hay ningún sauce.

-Bueno -Lena señaló el tocón-, parece que en otros tiempos lo hubo. Se diría que tienes sueños donde ves cosas que han ocurrido de verdad. Eso es un don, Declan.

-¿Dónde puedo devolverlo? -Declan sacudió la cabeza-.No estoy seguro, porque no puedo recordarlo cuando me despierto. Pero estoy empezando a pensar que debería atarme al poste de la cama por las noches.

-Esta noche déjalo en mis manos.

-¿Estás intentando animarme con la idea de atarme?

-¿Lo he conseguido?

-Sí. -Declan dejó escapar un suspiro y miró extrañado la mancha que Lena tenía en la frente-. Te has ensuciado de hollín -dijo, y cuando se disponía a frotarla, ella echó la cabeza hacia atrás.

-Son mis cenizas sagradas.

-Ah, claro. -El cerebro de Declan estaba decidida-mente de vacaciones--. Miércoles de Ceniza. No solo no sé dónde estoy, tampoco sé el día.

Lena no podía soportar ver cómo se hundía de nuevo, así que mantuvo la voz enérgica y una pizca elevada.

-Deduzco que hoy no has ido a misa, día sagrado y obligado.

Declan hizo una mueca de dolor.

-Hablas como mi madre. Lo olvidé, más o menos.

Ella enarcó una ceja.

-Me parece a mí que no te iría mal utilizar todas las bendiciones que pudieras conseguir. -Dicho esto, pasó la yema del pulgar por su marca de ceniza y la extendió sobre la frente de él. Declan sonrió.

-Probablemente sea un sacrilegio, pero gracias. ¿Qué hora es? -Declan miró su reloj y blasfemó-. Tengo que llevar este trasto a reparar porque se para constantemente. Sé que son más de las doce y estoy seguro de que no es medianoche.

-Son las cinco. Me dijiste que viniera pronto.

-Tienes razón. ¿Por qué no nos sentamos en la terraza con una copa de vino ?

Ella lo vigiló de cerca mientras él elegía el vino, pero parecía recuperado. Declan sacó de sus armarios nuevos dos copas antiguas.

Se había asustado, y mucho, reconoció Lena. Había tenido la certeza de que Declan iba a entrar en el agua, de que iba a ahogarse entre los nenúfares, como había hecho Lucian Manet.

Y al comprender eso, un amplio abanico de posibilidades se abrió en su mente.

-Declan...

-Tengo filetes y una parrilla -dijo él mientras ser-vía el vino. Necesitaba concentrarse en aspectos mundanos, en el aquí y ahora-. Los hombres de verdad saben asar filetes. Si me dices que no comes carne roja, tendremos que conformarnos con pizza congelada.

-Si como carne, ¿por qué debería importarme el color? Salgamos afuera a sentarnos. Tengo una idea que quiero contarte.

Caminaron hasta las dos cajas de madera que hacían de silla y tomaron asiento.

-¿Y si no son fantasmas? ¿O no solo fantasmas? -le preguntó.

-Qué idea tan halagüeña. ¿Qué más tengo? ¿Vampiros? ¿Hombres lobo? ¿Zombis carnívoros? A partir de ahora dormiré mucho mejor, gracias.

-¿Qué opinas de la reencarnación?

-¿Vidas pasadas? ¿Almas recicladas? -Declan se encogió de hombros-. No lo sé.

-A mí siempre me ha parecido eficaz, y también justa. Todo el mundo merece más de una oportunidad, ¿no crees? A lo mejor estás recordando cosas que ocurrieron en esta casa porque viviste antes aquí. A lo mejor eres Lucían y has regresado después de todos estos años en busca de tu Abigail.

-Una idea muy romántica. Yo seré Lucian y tú serás Abby.

-No puedes elegir. Y si vas a reírte, no diré una palabra más.

-No te piques. -Declan bebió vino-. Según tu teoría, estoy aquí y ocurren estas cosas porque tuve una vida pasada como Lucian Manet.

-No es más descabellada que la idea de que hay fantasmas, idea que, dicho sea de paso, te has tragado sin re chistar. Mi teoría explicaría por qué compraste esta casa, por qué necesitabas que fuera tuya, por qué estás trabajando tanto para devolverle su belleza, por qué viste el mobiliario del dormitorio de Lucían.

-Reencarnación -repitió él-. Suena mejor que un tumor cerebral.

-¿Qué?

Declan sacudió la cabeza y dio otro sorbo de vino.

-Nada.

-¿Crees que tienes un tumor en el cerebro? Eso es absurdo, Declan. -La voz de Lena sonó más afilada de lo que pretendía, así que prosiguió con más dulzura-. Es absurdo, cher. Ni a tu cabeza ni a ninguna otra parte de tu cuerpo le pasa nada.

-Claro que no, solo estaba pensando en voz alta.

Pero ella había visto la inquietud en su cara. Se levantó y se sentó a horcajadas en su regazo.

-¿Temes que puedas tener algo dentro de la cabeza que te haga ver y hacer cosas?

-No, es solo que... Lo cierto es que voy a hacerme algunas pruebas para descartar esa posibilidad.

-No estás enfermo, cher. -Lena le acarició una mejilla con los labios, luego la otra. Nunca había conocido a un hombre que despertara con tanta facilidad, y con tanta frecuencia, su lado tierno-. Te lo garantizo. Pero si necesitas que te lo diga un buen médico para tranquilizarte, adelante.

-No se lo digas a Remy. -Declan le cogió la mano hasta que ella se soltó para mirarle a los ojos-. Su boda está al caer y tiene muchas cosas en que pensar.

-¿Tenías intención de ir solo a hacerte esas pruebas? Aquí no funcionamos así, cher. ¿No quieres que Remy lo sepa? Vale. Pero yo sí pienso acompañarte.

-Lena, ya soy mayorcito.

-No permitiré que vayas solo. O voy contigo o se lo digo a Remy.

-De acuerdo. Te diré cuándo es la cita y podrás sostenerme la mano. Entretanto, apostaré por tu teoría de la reencarnación. Curiosamente, es mucho menos compleja que la cirugía cerebral.

-Dicen que Lucian Manet era un hombre atractivo, que parecía un dios rubio. -Lena pasó los dedos por el cabello despeinado de Declan. Era rubio oscuro, grueso, exuberante, pensó, y estaba segura de que en verano le salían mechas muy seductoras-. Creo que has mejorado con el tiempo.

-¿ De veras ? -Él le rodeó la cintura-. Cuéntame más.

-Nunca me han atraído demasiado los dioses rubios. Por lo general son excesivamente guapos para mi gusto. -Lena ladeó la cabeza y lo besó-. Tú satisfaces mi gusto, cher.

Declan la atrajo hacia sí y descansó el mentón sobre su hombro.

-Te quiero. Lena.

-Si tu intención es camelarme para llevarme a la cama antes de darme de comer...

Declan la apartó y la sonrisa de ella se esfumó al verle la cara.

-Te quiero -repitió-. Antes no comprendía qué quería decir eso y tampoco creía que pudiera llegar a querer.

La retuvo con firmeza cuando ella intentó escabullirse.

-Ahora tienes que tranquilizarte -dijo ella.

-Lo sé, pero es otro tipo de tranquilidad el que quiero. Quiero asentarme aquí contigo. Me trae sin cuidado que sea la primera o la centésima vida. Eres lo que he estado esperando.

-Declan, estás dando más importancia a lo nuestro de lo debido. -La voz de Lena quería temblar. Su estómago ya temblaba-. Hemos salido a cenar, nos hemos acostado y nos hemos visto unas cuantas veces.

-Lo supe en cuanto te vi.

Sus ojos eran tan profundos, pensó Lena, tan diáfanos, como la superficie de un lago a la hora del crepúsculo.

-No me conoces.

Él la apartó una segunda vez, recordándole que había acero dentro de él.

-Te equivocas. Sé que eres inteligente y fuerte. Que sacaste adelante un negocio partiendo prácticamente de cero. Sé que pagas tus deudas. Sé que eres leal y cariñosa. Sé que alguien te hizo daño y no haría falta mucho para arrancar la costra. Y sé que ahora mismo te estoy asustando porque crees que no estás preparada para oír lo que te estoy diciendo.

Lena experimentó unas palpitaciones dolorosas, como el golpe de un puño sobre una herida abierta.

-No busco amor. Declan. Lo siento.

-Yo tampoco lo buscaba, pero así son las cosas. No hay prisa. No quería decirte nada todavía... pero necesitaba hacerlo.

-Cher, la gente se enamora y desenamora continuamente. Es una cuestión de química.

-Realmente te hizo mucho daño.

Presa de la frustración. Lena trató de escabullirse y esta vez él la dejó ir.

-Te equivocas. No hay ningún hombre, ningún fantasma de ningún amante que me haya roto el corazón. ¿Te parezco un cliché?

-A mí me lo pareces todo.

-Mon Dieu. -Lena luchó contra el atragantamiento y habló alto y claro-. Me gustas, Declan. Disfruto de tu compañía y te quiero en la cama. Si eso no te basta, me iré ahora mismo y nos ahorraremos muchos problemas y decepciones.

-¿Siempre te cabreas tanto cuando alguien te dice que te quiere?

Nadie me lo ha dicho, estuvo a punto de contestarle. Nadie se lo había dicho de corazón.

-No me gusta que me presionen, y cuando alguien lo hace cambio de dirección.

-Es admirable. -Declan sonrió dulcemente mientras se levantaba-. A mí también me gustas, Lena. Disfruto de tu compañía y te quiero en la cama. Por ahora es suficiente. ¿Tienes hambre? Encenderé la parrilla.

Si era un truco, pensó Lena, o una estratagema para desequilibrarla, estaba dando resultado.

No acababa de descifrar a ese hombre, y sus sutiles cambios de humor la instaban a seguir intentándolo.

Cocinaba como un hombre que no se fiaba de sí mismo en una cocina real. Patatas asadas y filetes. Y la engatusó para que preparara la ensalada.

No volvió a hablar de amor.

Le preguntó por el trabajo, por el ritmo del negocio durante los dos días de lluvia. Puso música, la mantuvo baja, y habló a través de la puerta de la cocina mientras la parrilla humeaba y ella troceaba hortalizas.

Podrían haber sido buenos amigos, o amantes relajados.

Comieron en la hermosa cocina a la luz de las velas. Hasta la casa se comportó. A pesar de ello -o puede que a causa de ello-, Lena estuvo inquieta durante toda la cena.

Él sacó una tarta del frigorífico. Lena la miró y suspiró.

-No puedo.

-La dejaremos para luego.

-Tendremos que esperar cuarenta días. He renunciado al chocolate durante la Cuaresma. El chocolate me pirra.

-Oh. -Declan devolvió la tarta a la nevera-. Probablemente pueda ofrecerte otra cosa.

-¿A qué has renunciado tú?

-A ponerme ropa interior femenina. Es duro, pero creo que podré aguantar hasta Semana Santa.

-Si sigues hablando así, ya me estás devolviendo las cenizas. -La estaba picando, pensó Lena. La mejor forma de cambiar eso era picarle ella a él. Se colocó detrás mientras Declan rebuscaba en la nevera, lo abrazó por la cintura y se apretó contra su cuerpo-. Tienes que renunciar a algo, cher, algo que te guste mucho.

-Ten la certeza de que no serás tú.

Dejó que ella le diera la vuelta y lo empujara contra la nevera.

Desde luego que la conocía, pensó él mientras ella utilizaba los labios para hacerle hervir la sangre. Sabía que estaba utilizando el sexo para mantenerse un paso por delante de él. Y un paso por detrás.

Si ella no se daba cuenta de que él podía amarla tanto como la deseaba, de él dependía el demostrárselo.

-En tu cama, dijiste. -La boca de ella corría impaciente, inquieta, por su cara-. En tu cama.

Tiró de él hacia la puerta. Él estuvo a punto de empujarla en dirección a la escalera de la cocina, pero decidió que sería interesante tomar el camino más largo.

La arrinconó contra la pared del vestíbulo, le asaltó la garganta con los dientes.

-Algún día llegaremos.

Bajó las manos, le tiró de la blusa hacia arriba, la arrojó a un lado. Abrazados, rodaron verticalmente por la pared y se detuvieron con las posiciones invertidas. Con manos impetuosas, ella le abrió la camisa y los botones bailaron por el suelo.

Subieron por la escalera batallando con la ropa. Los zapatos aterrizaban con golpes secos. El sujetador de ella sobrevoló la barandilla. Los tejanos de él cayeron sobre el tercer escalón.

Ya jadeaban antes de llegar al rellano.

Las manos de él eran toscas, manos de trabajador que se estremecían mientras la recorrían. La piel de ella vibraba de vida.

-Date prisa. -Lena hundió los dientes en su hombro cuando el deseo la atravesó como una tormenta de fuego que arrasaba con toda precaución-. Dios, date prisa.

Él estuvo a punto de poseerla allí mismo, pero la quería debajo de él. Estremeciéndose, arqueándose.

Devorándole la boca, la tomó por la cintura y la levantó cinco centímetros del suelo. Una sensación salvaje y primitiva lo invadió por dentro al saber que ya no había vuelta atrás. Que no tenían más opción que acoplarse.

Las sombras los cubrían mientras se dirigían al dormitorio.

El frío se colaba por las puertas y la hacían temblar.

-Declan.

-Somos nosotros. Esto es nuestro. -Mientras arrastraba la voz, mientras la sostenía con la firmeza del hierro, el frío retrocedió.

Cayeron sobre la cama, una maraña de urgencia y extremidades. Cuando él se zambulló en ella, ella le clavó las uñas en la espalda. El placer,

oscuro y desesperado, la empapó, su ferocidad la incorporó para envolverlo y unirse al ritmo furioso.

Descontrol y deseo. Sed salvaje que toma, toma y toma. Y la necesidad apremiante de dar.

Se aferró a él y cabalgó a través de la tormenta de sensaciones hacia el borde del precipicio.

A lo lejos, oyó las campanadas graves y pesadas de un reloj. Al dar las doce, ella estalló con él. Cuando él empezó a separarse, ella lo apretó con las piernas.

-Mmm, no te muevas todavía.

-Peso demasiado para ti. -Él deslizó los labios por la curva de su garganta.

-Me gusta. -Lentamente, ladeó la cabeza para que pudiera alcanzarle la mandíbula. Sentía su cuerpo usado, dolorido y maravillosamente relajado-. Más aún que el pastel de chocolate.

Él rió y rodó con ella hasta tenerla tumbada sobre su torso.

-Ya está. Ahora ya no tendré la sensación de que te estoy aplastando.

-Un caballero hasta el final. -Satisfecha, se acomodó-. Siempre me han gustado los relojes que dan las horas. Pero tienes que ponerlo en hora. Todavía no es medianoche.

-Lo sé.

-Sonaba como un reloj de péndulo. ¿Dónde lo has puesto? ¿En el salón?

-No. -Le acarició el pelo, luego la espalda-. No tengo ningún reloj que anuncie las horas.

-Cher, me vuelves loca, pero estoy segura de haber oído un reloj que daba las doce.

-Sí, yo también lo oí. Pero no tengo ningún reloj.

Ella levantó la cabeza y dejó escapar un suspiro.

-Vaya por Dios. ¿Te asusta?

-No.

-Entonces a mí tampoco. -Y volvió a descansar la cabeza sobre el corazón de él.

La mejor forma de vencer los obstáculos a la hora de alcanzar un objetivo, en opinión de Declan, no era arremeter contra ellos y correr el riesgo de fracturarse el cráneo, sino mellarlos poco a poco. Lentamente. Implacablemente. Ya fuera un pleito, un acontecimiento deportivo o una relación amorosa, era imprescindible mantener el fin a la vista para poder seleccionar los medios adecuados.

Averiguó a qué misa asistían Lena y su abuela y en qué iglesia. La indagación era un factor esencial en toda estrategia.

Cuando, el domingo por la mañana, se deslizó en el banco junto a ellas, tropezó con una larga mirada interrogativa de Lena y un guiño cómplice de Odette.

Se dijo que Dios le comprendería y no le reprocharía haber utilizado la misa del domingo como medio para alcanzar su fin.

Así y todo, no pensaba mencionar la genial idea a su madre. Sabía por experiencia que era mucho menos comprensiva que el Todopoderoso.

Dirigiendo el cañón de sus encantos hacia Odette, las convenció para invitarlas a un desayuno dominical, y cuando dio su nombre a la camarera

recibió otra mirada glacial de Lena. Declan ya había reservado mesa para tres.

-Eres de los que pisa fuerte, ¿no es cierto, cher?

Los ojos grises de Declan irradiaban la candidez de un monaguillo.

-Solo soy precavido.

-A mí no me parece que tengas pinta de boy scout, cielo -repuso Lena.

-Su nieta es una cínica -dijo Declan a Odette mientras le ofrecía el brazo.

-Más que cínica, astuta. -Odette le dio unas palmaditas en la mano y sus pulseras tintinearon-. Una mujer ha de serlo ante un hombre zalamero y apuesto. Y el hombre que va a la iglesia para pasar la mañana del domingo con una mujer, también es muy astuto.

-Se me ocurrió entrar para rezar un rato.

-¿Y qué pediste?

-Que se venga conmigo a Borneo.

Odette aceptó con una carcajada la silla que le ofrecía Declan.

-Eres único.

-Lo sé. -Declan miró directamente a Lena-. Y siempre seré el único.

Se sentaron a la mesa con unas mimosas y la primera ronda del extenso bufete. Mientras un cuarteto de jazz tocaba Dixieland, Declan les habló del progreso de la casa.

-Voy a continuar con el trabajo exterior mientras el tiempo lo permita. Tibald sigue ocupado en el enlucido y estoy buscando un pintor para la fachada. No quiero hacerlo yo. El tipo que me pintó el salón vino para echar un vistazo a la biblioteca, pero se marchó de forma algo repentina.

Declan dio un sorbo a su mimosa con expresión lastimera.

-Me temo que no volverá. El hombre de las baldosas tampoco. Llevaba hecho medio cuarto de baño cuando recogió sus cosas y se largó.

-Puedo dar voces por ahí -se ofreció Odette.

-Se lo agradecería, aunque me temo que tendré que buscar gente de fuera de la región o hacerlo yo mismo. El ambiente en el Hall está cada vez más animado.

-¿Hombres hechos y derechos que huyen por un par de portazos? -Lena sonrió-. Deberían tener más temple.

-Ya no son solo portazos. Ahora también son relojes inexistentes que dan las horas y música que suena en habitaciones vacías. Cuando el pintor vino a casa, las puertas de la biblioteca no pararon de abrirse y cerrarse. Y luego, para colmo, los gritos.

-¿Qué gritos?

-El tipo de las baldosas me explicó que oyó a alguien entrar en el dormitorio y pensó que era yo. -Declan sonrió con pesar-. Se puso a hablar mientras seguía colocando baldosas, escuchando lo que suponía eran mis movimientos por el cuarto. Como yo no respondía a sus preguntas, se levantó y entró en el dormitorio, pero lo encontró vacío. Por lo poco que pude sonsacarle cuando recuperó el habla, parece ser que la puerta del baño se cerró de golpe, los troncos de la chimenea empezaron a arder y asegura que notó que alguien le ponía una mano en el hombro. Cuando llegué al cuarto tuve que arrancarlo del techo.

-¿Qué piensas de todo eso? -preguntó Odette.

-Dos cosas. En primer lugar, tengo la sensación de que a medida que progresan las obras en la casa, la... actividad paranormal, por llamarlo de

alguna forma, se hace más evidente y volátil. Sobre todo cuando me desvío del proyecto original.

Lena se llevó una cucharada de sémola a la boca, un plato del sur al que Declan todavía no acababa de pillarle el gusto.

-¿Qué quieres decir?

-Por ejemplo, el enlucido. Las zonas que he restaurado y reproducido con exactitud son bastante tranquilas, pero en los lugares donde he hecho cambios, como el cuarto de baño, la actividad crece considerablemente. Parece como si eso que ronda la casa se molestara cuando no me ciño al proyecto original.

-Qué interesante -comentó Odette.

-Y que lo diga. Y he llegado a la conclusión de que es Josephine Manet. -Incluso aquí, con las burbujas del champán y la música Dixieland de fondo, el nombre le paralizó el estómago-. Dueña y señora del Hall. No hay más que echar un vistazo a las fotografías para saber que era una mujer a la que no le gustaba que le llevaran la contraria. Para colmo llego yo y dejo mis huellas dactilares en todo lo que fue suyo.

-¿Has decidido vivir con ella? -preguntó Odette, y observó que la mandíbula de Declan se endurecía.

-He decidido vivir en el Hall y restaurarlo a mi manera. Si Josephine quiere hacer de ello una tragedia, es su problema.

Lena se reclinó en su asiento.

-¿Qué opinas, abuela? ¿Valiente o terco?

-Un poco de cada. Buena combinación.

-Gracias, pero ignoro hasta qué punto es una cuestión de valor. Ahora es mi casa, y punto. Además, no se puede culpar a un hombre por invertir su tiempo y su trabajo en hacer mejoras. En cualquier caso, ¿qué opina, señorita Odette? ¿Estoy viéndomelas con Josephine?

-Creo que en esa casa hay dos fuerzas opuestas. La que te atrajo hasta ella y la que quiere que te marches. Vencerá la más fuerte. -Abrió su bolso de los domingos y sacó una bolsita de muselina-. Toma, la he hecho para ti.

-¿Qué es?

-Un poco de magia culinaria. Llévala siempre en el bolsillo. Puede que no te ayude, pero tampoco te perjudicará. -Odette levantó su copa y sonrió-. Champán para desayunar, quién me lo iba a decir.

-Si se viene conmigo a Borneo, podrá darse baños de champán.

-Cher, si sigo bebiendo esto, puede que acabe aceptando.

-Pediré otra botella.

Era encantador con la abuela, pensó Lena. Durante la larga y ociosa comida Declan coqueteó con la señorita Odette hasta hacer que sus mejillas enrojecieran de placer. Se interesaba por la gente. Dedicaba tiempo y esfuerzo a descubrir qué podía gustarles y lo ofrecía.

Era atento, inteligente, sexy, rico, resuelto y bondadoso.

Y había dicho que estaba enamorado de ella.

Lena creía conocerle lo bastante para estar segura de que no lo habría dicho si no fuera cierto. He ahí justamente lo que la tenía acobardada.

Pues a esas cualidades había que añadir una profunda honestidad. Y mucha tenacidad.

Podía enamorarla. El proceso ya había comenzado y avanzaba con rapidez. Cada vez que Lena conseguía recuperar el equilibrio, volvía a tambalearse. La caída era tan preocupante como emocionante.

Así y todo, ¿qué ocurriría cuando llegara al fondo? Si caía hasta abajo, ya no podría subir. Era algo que sabía de sí misma. Las relaciones eran fáciles cuando carecían de importancia o cuando importaban solo temporalmente.

Cuando importaban para siempre, lo cambiaban todo.

Las cosas ya habían cambiado, se dijo. Todo había comenzado con ese deseo de tenerlo dentro. Y ahora con el bienestar y el desafío que experimentaba cuando estaba con él. Con la capacidad de imaginarse experimentando eso mismo día tras día, año tras año.

Él quería promesas que ella tenía miedo de hacer.

Miedo no, se corrigió irritada consigo mismo. Que era reacia a hacer.

Entonces vio cómo Declan se inclinaba y besaba a su abuela en la mejilla y temió -de nada servía fingir lo contrario- que acabaría dándole cuanto él le pidiera.

La estaba cortejando. A Declan le atraía especialmente esa expresión sureña. Le traía imágenes de lunas llenas y balancines, de limonadas y bailes populares.

Durante el mes de marzo dos cosas ocuparon su mente, su tiempo y sus planes. Lena y la casa.

Celebró los resultados positivos de sus pruebas neurológicas dándose un paseo por los anticuarios. La primavera empezaba a abrir las flores y los transeúntes paseaban en mangas de camisa. Los coches de caballos que tanto gustaban a los turistas se pavoneaban por las calles con su alegre chacoloteo.

El verano dejaría caer pronto su pesada mano y convertiría el aire en melaza. Declan recordó que tenía que mejorar su sistema de aire acondicionado y pensar en la posibilidad de colocar ventiladores de techo en algunos cuartos.

Compró cediendo como siempre a sus impulsos y alegró el día a varios comerciantes antes de detenerse en una tienda llamada, sencillamente, Yesterday.

La tienda era un batiburrillo de estatuas, lámparas, accesorios y joyas antiguas, y disponía de tres cabinas con cortinas donde los clientes podían comprar una lectura del tarot.

Fue la sortija lo primero que atrajo su atención, un rubí rojo como la sangre y un brillante blanco como el hielo formando las dos mitades de un corazón montado sobre un aro de platino.

En cuanto lo tuvo en la mano supo que lo quería para Lena. Quizá fuera una locura comprar una sortija de compromiso a esas alturas de la relación. Y una imprudencia decidirse por algo sin haber mirado otras opciones.

Pero esa era la sortija que quería deslizar en el dedo de Lena. Y se dijo que si un hombre podía comprar una casa siguiendo un impulso, también podía comprar un anillo.

-Me lo llevo.

-Es precioso -dijo la dependienta-. Es una mujer afortunada.

-Estoy tratando de convencerla de eso.

-Tengo unos pendientes muy bellos que harían juego con el anillo. ¿Es el rubí su piedra de nacimiento?-preguntó la mujer mientras mostraba a Declan unos pendientes de los que colgaba un corazón de rubí y brillantes.

-No lo sé.

-Pero le había preguntado la fecha de nacimiento a Odette para no pasarla por alto-. Nació en julio.

-Entonces su piedra es el rubí. Qué coincidencia.

-Y que lo diga. -Declan sintió un cosquilleo al contemplar de nuevo el anillo. Algunas cosas, sencillamente, tienen que ser, se dijo. Cogió un pendiente. Ya podía ver a Lena con ellos, del mismo modo que imaginaba que la dependienta podía ver COMPRADOR IMPULSIVO estampado en su frente.

Declan se inclinó sobre el mostrador y procedió a medir su capacidad de regateo yanqui con el espíritu negociante del sur.

Se dijo que habían llegado a un acuerdo cuando la sonrisa de la dependienta siguió presente pero menos amplia.

-¿Es eso todo?

-Sí. Tengo un poco de prisa. De hecho, ya... -Declan se interrumpió al mirar su reloj y comprobar que había vuelto a pararse a las doce-. Ahora que lo pienso, no me iría mal un reloj de bolsillo. Últimamente el mío falla. Estoy haciendo trabajos de carpintería y creo que ha recibido más de un golpe.

-Tengo algunos maravillosos relojes de cadena antiguos. Son mucho más imaginativos que los modernos.

La dependienta lo condujo a otro mostrador, tiró de un cajón y lo colocó encima.

-Estos relojes dicen otras cosas además de la hora-prosiguió-. Cuentan historias. Este...

-No. -La mirada de Declan se nubló como el humo. Las voces de otros clientes se fundieron en un murmullo. Una parte de él permanecía lo bastante consciente para saber que se estaba alejando de sí mismo.

Aunque intentó frenarse, vio cómo su mano cogía un reloj de oro.

La voz de la dependienta flotaba en los confines de su conciencia. Era otra voz la que escuchaba, clara como una campana. Una voz femenina, joven, ilusionada.

Para mi marido, por su cumpleaños. Se le rompió el que tenía. Quiero regalarle algo especial. Este es precioso. ¿ Puede grabar una inscripción?

Y ya sabía lo que iba a encontrar, exactamente lo que iba a encontrar, antes de girar el reloj para leer el reverso.

Para Lucian de su Abby.

Para que marque nuestro tiempo juntos.

4 de abril de 1899

-¿Señor Fitzgerald? ¿Señor Fitzgerald, se encuentra bien? ¿Quiere un poco de agua? Está muy pálido.

-¿Qué?

-¿Le traigo agua? ¿Quiere sentarse?

-No. -Declan cerró la mano sobre el reloj, pero la sensación ya había empezado a diluirse-. No, gracias, estoy bien. También me llevo el reloj.

Conmocionado, puso rumbo al despacho de Remy. Pensó que un rato en el sensato distrito profesional, en la atmósfera racional de la abogacía, le ayudaría a calmarse.

Además, deseaba pasar unos minutos con un amigo que, aunque tal vez lo creyera un loco, no por eso lo querría menos.

-De haber sabido que ibas a pasarte por aquí-dijo Remy mientras cerraba la puerta de su despacho-, habría hecho un hueco para que almorzáramos juntos.

-No lo tenía planeado.

-Otra vez de compras. -Remy señaló la bolsa con la cabeza-. Caray, chico, ¿es que no piensas traerte nada de Boston?

-Ahora que lo mencionas, me traerán algunas cosas la semana que viene, casi todo libros -explicó Declan, paseándose por el despacho. Sus ojos recorrieron los libros de derecho, las gruesas carpetas, los memorándums. Todo eso, los desechos del abogado, le resultaba ya muy lejano-. Y algunas piezas que tenía en mi estudio que quedarán bien en la biblioteca.

Levantó un pisapapeles de bronce y volvió a dejarlo en su sitio. Se metió una mano en el bolsillo y jugó con la calderilla.

-¿Vas a decirme qué te ronda por la cabeza o piensas pasearte de un lado a otro hasta abrirme una zanja en la moqueta? -Con la chaqueta del traje colgada del respaldo de la butaca, la corbata aflojada y las mangas subidas, Remy se recostó en su asiento y procedió a pasarse un Slinky verde de una mano a otra-. Me estás agotando.

-Ya te he contado algunas de las cosas que han estado ocurriendo.

-Las viví en primera persona el sábado, cuando estuve en tu casa. Todavía me gustaría oírte decir que la música de piano que escuchamos provenía de una radio que olvidaste apagar.

-Supongo que tendré que comprar un piano para el salón de las damas, dado que ese parece ser su lugar. Además, me gusta tocar el piano, cuando me acuerdo.

Remy colocó el Slinky verticalmente, dejando que la espiral cayera sobre sí misma.

-¿Has venido para contarme que estás buscando un piano?

-Me he comprado un reloj.

-Ya, y quieres fardar de él. ¿Quieres que llame a mis ayudantes?

-Era el reloj de Lucian Manet.

-¡Joder! -Remy soltó el Slinky-. ¿Cómo lo sabes? ¿Dónde lo has encontrado?

-En una tiendecita del Quarter. -Declan sacó la caja y la dejó sobre la mesa-. Echa un vistazo.

Obedientemente, Remy retiró la tapa.

-Muy elegante, si lo que quieres es un reloj que tendrás que rebuscar en el bolsillo cada vez que quieras saber la hora. Y pesado -añadió cuando lo levantó.

-¿ Sientes... sientes algo?

-¿Si siento algo?

-Mira el reverso.

-Los nombres y las fechas son correctos -concluyó Remy-. Qué suerte que hayas topado con él.

-¿Suerte? No creo que sea una cuestión de suerte. Entro en la tienda, compro una sortija para Lena, luego...

-Eh, eh, para el carro un momento. ¿Una sortija?

-Ya te conté que voy a casarme con ella. -Declan se encogió de hombros-. Encontré la sortija que quería. No tiene nada de malo comprarla con un poco de antelación. Pero esa no es la cuestión.

-Por supuesto que lo es. ¿Lo sabe ella?

-Le dije lo que sentía y lo que quería. Le estoy dando un tiempo para que lo asimile. ¿Podemos volver al reloj?

-Et là! Siempre has sido más terco que una mula. Sigue.

-Entro en la tienda y decido que necesito un reloj porque el mío se para continuamente. Decido que necesito un reloj de bolsillo a pesar de que jamás he usado uno ni he pensado en usarlo. En ese momento veo este reloj y sé que es de Lucian, sé que ella se lo compró por su cumpleaños. Sé qué dice en el reverso antes de leerlo. Las palabras exactas. Porque las oigo en mi cabeza.

-No sé qué pensar. -Remy se mesó el pelo-. ¿No se han dado casos de gente que toca un objeto y recibe imágenes de su historia o algo parecido?

-Se llama psicometría. He estado leyendo muchas cosas sobre ciencia paranormal en mis ratos libres -explicó Declan cuando Remy arrugó la frente-. Pero nunca me había ocurrido nada parecido. Lena tiene una teoría relacionada con la reencarnación.

Remy arrugó los labios y devolvió el reloj a la caja.

-Creo que prefiero esa teoría a la del psiconosequé.

-De ser así, significa que la casa y el reloj están activando recuerdos de una vida pasada. Es muy extraño.

-Todo ha sido muy extraño desde el principio, cher.

-La cuestión es la siguiente. Si acepto que yo soy Lucian, entonces sé que Lena es Abigail. Lo que no sé es si se supone que, para resolver el pasado, debo traerla a la casa o mantenerla alejada de ella.

Lena se disponía a salir de su apartamento del Vieux Carré para cubrir el turno de tarde en el bar cuando, al abrir la puerta, tropezó con otro pasado. Un pasado antiguo.

-¡Cariño! -Lilibeth Simone abrió los brazos de par en par.

Lena fue incapaz de retroceder antes de que esos brazos la atraparan como cadenas. Envuelta en ellas, la asaltaron un montón de sensaciones. Un exceso de perfume que no conseguía encubrir el olor rancio a tabaco, un cuerpo huesudo, afilado por años de mala vida, capas de laca pegajosa sobre unos rizos teñidos de negro. Y, entre todo eso, su propio miedo.

-Fui primero al bar y un chico muy guapo me dijo que todavía estabas aquí. ¡Me alegro tanto de haberte pillado! -La voz sonaba como una burbuja rebotando en el aire-. ¡Deja que te mire! Juraría que cada vez que te veo estás más bonita. Cielo, necesito sentarme un segundo para recuperar el aliento. Estoy tan contenta de verte que casi no lo soporto.

Hablaba demasiado deprisa, observó Lena, caminaba demasiado deprisa sobre esos tacones de aguja a juego con unas mallas ceñidas de color fucsia. Señal de que había consumido una dosis de su droga del momento no hacía mucho.

-¡Mira lo que has hecho con este apartamento! -Lilibeth se desplomó en una silla y soltó una maleta floreada. Aplaudió como una niña y las pulseras de plástico que adornaban sus enclenques muñecas tintinearon-. Me pirra. Te queda que ni pintado, nena.

Había sido bonita en otros tiempos, pensó Lena mientras estudiaba a su madre. Había visto fotos. Pero lo que había tenido de bonita se había tornado ahora en astucia.

A los cuarenta y cuatro años la cara de Lilibeth mostraba el desgaste causado por demasiado alcohol, demasiadas pastillas y demasiados hombres.

Lena dejó la puerta abierta a propósito y se detuvo a un paso de la jamba. El sonido del tráfico y el aroma de la panadería de enfrente le daban seguridad.

-¿Qué quieres?

-¿Qué voy a querer? Verte, naturalmente. -Lilibeth dejó escapar una risa que arañó el cerebro de Lena como uñas sobre una pizarra-. No sabes las ganas que tenía de verte, nena. Me dije, sé que mi Lena está muy ocupada, pero tenemos que pasar un rato juntas sea como sea. Así que me subí a un autobús y aquí estoy. Siéntate aquí conmigo y cuéntame todo lo que has estado haciendo.

El asco la invadió y Lena se aferró a él. Mejor el asco que la desesperación que le pisaba los talones.

-Tengo que irme a trabajar.

-Anda, cielo, seguro que puedes dedicar un ratito a tu mami. Después de todo, el bar es tuyo. Estoy tan orgullosa de mi niña, tan madura ya y con su propio negocio. Las cosas te van muy bien. -Lilibeth miró en derredor.

Lena se percató de la astucia que encerraba esa mirada. Le tensó el pecho y le enderezó la espalda.

-La última vez te dije que era la última vez. No conseguirás sacarme un solo centavo.

-¿Por qué te empeñas en herir mis sentimientos?

-Lilibeth abrió de par en par unos ojos que empezaban a llenarse de lágrimas-. Solo quiero pasar unos días con mi niña.

-Ya no soy una niña -repuso lentamente Lena-. Y aún menos tuya.

-No seas mala, cielo. He venido hasta aquí solo para verte. Sé que no he sido una buena mamá, cariño, pero voy a compensarte.

Se levantó de un salto con una mano sobre el corazón. Tenía la uña del meñique derecho muy larga y ligeramente curvada.

Uña de cocaína, comprendió Lena sin asombro ni pesar. Ahora ya conocía la droga del momento de su madre.

-Sé que cometí algunos errores. -La voz de Lilibeth era de disculpa-. Pero has de comprender que yo era muy joven cuando llegaste.

-Ya has agotado esa excusa.

Lilibeth rebuscó en su bolso rojo y sacó un pañuelo raído.

-¿Por qué eres tan dura con tu mamá, niña? ¿Por qué quieres herir mi corazón?

-Tú no tienes corazón. Y no eres mi mamá.

-Te llevé dentro de mí durante nueve meses, ¿o no?

-El pesar se convirtió rápidamente en furia, como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Lilibeth elevó la voz-; Nueve meses vomitando, gorda como una foca y atrapada en ese maldito bayou. Me pasé horas muriendo de dolor para darte a luz.

-Y me abandonaste en menos de una semana. Un gato callejero pasa más tiempo con sus retoños del que tú pasaste conmigo.

-Tenía dieciséis años.

Era esa triste realidad la que había inducido a Lena a hacer un espacio, una y otra vez, en su corazón. Hasta que el corazón, sencillamente, se le calcificó a causa de los golpes.

-Hace mucho que no tienes dieciséis años. Y yo tampoco los tengo. No voy a perder el tiempo discutiendo eso. Tengo que irme a trabajar y quiero que te marches.

-Pero nena. -Presa del pánico, Lilibeth endulzó nuevamente la voz-. Tienes que darme una oportunidad para que pueda arreglar las cosas. Voy a buscarme un trabajo. Podría trabajar para ti, ¿no sería divertido? Me quedaré contigo un par de semanas hasta que encuentre un apartamento. Lo pasaremos bomba, como si fuéramos íntimas amigas.

-No, no trabajarás para mí y no, no puedes quedarte aquí. Cometí ese error hace cuatro años y cuando te pillé haciendo chanchullos aquí, en mi propia casa, me robaste y volviste a marcharte. No repito mis errores.

-Estaba enferma. Pero ahora estoy limpia, cariño, te lo juro. No puedes echarme así como así. -Lilibeth extendió las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto de súplica-. Estoy sin blanca. Billy se llevó todo lo que tenía.

Lena supuso que Billy era el último de la lista de aprovechados, perdedores y maltratadores con que se relacionaba su madre.

-Ahora mismo estás drogada. ¿Me tomas por ciega o por estúpida?

-¡No lo estoy! Solo me tomé un poquito de algo porque iba a verte y estaba muy nerviosa. Sabía que te enfadarías conmigo. -De sus ojos brotaron lágrimas y arrastraron rímel por las mejillas-. Tienes que darme una oportunidad para arreglar las cosas, cariño. He cambiado.

-También has agotado esa excusa. -Con resignación, Lena caminó hasta su bolso y sacó cincuenta dólares-, Toma. -Los apretó contra la mano de Lilibeth-. Cógelos, súbete a un autobús y vete lo más lejos posible. No vuelvas por aquí. No hay sitio para ti.

-No es posible que seas tan mala conmigo, nena. No es posible que seas tan fría.

-Sí es posible. -Lena cargó la maleta hasta la puerta y la dejó fuera-. Lo llevo en la sangre. Coge el dinero. No pienso darte más. Y vete o juro por Dios que te echaré a la fuerza.

Lilibeth caminó hasta la puerta. El dinero ya viajaba en su bolso. Se detuvo y ofreció a Lena una última mirada vidriosa.

-Nunca te quise.

-En eso estamos empatadas. Yo tampoco te quise nunca. -Lena cerró la puerta en las narices de su madre. Echó los cerrojos, se sentó en el suelo y lloró en silencio.

Estaba segura de haberse tranquilizado para cuando puso rumbo a Manet Hall. Había estado a un tris de cancelar la cena con Declan, pero eso habría supuesto dar demasiada importancia a su madre.

Eso habría supuesto reconocer el dolor que le desgarraba el corazón pese a los cerrojos.

Necesitaba distraer la mente y no lo conseguiría si se quedaba en casa dando vueltas a la cabeza. La noche pasaría, lentamente, y por la mañana Lilibeth habría desaparecido. De su vida y de su mente.

La casa tenía un aspecto diferente, pensó. Había experimentado pequeños cambios que la hacían parecer más real. Le hacía bien contemplarla, concentrarse en ella, y pensar que algunas cosas podían cambiar para mejor, con la percepción adecuada.

Con los años había llegado a ver Manet Hall como un lugar onírico, oculto en el pasado. Más aún, pensó. Un lugar perteneciente al pasado.

Ahora, con los tablones nuevos y sin pintar mezclados con los tablones viejos y pelados, con unas ventanas lustrosas y otras cubiertas de polvo, la casa era una obra en marcha.

Declan la estaba despertando a la vida.

Aunque los jardines de delante se hallaban algo rezagados, tenían flores. Y Declan había colocado una enorme maceta con begonias en la terraza.

Seguro que las había plantado él mismo, pensó Lena mientras se dirigía a la puerta. Era un hombre al que le gustaba cuidar las cosas. Sobre todo si las consideraba suyas.

Se preguntó si él la veía como uno de sus proyectos en marcha. Probablemente. No sabía si la idea la divertía o la irritaba.

Entró. Se dijo que si dos personas habían dormido juntas un par de veces, las formalidades sobraban.

Primero aspiró el intenso perfume de las azucenas que trasladaba el jardín al interior. Declan había comprado una mesa antigua muy bella, un par de sillas y, advirtió Lena con una sonrisa, una enorme vaca de cerámica para el vestíbulo.

Unos la encontrarían descabellada y otros encantadora, pero ya nadie calificaría la vieja entrada de anodina.

-¿Declan? -Paseó por el salón observando las nuevas adquisiciones. Entró en la biblioteca y se descubrió caminando hacia los pesados candelabros que descansaban sobre la repisa de la chimenea.

¿Por qué le temblaban los dedos?, se preguntó mientras alargaba una mano hacia ellos. ¿Por qué esos viejos candelabros le resultaban tan extrañamente familiares?

No tenían nada de especial. Probablemente eran caros, pero demasiado recargados para su gusto. Así y todo... sus dedos los acariciaron. Así y todo... quedaban muy bien allí, tan bien que podía imaginar las velas blancas que confiaban en sostener una vez más. Podía oler la cera derretida.

Temblorosa, dio un paso atrás y abandonó la estancia.

Llamó a Declan mientras subía por la escalera. Al llegar al primer rellano la puerta oculta en la pared se abrió de golpe. Ella y Declan gritaron al unísono.

Con una risa ahogada, Lena se apretó el corazón y miró a Declan. Tenía telarañas en el pelo y manchas en la cara y las manos. La linterna le temblequeaba.

-Por Dios, cher, la próxima vez pégame un tiro directamente.

-Lo mismo digo. -Declan soltó un suspiro y se mesó el pelo y las telarañas-. Acabo de envejecer cinco años.

-Te llamé un par de veces y al final decidí ir a por ti. -Lena miró por encima del hombro de Declan-. ¿Qué guardas ahí? ¿Pasadizos secretos?

-Dependencias del servicio. Hay una puerta en cada planta, de modo que decidí echar un vistazo. Es interesante, pero hay mucha porquería. -Se miró las manos-. ¿Por qué no te sirves una copa? Entretanto iré a lavarme.

-Creo que serviré dos. ¿Qué te apetece?

-Cerveza. -Declan estaba estudiando la cara de Lena ahora que se había recuperado del susto-. ¿Qué te ocurre?

-Nada, salvo que me has dado un susto de muerte.

-Estás disgustada. Te lo noto.

Lena intentó esbozar una sonrisa sugerente.

-A lo mejor estoy triste porque no me has dado un beso de bienvenida.

-A lo mejor todavía no confías lo bastante en mí y piensas que solo busco pasarlo bien contigo. -Declan utilizó un nudillo para levantarle el

mentón y la miró fijamente a los ojos hasta que a ella empezaron a escocerle-. Pero te equivocas. Te quiero. -Aguardó un instante. Al ver que no respondía, asintió con la cabeza-. Dame un minuto.

Lena empezó a bajar. A medio camino se detuvo y habló sin volver la cabeza.

-Declan, no creo que solo busques pasarlo bien conmigo, pero tampoco sé qué buscas en realidad.

-Angelina, tú eres lo que he buscado toda mi vida.

No la presionó. Si ella necesitaba fingir que no estaba disgustada, que así fuera. Salieron a dar un paseo por los jardines de la parte de atrás mientras la noche caía.

-Durante todos estos años la gente venía a esta casa, pero siempre se marchaba. Y aquí estás tú, consiguiendo más en unos meses de lo que ha conseguido nadie desde que me alcanza la memoria.

Lena se volvió para contemplar la casa. Todavía quedaba mucho por hacer. Pintura y carpintería. Postigos nuevos aquí y allá. Pero ya no parecía... muerta, se dijo.

No sólo había permanecido abandonada, había estado muerta hasta la llegada de Declan.

-Le estás devolviendo la vida, y no solo por el dinero y el trabajo invertidos.

-¿Podrías vivir aquí?

Los ojos de Lena se llenaron de pavor y miraron hacia otro lado. Él, sin embargo, mantuvo la mirada firme y serena.

-Ya tengo un hogar.

-No te he preguntado eso. Te he preguntado si podrías vivir aquí, si estarías cómoda o si la idea de compartir la casa con... fantasmas o recuerdos, o como quieras llamarlos, te molestaría.

-Si me molestara no habría venido esta noche hasta aquí para que me dieras de cenar. Y hablando de comida, ¿con qué piensas obsequiarme, cher?

-Voy a intentar un atún a la parrilla. -Declan extrajo el reloj del bolsillo-. De aquí a un ratito -añadió tras consultar la hora.

Lena contempló hipnotizada el reloj. El estómago le tembló, como cuando vio los candelabros.

-¿De dónde lo has sacado?

-Lo encontré en una tienda. -Sorprendido, fascinado por el tono de su voz. Declan alzó el reloj-. ¿Te resulta familiar?

-Hoy día no se ve a muchos hombres utilizando esta clase de reloj.

-Supe que era mío en cuanto lo vi. Creo que me lo compraste tú -dijo Declan, y Lena levantó inopinadamente la cabeza-. Hace mucho tiempo. -Giró el reloj para que ella pudiera leer la inscripción.

-Es de Lucian. -Como el instinto la empujaba a cerrar las manos, se obligó a extenderlas y acariciar las letras-. Esto es realmente extraño, Declan. ¿Crees que se lo regaló Abigail?

-Sí.

Lena sacudió la cabeza.

-¿No te parece demasiado sencillo, demasiado evidente?

-¿Asesinato, desesperación, suicidio, un siglo de almas errantes? -Declan se encogió de hombros y devolvió el reloj a su bolsillo-. A mí no me

parece muy sencillo que digamos. Pero creo, Lena, que el amor puede ser lo bastante paciente para esperar hasta que le llegue de nuevo la hora.

-Jesús, eres tan... conmovedor. Cómo me irrita tener que ser la sensata en todo esto. Me gusta estar contigo, Declan.

Lena jugó con la llavecita que llevaba colgada del cuello mientras hablaba. Una costumbre, pensó él, de la que probablemente ella no era consciente.

-Me gusta tu compañía. Me gusta tu estilo. Y me gusta hacer el amor contigo. Es cuanto puedo ofrecerte por ahora.

Él la abrazó.

-Lo acepto.

Lena rodó sobre su espalda pasando de una almohada a la otra. Oyó una voz grave y masculina entonar un estribillo. Y, suspirando, pasó la mano por la sábana.

Él no estaba a su lado, pero sí su calor.

Abrió los ojos y parpadeó al recibir la luz brumosa del sol. No había sido su intención quedarse a dormir, pero cuando estaba con Declan sus intenciones solían desviarse para satisfacer los deseos de él. Más aún, los deseos de él giraban hasta convertirse también en sus propios deseos.

Un hombre astuto, pensó con un bostezo, sumergiéndose en la almohada. Raras veces parecía presionar, nunca pedía demasiado, y siempre se salía con la suya.

Cómo lo admiraba por eso.

Aunque hubiera preferido despertarse en su propia cama, se alegraba de haberse quedado. Había llegado decaída y algo irascible. Ver a su madre solía tener ese efecto en ella. Durante algunas horas la había olvidado y se había limitado a disfrutar de la compañía de Declan.

Eso era suficiente, y tendría que ser suficiente para ambos el tiempo que durara su relación. Ver a Lilibeth le recordaba las promesas que se había hecho.

Tener éxito en la vida siguiendo sus propios principios. Vivir exactamente como ella decidiera vivir. Y nunca, nunca poner sus esperanzas, sus necesidades y sus deseos en manos de otra persona.

Declan se iría tarde o temprano. Todos lo hacían.

Pero esta vez a ella le importaba más, y haría lo posible por que fueran amigos y continuaran siéndolo después.

Por tanto, se cuidaría mucho de enamorarse. Se cuidaría mucho de hacerle daño mientras él creyera que la amaba.

Arrugó el entrecejo. Oía cantar. En la ducha. La voz de Declan sonaba por encima del martilleo del agua.

-Han pasado muchos años, niña... y nunca me casé, fiel a mi amor perdido, aunque muerta esté.

Una letra extraña para cantarla en la ducha, pensó Lena, y se descubrió tarareando mentalmente el estribillo. Cuando el baile termine, cuando rompa el alba.

Atónita -¿de dónde había sacado esa letra?-, se levantó y fue hasta la puerta del cuarto de baño. Conocía la melodía y, más aún, conocía la letra. Una triste historia sobre falta de fe, sobre muerte, acompañaba la romántica melodía.

El corazón le palpitaba con fuerza. Notaba el pulso en la garganta.

Bailando a la luz de la luna con la casa como un faro blanco contra la noche. Una muchacha vestida de muselina y un joven con esmoquin. El perfume de las lilas, denso y dulce.

El aire está cargado de flores. Tan cargado que cuesta respirar. Tan cargado que te marea mientras das vueltas y más vueltas por el jardín, con la música de fondo.

Mareada, mareada por el baile. Mareada, mareada de amor.

Tambaleándose, Lena fue a apoyar una mano en la puerta cuando esta se abrió y el vaho la envolvió mientras caía.

-¡Uau! -Declan la recogió en sus brazos. Todavía mojado, con el pelo goteando sobre el rostro de ella, la trasladó a la cama.

-Estoy bien… solo perdí el equilibrio.

-Cariño, estás blanca como la leche. -Declan le apartó el cabello de la cara y tomó una mano helada entre las suyas-. ¿Qué te ha ocurrido?

-Nada. -Dividida entre el desconcierto y la turbación, lo apartó para incorporarse-. Me levanté demasiado deprisa y perdí el equilibrio cuando fui a alcanzar la puerta en el momento en que tú la abrías, eso es todo. Estoy bien, cher. Creo que no me sienta bien madrugar.

-Te traeré agua.

-Cielo, estoy bien. Las Simone somos mujeres fuertes. -Le pasó un dedo por el mentón. Todo empezaba a evaporarse, la canción, el olor de las lilas, la sensación de vértigo-. Esta cara tan guapa me quita la respiración. ¿Me has dejado agua caliente?

-Probablemente no. -Declan se hizo un sitio a su lado-. Tengo que cambiar el calentador. Si esperas media hora, tendrás agua suficiente para una ducha.

-Mmm, ¿qué puedo hacer con media hora? -Riendo, Lena lo atrajo hacia la cama.

Esa sí era una buena forma de comenzar el día, se dijo. Se rezagó sobre su primera taza de café frente a la mesita que Declan había instalado en la terraza del dormitorio. Dado que la oferta de desayuno era limitada, se había conformado con un cuenco de cereales azucarados y había observado a Declan cargar el suyo de azúcar.

-Cher, ¿por qué no desayunas directamente un bastón de caramelo?

-No tengo.

Declan sonrió. Diantre, cómo le cortaba la respiración esa sonrisa.

-Tienes una vista muy bonita desde aquí. Ideal para la contemplación matutina.

-Será aún mejor cuando cambie los tablones en mal estado y pinte. Y hacen falta más cosas. -Declan miró en derredor-. Macetas con flores y un columpio o un balancín.

Lena se llevó una cucharada de cereales a la boca.

-Eres un chico hogareño, ¿verdad, cheri?

-Eso parece. -Y le encantaba-. Quién iba a decírmelo.

-¿Y qué ha planeado el chico hogareño para hoy?

-Quiero terminar el primer tramo de la escalera exterior. Si este tiempo aguanta durante el fin de semana, me pondré con la fachada. Han de venir unos hombres a empezar los otros cuartos de baño. También tengo que hacer algunas compras. ¿Quieres venir conmigo?

-Nunca he conocido a un hombre que le guste tanto comprar. -Resultaba tentador ceder a la encantadora imagen de buscar tesoros con él. E intervenir en la elección de objetos para la casa.

¿Pero no contribuiría eso a hacer de ellos una pareja en lugar de dos personas disfrutando del momento?

Lena sacudió la cabeza y se negó el placer.

-Si las compras no implican zapatos o pendientes, lo tienes crudo conmigo, cielo.

-Podría hacer un hueco para eso entre la búsqueda de tiradores y clavos. De hecho… aguarda un momento.

Declan se levantó y entró en el dormitorio mientras Lena se reclinaba y, con la taza entre ambas manos, contemplaba los jardines y el estanque.

Lo había distraído, pensó. O por lo menos él estaba fingiendo haber olvidado lo sucedido esta mañana. Había estado a punto de desmayarse y eso habría sido algo nuevo para ella.

Había algo en la casa que la afectaba, pensó Lena, como también afectaba a Declan. Una parte tiraba de ella hacia dentro mientras que la otra la empujaba hacia fuera, pero estaba decidida a no dejarse apabullar.

¿Era posible que, después de todo, él tuviera razón?

¿Podía ser tan sencillo y evidente? ¿Había sido Declan Lucian en otra vida y ella su Abigail?

¿Habían bailado a la luz de la luna esa vieja y triste canción?

De ser así, ¿qué significaba eso para ellos en esta vida?

La expresión de Lena era de preocupación cuando Declan regresó y dejó una cajita sobre la mesa, junto al cuenco de cereales.

-Cher, si sigues haciéndome regalos, ¿qué harás cuando llegue mi cumpleaños?

-Ya se me ocurrirá algo.

-Dudo que puedas superar el juego de salero y pimentero, pero… -Lena abrió la caja esperando encontrar un broche o unos pendientes graciosos y tropezó con dos corazones de rubíes y brillantes.

-Me llamaron la atención.

-No… no puedes regalarme algo así. -Era la primera vez que la veía tartamudear-. No puedes regalarme unos pendientes como estos… así como así. Son piedras de verdad. ¿Crees que soy demasiado estúpida para reconocer un brillante auténtico?

-No. -Qué curioso, pensó Declan, que Lena hubiera saltado del aturdimiento a la ira ante un regalo de brillantes-. Pensé que te quedarían bien.

-Me trae sin cuidado que seas rico. -Lena cerró bruscamente la tapa contra el destello de sangre y hielo-. Me trae sin cuidado cuánto dinero guardas en tus carteras y cuentas bancarias. No quiero que me compres joyas caras. Si quiero brillantes y rubíes, yo me los compraré. No me estoy acostando contigo para que me llenes de regalos.

-Genial. -Declan se reclinó en su silla para contemplar la mirada furiosa de Lena, que se había levantado mientras le gritaba-. ¿De modo que esos pendientes no te habrían molestado si hubieran sido de cristal? A ver si me entero bien de las reglas. Si veo algo que me gustaría para ti, no puedo comprarlo si cuesta más de…¿cuánto? ¿Cien? ¿Ciento cincuenta? Dame un presupuesto aproximado.

-No necesito que me compres cosas.

-Por Dios, Lena, si necesitaras que te comprara cosas, te compraría comida. Estos pendientes son bonitos y me hicieron pensar en ti. Y mira. -Declan cogió la caja y la rodeó con una mano-. No hay cadenas.

-Algo que cuesta tanto como un coche decente de segunda mano ha de tener cadenas, cher.

-Te equivocas. El dinero es relativo. Tengo mucho. Pero sino los quieres, no importa. -Declan se encogió de hombros y levantó su taza de café-. Se los daré a otra persona.

La mirada de ella se afiló.

-Ah, ¿sí?

-Está visto que perturban tu equilibrio moral, pero sería una pena que no se aprovecharan.

-Estás haciendo que parezca una idiota.

-No, estás comportándote como una idiota. Yo me limito a representar mi papel en tu pequeño drama. Me gustaría que tuvieras estos pendientes, pero no si piensas que son un pago a los servicios prestados. Eso es tan insultante para mí como para ti. Lena -añadió Declan cuando la boca de ella se abrió-. Al decirme que no quieres que te pague por el sexo me estás diciendo que yo estaría dispuesto a comprarlo. Maldita sea, son solo unas piedras.

-Unas piedras muy bellas. -¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué ese hombre conseguía siempre desconcertarla?

Y como siempre, allí estaba él, observando tranquilamente cómo ella se encendía.

Respiró profundamente mientras Declan la miraba con paciencia y regocijo.

-He sido una grosera. No estoy acostumbrada a que los hombres me pongan brillantes y rubíes delante de un cuenco de cereales.

-Entiendo. ¿Quieres que esperemos a la cena y te los ponga delante de un jugoso filete?

Lena rió débilmente y se echó el pelo hacia atrás.

-Eres demasiado bueno para mí.

-¿Qué demonios significa eso? -preguntó él.

Ella se limitó a sacudir la cabeza y levantó la caja.

Examinó los pendientes largo y tendido antes de ponérselos.

-¿Qué tal me quedan?

-Estupendamente.

Lena se inclinó y lo besó.

-Gracias. Al principio me asustaron un poco, pero ya se me ha pasado.

-Bien.

-Tendré que llevarlos con el pelo recogido para que se vean bien. Maldita sea -dijo Lena mientras corría hacia la puerta-, tengo que vérmelos. -Se detuvo frente al espejo y se levantó la melena-. ¡Dios mío, son fabulosos! Nunca había tenido nada tan bonito. Eres un encanto, Declan. Un encanto loco y testarudo.

-Cuando te cases conmigo -dijo él desde la puerta-, te regalaré brillantes en el desayuno una vez por semana.

-Para el carro.

-Vale, pero piénsalo.

-He de darme prisa. Quiero visitar a mi abuela antes de regresar a la ciudad.

-¿Me llevas contigo? Tengo algo para ella.

Los ojos de Lena, al buscar los de él a través del espejo, mostraron indulgencia y frustración.

-Ya le has comprado otra cosa.

-No empieces -le advirtió Declan, y retrocedió para recoger los cuencos.

-¿Por qué tienes que estar siempre comprando, cher?

A estas alturas ya lo conocía, y la pequeña rotación de hombros le dijo que estaba molesto e incómodo, de modo que suavizó la pregunta con un beso en la mejilla.

-Tengo dinero -repuso Declan- y me gustan los objetos. Me parece mucho más divertido e interesante cambiar dinero por objetos que tener un montón de billetes en la cartera.

-No sé qué decirte. A mí me gustan mucho los billetes. Aunque... -Lena señaló los pendientes-, podría aficionarme a estas hermosas piedrecitas. Adelante, llévale lo que quieras a la abuela. Seguro que, sea lo que sea, le alegrará el día porque se lo regalas tú.

-¿Eso crees?

-Está loquita por ti.

-Me gusta oír eso. -Declan se volvió y abrazó a Lena por la cintura-. ¿Y tú? ¿Estás loquita por mí?

Por la espalda de Lena descendió una corriente de calor que casi la hizo suspirar.

-Sería difícil no estarlo.

-Bien. -Declan posó suavemente los labios en los de ella-. Eso me gusta aún más.

Se acercó al coche portando una pequeña bolsa de regalo. A Lena le resultaba extraño y encantador que Declan pensara en esas cosas. No solo en el regalo, algo que podía permitirse, sino también en su presentación. Bolsas, cintas, lazos y bonitos papeles que la mayoría de los hombres -o los que ella había conocido- pasaban por alto.

Cualquier mujer llamaría a Declan Fitzgerald un partidazo. Y la amaba.

-Quiero hacerte una pregunta -dijo Lena mientras ponía en marcha el motor.

-¿Una pregunta tipo test, en plan verdadero o falso?

-Más bien una prueba de redacción.

Declan se acomodó en su asiento y estiró las piernas cuando arrancaron. Siempre había sacado muy buenas notas.

-Dispara.

-¿Por qué, con la de damas elegantes que hay en Boston y la de mujeres bonitas que hay en Nueva Orleáns, me has elegido a mí?

-Ninguna de ellas ha hecho que mi corazón se detenga o se acelere como un caballo de carreras al sonar el disparo de salida. Tú sí. Con ninguna de ellas me he visto dentro de diez o veinte años alargando un brazo para cogerle la mano. Contigo sí. Lena. Y lo que más deseo en este mundo es estar abrazado a ti.

Lena no le miró, no osó mirarle mientras todo dentro de ella parecía llenarse, pues sabía que una sola mirada haría que todo rebosara. Caliente, dulce y conquistado.

-Buena respuesta -alcanzó a farfullar.

-Una respuesta sincera. -Declan retiró del volante la mano tensa de Lena y la besó-. Una verdad divina.

-Te creo y no sé qué hacer, Declan. Eres el primer hombre que ha hecho que me preocupe por lo que debo hacer. Siento por ti cosas fuertes, pero preferiría que no fuera así.

-En mi opinión, deberíamos fugarnos a Las Vegas, así no tendrías nada de que preocuparte.

-Oh, estoy segura de que los Fitzgerald de Boston estarían encantados de saber que te has fugado a Las Vegas con la propietaria cajún de un bar del bayou.

-Al menos les daría algo de que hablar durante los próximos diez o veinte años. Le gustarías a mi madre-comentó Declan, casi para sí-, y no es ninguna prima. Le gustaría saber que eres una mujer de principios, con un negocio propio, que cuida de su abuela. Es algo que respetaría y admiraría. Luego te querría porque yo te quiero. Mi padre, por su parte, se convertiría en tu esclavo en cuanto te viera.

Lena rió y parte de la tensión que notaba en el pecho desapareció.

-¿Todos los varones Fitzgerald son tan fáciles?

--No somos fáciles. Sencillamente, tenemos un gusto excepcional.

Lena detuvo el coche frente a la casa de Odette y por fin se volvió para mirar a Declan.

-¿Vendrá algún familiar tuyo para la boda de Remy y Effie?

-Mis padres.

-En ese caso, veremos si tienes razón.

Lena saltó del coche y se dirigió a la casa.

-¡Abuela! -Abrió la puerta y entró-. Te traigo la visita de un apuesto caballero.

Odette salió de la cocina secándose las manos con un trapo de cuadros rojos y arrastrando el olor a café y pan recién hechos. Iba ataviada, como siempre, con sus joyas y sus botas, pero en torno a los ojos y la boca había una tensión que el propio Declan advirtió al instante.

-Los caballeros siempre son bienvenidos, Bébé-contestó, y besó a Lena en la mejilla.

-¿Qué ocurre?

-Acabo de hacer pan moreno -comentó Odette esquivando la pregunta de Lena-. Venid a la cocina.

-Rodeó a Lena por la cintura-. ¿Qué llevas en esa bonita bolsa, cher?

-Un detalle que pensé que le gustaría. -Declan dejó la bolsa sobre la mesa de la cocina-. Huele muy bien. Creo que debería aprender a hacer pan.

Odette, como era de esperar, sonrió, pero eso no redujo la tensión que se respiraba en el ambiente.

-Podría enseñarte un par de cosas. Amasar pan es una buena terapia. Aleja la mente de los problemas y te da tiempo para pensar.

Sacó una caja de la bolsa, la giró sobre la mano y tiró de la cinta.

-Lena, si no le echas el lazo a este muchacho, quizá lo haga yo. -Al abrir la caja, su semblante se suavizó.

El pequeño joyero le cabía en la palma de la mano. Con forma de corazón, mostraba a una pareja pintada a mano, sentada en un banco y vestida con indumentaria antigua. Cuando Odette levantó la tapa, arrancó una música.

-Llevo semanas escuchando esta canción -explicó Declan-, de modo que cuando vi la cajita me dije que tenía que comprarla.

-«Después del baile» -dijo Odette-. Es un viejo vals. Triste y dulce. -Alzó la vista-. ¿No tendrás por casualidad un tío viudo para mí?

-Tengo a tío Dennis, pero es más feo que una cabra.

-Me basta con que tenga la mitad de corazón que tú.

-Qué escena tan enternecedora.

Al oír la voz. Lena se puso rígida, como si alguien le hubiese apuntado con una pistola en la sien. Declan reparó en la mirada que intercambiaba con su abuela. De disculpa por parte de Odette, de estupefacción por parte de Lena.

Se volvieron.

Lilibeth se apoyó en el marco de la puerta. Vestía una bata corta de color rojo con el cinturón aflojado. El cabello le caía sobre los hombros y ya se había maquillado para el día con una línea gruesa y oscura sobre el perfil de los ojos y una pintura de labios encarnada como la bata.

-¿Quién es ese? -Levantó una mano lánguida y se echó el pelo hacia atrás mientras obsequiaba a Declan con una, sonrisa felina.

-¿Qué está haciendo ella aquí? -preguntó Lena-. ¿Qué demonios hace en esta casa?

-Es mi casa tanto como tuya -replicó Lilibeth-. Algunos de nosotros respetamos los lazos de sangre más que otros.

-Te dije que subieras a un autobús y te fueras.

-No recibo órdenes de mi hija. -Lilibeth se apartó de la puerta y caminó hasta el fogón-. ¿Está recién hecho este café, mamá?

-¿Cómo has podido? -preguntó Lena a Odette-. ¿Cómo has podido acogerla de nuevo?

-Lena. -Odette le cogió una mano-. Es mi hija.

-Yo soy tu hija -espetó Lena. Entonces notó que una furia amarga le subía por la garganta dejándole un gusto horrible en la lengua-. ¿Vas a permitir que vuelva a quedarse aquí hasta que te deje pelada, hasta que ella y el yonqui de turno te roben hasta el último centavo? Ahora le da a la cocaína. ¿No lo ves ? Y te aseguro que no la regalan.

-Te he dicho que estoy limpia. -Lilibeth golpeó la encimera con una taza.

-Mientes. Siempre has sido un embustera.

Lilibeth se abalanzó sobre su hija. Lena levantó el mentón para recibir el golpe, pero Declan se interpuso entre las dos.

-Yo en su lugar me lo pensaría. -Habló con calma, pero el ardor que había en su voz caldeó la cocina.

-Como le pongas una mano encima te pongo de patitas en la calle. -Odette se acercó al fogón y procedió a servir el café con mano trémula-. Hablo en serio.

-Lena no tiene derecho a hablarme de ese modo.

-Lilibeth dejó que sus labios temblaran-. Y aún menos delante de un desconocido.

-Declan Fitzgerald, amigo de Lena y de la señorita Odette. Yo serviré el café, señorita Odette. Usted siéntese.

-Esto es un asunto familiar, Declan -dijo Lena sin apartar su feroz mirada del rostro de su madre. Pensaría en la vergüenza más tarde. En esos momentos la cólera era mucho más poderosa-. Deberías irte.

-Enseguida. -Declan sirvió el café y ofreció una taza a Odette. Luego se agachó para mirarla a los ojos-. Soy irlandés -le dijo-. Por ambas partes. A

nadie se le dan tan bien las peleas familiares como a los irlandeses. Si me necesita, solo tiene que llamarme. -Le apretó una mano y se incorporó-. También va por ti. Lena.

-No pienso quedarme. Te llevo a casa. -Lena respiró hondo, preparándose para el dolor que sus palabras iban a causar-. Abuela, te quiero con todo mi corazón, pero no volveré a esta casa mientras ella siga aquí. Sé que te duele y lo lamento, pero no puedo hacerlo. Avísame cuando se haya ido. -Se volvió hacia Lilibeth-. Si vuelves a hacerle daño, si vuelves a cogerle un solo dólar o traes aquí a la escoria de la que te gusta rodearte, juro por Dios que te encontraré y esta vez te lo haré pagar con tu piel.

-¡Lena, cielo! -Lilibeth corrió por el pasillo en pos de su hija-. He cambiado, cariño. Quiero compensarte. Dame una oportunidad…

Una vez fuera de la casa, Lena se volvió.

-Ya tuviste tu última oportunidad conmigo. No te acerques a mí. No te acerques a mi casa. Para mí estás muerta, ¿lo has oído?

Cerró con furia la puerta del coche, arrancó el motor y apretó el acelerador, levantando una nube de humo que eclipsó a su madre y la casa donde había crecido.

-Divertido, ¿eh? -Lena aceleró-. Apuesto a que a tu familia le encantaría tener de consuegra a Lilibeth Simone. Puta, yonqui, ladrona y embustera.

-No puedes reprochárselo a tu abuela, Lena.

-No se lo reprocho. -Las lágrimas corrieron garganta arriba y Lena notó su calor-. Pero no quiero tener nada que ver con eso. -Apretó el freno delante del Hall-. Tengo que irme. -Mas descansó la frente en el volante-. Vete, venga. Vat'en.

-No pienso irme. -Otros lo habían hecho, comprendió Declan. Y de ahí provenía el dolor-. ¿Quieres hablar de ello fuera o dentro?

-No pienso hablar de ello en ninguna parte.

-Por supuesto que sí. Elige el lugar.

-Te he dicho cuanto necesitas saber. Mi madre es puta y yonqui. Cuando no gana lo bastante para costear sus vicios, roba, y miente con una facilidad escalofriante.

-¿Vive por aquí?

-No sé dónde vive. Nunca pasa mucho tiempo en el mismo sitio. Ayer apareció en mi apartamento drogada y llena de mentiras, con su perorata habitual sobre un nuevo comienzo y el deseo de que seamos amigas. Pensó que la dejaría volver a vivir conmigo. Nunca más.

-Lena descansó la cabeza sobre el respaldo de su asiento-. Le di cincuenta dólares para el autobús, pero no debí hacerlo. Probablemente ya se los ha metido por la nariz.

-Demos un paseo.

-Esto no es algo que se cura con un paseo o un beso, Declan. Tengo que volver a la ciudad.

-No dejaré que conduzcas en este estado. Demos un paseo.

Para asegurarse de que Lena no huía mientras él se apeaba del coche, agarró las llaves del contacto y se las guardó en el bolsillo. Luego bajó, rodeó el coche, abrió la puerta del conductor y le tendió una mano.

Lena no tenía fuerzas para discutir, pero en lugar de aceptar la mano, bajó del coche y se guardó las suyas en los bolsillos.

Pasearían, se dijo. Pasearían y luego todo terminaría. Supuso que Declan pensaba que sus jardines -los capullos en flor, los dulces aromas- la

calmarían. Querría consolarla. Él era así. Más aún, querría saberlo todo para buscar soluciones.

Por lo que a Lilibeth se refería, no había soluciones.

-A veces la familia es un palo, ¿verdad?

La mirada de Lena, oscura y feroz, lo atravesó y se humedeció.

-Ella no es mi familia.

-Vale, pero es un problema familiar. En mi familia siempre hay problemas, seguramente porque somos muchos.

-No tener suficientes canapés para la fiesta o que dos de tus tías acudan con el mismo vestido no es un problema.

Declan consideró la posibilidad de pasar por alto el insulto. A fin de cuentas, Lena estaba dolida e irascible.

Con todo, no podía tolerarlo.

-¿Crees que el dinero es incompatible con los problemas personales? ¿Que alivia las heridas y entierra las tragedias? Es un punto de vista muy superficial, Lena.

-Soy una tía superficial, lo llevo en la sangre.

-Eso es una chorrada, pero tienes derecho a compadecerte de ti misma después de haber estado a punto de recibir una bofetada. El dinero no hizo que mi prima Angie se sintiera mucho mejor cuando su marido las dejó embarazadas a ella y a su amante el mismo mes. No ayudó a mi tía cuando su hija murió en un accidente de coche el día que cumplía dieciocho años. La vida puede joderte por mucho dinero que tengas.

Lena se detuvo, se obligó a serenarse.

-Lo siento. Es que esa mujer me pone de un humor que no merece compañía.

-Yo no soy compañía. -Sin darle tiempo a que lo esquivara, Declan le tomó el rostro entre las manos-. Te quiero.

-Calla.

-No puedo.

-No te convengo. No le convengo a nadie y no quiero convenirle a nadie.

Declan levantó la llavecita que Lena llevaba colgada del cuello.

-No fue un hombre sino una mujer quien te rompió el corazón. Ahora quieres cerrarlo para no aceptar el amor que se te ofrece. Y tampoco te permitirás dar amor. Es más seguro así. Si no amas, no importa que la otra persona se marche. Eso te convierte en una cobarde.

-¿Y qué? -Lena le apartó las manos-. Es mi vida. La vivo como quiero y me va bien. Eres un romántico, cher. Debajo de toda esa sensatez yanqui, esa educación elitista, eres un soñador. Yo no apuesto por sueños. Lo que hay es lo que cuenta. Un día de estos te despertarás en esta vieja mansión, en el culo del mundo, preguntándote en qué demonios estabas pensando cuando la compraste. Y te largarás pitando a Boston para retomar la abogacía, te casarás con alguna niña bien llamada Alexandra y tendrás dos hijos preciosos.

-Te has dejado los dos perdigueros rubios.

-Oh. -Lena levantó las manos-. ¡Merde!

-Estoy de acuerdo contigo. En primer lugar, la única mujer que conozco llamada Alexandra tiene dientes de caballo, y la verdad es que me asusta un poco. En segundo lugar, Angelina, y mucho más importante, lo que voy a hacer es vivir mi vida en esta vieja mansión contigo. Y voy a crear una familia contigo. Los perdigueros rubios son optativos.

-Por decirlo una y otra vez no vas a conseguir que ocurra.

Declan esbozó una sonrisa deslumbrante.

-¿Qué te apuestas?

Había algo poderoso y ligeramente aterrador en él, se dijo Lena, cuando lucía ese viso de afabilidad sobre esa terquedad dura como el cemento.

-Me voy a trabajar. Mantente alejado de mí durante un tiempo, ¿me oyes? Estoy demasiado irritada para tratar contigo.

Declan la dejó ir. Le bastaba, por el momento, con que su ira contra él hubiera secado las lágrimas que le habían humedecido los ojos.

Nueva Orleáns

1900

Julián estaba ebrio, y así lo prefería. Tenía una ramera medio desnuda en el regazo y las manos hundidas en sus pesados senos. El viejo pianista negro estaba interpretando una melodía alegre y la música se mezclaba agradablemente en su cabeza con las risas femeninas.

El humo de los puros perforaba el aire, despertando en él una ligera necesidad de tabaco. Con todo, no podía reunir la energía necesaria para aspirar un puro, ni para arrastrar a la fulana al piso de arriba.

El hecho de que estuviera una vez más arruinado no le preocupaba en exceso. Frecuentaba este prostíbulo y siempre conseguía reunir fondos suficientes para pagar su cuenta. Aquí gozaba de prestigio, por el momento.

Había elegido a esa prostituta porque era rubia, de figura exuberante y cerebro ausente. Sabía que cuando la montara no vería la cara de Abigail, sus ojos fijos en él.

Esta vez no.

Bebió otro trago de bourbon y le pellizcó un pezón. La rubia aulló y le golpeó juguetonamente la mano. Julian estaba sonriendo cuando Lucían entró.

-Mi santo hermano. -Aunque arrastraba las palabras, había rencor en su lengua. Volvió a darle al whisky mientras veía a Lucían negar con la cabeza a una pelirroja que se le había acercado.

Pálido, rubio, parecía perfecto, pensó Julián, a través del humo, contra los colores chillones, en medio del alboroto.

Y se preguntó si Caín había mirado a Abel y sentido un odio tan vehemente como el que sentía él ahora.

Meneando a la rubia sobre la rodilla, estrujándole el pecho, aguardó a que Lucian explorara el salón. Cuando sus ojos se encontraron -unos ojos idénticos- se produjo una colisión. Julián juraría que la había oído en su cabeza. Como el sonido de dos espadas combativas.

-¿Qué ocurre? -preguntó cuando tuvo a Lucian delante-. ¿Te has rebajado finalmente al nivel del resto de los humanos? Mi hermano necesita una copa. ¡Una copa y una mujer para mon frére!-gritó-. Aunque dudo que sepa qué hacer con ellas.

-Eres una vergüenza para ti mismo y para tu familia, Julián. Me han enviado para que te lleve a casa.

-A mí no me avergüenza pagar a una ramera. -Julian dejó el vaso y pasó una mano por el muslo de la rubia-. Claro que si me hubiera casado con una, sería diferente. Pero tú te me adelantaste, hermano, como en muchas otras cosas.

La cara de Lucian palideció.

-No permitiré que hables de ella en este lugar.

-Mi hermano se casó con una zorra de los pantanos-dijo Julián despreocupadamente, tirando de la rubia cuando esta intentó escabullirse. Notaba los latidos de su corazón, el miedo que generaba en ella el enfrentamiento con su hermano.

Y ese miedo lo excitaba como no lo habían excitado las promesas que ella le había susurrado al oído.

-Lucian, orgullo de los Manet, trajo a su ramera a nuestra casa y ahora languidece y lloriquea porque lo dejó por otro y le encasquetó su hija bastarda.

Tenía que creerlo. Durante el invierno había ahogado en un mar de whisky la mirada pétrea de Abigail, el sonido de su cuerpo al hundirse en las aguas del bayou.

Tenía que creerlo, o enloquecer.

-Allez -ordenó Lucían a la rubia-. Vete.

-Me gusta donde está. -Julián estrujó los brazos de la mujer cuando esta forcejeó.

Ni uno ni otro notó que la estancia quedaba en silencio, que las notas del piano morían y las risas se apagaban. Lucian arrancó a la rubia del regazo de Julián. Esta salió disparada al tiempo que Lucían despegaba a su hermano de la silla.

-Caballeros. -La dueña del local se acercó. La seguía un hombre corpulento vestido con un traje impecable-. No queremos problemas, señor Julián -dijo con voz melosa, deslizando una mano íntima por la mejilla de Julian. Su mirada, no obstante, era fría como el hielo-. Vaya con su hermano, mon cher ami. Este no es lugar para reyertas familiares.

-Tiene razón. Le pido disculpas. -Julián le besó la mano. Luego se volvió y embistió a Lucian.

La mesa y la lámpara sobre las que cayeron se hicieron añicos. La gente huía y las mujeres gritaban mientras ellos rodaban por el suelo, se propinaban puñetazos y se mordían como perros, dejando brotar la violencia de toda una vida.

El vigilante agarró a Julián del cogote, lo llevó hasta la puerta y lo expulsó de un empujón. Lucian apenas había logrado ponerse a cuatro patas cuando notó que lo levantaban.

Maldiciones y gritos lo siguieron hasta la salida. Y la rabia quedó sofocada por la humillación. Sacudió la cabeza y se levantó.

Miró a su hermano, ese reflejo de sí mismo, y sintió una vergüenza diferente.

-Mira hasta dónde hemos llegado -dijo con tono cansado-. Ahora nos peleamos en burdeles y nos arrastramos por las cunetas. Quiero paz entre nosotros, Julian. Dios sabe que no encuentro la paz en ningún otro lugar.

Ofreció una mano a su hermano para ayudarlo a levantarse.

Pero la vergüenza de Julián tenía otro color. Era negra.

Más tarde no recordaría haber extraído el cuchillo de su bota. El alcohol, la ira y el remordimiento lo cegaban.

Tampoco recordaría haberse levantado y arremetido contra Lucian.

Notó, con un regocijo demencial, cómo la hoja rebanaba la carne de su hermano. Y sus labios se curvaron, sus ojos enloquecieron, cuando aspiró el olor de la sangre.

Forcejearon, Lucían a través del dolor y el espanto, Julian a través de la bruma oscura, con la empuñadura del cuchillo resbalando de todas las manos.

Y el horror paralizó a Lucían cuando los ojos de Julián se abrieron como platos al percatarse de que la punta asesina giraba y entraba en él.

-Mére de Dieu -murmuró Julian antes de contemplar la sangre que cubría su pecho-. Me has matado.

Manet Hall 2002

El calor había embestido desde el sur. Declan tenía la sensación de que hasta el aire sudaba. Por las mañanas y por las noches, cuando el calor resultaba soportable, trabajaba fuera. Por las tardes buscaba las zonas más frescas de la casa.

No era un sistema muy enciente arrastrar las herramientas de un lado a otro, pero estaba avanzando.

No telefoneaba a Lena. Suponía que necesitaba tranquilidad. Pero pensaba en ella constantemente.

Pensaba en ella cuando clavaba tablones, cuando examinaba muestras de pintura, cuando instalaba ventiladores.

Y pensaba en ella cuando despertaba en medio de la noche para descubrirse acurrucado sobre la hierba, en la margen del estanque, con el reloj de Lucían encerrado en un puño y el rostro bañado en lágrimas.

Durante el día se esforzaba por no pensar en su sonambulismo. Pero no podía dejar de pensar en ella.

Un día más, se ordenó mientras se retiraba el sudor de la cara. Luego iría a la ciudad y aporrearía su puerta. Si tenía que arrinconarla para obligarla a hablar, lo haría.

La boda de Remy estaba cerca. Eso significaba que no solo vería a su mejor amigo contraer matrimonio, sino... que sus padres vendrían a la ciudad.

Se alegraba enormemente de que hubieran rechazado la invitación de hospedarse en su casa. Sería mucho más conveniente para todos que se alojaran en una agradable suite de hotel.

En cualquier caso, estaba decidido a terminar las terrazas y una de las habitaciones de invitados. De ese modo, la casa les impresionaría cuando se acercaran en coche y él podría demostrar que tenía la habitación que les había ofrecido.

Su madre la buscaría para comprobarlo. Era un hecho.

Bajó de la escalera, bebió agua fría y se echó el resto por la cabeza. Refrescado, se alejó de la casa y se volvió para contemplar su obra.

Notando ya el vapor de las gotas, esbozó una sonrisa.

-No está mal -dijo en voz alta-. No está nada mal para un aficionado yanqui.

Había terminado la doble escalinata que ascendía por ambos lados de la terraza del primer piso. Su elegancia le hacía olvidar todos los arañazos, cortes y horas de trabajo.

Sería, se dijo, su orgullo y su alegría.

Ya solo le quedaba sobornar a los pintores para que trabajaran durante esta ola de calor. O rezar para que cambiara el tiempo.

Sea como fuere, no pensaba esperar a tener acabada la parte trasera de la casa. Quería la fachada pintada, quería estar donde estaba ahora y verla brillar de un blanco nupcial.

Por puro placer, subió lentamente por el lado derecho de la escalera, cruzó la terraza y bajó lentamente por el izquierdo. Le gustó tanto que lo repitió.

Luego buscó el móvil en su caja de herramientas y telefoneó a Lena.

Tenía que compartir su alegría con ella. ¿Qué importaba si se adelantaba un día?

El teléfono estaba sonando en el apartamento de Lena cuando Declan levantó la vista y vio a Lilibeth cruzar el jardín. Cortó la conexión, se levantó y devolvió el móvil a la caja de herramientas.

-Este calor te deja hecha polvo.

Lilibeth sonrió y, pestañeando, se abanicó la cara con una mano. Declan observó que lucía las pulseras de Odette.

-Y aún no son ni las doce. Pero mírate -prosiguió Lilibeth con un lento ronroneo. Se detuvo frente a Declan y le pasó un dedo por el torso desnudo.

-Estás empapado.

-Una ducha improvisada. -Instintivamente, Declan dio un paso atrás y el dedo se separó de su piel-.¿Qué puedo hacer por usted, señorita Simone?

-Por lo pronto, puedes empezar por tutearme y llamarme Lilibeth. Después de todo, eres amigo de mi madre. .. y de mi pequeña.

Retrocedió y, abriendo los ojos de par en par, dejó que recorrieran la casa.

-Casi no puedo creer lo que has hecho con esta vieja mansión. Debes de ser muy listo, Declan. Puedo llamarte Declan, ¿verdad? -preguntó coquetamente.

-Claro -respondió Declan-. No hay que ser muy listo. Solo hay que tener tiempo.

Y dinero, pensó ella. Mucho dinero.

-Oh, no seas modesto conmigo. Es un milagro lo que estás haciendo. Espero que no sea mucho fastidio para ti enseñarme un poquito el interior. Y no me iría nada mal algo frío. La caminata me ha dejado seca.

Declan no la quería dentro de la casa. Más que rechazo, sentía una suerte de temor primitivo. Pero, por muchas cosas que fuera, también era la madre de Lena, y la suya le había enseñado modales.

-Por supuesto. Tengo té frío.

-No se me ocurre nada mejor.

Lilibeth siguió a Declan hasta la puerta y sonrió encantada cuando la invitó a entrar primero. Al pasar dejó que su cuerpo rozara casi imperceptiblemente el de él, luego se detuvo en medio del gran vestíbulo y soltó una exclamación.

No tenía que fingir su sorpresa ni su asombro. Ya había estado antes en esa casa. Remy y Declan no habían sido los primeros en pillar una curda y entrar furtivamente en Manet Hall.

Nunca le había gustado. La casa le producía escalofríos, con tantas sombras y tanto polvo, con tantas telarañas y la pérdida de glamour.

Pero ahora rebosaba de luz y esplendor. Suelos lustrosos, paredes lustrosas. Los muebles antiguos no le entusiasmaban, pero estaba segura de que habían costado una buena pasta.

El dinero viejo compraba y mantenía cosas viejas.

Era algo que no entendía, con la de cosas nuevas y llamativas que había en el mundo.

-Caray, cielo, esto parece un museo. Sencillamente un museo -repitió antes de entrar en el salón.

Prefería la ciudad, donde estaba la acción, pero se daba cuenta de que una mujer podía vivir como una reina en esta casa. Y traerse la acción cuando gustase.

-Jesús, ¿dije que eras listo? Pero si eres un genio. Qué bonito y qué nuevo lo tienes todo. -Se volvió hacia Declan-. Debes de estar muy orgulloso.

-El trabajo es lento pero seguro. La cocina está por aquí. Sígame y le serviré un vaso de té frío.

-Será un placer, pero no me des prisa. -Lilibeth deslizó una mano por el brazo de Declan y la mantuvo allí mientras caminaba por el vestíbulo-. Estoy maravillada con lo que le has hecho a esta casa. Mamá me contó que solo llevas unos meses.

-Es posible avanzar mucho si te ciñes al plan.

Y puesto que él parecía estar ceñido a ese momento, se aguantó las ganas de sacar a Lilibeth de allí. Así pues, cuando entraron en la biblioteca y esta se puso a ronronear, aprovechó la oportunidad para estudiarla.

No podía ver a Lena en ella. Probablemente existían ciertas similitudes, pero Lena poseía un cuerpo compacto y sensual, mientras que el de Lilibeth se había ido desgastando con el tiempo y el abuso.

El hecho de exhibirlo en unos diminutos pantalones cortos de color rojo y una camiseta ajustada solo conseguían darle un aspecto patético y chabacano, como una muñeca vieja maquillada para una última noche de carnaval. Declan sintió compasión por esa mujer que buscaba aprobación y atención tratando de exhibir un atractivo sexual que ya había perdido.

Llevaba una gruesa capa de maquillaje y el calor no había sido amable con ella. La cara parecía cetrina y falsa bajo todo ese color prestado. Por el pelo encrespado asomaban raíces blancas.

Para cuando entraron en la cocina, a Declan le inspiraba demasiada lástima para detestarla.

-Siéntese -le dijo-. Le serviré algo de beber.

Y ella confundió la amabilidad de su voz con la seducción.

-Qué cocina... -Lilibeth se sentó en una silla. Hacía fresco y echó la cabeza hacia atrás para dejar que el aire le alcanzara la garganta y poder observar a Declan-. No me digas que también sabes cocinar. Cielo, a este paso tendré que ser yo la que se case contigo y no mi Lena.

-Lo siento. -La mención de Lena tensó el estómago de Declan. Pero estaba de espaldas y ella no pudo verle la cara-. No cocino.

-Bueno, las chicas sabemos ser indulgentes. -Lilibeth se pasó la lengua por los labios. Ese hombre tenía un buen cuerpo para acompañar sus inacabables bolsillos. Y empezaba a tener ganas de un hombre.

-¿Tienes algo más fuerte que el té, cariño?

-¿Prefiere una cerveza?

Prefería un whisky, pero asintió.

-Estupendo. ¿Me acompañas?

-Beberé té. Todavía tengo trabajo por delante.

-Hace demasiado calor para trabajar. -Lilibeth se reclinó, mirando a Declan por debajo de las pestañas-. En un día como hoy solo apetece darse un baño bien frío y tumbarse en una habitación en penumbra con el aire de un ventilador acariciándote la piel.

Aceptó el vaso de cerveza que él le había servido y bebió.

-¿Qué haces tú para combatir el calor, cariño?

-Me echo agua fría por la cabeza. ¿Cómo está la señorita Odette?

Lilibeth apretó los labios.

-Bien. La casa es un horno por las mañanas, cuando hace pan. Tiene que ahorrar. Yo la ayudo como puedo, pero la cosa está chunga. Declan…

Pasó un dedo por el vaho del vaso y bebió un poco más.

-Quería disculparme por la escena que montamos en casa el otro día. Lena y yo nos peleamos la mayor parte del tiempo. Reconozco que no me porté bien con ella cuando era niña, pero estoy intentando arreglar las cosas.

Lilibeth abrió los ojos de par en par, hasta que le escocieron y lloraron.

-He cambiado. He llegado a un punto en mi vida en que me doy cuenta de lo que realmente importa. Y lo que realmente importa es la familia. Tú sabes de qué hablo. Seguro que tienes una familia.

-Sí, la tengo.

-Y ahora que estás aquí probablemente los echas de menos y ellos a ti. Por muchos problemas que tengáis, seguro que los dejáis a un lado para apoyaros. Sea lo que sea, ¿no es cierto?

-Sí.

Lilibeth palpó delicadamente sus lágrimas.

-Necesito que Lena vea que eso es lo único que quiero. Todavía no confía en mí y no puedo reprochárselo. Se me ha ocurrido que tú podrías convencerla para que me dé una oportunidad.

Deslizó una mano por la mesa y rozó la de Declan.

-Te estaría muy agradecida si lo hicieras. Me siento muy sola. Una mujer en mi situación necesita un amigo. Un hombre fuerte que la apoye. Si supiera que te tengo de mi lado, sería una gran ayuda.

-Si es necesario que haya lados, yo estoy del lado de Lena. Además, no puedo inmiscuirme en sus problemas. familiares. Y aunque fuera lo bastante estúpido para hacerlo, Lena no me escucharía.

-Quizá no estáis tan unidos como suponía.

-Siempre es arriesgado hacer suposiciones -replicó Declan.

Ella dio otro sorbo a su cerveza.

-Te acuestas con ella, ¿verdad?

-No pienso hablar de ese tema con usted.

-¿Por qué no? -Lilibeth deslizó el vaso entre sus senos. Luego, riendo, se levantó-. ¿Eres tímido, cariño? No seas tímido con Lilibeth. Tú y yo podríamos ser amigos. -Rodeó la mesa y se inclinó sobre el hombro de Declan-. Muy buenos amigos -añadió mientras bajaba los brazos y le mordisqueaba la oreja.

-Señorita Simone, me está poniendo en la violenta posición de tener que pedirle que me quite las manos de encima.

-Eres tímido. -Con una risa que volcó un aliento a cerveza caliente sobre la mejilla de él, Lilibeth arrastró las manos hacia el regazo.

Declan le agarró las muñecas y las levantó.

-Se está poniendo en ridículo. -Giró el cuerpo para poder ponerse en pie y mirarla de frente-. Eso es su problema. Pero me está utilizando para herir a Lena y eso es mi problema.

La furia tino de rojo las mejillas de Lilibeth.

-Tal vez piensas que eres demasiado bueno para mí.

-Sobra el tal vez. Lárguese y olvidemos lo que ha ocurrido.

Ella quería gritarle, pegarle, pero todavía conservaba el juicio. No había bebido suficiente cerveza para embotarlo, y la raya de coca que había tomado antes de ir fue enana. Se hundió en una silla, dejó caer la cabeza sobre los brazos y sollozó.

-No sé qué hacer. Estoy tan sola y asustada. Necesito ayuda. Pensé... pensé que si me entregaba a ti me ayudarías. ¡No sé qué hacer!

Levantó la cabeza y las dos lágrimas que había conseguido exprimir descendieron por el maquillaje.

-Estoy metida en un lío horrible.

Declan fue hasta el fregadero, dejó correr el agua fría y cogió un vaso.

-¿Qué clase de lío?

-Debo dinero. Por eso me fui de Houston. Tengo miedo de que den conmigo y me hagan daño, o hagan daño a Lena. No quiero que hagan daño a mi niña.

Declan le puso delante el vaso de agua.

-¿Cuánto dinero?

Entonces lo vio, el fugaz destello de satisfacción en los ojos de Lilibeth antes de bajar la mirada.

-Cinco mil dólares. No fue culpa mía, de veras, no fue culpa mía. Confíe en gente que no debía. En un hombre. Huyó con el dinero y me dejó a mí con la deuda. Si no encuentro la forma de devolverlo, me buscarán y me harán daño. A mí, a mi madre y a Lena.

Declan se sentó y la miró directamente a los ojos.

-Miente. Quiere sacarme cinco de los grandes para comprar droga y largarse de la ciudad. Pensó que yo era un tipo fácil, pero se equivoca. Si no fuera por Lena, le daría doscientos dólares para que desapareciera del mapa.

Pero está Lena, Lilibeth, y a Lena no le gustaría.

Ella le arrojó el agua a la cara. Declan apenas pestañeó.

-Que te jodan.

-Pensaba que ya habíamos aclarado que no existía tal opción.

-¿Te crees muy listo, verdad? Te crees importante porque tienes dinero. -Lilibeth se puso en pie-. Sé que vienes de una familia muy fina. Lo he averiguado todo sobre ti, Declan Fitzgerald. ¿Qué crees que pensará esa familia tan fina cuando se entere de que te calienta las sábanas una ramera cajún del pantano?

Declan notó que la frase se le clavaba en el estómago, en la garganta, en la cabeza. La cara de Lilibeth cambió delante de sus ojos. Se volvió más vieja, más fría.

Josephine.

-Largo de aquí. -Declan no estaba seguro de estar hablando a la mujer de carne y hueso o al fantasma.

Las manos le temblaban cuando se agarró al canto de la mesa.

-¿Crees que a todos esos médicos, abogados y peces gordos de Boston les va a gustar la idea de que su muchacho de oro esté acostándose con una bastarda del bayou? Sin dinero, sin pedigrí, con un bar de segunda categoría y una abuela que cose para otros para sacarse unos centavos. Te excluirán rápidamente del testamento, cielo. Te dejarán pelado con esta enorme casa en las manos. Y más aún cuando les cuente que también te acostaste con su mamá.

Declan sintió que las piernas le fallaban, pero se mantuvo erguido.

-Márchese de esta casa antes de que le haga daño.

-Los tipos como tú no pegan a las mujeres. No creas que no sé distinguiros. -Envalentonada por la cocaína, Lilibeth se echó el pelo hacia atrás-. Si quieres seguir tirándote a mi niña sin que tu familia se entere, tendrás que firmarme un talón, cher. Y lo harás ahora mismito. Haremos que sean diez mil, porque has herido mis sentimientos.

--Para mí sus sentimientos no valen ni un dólar.

-Lo valdrán cuando haya tenido una pequeña charla con tu mamá.

-Mi madre se la comerá viva. -Declan se acercó a un cajón, sacó una libreta y anotó un número-. Tome, es su teléfono. Llámela. Puede llamar desde aquí siempre y cuando me deje escuchar. Será un placer oír cómo mi madre la hace trizas.

-¡Necesito dinero!

-Aquí no lo encontrará. -Agotada su paciencia, Declan agarró a Lilibeth del brazo y la arrastró hasta la salida-. Puedo causarle muchos más problemas de los que usted puede causarme a mí, créame -dijo, y le cerró la puerta en las narices.

Tuvo que sentarse antes de que las piernas cedieran bajo su peso. Se sentía físicamente enfermo. Algo le había ocurrido cuando Lilibeth despotricó contra Lena.

La cara de la mujer se había tornado en una cara que había visto en sueños.

Y esa cara pertenecía a esta casa, o a esa parte de la

casa que daba portazos, que deseaba que él se fuera.

Que deseaba hacerle daño.

Seguro que ahora, se dijo, la madre de Lena también deseaba hacerle daño.

Se levantó y caminó hasta el teléfono. Al menos el desagradable incidente le había hecho valorar a su propia madre.

Marcó su número y se sintió más limpio al oír el sonido familiar de su voz.

-Hola, mamá.

-¿Declan? ¿Por qué llamas a estas horas? ¿Qué ocurre? Has tenido un accidente.

-No, yo…

-Todo el día con esas horribles herramientas. Te has cortado una mano.

-Todavía tengo las dos. Solo llamaba para decirte que te quiero.

Hubo una pausa larga y densa.

-Acabas de enterarte de que tienes una enfermedad terminal y te quedan seis meses de vida.

Declan rió.

-Me has pillado. Soy hombre muerto y quiero comunicarme con mi familia para tener un velatorio guay.

-¿Quieres que tío Jimmy cante «Danny Boy»?

-La verdad es que no. Prefiero descansar en paz.

-Entendido. En serio. Declan, ¿qué ocurre?

-Quiero hablarte de la mujer de la que estoy enamorado y con la que quiero casarme.

Esta pausa fue aún más larga.

-¿Es una broma?

-No. ¿Tienes un par de minutos?

-Creo que puedo cambiar mis planes por algo así.

-Vale. -Declan cogió su vaso de té. El hielo se había derretido, pero así y todo bebió-. Se llama Angelina Simone y es hermosa, fascinante, testaruda y perfecta. Sencillamente perfecta, mamá.

-¿Cuándo la conoceré?

-En la boda de Remy. Existe un pequeño problema, aparte del hecho de que todavía no está preparada para aceptar.

-Estoy segura de que podrás vencer ese pequeño detalle. ¿Cuál es el problema?

Declan se sentó y le habló de Lilibeth.

Para cuando hubo colgado, se sentía más ligero. Siguiendo su instinto, subió para lavarse y cambiarse de ropa. Se enfrentaría a Lena un poco antes de lo previsto.

Declan se desvió hacia el despacho de Remy cuando iba camino de Et Trois. La boda estaba cada vez más cerca y sus obligaciones de padrino incluían organizar la despedida de soltero. Aunque ya tenía una idea general -mucho alcohol y un club de striptease-, quedaban algunos cabos por atar.

Cuando llamaron desde recepción al despacho de Remy, notó que la voz de su amigo sonaba casi desesperada.

-Envíenmelo enseguida.

En cuanto Declan abrió la puerta del despacho, comprendió el motivo.

Effie estaba sentada en una butaca con las mejillas bañadas en lágrimas y Remy acuclillado a sus pies. Aunque este siguió enjugándole las lágrimas, aunque siguió intentando consolarla, lanzó a su amigo una mirada de pánico puramente masculino.

Como prueba de amistad, Declan reprimió el deseo de salir corriendo. Cerró la puerta, se acercó y acarició el hombro de Effie.

-Cielo, te dije que debía ser yo quien le dijera que ibas a dejarle por mí.

Effie se limitó a levantar la vista, cubrirse la cara con las manos y sollozar aún con más fuerza.

-Vale, un chiste malo. -Declan se secó el sudor de las manos en los téjanos-. ¿Qué ocurre?

-Problemas con la casa que alquilamos para la boda-explicó Remy, y Effie soltó un aullido.

-Ya no hay casa. -Tiró del pañuelo de Remy y enterró la cara-. La cocina... la cocina se incendió y llegaron los bomberos y... y... Oh, ¿qué vamos a hacer ahora?

-Daños causados por el humo y el agua -explicó Remy-, además de los desperfectos provocados por el fuego. No podrán reparar la casa a tiempo.

-Es culpa mía.

Declan se acuclilló al lado de su amigo.

-Muy bien, cariño, ahora cuéntanos por qué empezaste el fuego.

Effie sonrió... durante una fracción de segundo.

-Quería celebrarlo en esa antigua plantación. Es una casa muy romántica. Remy dijo que sería más fácil reservar un salón de baile en un hotel, pero yo tenía que salirme con la mía. Y ahora mira. Faltan menos de tres semanas y estamos... estamos perdidos, eso es todo.

-No, no lo estamos, cariño. Encontraremos otro lugar. Pleuure pas, chére. -Remy le besó la punta de la nariz-. En el peor de los casos, podemos casarnos y celebrarlo después. Daremos una fiesta por todo lo alto después de la luna de miel.

--¿Dónde vamos a casarnos? ¿En el ayuntamiento?

-Me trae sin cuidado dónde nos casemos. -Le besó los dedos-. Siempre y cuando lo hagamos.

Effie suspiró y se apoyó en Remy.

-Lo siento, soy una tonta y una egoísta. Tienes razón, el dónde y el cómo no importan.

-Claro que importan -dijo Declan. Ambos le miraron, Effie con las mejillas todavía empapadas de lágrimas, Remy con impotencia-. No podéis permitir que un pequeño incendio os fastidie los planes. Celebradlo en mi casa.

-¿ Qué casa ? -preguntó Remy.

-El Hall. Seguro que hay espacio de sobra. El salón de baile necesita algunos retoques, pero todavía hay tiempo. Tengo que conseguir algunos pintores, pero esta mañana terminé la entrada. Los jardines se hallan en buen estado y tanto la cocina como los salones y la biblioteca están acabados. Faltan algunos detalles, pero a la gente no le importará. Tendrán la casa, los jardines y los fantasmas. Hablarán de la boda durante años.

-¿Lo dices en serio? -Effie le cogió las manos antes de que Remy pudiera pronunciar palabra.

-Claro que sí. Todo saldrá bien.

-Dec -empezó Remy, pero Effie se le adelantó.

-Dios, cómo te quiero. -Se abrazó al cuello de Declan-. Eres el hombre más maravilloso del mundo. Un ángel -dijo antes de darle un beso-. Un santo.

-¿Te importa? -preguntó Declan a Remy-. Nos gustaría estar solos.

Riendo, Effie dio una vuelta.

-No debería aceptar. No quiero que tengas a un montón de desconocidos merodeando por tu casa y pisoteándote el césped, pero voy a hacerlo porque estoy desesperada y tu casa es perfecta. Te juro que no tendrás que preocuparte de nada, yo me encargaré de todo. Estaré en deuda contigo hasta el día de mi muerte.

-Me basta con que me entregues tu primer hijo varón.

Remy se sentó en el borde de la mesa y sacudió la cabeza.

-Yo te digo que me casaré contigo donde sea y cuando sea mientras que Declan se limita a ofrecerte una casa medio derruida, y los besos se los lleva él.

-A ti ya te tengo. -Effie se abrazó a Remy y, suspirando, descansó la cabeza sobre su hombro-. Quiero que sea una boda hermosa, Remy. Quiero que sea especial. Significa mucho para mí.

-Lo sé. Y por eso también significa mucho para mí. Será toda una celebración.

-Sí. -Le dio un último achuchón y se alejó dando vueltas. La mujer triste y llorosa se había convertido ahora en un derviche-. ¿Puedo irme ya? -preguntó a Declan-. Tengo que ver a mi madre y mi hermana para empezar a organizarlo todo.

-Adelante.

-Gracias. -Effie le besó en una mejilla-. Gracias.

-Luego en la otra-. Gracias. -Luego en la boca con un largo y sonoro beso-. Remy, acaba lo antes posible. Por cierto, Dec -prosiguió mientras sacaba su móvil camino de la puerta-, los colores de mi boda son el rosa y el azul. No te importará que pintemos la casa en esos tonos, ¿verdad?

Declan dejó caer la mandíbula cuando Effie cerró la puerta tras de sí.

-Es una broma, ¿verdad?

-Probablemente. -Como conocía bien a su chica y su familia, Remy dejó escapar un suspiro-. Cher, no sabes en lo que te has metido. Has hecho feliz a mi chica y te lo agradezco, pero debo advertirte que te esperan dos semanas de locura.

-No podía soportar verla llorar de ese modo. Además, es lo lógico. -Rosa y azul. ¿Qué daño podían hacer colores tan suaves e inofensivos como el rosa y el azul?-. En cualquier caso -añadió, frotándose el corazón-, ya he pasado por la organización de una boda.

-No conoces a su madre.

Declan movió nerviosamente los pies.

-¿Da miedo?

-Mucho.

-Sujétame.

Las buenas obras le ponían de buen humor. Cuando entró en Et Trois estaba listo para una palmadita de autofelicitación en la espalda. Y para Lena.

La encontró detrás del mostrador sirviendo una cerveza a presión y charlando con un cliente habitual. Observó el modo en que su mirada rodaba y aterrizaba en él. El modo en que permanecía allí mientras él se acercaba y levantaba la puerta del mostrador.

Ella tuvo tiempo de entregar la espumosa jarra y volverse antes de que él la levantara del suelo y plantara los labios en los suyos.

Los vítores y aplausos le hicieron sonreír mientras mantenía a Lena a unos centímetros del suelo.

-Te he echado de menos.

Lena se frotó los labios.

-Veo que, con todo, conservas la puntería. -Le acarició la mejilla y le obsequió con esa sonrisa maliciosa-. Y ahora bájame, muchacho. Trabajo aquí.

-Tendrás que pedir que te cubran.

-Tengo mucho trabajo, cher. Ve a sentarte y te llevaré una cerveza.

Declan se limitó a auparla, dando a sus piernas un ligero giro para poder deslizar el brazo por debajo. Luego abrió la puerta de la cocina con el codo.

-Lena necesita que la cubráis -gritó. Luego señaló la trampilla del mostrador-. ¿Te importa? -preguntó al hombre de la cerveza.

-En absoluto.

-Declan. -Lena no forcejeó, no convenía a la imagen del local-. Dirijo un negocio.

-Y lo haces extraordinariamente bien. Gracias -dijo Declan cuando el hombre hubo levantado la trampilla-. Pero tendrá que seguir funcionando sin ti durante media hora. -Asintió con la cabeza cuando su nuevo amigo se adelantó y le abrió la puerta.

Él y Lena salieron a la calle y recibieron algunas miradas, algunas sonrisas, mientras avanzaban por la acera y entraban en el patio.

-No me gusta que me mangoneen, cher.

-No te estoy mangoneando, te estoy transportando-aclaró Declan-. ¿Dónde escondes la llave? -preguntó mientras subían. En vista de que Lena no contestaba, se encogió de hombros-. No importa. Nos arrestarán por hacer aquí mismo, en tu terraza, lo que tengo pensado hacer. Pero soy hombre valiente.

-Debajo de la segunda maceta empezando por la izquierda.

-Estupendo.

Para sorpresa de Lena, Declan se la colgó del hombro antes de agacharse a recoger la llave. Como siempre, había subestimado la fuerza de él y, admitió, su propia reacción.

-Has adelgazado al menos un kilo -comentó Declan antes de girar la llave-. Eso está bien.

-¿Cómo dices? -espetó Lena en su mejor tono sureño.

-Seguro que es porque me has echado de menos.

-Se te están subiendo los humos, cher.

-Lo sé. -Declan le apretó el trasero al tiempo que cerraba la puerta con el pie.

-No sabes lo mucho que me halaga que hagas un hueco en tu apretada agenda para venir a la ciudad a darte un revolcón rápido conmigo, pero yo...

-Qué idea tan excelente. No era mi prioridad pero ¿por qué esperar? -La sujetó firme sobre el hombro y se dirigió al dormitorio.

-Declan, estás empezando a irritarme de verdad. Será mejor que me bajes y... -Lena perdió el resto de las palabras y el aire de los pulmones cuando fue arrojada sobre la cama. Declan alcanzó a ver el brillo peligroso de sus ojos ocultos tras el cabello antes de apartárselo. Era perfecto, pensó. Estaba de humor para algo rápido, sexual, sudoroso.

-¿Qué demonios te pasa? Entras en mi casa como si te perteneciera y me transportas como si fuera un botín de guerra. Si crees que voy a saciar tu apetito cada vez que te venga en gana, vas listo.

Declan se limitó a sonreír, se descalzó de un zapato y lo arrojó a un lado.

-Póntelo otra vez o lárgate cojeando. Sea como sea, te quiero fuera de aquí.

Declan se quitó el otro zapato y, acto seguido, la camisa. Lena se incorporó sobre las rodillas y empezó a despotricar en un cajún tan acelerado que Declan solo pilló una de cada seis palabras.

-Lo siento -dijo suavemente mientras se desabrochaba los téjanos-. Demasiado rápido para mí. ¿Dijiste que soy un cerdo que debería freírme en el infierno o que debería ir al infierno y comer cerdo frito?

Estaba preparado cuando ella saltó, y se echó a reír cuando ella empezó a abofetearlo. Había llegado la hora de un revolcón rápido, rápido y violento, y los arañazos y dentelladas de ella aportaban el vigor idóneo.

Lena pegaba, maldecía, pateaba. Corcoveó como una yegua salvaje cuando él la aplastó contra la cama y le cubrió la boca con un beso caliente y hambriento.

-No lo esperabas de mí, ¿verdad? -Jadeante y excitado, le desgarró la blusa-. Te he dado demasiado de lo que esperabas de mí.

-Para, para ahora mismo. -El corazón de ella se aceleró bajo la mano tosca de él. No, no era lo que esperaba de él, como tampoco había esperado su propia respuesta electrizada a este acto de dominación.

-Mírame. -Declan le sujetó las manos a un lado y otro de la cabeza-. Dime que no me deseas, que no deseas esto. Dilo de corazón y me iré.

-Suéltame las manos. -Aunque Lena mantenía la mirada firme, la voz le temblaba-. Suéltame.

Declan le soltó una mano.

-Dilo. -Sus músculos temblaban-. ¿Lo deseas o no?

Ella lo agarró del pelo y atrajo su boca a la de él.

-J'ai besoin.

Lo necesito.

Utilizó los dientes para morderle los labios. Utilizó las piernas para encadenarse a él.

-Tómame -le exigió-. Deprisa, con violencia.

La mano de Declan se introdujo bajo la ceñida minifalda y desgarró las bragas. El sudor ya les empapaba la piel cuando ella se arqueó.

-Espera -dijo él, y se hundió en ella.

Ella gritó cuando la explosiva sensación la recorrió por entero, gritó de nuevo cuando él aceleró, llena, invadida, tomada hasta que el deseo, el frenético y escandaloso deseo la inundó. Le arañó la espalda, le pellizcó las caderas.

De plus en plus. Más, más, gritaba su mente.

-Más -consiguió balbucir-. Quiero más.

Él también. Le echó las rodillas hacia atrás, la abrió y cabalgó con ímpetu.

Le ardían, los pulmones, el corazón, los riñones. El furioso calor, el placer indescriptible de enloquecer con ella, le nublaron la vista hasta que el mundo desapareció.

El sol colándose por las ventanas, el sonido de una trompeta en la calle, el chirrido demente de unos muelles mientras dos pieles resbalaban y chocaban rítmicamente entre sí.

Y los ojos de ella, oscuros y brillantes como el ónice, clavados en los de él.

Te amo. Infinitamente.

Declan no sabía si había hablado o si las palabras se habían formado desesperadamente en su cerebro. Pero vio que la mirada de ella cambiaba, vio que se inundaba de emociones que la cegaban.

La oyó sollozar en busca de aire, notó sus contracciones mientras se corría. Indefenso, medio loco, estalló. Y descargó en ella.

Sin aliento, trastornado, se desplomó. Ella seguía temblando bajo su cuerpo, estremeciéndose, experimentando contracciones. Hasta que se quedó quieta.

-Todavía no puedo moverme -masculló él. Se sentía hueco, ligero como una cáscara a merced de la brisa más leve.

-No hace falta.

Ella tenía los labios sobre su cuello, y el movimiento de estos lo inyectó de una exquisita ternura. Un arco iris después de la tormenta.

-¿Me creerías si te digo que vine a hablar contigo?

-No.

-Es cierto. Pensaba que llegaríamos a esto después. Cambio de planes. Te debo una blusa y ropa interior.

-Tengo más.

Declan se había recuperado lo suficiente para apoyarse en un codo y mirarla. Lena tenía las mejillas rojas y brillantes. Los rizos mojados se pegaban a sus sienes y descendían por la colcha arrugada.

Él quería lamerla como un gato.

-El hecho de irritarte me puso caliente -dijo.

-A mí también. No era mi intención volver a hacer esto contigo.

-¿No?

-No. -Lena le posó una mano en la mejilla, sorprendida por la ola de ternura que sentía-. Lo había decidido. Pero luego vas y apareces en mi bar, todo sexy y guapo, y me coges en brazos de ese modo. Me haces perder la cabeza, cher. Una y otra vez.

-Tú eres todo lo que quiero.

-Y nada de lo que te conviene. Venga. -Lena le empujó ligeramente el hombro-. Quítate de encima. Demasiado sudor entre los dos.

-Después de ducharnos hablaremos. Hablaremos -repitió Declan cuando ella enarcó una ceja-. Promesa de scout -y levantó dos dedos.

-Tengo que volver al trabajo.

-Angelina.

-Vale. -Lena sacudió una mano. Era inútil discutir con él, se dijo. Solo Dios sabía por qué encontraba tan atractiva esa terquedad de muía-. Dúchate. Bajaré para asegurarme de que pueden cubrirme durante un rato más.

Lena entró en la ducha justo cuando él salía. Declan imaginó que lo había calculado para evitar la intimidad.

Dispuesto a permitirle su espacio, fue a la cocina, encontró una jarra de té frío y sirvió dos vasos.

Cuando ella entró vestida con la misma falda sexy y otra blusa, le tendió un vaso.

Lena lo llevó hasta la sala.

Durante los últimos días había llegado a la conclusión de que no podía escapar. Durante todo ese tiempo una parte de ella había suspirado por él. Y cada vez que se había descubierto mirando la puerta del bar con la esperanza de verlo entrar, o despertando en medio de la noche buscándolo, se había maldecido por ser tan débil.

Entonces miró hacia la puerta y allí estaba él. El alivio, el placer arrollador que había sentido la irritaron antes incluso de que él le picara el orgullo sacándola en brazos de su propio bar.

-Declan -comenzó-, no fui justa contigo el otro día. No tenía el ánimo para ser justa.

-Si vas a disculparte, no lo hagas. Quise enfadarte. Prefiero verte enfadada que triste. Ella consigue ambas cosas.

-Eso creo. Lo que más detesto es saber que está con la abuela, saber que volverá a hacerle daño. No puedo evitarlo ni repararlo. Estoy preocupada, pero no debimos meterte en esto.

-No me metisteis. Simplemente ocurrió. -Declan ladeó la cabeza-. Corrígeme si me equivoco: tienes la impresión de que por mi educación y mi entorno familiar no estoy capacitado para manejar los aspectos más duros y difíciles de la vida. De tu vida, concretamente.

-No estoy diciendo que no seas fuerte, cher, pero este es un aspecto concreto de la vida, de mi vida, que está fuera de tu esfera. No podrías comprender a alguien como Lilibeth.

-Porque he vivido demasiado protegido. -Declan asintió con la cabeza-. Vino a verme hoy.

El saludable rubor que el sexo había inyectado en las mejillas de Lena se apagó de súbito.

-¿Qué estás diciendo?

-Lilibeth me hizo una visita a eso de las doce. No sabía si contártelo o no, pero al final decidí que no iba a tener secretos para ti, ni mentiras, ni siquiera para ahorrarte sufrimientos. Vino a casa y se tomó una cerveza. Luego intentó seducirme.

-Lo siento. -Lena notó que sus labios se tensaban y enfriaban a medida que hablaba. La garganta le ardía-. Me encargaré de que no vuelva a ocurrir.

-Calla. ¿Acaso tengo pinta de necesitar protección? Y guárdate la indignación hasta que haya terminado de hablar. Cuando fue a cogerme la cremallera, le dije que se estaba poniendo en ridículo. Su siguiente táctica consistió en derrumbarse sobre la mesa de la cocina y llorar.

Declan se apoyó en el brazo del sofá. El tono de la conversación, pensó en algún rincón de su cerebro, no invitaba a repantigarse entre los blandos y alegres cojines.

-No consiguió sacar muchas lágrimas, pero le daría una buena nota por el esfuerzo. Me contó que la perseguía gente mala. Que le harían daño, y también a ti y a la señorita Odette, si no les entregaba cinco mil dólares. ¿Adónde podía ir, qué podía hacer?

El rubor reapareció en las mejillas de Lena.

-¿Le diste dinero? ¿Cómo pudiste creer… ?

-Primero un ingenuo y ahora un imbécil. -Declan soltó un suspiro exagerado y dio un sorbo a su vaso de té-. No veas cómo me estás hinchando el ego, cariño. No le di nada y le dejé bien claro que no iba a permitir que me sacara un solo centavo. Eso la irritó tanto que me amenazó con hablar con mi familia. Al parecer ha indagado sobre mí. Pensaba que a mi familia le disgustaría la idea de que su muchacho rubio cayera bajo tu hechizo. Para asegurarse de eso, les contaría que también me acosté con ella.

-Es capaz. -Ahora Lena sentía algo más que frío.

Sentía náuseas-. Declan, es muy capaz de hacerlo…

-¿No te dije que esperaras a que hubiese terminado? -La voz de Declan no azotó, no escoció. Solo fue implacable-. El chantaje subió hasta diez mil. Creo que no le gustó mi reacción, que la echara de casa. Eso fue todo, así que ya puedes indignarte si quieres. No llores -dijo bruscamente cuando los ojos de Lena se humedecieron-. No se merece que derrames una sola lágrima por ella.

-Estoy avergonzada, ¿no lo entiendes?

-Sí, pero los dos somos lo bastante inteligentes para saber que esto no tiene nada que ver contigo. Lo comprendo. Y lo siento, siento haber contribuido al problema.

-Tú no tienes la culpa. Nunca la has tenido. -Lena se apartó una lágrima de las pestañas antes de que cayera-. Es lo que he estado intentando hacerte comprender desde el principio.

-Tampoco tú la tienes, Lena. Nunca la has tenido. La estuve observando. La miré detenidamente y no hay nada en ella que forme parte de ti. La familia es una lotería, Lena. En lo que tú te conviertas, debido a ella o a pesar a ella, es lo que importa.

-Haga lo que haga, nunca lograré liberarme totalmente de Lilibeth.

-Es cierto.

-Lo lamento. Maldita sea, voy a decirlo -espetó Lena cuando la cara de Declan se tensó-. Lamento que entrara en tu casa. Lamento que mencionara a tu familia. He de pedirte que no cuentes nada de esto a mi abuela.

-¿Por qué iba a hacerlo?

Lena asintió y echó a andar por la habitación. Amaba este piso porque lo había creado ella. Respetaba su vida por las mismas razones. Y ahora porque él le importaba, porque respetaba al hombre que estaba decidido a formar parte de su vida, estaba dispuesta a hablar.

-Mi madre me abandonó cuando yo aún no había cumplido dos semanas -dijo-. Una mañana salió de casa, se subió al coche de su madre y se marchó. Lo dejó tirado en Baton Rouge. Yo tenía tres años cuando regresó a casa.

-¿Y tu padre?

Lena se encogió de hombros.

-Depende de su humor. Una vez me contó que era un muchacho al que amaba y que la amaba, pero los padres de él los separaron y mandaron al hijo muy lejos. Otra vez me dijo que la violaron cuando regresaba del colegio. Y en otra ocasión que era un hombre rico y mayor que un día vendría a buscarnos y nos instalaría en una casa enorme.

Se volvió para mirar a Declan.

-Yo tenía dieciocho años cuando me dijo lo que interpreté como la verdad. Estaba lo bastante drogada y era lo bastante mala para que fuera cierto. ¿Cómo iba a saberlo?, dijo. Hubo muchos hombres. ¿Qué demonios le importaba quién me había plantado en ella? Lo mismo daba uno que otro.

»Se estaba prostituyendo cuando se quedó embarazada de mí. Oí comentarios al respecto cuando tuve suficiente edad para entenderlos. Cuando se quedó encinta regresó con mis abuelos. Le daba miedo abortar, le daba miedo morir a consecuencia de ello, ir al infierno o algo parecido. Así que me tuvo y me abandonó. Son las dos únicas cosas que le debo.

Dejó escapar un profundo suspiro y se sentó de nuevo.

-Como decía, regresó cuando yo tenía tres años e hizo promesas que iban a convertirse en habituales. Dijo que había aprendido la lección, que lo sentía, que había cambiado. Se quedó unos días y volvió a marcharse. Es un patrón que se ha ido repitiendo desde entonces. De tanto en tanto regresaba, apalizada por el último cabrón con el que se había liado. A veces volvía enferma o solo drogada. Pero Lilibeth, Lilibeth siempre vuelve.

Guardó silencio y meditó sobre ese hecho inevitable.

-Y cuando vuelve hace daño -dijo Declan con voz queda-. A ti y a la señorita Odette.

-Hace daño a todo el mundo. Ese es su único talento. El día que yo cumplía trece años, apareció drogada. Estábamos celebrando una fiesta en casa, con toda la familia y los amigos, cuando ella llegó acompañada de otro colgado. La cosa no tardó en ponerse fea y tres de mis tíos la echaron. Necesito fumar -dijo, y salió de la habitación.

Regresó poco después con un cigarrillo.

-A los dieciséis años yo estaba saliendo con un chico. Estaba loca por él. Entonces ella regresó, le compró alcohol y drogas y se lo tiró. Él era poco mayor que yo, así que no puedo reprocharle que fuera un imbécil. A Lilibeth le hizo mucha gracia que me los encontrara en el bayou. Se echó a reír como

una loca. Cuando me instalé en este piso y ella regresó, la acogí. Mejor conmigo que con la abuela, pensé. Y quizá esta vez... solo quizá.

»Pero se prostituyó en mi cama y trajo drogas a mi casa. Me robó y volvió a marcharse. Desde ese día terminé con ella. He terminado con ella. Y nunca terminaré con ella, Declan. Nada de lo que haga cambiará el hecho de que es mi madre.

-Y nada de lo que ella haga cambiará quién tú eres. Eres un ejemplo de entereza y un orgullo para la gente que te crió. Ella te odia por ser quien eres.

Lena le miró.

-Ella me odia -susurró-. Nunca había sido capaz de decírselo a nadie. ¿Por qué decir algo así, algo tan horrible, me ayuda tanto?

-No diré que ella no pueda hacerte más daño, porque puede. Pero quizá ya no sea capaz de hacerte tanto daño ni durante tanto tiempo.

Lena apagó el cigarrillo con gesto pensativo.

-No dejo de subestimarte.

-Eso es bueno. Así podré seguir sorprendiéndote. ¿Qué te parece esta? Lilibeth tiene relación con Manet Hall.

-¿Qué quieres decir?

-No lo sé exactamente, no puedo explicarlo. Solo sé que la tiene. Creo que estaba destinada a regresar para decirme lo que me dijo. Es un eslabón más de la cadena. Y creo que esta vez ya no tiene nada que hacer aquí. Llama a tu abuela. Lena. No dejes que esa mujer os separe.

-He estado dándole vueltas. Supongo que la llamaré. Declan. -Lena levantó el vaso y volvió a dejarlo. Él enarcó las cejas-. Tenía intención de terminar lo que hay entre nosotros.

-Podrías haberlo intentado.

-Hablo en serio. A los dos nos iría mejor si intentáramos ser únicamente amigos.

-Podemos ser amigos. Quiero que nuestros hijos tengan unos padres que se caen bien.

Lena lanzó las manos al aire.

-Tengo que volver al trabajo.

-Vale, pero escúchame un momento. Hablando de bodas, ha habido un ligero cambio de planes con respecto a la de Remy y Effie. Se celebrará en mi casa.

Lena se frotó la sien en un esfuerzo por cambiar de humor con la misma suavidad con que lo hacía él.

-Con habitaciones sin terminar, herramientas por todas partes, maderas...

-Esa es una actitud muy negativa y nada beneficiosa, sobre todo porque iba a pedirte que nos echaras una mano. ¿Qué tal se te da la brocha?

Lena dejó escapar un suspiro.

-¿Tienes que salvar a todo el mundo?

-Solo a quienes me importan.

Entre la partida de Declan y la llegada de Effie, Lilibeth hizo otra visita a Manet Hall. Se hallaba hasta arriba de coca e indignación. Si el jodido capullo no podía compartir unos dólares con la madre de la mujer que se estaba tirando, se serviría ella misma.

Había explorado la planta baja cuando él la condujo a la cocina. Nada más atravesar la puerta trasera, fue directa a la biblioteca y el enorme escritorio al que había echado el ojo.

Sabía por experiencia que la gente rica tenía siempre dinero en efectivo a mano. Moviéndose con presteza, re- movió los cajones y soltó un grito cuando halló un fajo de billetes de cincuenta dólares. Se los guardó en el bolsillo.

Supuso que los libros de las estanterías y los que aún seguían en las cajas eran valiosos, pero también pesados y difíciles de vender. Probablemente Declan guardaba más dinero y algunas joyas en el dormitorio.

Subió por la escalera principal. El hecho de que Declan pudiera volver en cualquier momento solo hacía que el robo resultara aún más emocionante.

Oyó un portazo y cayó de rodillas al suelo. Una corriente de aire, se dijo mientras recuperaba el aliento, mientras el pulso asomaba en la garganta. Un viejo caserón lleno de corrientes. Al ponerse de pie notó un aire frío encima de la cabeza.

Tocó el pomo de una puerta y retiró rápidamente la mano. Estaba tan frío que quemaba.

¿Qué importaba? La habitación de Declan estaba al final del pasillo. Ella no era tan tonta como la gente pensaba. ¿Acaso no había vigilado la casa durante los últimos días? ¿Acaso no lo había visto salir a la terraza que pertenecía a esa zona?

Recorrió el pasillo riendo con estridencia y entró en el cuarto. Abrió el cajón superior de una cómoda y se topó con una caja labrada. Gemelos de oro, o al menos parecían de oro. Otros de plata con una piedra azul incrustada. Y unos gemelos de brillantes. Un reloj de oro. Y en un estuche una sortija de mujer de... quizá rubí y brillantes, formando un corazón.

Colocó la caja sobre la cómoda y registró dos cajones más hasta dar con otro fajo de billetes.

Finalmente has pagado, cabrón. Y has pagado bien.

Guardó el dinero en el joyero y se colocó este debajo del brazo.

Con la respiración silbándole de la emoción y la cocaína bailándole en la sangre, pensó en la satisfacción que le produciría destrozar la casa. Una parte más del pago. Pero no era una idea inteligente. Y ella era una mujer inteligente.

Necesitaba tiempo para transformar las joyas en dinero, tiempo para transformar una parte del dinero en drogas. Tiempo para largarse. Mejor dejarlo todo como estaba.

Saldría por la parte de atrás, no fuera que su avispada madre estuviera mirando en esa dirección.

Cuando regresó al pasillo se descubrió mirando con curiosidad las escaleras que conducían al segundo piso.

¿Qué había allí arriba?, se preguntó. Tal vez algo bueno. Tal vez algo por lo que podría regresar en otro momento. Algo que la haría rica.

Su respiración ya no solo silbaba, también jadeaba.

Aunque tenía la piel helada, no pudo resistir la tentación de subir. Estaba sola en la casa, ¿no? Totalmente sola, y eso convertía la casa en su casa.

Era su casa.

Sin dejar de tragar saliva para humedecer la garganta, subió. Temblorosa.

¿Voces? ¿Cómo iba a oír voces si no había nadie?

Pero las voces la detuvieron y la instaron a retroceder. Algo ocurre aquí, algo malo. Hora de irse.

Sintió, con todo, que unas manos la empujaban por la espalda y la impulsaban hasta que, con mano trémula, alcanzó la puerta.

Quería abrirla lentamente, echar solo un vistazo.

Pero apenas la había rozado cuando se abrió con violencia.

Entonces vio a la mujer y al hombre en el suelo, oyó al bebé llorar en la cuna. Vio los ojos de la mujer, abiertos, ciegos. Y muertos.

El hombre, de cabellos rubios, se volvió para mirarla.

Lilibeth trató de gritar pero no pudo reunir el aire suficiente. Al abrir la boca, notó que algo la penetraba. Durante un instante espantoso se convirtió en ese algo. Luego ese algo la atravesó. Algo frío, maligno, furioso.

Otra figura se formó en la habitación. Femenina, robusta, ataviada con una bata larga.

Julián.

Aterrorizada, Lilibeth se dio la vuelta y echó a correr.

En menos de veinticuatro horas Declan descubrió que contaba con más ayuda en la casa de la que necesitaba. Al parecer todo Luisiana estaba invitado a la boda y deseaba echar una mano.

Tenía pintores, fontaneros, carpinteros y ayudantes. En medio de la confusión, pensó que si la mitad de esa gente se hubiera ofrecido a ayudar en la casa inicial, no habrían tardado ni veinte minutos en repararla, pero no lo dijo.

Habría sido una grosería.

Además, agradecía el trabajo. Se lo decía cada vez que una parcela de la casa escapaba de sus manos y pasaba a otras.

Había esperado con impaciencia cubrir personalmente la terraza trasera, pero se consoló pensando que un buen huracán le obligaría a cubrirla de nuevo.

Había sido su intención pulir y barnizar el suelo del salón, pero se animó pensando en todos los suelos de la casa que aún quedaban por reparar.

Y no le importaba lo más mínimo ceder la pintura de la fachada. Era un trabajo difícil y minucioso, y el hecho de tacharlo de su lista le permitió abordar los lavabos y colgar la araña de vidrio soplado que había comprado para el vestíbulo, y terminar el cuarto de paso. Y…

En fin, todavía quedaba mucho por hacer, se dijo.

Luego estaba el placer de ver a Effie entrando y saliendo a la hora del almuerzo y después del trabajo. Incluso cuando traía con ella a su madre. La señora Renault, una versión exacta de su hija en mayor, poseía un ojo de lince y voz de sargento.

Remy tenía razón, daba bastante miedo. Declan la evitaba siempre que podía y sin el más mínimo disimulo.

El segundo día de campaña se personó en la terraza trasera para comprobar los progresos. Estaba bastante orgulloso de la baldosa que acababa de colocar, y cubierto de polvo de cerámica por el proceso de corte.

El ruido era ensordecedor. Voces, radios, herramientas eléctricas. Por mucho que le gustara la gente, habría dado mil dólares a cambio de estar cinco minutos solo en su casa.

-¿Jim Ready? Quiero esas ventanas como los chorros del oro, ¿me oyes? ¿Cómo crees que quedarán las fotos de la boda con ese asco de cristales? ¡Esmérate, muchacho!

Al oír la voz de la señora Renault, Declan giró sobre sus talones y cambió de dirección. Al hacerlo tropezó con Odette.

-Oh, lo siento. ¿Se encuentra bien? No la vi. Estaba huyendo.

-En esta casa no cabe un alfiler.

-Lo sé. Si su aspecto no satisface a la generala Renault el día D, nos fusilarán a todos. -Mientras hablaba, Declan tomó a Odette del brazo, movido únicamente por su instinto de supervivencia. La metió en la biblioteca y cerró las puertas.

-¿Puedo irme a vivir a su casa?

Odette sonrió, pero su sonrisa no llegó a los ojos.

-Estás haciendo todo esto por un amigo, Declan. Eres un gran chico.

-Actualmente lo único que hago es tratar de no estorbar.

-Pero preferirías que toda esa gente se fuera por donde ha venido y te dejara solo para poder jugar con tu casa.

-Bueno, no me importaría. -Declan se encogió de hombros y pasó una mano polvorienta por su pelo polvoriento-Pero todavía habrá mucho que hacer cuando se vayan. No tocaremos la segunda planta ni las dependencias del servicio, y del primer piso solo arreglaremos una habitación. Cuénteme qué le ocurre, señorita Odette.

-Primero he de prepararme. -Odette dejó en el suelo una bolsa de plástico y se acercó a la librería para mirar algunos libros. Todavía había muchos guardados en cajas, pero ya podía imaginarlos. Torres y torres de palabras, algunas viejas y gastadas, otras modernas y nuevas. Pequeños tesoros, colores intensos.

-Tienes vista -dijo al fin-. Imaginas lo que quieres y haces que ocurra. Es toda una habilidad, cher.

-Hay quien lo llama terquedad.

-Tú lo eres todo menos terco. Tienes muchos proyectos en esa cabeza. Dedicarte a uno y no pasar al siguiente hasta tenerlo terminado demuestra que tienes mucha personalidad. Te aprecio mucho, Declan.

-Y yo la aprecio a usted. Siéntese, señorita Odette, parece cansada. -Y preocupada-. ¿Quiere que traiga algo de beber para los dos?

-No, no quiero que te arriesgues a ser reclutado por Sarah Jane Renault. Ahí tienes a una mujer terca, y no es una crítica.

-Me ordenó que me cortara el pelo a finales de semana para que el día de la boda no pareciera desgreñado pero tampoco recién cortado. -Declan se pasó una mano lastimosa por el cabello-. Y dijo que pondrá jabones y toallas elegantes en todos los cuartos de baño la víspera de la boda, y que si los uso soy hombre muerto.

Y debo encargar más plantas para el interior de la casa.

Una casa no puede respirar sin plantas.

-Solo está nerviosa, cariño. Effie es su niña pequeña. -Odette apretó los labios-. Declan, me llena de vergüenza decir lo que tengo que decirte, y no te reprocharé que, después de escucharme, me pidas que no vuelva a pisar esta casa.

Las palabras de Odette alarmaron a Declan casi tanto como el dolor que veía en sus ojos.

-Usted no podría decir nada que la convirtiera en persona non grata en esta casa, señorita Odette. ¿Quién le ha hecho daño?

-Oh, mon Dieu, si esto estropea lo que veo entre tú y mi Lena, nunca me lo perdonaré. Mi hija te ha robado

-dijo de golpe-. Entró en tu casa y se llevó lo que era tuyo.

Con el corazón destrozado, introdujo una mano en la bolsa y sacó la caja labrada de Declan.

-Estaba en su habitación. Supe que era tuya antes incluso de abrirla y ver los gemelos con tus iniciales. Ignoro si está todo, pero fue cuanto encontré. Si falta algo...

-Veamos. Ahora sí le ruego que se siente.

Odette asintió y se derrumbó en una silla.

Declan contuvo la rabia mientras posaba la caja sobre una mesa y la abría. Lo primero que vio fue el estuche de la sortija. Lo abrió y sintió que lo peor de su rabia se desvanecía cuando las piedras brillaron.

-Bien -dijo con un suspiro-. El objeto más importante sigue aquí. -Y también, al parecer, todo lo demás salvo los doscientos dólares en billetes de veinte que guardaba sujetos con la pinza que había heredado de su abuelo-. Está todo.

-No me estás diciendo la verdad -repuso Odette con tristeza.

-Solo falta un poco de dinero.

-Necesito saber cuánto para que pueda devolvértelo.

-¿Cree que aceptaría dinero de usted? -La indignación de Declan se avivó e intimidó a la mujer-. Míreme. ¿Cree que aceptaría dinero de usted por esto o por cualquier otra cosa?

Los labios de Odette querían temblar, de modo que los apretó con fuerza.

-Ella es mi responsabilidad.

-Y un cuerno. Y no vuelva a insultarme hablando de devoluciones.

Pese a la promesa que se había hecho de no verter ni una lágrima delante de él, Odette notó que le caía una.

-Sé qué es mi hija. Y sé que nunca será aquello por lo que luché, aquello que deseé para ella desde el momento en que supe que estaba dentro de mí. Pero me dio a Lena.

Sacó un pañuelo y se secó las mejillas. Se acabaron las lágrimas.

-Esperaba que me robara antes de irse, pero jamás se me pasó por la cabeza que te robaría a ti. En ningún momento lo pensé, y lo lamento.

-¿Le importaría mirarme de nuevo a la cara y comprobar si la culpo?

-No, no me culpas. Caray, te quiero para mi Lena, Declan. Estoy aquí sentada, sabiendo que mi hija te ha robado, y solo puedo pensar que te quiero para mi Lena.

-Genial, porque yo también me quiero para ella.

-Declan tomó el estuche y se acercó a Odette-. Le he comprado esta sortija. Quizá podría decirle algunas palabras en mi favor para que cuando se la dé, la acepte.

Odette contempló la sortija y suspiró.

-Va con ella. Lena posee un buen corazón, Declan, pero tiene cicatrices. Es una mujer muy fuerte. A veces me preocupa que sea demasiado fuerte y se olvide de dar. Tendré que hablarle de lo ocurrido

-Sí.

-Y tú tendrás que encontrar la forma de evitar que se aleje de ti cuando se entere, porque eso será lo que querrá hacer.

-No se preocupe. ¿Dónde está Lilibeth?

-Se ha ido. Encontré la caja esta mañana, en su cuarto. Lilibeth llevaba metida en él desde el día anterior.

Cuando entré y vi la caja, la guardé donde no pudiera encontrarla. Luego cruzamos algunas palabras sobre el asunto. Recogió sus cosas y se marchó. Pero volverá-dijo en el mismo tono pesaroso que Declan había oído en Lena-. Dentro de uno o dos años. Y pasaremos otra vez por lo mismo.

-Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

-Declan se inclinó y la besó en la mejilla-. Le quiero. -Cuando los ojos de ella volvieron a humedecerse, él le cogió la mano-. Esté Lena preparada o no, ya somos una familia. Una familia unida.

-Cuando conozca a tu mamá -balbució Odette-, le daré un abrazo tan fuerte que le cortará la respiración.

-Le encantará. ¿Por qué no echamos un vistazo a lo que está ocurriendo por la casa? Y, de paso, podría protegerme de la generala Renault.

Declan no había esperado que el trabajo durara mucho y no se llevó una decepción. La mayor parte de la mano de obra gratuita había empezado a recoger y Effie y su madre lo tenían acorralado en el jardín trasero cuando Lena apareció por un costado de la casa.

Puesto que se hallaba en plena serie de ajas, como nos y por supuestos, su habitual letanía de respuestas a los planes nupciales de las mujeres Renault, recibió la mirada combativa de Lena con los brazos abiertos.

-Cubriremos las barandillas de tul.

-Aja.

-Y pondremos cestas con flores en la terraza.

-Cómo no.

-La florista deberá empezar temprano el día de la boda, así que tendrás que quitarte de en medio y asegurarles el acceso a todas las áreas de la casa que he marcado en este plano.

-Por supuesto. Lena. -Declan le agarró la mano como un hombre que está a punto de ahogarse se agarra a una cuerda-. Estamos hablando de los arreglos florales.

-Las flores son el paisaje de una boda -declaró la señora Renault, y siguió haciendo anotaciones en la libreta que la acompañaba a todas partes-. ¿Cómo estás, Lena?

-Bien, señorita Sarah Jane. Esto es emocionante. Falta muy poco para el gran día. Effie, debes de andar medio loca con los detalles.

-Voy camino de la demencia total.

-Quedará precioso. -Lena mantuvo una sonrisa radiante y la voz alegre pese a la ira que la quemaba por dentro-. Esos rododendros se hallarán en su mejor momento el día de la boda.

-Los jardines estarán espectaculares -convino la señora Renault, y siguió comprobando su lista-. Lástima que no hubiera tiempo de montar un emparrado de arvejilla. -Miró a Declan por encima de las gafas de lectura con cierto aire acusador.

-Tal vez los Franks puedan arreglar eso. ¿Me disculpa un momento? Hay algo que quiero enseñar a Lena.

Declan huyó, tirando de Lena hacia la terraza del primer piso. Todavía quedaban milicianos de la generala Renault en la planta baja.

-Son como hormigas que salen por debajo de la madera cuando no estás mirando -farfulló.

-¿De qué estás hablando?

-De la gente. Hay gente por todas partes. Vigila ese cubo. Creo que en el salón de baile estaremos a salvo.

-¿Estás estresado, cher?

-Estoy pensando en unas vacaciones en Maui hasta que todo esto termine. Tengo que reconocer que admiro a las mujeres.

-¿De veras? -Lena contempló las escaleras de mano, las lonas, los escombros y las mujeres que lo vadeaban todo con imágenes de tul en la mente-. ¿Y por qué?

-Podéis estar fuera de vosotras y, con todo, mantener una conversación educada sobre rododendros.

-Declan asomó la cabeza por el salón de baile y suspiró-. Despejado. A los hombres, en cambio, cuando nos calentamos nos sale humo por la cabeza. -Entró-. ¿Qué te parece?

Las paredes estaban pintadas de rosa pálido y el suelo relucía.

-Es grande.

-Lo justo para esta fiestecita. La generala dice que seremos doscientos cincuenta. Si no, se pueden utilizar las puertas correderas para convertirlo en dos salones.

Cruzó la estancia y sacó una puerta de la muesca.

-¿No es sorprendente? -Declan pasó los dedos por la madera tallada-. Una verdadera obra de artesanía. Más de cien años. Detesto tener que esconderlas. El dibujo hace juego con los medallones del techo. Tibaid hizo un gran trabajo.

Lena se había ido calentando desde su conversación con su abuela, pero notó que el calor bajaba al contemplar el placer de Declan.

-Es verdadero amor lo que sientes por esta casa. La mayoría de los hombres no mira a las mujeres del modo en que tú te miras estas puertas.

-A ti te miro así.

Lena tuvo que desviar la mirada.

-Te cuesta mucho mantenerte enfadado. Dime por qué no estás enfadado, Declan. ¿Por qué no estás enfadado si ella te robó?

-Lo estoy. Y si vuelvo a verla, se lo haré saber.

-Deberías ir a la policía.

-Lo he pensado. Quizá recuperara parte del dinero, pero sería una experiencia humillante para la señorita Odette.

-Ya lo está siendo.

-Lo sé. ¿Por qué hacerla aún peor? Recuperé las cosas que me importaban.

El resentimiento invadió nuevamente a Lena.

-Entró en tu casa, removió tus cosas, te robó.

Declan enarcó una ceja.

-¿Te estás calentando otra vez?

-Maldita sea, Pedan, profanó tu casa. No es lo mismo que robarle a mi abuela o a mí. ¿Cuánto se llevó?

-Dos mil.

Lena apretó la mandíbula.

-Mañana tendrás un talón.

-Sabes que lo romperé. Olvídalo, Lena. Me lo he tomado como una lección barata. Si pienso vivir en el campo, en una casa llena de objetos valiosos y dinero en efectivo, no puedo irme sin cerrarla con llave.

-Ella hubiera roto una ventana.

-Lo sé. Por eso quiero dos perros. He pensado que después de la boda iré a la protectora. ¿Quieres acompañarme?

Lena sacudió la cabeza.

-Una ladrona yonqui te roba dos mil dólares, aunque apuesto a que fue más, y tu reacción es comprar perros.

-Pensé que sería divertido. ¿Qué me dices? También serán tus perros.

-Ya basta, Declan.

-Oh, oh. -Con una sonrisa de satisfacción, Declan se acercó a ella-. Compremos dos cachorros mestizos, Lena. Será una buena práctica antes de que lleguen los niños.

-Ve a comprarte tus cachorros. -Pero había conseguido sacarle una sonrisa-. Y corre tras ellos cuando se hagan pipí en tus alfombras y te muerdan los zapatos.

-Rufus podría enseñarles buenos modales. Te has puesto mis pendientes -dijo Declan mientras la abrazaba y la instaba a bailar.

-Ahora son mis pendientes.

-¿Piensas en mí cuando te los pones?

-Un poco. Luego pienso en lo bien que me quedan y me olvido por completo de ti.

-En ese caso, tendré que buscar otras formas de hacer que te acuerdes de mí.

-Un collar. -Los dedos de Lena treparon por la nuca de Declan-. Un par de pulseras.

-Estaba pensando en un anillo para el pie.

Lena rió y se acercó un poco más para poder descansar su mejilla en la de él. Estaban bailando un vals y la melodía sonaba dentro de su cabeza. Una melodía que le había oído tararear y silbar incontables veces. Podía oler su jornada de trabajo -el sudor, el polvo- y, debajo, el leve, levísimo olor a jabón de su ducha matutina. La mejilla rascaba ligeramente por la falta de afeitado.

Si la vida fuera un cuento de hadas, pensó Lena, elegiría quedarse siempre así, bailando un vals sobre el lustroso suelo mientras el sol caía, las flores proliferaban y la luz de cientos de prismas de cristal se precipitaba sobre ellos.

-Siento muchas cosas por ti, más de lo que he sentido o he querido sentir por nadie. No sé qué hacer con ellas.

-Dámelas -suplicó él girando los labios hacia su melena-. Las cuidaré bien.

Lena no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta. No había sido su intención. Ahora, al intentar apartarse, él la retuvo. Tan cerca, tan firme, que no podía respirar.

La cabeza le daba vueltas y la música se elevó. El fuerte olor a azucenas se hizo más intenso y casi la asfixió.

-¿Los oyes? -Las manos de Declan temblaban cuando la cogió por los brazos-. Son violines.

-No... -La voz de él sonaba lejana, y cuando Lena trató de concentrarse en su cara, otra pareció ocupar su lugar-. Estoy mareada.

-Sentémonos. -Sin soltarla, Declan descendió con ella hasta el suelo-. Tú también oías la música. También la sentías.

-Espera un momento. -Lena necesitaba tranquilizarse. El salón estaba vacío. No había música, ni luces cristalinas, ni macetas con azucenas aromáticas. Y sin embargo las había oído, visto, olido-. No sabía que las alucinaciones fueran contagiosas.

-No son alucinaciones. Son recuerdos. Ellos, Lucían y Abigail, bailaron aquí, como nosotros. Se amaban, como nosotros. -Cuando ella sacudió la cabeza, él blasfemó-. Maldita sea, vale, él la amaba como yo te amo. Y todavía existe algo vivo entre ellos, quizá algo que hay que terminar o sencillamente aceptar. Estamos aquí, Lena.

-Sí, estamos aquí, y yo no estoy viviendo la vida de otro.

-No es eso.

-Fue eso lo que sentí. Y vivir la vida de otro puede significar, también, morir la muerte de otro. Él se ahogó en el estanque y ella...

-Murió en esta casa.

Lena respiró hondo.

-Eso depende de la historia que creas.

-Sé que murió en esta casa. Arriba, en el cuarto de los niños. Algo le pasó allí. Él nunca lo supo. Murió de pena sin llegar a descubrirlo. Necesito averiguarlo por él, y también por mí. Necesito que me ayudes.

-¿ Qué puedo hacer ?

-Ven al cuarto dé los niños conmigo. Ahora estamos más cerca. Puede que esta vez recuerdes.

-Declan. -Lena le tomó el rostro entre las manos-. Yo no tengo nada que recordar.

-Cuelgas botellas protectoras en mis árboles pero niegas toda posibilidad de reencarnación, una teoría que tú misma propusiste.

-No es eso. Yo no tengo nada que recordar porque yo no soy Abigail. Tú lo eres.

Si Lena se hubiera puesto un guante de boxeo y le hubiera asestado un puñetazo en la barriga, habría experimentado la misma conmoción. Sus palabras le hicieron tambalearse.

-Venga ya, eso es imposible.

-¿Por qué?

-Porque... -Nervioso, extrañamente turbado, Declan se levantó-. ¿Insinúas que yo era una chica?

-No sé por qué te alteras tanto. A muchas de nosotras nos va bien como mujeres.

-A mí no. Yo no soy una mujer. No lo era.

-Es lo más lógico, si hay algo lógico en todo esto.

-No lo es, no lo es en absoluto.

-Eres tú quien siempre oye el llanto del bebé. -Lena nunca lo había visto tan nervioso-. La madre es la primera que lo oye, antes que nadie. Y esa habitación de arriba te atrae como una madre es atraída por su bebé.

Aunque el cuarto te asusta, sigue tirando de ti. Recorriste las dependencias del servicio y te orientaste con mucha facilidad. Ella las conocía, pero ¿por qué iba a conocerlas Lucían?

-Era su casa. -Declan recordó entonces que se había imaginado mirando por la ventana a los dos jinetes que se acercaban cabalgando a la casa. ¿Por qué iba a imaginarse que miraba a Lucían si él era Lucían?

-Una cosa más -prosiguió Lena-, y muy reveladora. El día que te vi caminar hacia el estanque en estado de trance andabas de una manera extraña. Ignoraba qué era lo que me parecía tan extraño, pero ahora lo sé. Caminabas como camina una mujer embarazada, contoneándose un poco. -Declan se volvió y la miró espantado-. Con una mano en los riñones y dando pasos cortos y cautos.

-¿Estás diciendo que además de ser una chica, estaba embarazada?

-Maldita sea, cher, hay quien cree que puedes reencarnarte en un caniche. ¿Qué tiene de malo una mujer embarazada?

-Que las mujeres embarazadas han de parir tarde o temprano y expulsar varios kilos de bebé por un espacio muy limitado.

El pánico que se reflejaba en su cara resultaba cómico y lo bastante intenso para instar a Lena a suavizar su teoría.

-No creo que tengas que repetir esa experiencia en esta vida. ¿Se te ha ocurrido pensar que si miras el enigma desde este nuevo ángulo podrías encontrar las respuestas que buscas?

Declan se descubrió deseando frotarse la entrepierna para comprobar que todo estaba en su sitio. Tal vez debería provocarse un eructo varonil.

-Prefiero la teoría anterior.

-Manten la mente abierta, cher. Tengo que irme a trabajar.

-Un momento, un momento. -Declan corrió hasta ella-. ¿Piensas dejarme solo después de haber soltado esta bomba?

-Tengo que ganarme la vida.

-Vuelve después de cerrar y quédate a dormir.

-Quiero pasar una o dos noches con mi abuela, hasta que esté más tranquila.

-Vale, vale. -Declan suspiró al llegar a la planta baja-. Déjame probar algo. -Giró a Lena y unió su boca a la de ella. Luego llevó el beso hasta profundidades de ensueño-. ¿Has sentido alguna vibración lésbica? -preguntó después.

-Mmm. -Lena se tocó el labio superior con la lengua, fingiendo no estar segura-. No. Puedo afirmar que esta vez eres todo un hombre. Y ahora vete. Tienes un montón de cosas que hacer durante los próximos días para mantener la mente ocupada. Si todo este asunto ha podido esperar cien años, podrá esperar hasta después de la boda de Remy.

-Vuelve para quedarte cuando la señorita Odette se sienta mejor.

-De acuerdo.

-Te quiero, Lena.

-Eso me temo -susurró ella antes de alejarse.

Lena se marchó del bar lo antes que pudo, pero así y todo era más de la una cuando detuvo el coche frente a la casa del bayou. La luz del porche estaba encendida y había seducido a las mariposas nocturnas hasta la muerte. Se sentó un instante a escuchar el canto de las ranas y los pájaros, y la suave brisa.

Era el lugar de su juventud. Quizá el lugar de su corazón. Aunque había montado su vida en la ciudad, venía aquí cuando estaba contenta o preocupada. Venía aquí a meditar sobre sus pensamientos más profundos y soñar sus sueños más secretos.

Se había permitido soñar en otros tiempos, esos sueños femeninos de un hombre apuesto que la amaba, de una casa y unos hijos, y las mañanas de los domingos.

¿Cuándo había dejado de soñar?

Aquella pegajosa tarde de verano, pensó. Aquel día sofocante que vio al chico que amaba con todo su corazón salvaje, con su insensata juventud, apareándose como un animal con su madre en el pantano, sobre una manta raída.

Su pantano, su chico. Su madre.

Aquello partió su vida en dos, se dijo ahora. El antes, cuando todavía tenía esperanzas, sueños y fe. Y el después, donde solo había ambición, determinación y el implacable juramento de no volver a creer.

El chico ya no importaba, eso lo sabía. Apenas recordaba su cara. Su madre no importaba, al menos en esencia. Pero el suceso sí.

Sin este, a saber qué dirección habría tomado su vida. Seguro que ella y el chico no habrían tardado en romper, pero podría haber ocurrido con ternura, podría haberla dejado con el recuerdo dulce del primer amor.

Pero aquella imagen de sexo y traición la había forjado. En aquel momento comprendió lo que podría haber tardado años en aprender si el suceso no se hubiera producido. Que a la mujer le iba mejor si manejaba el tren sola. Los hombres iban y venían, y disfrutar de ellos estaba bien.

Amarlos era un suicidio.

¿Suicidio? Sacudió la cabeza mientras bajaba del coche. Eso era excesivamente dramático, ¿no? El dolor no era sinónimo de muerte.

Él había muerto de dolor.

Lena escuchó la voz en su cabeza. No había sido la cuchillada, no había sido el estanque lo que había matado a Lucían Manet.

Había sido el dolor.

Entró en la casa y vio una rendija de luz en el cuarto de Odette. Al acercarse, oyó los golpes de la cola de Rufus contra el suelo.

Asomó la cabeza por la puerta. Odette estaba sentada en la cama con un libro abierto en el regazo y su fiel amigo acurrucado en el suelo.

-¿Qué haces despierta a estas horas?

-Esperar a mi niña. Pensaba que aún tardarías una hora o dos.

-Había poco trabajo.

Odette dio unas palmaditas en la cama a modo de invitación.

-Te marchaste temprano porque estabas preocupada por mí. No deberías estarlo.

-Solías decirme que preocuparte era tu trabajo.

-Lena se tumbó sobre las sábanas y posó la cabeza en la curva del brazo de su abuela-. Ahora también es el mío. Siento que Lilibeth te hiciera daño.

-Ay, mi niña, creo que ese es su trabajo. Dios sabe que se le da bien. -Odette acarició el cabello de Lena-. Pero te tengo a ti. Tengo a mi Lena.

-Me estaba preguntando qué supuso para ti y el abuelo criar a otro bebé después de haber criado a vuestra hija.

-Fue un auténtico placer.

-Y eso me llevó a pensar en el hecho de que los Manet trajeran a tu abuela aquí cuando era un bebé. La recuerdas bien, ¿ verdad ?

-La recuerdo muy bien. Te pareces a ella. Has visto las viejas fotografías, así que ya lo sabes.

-¿Dijo alguna vez que el Hall hubiera debido ser suyo?

-Jamás. Era una mujer feliz. Lena. Quizá fue más feliz de lo que lo habría sido en el Hall si las cosas hubieran sido diferentes. Era muy buena haciendo pan y yo heredé esa habilidad. También contaba buenas historias. A veces, cuando iba a verla, inventaba historias que parecían reales. Creo que podría haber sido escritora si hubiese querido.

-Seguro que pensaba en sus padres y en los Manet. Por muy feliz que fuera aquí, tenía que pensar en ellos.

-Supongo que sí. El día de su cumpleaños solía llevar flores a la tumba de su padre.

-¿En serio? No me lo habías contado.

-Decía que a él le debía la vida, la suya y la de sus hijos y nietos. También colocaba flores en las tumbas de Josephine y Henry Manet, aunque nunca se detuvo en ellas a rezar una oración. Hay algo más que hacía el día de su cumpleaños y que hizo hasta que murió. Recogía flores y las arrojaba al río. Y decía una oración.

-¿Crees que lo hacía por su madre?

-Nunca lo dijo, pero yo creo que sí.

-¿Y crees que Abigail está allí? ¿En el río?

-Eso dicen algunos.

Lena levantó la cabeza.

-No estoy preguntando a algunos, te lo pregunto a ti.

-Yo sé que a veces, cuando camino por la orilla, siento una tristeza horrible. Y creo que, a veces, las almas viejas buscan vidas nuevas y no cejan hasta encontrar la adecuada. ¿Qué buscas tú?

Lena descansó la cabeza y cerró los ojos.

-Pensaba que había encontrado lo que buscaba.

Ahora ya no estoy segura. Me quiere, abuela.

-Lo sé.

-Si yo le quiero, todo cambia.

Odette sonrió y se inclinó para apagar la luz.

-Y que lo digas -murmuró, y siguió acariciando el pelo de Lena-. Y que lo digas.

En menos de veinticuatro horas Declan descubrió que contaba con más ayuda en la casa de la que necesitaba. Al parecer todo Luisiana estaba invitado a la boda y deseaba echar una mano.

Tenía pintores, fontaneros, carpinteros y ayudantes. En medio de la confusión, pensó que si la mitad de esa gente se hubiera ofrecido a ayudar en la casa inicial, no habrían tardado ni veinte minutos en repararla, pero no lo dijo.

Habría sido una grosería.

Además, agradecía el trabajo. Se lo decía cada vez que una parcela de la casa escapaba de sus manos y pasaba a otras.

Había esperado con impaciencia cubrir personalmente la terraza trasera, pero se consoló pensando que un buen huracán le obligaría a cubrirla de nuevo.

Había sido su intención pulir y barnizar el suelo del salón, pero se animó pensando en todos los suelos de la casa que aún quedaban por reparar.

Y no le importaba lo más mínimo ceder la pintura de la fachada. Era un trabajo difícil y minucioso, y el hecho de tacharlo de su lista le permitió abordar los lavabos y colgar la araña de vidrio soplado que había comprado para el vestíbulo, y terminar el cuarto de paso. Y…

En fin, todavía quedaba mucho por hacer, se dijo.

Luego estaba el placer de ver a Effie entrando y saliendo a la hora del almuerzo y después del trabajo. Incluso cuando traía con ella a su madre. La señora Renault, una versión exacta de su hija en mayor, poseía un ojo de lince y voz de sargento.

Remy tenía razón, daba bastante miedo. Declan la evitaba siempre que podía y sin el más mínimo disimulo.

El segundo día de campaña se personó en la terraza trasera para comprobar los progresos. Estaba bastante orgulloso de la baldosa que acababa de colocar, y cubierto de polvo de cerámica por el proceso de corte.

El ruido era ensordecedor. Voces, radios, herramientas eléctricas. Por mucho que le gustara la gente, habría dado mil dólares a cambio de estar cinco minutos solo en su casa.

-¿Jim Ready? Quiero esas ventanas como los chorros del oro, ¿me oyes? ¿Cómo crees que quedarán las fotos de la boda con ese asco de cristales? ¡Esmérate, muchacho!

Al oír la voz de la señora Renault, Declan giró sobre sus talones y cambió de dirección. Al hacerlo tropezó con Odette.

-Oh, lo siento. ¿Se encuentra bien? No la vi. Estaba huyendo.

-En esta casa no cabe un alfiler.

-Lo sé. Si su aspecto no satisface a la generala Renault el día D, nos fusilarán a todos. -Mientras hablaba, Declan tomó a Odette del brazo, movido únicamente por su instinto de supervivencia. La metió en la biblioteca y cerró las puertas.

-¿Puedo irme a vivir a su casa?

Odette sonrió, pero su sonrisa no llegó a los ojos.

-Estás haciendo todo esto por un amigo, Declan. Eres un gran chico.

-Actualmente lo único que hago es tratar de no estorbar.

-Pero preferirías que toda esa gente se fuera por donde ha venido y te dejara solo para poder jugar con tu casa.

-Bueno, no me importaría. -Declan se encogió de hombros y pasó una mano polvorienta por su pelo polvoriento-Pero todavía habrá mucho que hacer cuando se vayan. No tocaremos la segunda planta ni las dependencias del servicio, y del primer piso solo arreglaremos una habitación. Cuénteme qué le ocurre, señorita Odette.

-Primero he de prepararme. -Odette dejó en el suelo una bolsa de plástico y se acercó a la librería para mirar algunos libros. Todavía había muchos guardados en cajas, pero ya podía imaginarlos. Torres y torres de palabras, algunas viejas y gastadas, otras modernas y nuevas. Pequeños tesoros, colores intensos.

-Tienes vista -dijo al fin-. Imaginas lo que quieres y haces que ocurra. Es toda una habilidad, cher.

-Hay quien lo llama terquedad.

-Tú lo eres todo menos terco. Tienes muchos proyectos en esa cabeza. Dedicarte a uno y no pasar al siguiente hasta tenerlo terminado demuestra que tienes mucha personalidad. Te aprecio mucho, Declan.

-Y yo la aprecio a usted. Siéntese, señorita Odette, parece cansada. -Y preocupada-. ¿Quiere que traiga algo de beber para los dos?

-No, no quiero que te arriesgues a ser reclutado por Sarah Jane Renault. Ahí tienes a una mujer terca, y no es una crítica.

-Me ordenó que me cortara el pelo a finales de semana para que el día de la boda no pareciera desgreñado pero tampoco recién cortado. -Declan se pasó una mano lastimosa por el cabello-. Y dijo que pondrá jabones y toallas elegantes en todos los cuartos de baño la víspera de la boda, y que si los uso soy hombre muerto.

Y debo encargar más plantas para el interior de la casa.

Una casa no puede respirar sin plantas.

-Solo está nerviosa, cariño. Effie es su niña pequeña. -Odette apretó los labios-. Declan, me llena de vergüenza decir lo que tengo que decirte, y no te reprocharé que, después de escucharme, me pidas que no vuelva a pisar esta casa.

Las palabras de Odette alarmaron a Declan casi tanto como el dolor que veía en sus ojos.

-Usted no podría decir nada que la convirtiera en persona non grata en esta casa, señorita Odette. ¿Quién le ha hecho daño?

-Oh, mon Dieu, si esto estropea lo que veo entre tú y mi Lena, nunca me lo perdonaré. Mi hija te ha robado

-dijo de golpe-. Entró en tu casa y se llevó lo que era tuyo.

Con el corazón destrozado, introdujo una mano en la bolsa y sacó la caja labrada de Declan.

-Estaba en su habitación. Supe que era tuya antes incluso de abrirla y ver los gemelos con tus iniciales. Ignoro si está todo, pero fue cuanto encontré. Si falta algo...

-Veamos. Ahora sí le ruego que se siente.

Odette asintió y se derrumbó en una silla.

Declan contuvo la rabia mientras posaba la caja sobre una mesa y la abría. Lo primero que vio fue el estuche de la sortija. Lo abrió y sintió que lo peor de su rabia se desvanecía cuando las piedras brillaron.

-Bien -dijo con un suspiro-. El objeto más importante sigue aquí. -Y también, al parecer, todo lo demás salvo los doscientos dólares en billetes de veinte que guardaba sujetos con la pinza que había heredado de su abuelo-. Está todo.

-No me estás diciendo la verdad -repuso Odette con tristeza.

-Solo falta un poco de dinero.

-Necesito saber cuánto para que pueda devolvértelo.

-¿Cree que aceptaría dinero de usted? -La indignación de Declan se avivó e intimidó a la mujer-. Míreme. ¿Cree que aceptaría dinero de usted por esto o por cualquier otra cosa?

Los labios de Odette querían temblar, de modo que los apretó con fuerza.

-Ella es mi responsabilidad.

-Y un cuerno. Y no vuelva a insultarme hablando de devoluciones.

Pese a la promesa que se había hecho de no verter ni una lágrima delante de él, Odette notó que le caía una.

-Sé qué es mi hija. Y sé que nunca será aquello por lo que luché, aquello que deseé para ella desde el momento en que supe que estaba dentro de mí. Pero me dio a Lena.

Sacó un pañuelo y se secó las mejillas. Se acabaron las lágrimas.

-Esperaba que me robara antes de irse, pero jamás se me pasó por la cabeza que te robaría a ti. En ningún momento lo pensé, y lo lamento.

-¿Le importaría mirarme de nuevo a la cara y comprobar si la culpo?

-No, no me culpas. Caray, te quiero para mi Lena, Declan. Estoy aquí sentada, sabiendo que mi hija te ha robado, y solo puedo pensar que te quiero para mi Lena.

-Genial, porque yo también me quiero para ella.

-Declan tomó el estuche y se acercó a Odette-. Le he comprado esta sortija. Quizá podría decirle algunas palabras en mi favor para que cuando se la dé, la acepte.

Odette contempló la sortija y suspiró.

-Va con ella. Lena posee un buen corazón, Declan, pero tiene cicatrices. Es una mujer muy fuerte. A veces me preocupa que sea demasiado fuerte y se olvide de dar. Tendré que hablarle de lo ocurrido

-Sí.

-Y tú tendrás que encontrar la forma de evitar que se aleje de ti cuando se entere, porque eso será lo que querrá hacer.

-No se preocupe. ¿Dónde está Lilibeth?

-Se ha ido. Encontré la caja esta mañana, en su cuarto. Lilibeth llevaba metida en él desde el día anterior.

Cuando entré y vi la caja, la guardé donde no pudiera encontrarla. Luego cruzamos algunas palabras sobre el asunto. Recogió sus cosas y se marchó. Pero volverá-dijo en el mismo tono pesaroso que Declan había oído en Lena-. Dentro de uno o dos años. Y pasaremos otra vez por lo mismo.

-Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

-Declan se inclinó y la besó en la mejilla-. Le quiero. -Cuando los ojos de ella volvieron a humedecerse, él le cogió la mano-. Esté Lena preparada o no, ya somos una familia. Una familia unida.

-Cuando conozca a tu mamá -balbució Odette-, le daré un abrazo tan fuerte que le cortará la respiración.

-Le encantará. ¿Por qué no echamos un vistazo a lo que está ocurriendo por la casa? Y, de paso, podría protegerme de la generala Renault.

Declan no había esperado que el trabajo durara mucho y no se llevó una decepción. La mayor parte de la mano de obra gratuita había empezado a recoger y Effie y su madre lo tenían acorralado en el jardín trasero cuando Lena apareció por un costado de la casa.

Puesto que se hallaba en plena serie de ajas, como nos y por supuestos, su habitual letanía de respuestas a los planes nupciales de las mujeres Renault, recibió la mirada combativa de Lena con los brazos abiertos.

-Cubriremos las barandillas de tul.

-Aja.

-Y pondremos cestas con flores en la terraza.

-Cómo no.

-La florista deberá empezar temprano el día de la boda, así que tendrás que quitarte de en medio y asegurarles el acceso a todas las áreas de la casa que he marcado en este plano.

-Por supuesto. Lena. -Declan le agarró la mano como un hombre que está a punto de ahogarse se agarra a una cuerda-. Estamos hablando de los arreglos florales.

-Las flores son el paisaje de una boda -declaró la señora Renault, y siguió haciendo anotaciones en la libreta que la acompañaba a todas partes-. ¿Cómo estás, Lena?

-Bien, señorita Sarah Jane. Esto es emocionante. Falta muy poco para el gran día. Effie, debes de andar medio loca con los detalles.

-Voy camino de la demencia total.

-Quedará precioso. -Lena mantuvo una sonrisa radiante y la voz alegre pese a la ira que la quemaba por dentro-. Esos rododendros se hallarán en su mejor momento el día de la boda.

-Los jardines estarán espectaculares -convino la señora Renault, y siguió comprobando su lista-. Lástima que no hubiera tiempo de montar un emparrado de arvejilla. -Miró a Declan por encima de las gafas de lectura con cierto aire acusador.

-Tal vez los Franks puedan arreglar eso. ¿Me disculpa un momento? Hay algo que quiero enseñar a Lena.

Declan huyó, tirando de Lena hacia la terraza del primer piso. Todavía quedaban milicianos de la generala Renault en la planta baja.

-Son como hormigas que salen por debajo de la madera cuando no estás mirando -farfulló.

-¿De qué estás hablando?

-De la gente. Hay gente por todas partes. Vigila ese cubo. Creo que en el salón de baile estaremos a salvo.

-¿Estás estresado, cher?

-Estoy pensando en unas vacaciones en Maui hasta que todo esto termine. Tengo que reconocer que admiro a las mujeres.

-¿De veras? -Lena contempló las escaleras de mano, las lonas, los escombros y las mujeres que lo vadeaban todo con imágenes de tul en la mente-. ¿Y por qué?

-Podéis estar fuera de vosotras y, con todo, mantener una conversación educada sobre rododendros.

-Declan asomó la cabeza por el salón de baile y suspiró-. Despejado. A los hombres, en cambio, cuando nos calentamos nos sale humo por la cabeza. -Entró-. ¿Qué te parece?

Las paredes estaban pintadas de rosa pálido y el suelo relucía.

-Es grande.

-Lo justo para esta fiestecita. La generala dice que seremos doscientos cincuenta. Si no, se pueden utilizar las puertas correderas para convertirlo en dos salones.

Cruzó la estancia y sacó una puerta de la muesca.

-¿No es sorprendente? -Declan pasó los dedos por la madera tallada-. Una verdadera obra de artesanía. Más de cien años. Detesto tener que esconderlas. El dibujo hace juego con los medallones del techo. Tibaid hizo un gran trabajo.

Lena se había ido calentando desde su conversación con su abuela, pero notó que el calor bajaba al contemplar el placer de Declan.

-Es verdadero amor lo que sientes por esta casa. La mayoría de los hombres no mira a las mujeres del modo en que tú te miras estas puertas.

-A ti te miro así.

Lena tuvo que desviar la mirada.

-Te cuesta mucho mantenerte enfadado. Dime por qué no estás enfadado, Declan. ¿Por qué no estás enfadado si ella te robó?

-Lo estoy. Y si vuelvo a verla, se lo haré saber.

-Deberías ir a la policía.

-Lo he pensado. Quizá recuperara parte del dinero, pero sería una experiencia humillante para la señorita Odette.

-Ya lo está siendo.

-Lo sé. ¿Por qué hacerla aún peor? Recuperé las cosas que me importaban.

El resentimiento invadió nuevamente a Lena.

-Entró en tu casa, removió tus cosas, te robó.

Declan enarcó una ceja.

-¿Te estás calentando otra vez?

-Maldita sea, Pedan, profanó tu casa. No es lo mismo que robarle a mi abuela o a mí. ¿Cuánto se llevó?

-Dos mil.

Lena apretó la mandíbula.

-Mañana tendrás un talón.

-Sabes que lo romperé. Olvídalo, Lena. Me lo he tomado como una lección barata. Si pienso vivir en el campo, en una casa llena de objetos valiosos y dinero en efectivo, no puedo irme sin cerrarla con llave.

-Ella hubiera roto una ventana.

-Lo sé. Por eso quiero dos perros. He pensado que después de la boda iré a la protectora. ¿Quieres acompañarme?

Lena sacudió la cabeza.

-Una ladrona yonqui te roba dos mil dólares, aunque apuesto a que fue más, y tu reacción es comprar perros.

-Pensé que sería divertido. ¿Qué me dices? También serán tus perros.

-Ya basta, Declan.

-Oh, oh. -Con una sonrisa de satisfacción, Declan se acercó a ella-. Compremos dos cachorros mestizos, Lena. Será una buena práctica antes de que lleguen los niños.

-Ve a comprarte tus cachorros. -Pero había conseguido sacarle una sonrisa-. Y corre tras ellos cuando se hagan pipí en tus alfombras y te muerdan los zapatos.

-Rufus podría enseñarles buenos modales. Te has puesto mis pendientes -dijo Declan mientras la abrazaba y la instaba a bailar.

-Ahora son mis pendientes.

-¿Piensas en mí cuando te los pones?

-Un poco. Luego pienso en lo bien que me quedan y me olvido por completo de ti.

-En ese caso, tendré que buscar otras formas de hacer que te acuerdes de mí.

-Un collar. -Los dedos de Lena treparon por la nuca de Declan-. Un par de pulseras.

-Estaba pensando en un anillo para el pie.

Lena rió y se acercó un poco más para poder descansar su mejilla en la de él. Estaban bailando un vals y la melodía sonaba dentro de su cabeza. Una melodía que le había oído tararear y silbar incontables veces. Podía oler su jornada de trabajo -el sudor, el polvo- y, debajo, el leve, levísimo olor a jabón de su ducha matutina. La mejilla rascaba ligeramente por la falta de afeitado.

Si la vida fuera un cuento de hadas, pensó Lena, elegiría quedarse siempre así, bailando un vals sobre el lustroso suelo mientras el sol caía, las flores proliferaban y la luz de cientos de prismas de cristal se precipitaba sobre ellos.

-Siento muchas cosas por ti, más de lo que he sentido o he querido sentir por nadie. No sé qué hacer con ellas.

-Dámelas -suplicó él girando los labios hacia su melena-. Las cuidaré bien.

Lena no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta. No había sido su intención. Ahora, al intentar apartarse, él la retuvo. Tan cerca, tan firme, que no podía respirar.

La cabeza le daba vueltas y la música se elevó. El fuerte olor a azucenas se hizo más intenso y casi la asfixió.

-¿Los oyes? -Las manos de Declan temblaban cuando la cogió por los brazos-. Son violines.

-No... -La voz de él sonaba lejana, y cuando Lena trató de concentrarse en su cara, otra pareció ocupar su lugar-. Estoy mareada.

-Sentémonos. -Sin soltarla, Declan descendió con ella hasta el suelo-. Tú también oías la música. También la sentías.

-Espera un momento. -Lena necesitaba tranquilizarse. El salón estaba vacío. No había música, ni luces cristalinas, ni macetas con azucenas aromáticas. Y sin embargo las había oído, visto, olido-. No sabía que las alucinaciones fueran contagiosas.

-No son alucinaciones. Son recuerdos. Ellos, Lucían y Abigail, bailaron aquí, como nosotros. Se amaban, como nosotros. -Cuando ella sacudió la cabeza, él blasfemó-. Maldita sea, vale, él la amaba como yo te amo. Y todavía existe algo vivo entre ellos, quizá algo que hay que terminar o sencillamente aceptar. Estamos aquí, Lena.

-Sí, estamos aquí, y yo no estoy viviendo la vida de otro.

-No es eso.

-Fue eso lo que sentí. Y vivir la vida de otro puede significar, también, morir la muerte de otro. Él se ahogó en el estanque y ella...

-Murió en esta casa.

Lena respiró hondo.

-Eso depende de la historia que creas.

-Sé que murió en esta casa. Arriba, en el cuarto de los niños. Algo le pasó allí. Él nunca lo supo. Murió de pena sin llegar a descubrirlo. Necesito averiguarlo por él, y también por mí. Necesito que me ayudes.

-¿ Qué puedo hacer ?

-Ven al cuarto dé los niños conmigo. Ahora estamos más cerca. Puede que esta vez recuerdes.

-Declan. -Lena le tomó el rostro entre las manos-. Yo no tengo nada que recordar.

-Cuelgas botellas protectoras en mis árboles pero niegas toda posibilidad de reencarnación, una teoría que tú misma propusiste.

-No es eso. Yo no tengo nada que recordar porque yo no soy Abigail. Tú lo eres.

Si Lena se hubiera puesto un guante de boxeo y le hubiera asestado un puñetazo en la barriga, habría experimentado la misma conmoción. Sus palabras le hicieron tambalearse.

-Venga ya, eso es imposible.

-¿Por qué?

-Porque... -Nervioso, extrañamente turbado, Declan se levantó-. ¿Insinúas que yo era una chica?

-No sé por qué te alteras tanto. A muchas de nosotras nos va bien como mujeres.

-A mí no. Yo no soy una mujer. No lo era.

-Es lo más lógico, si hay algo lógico en todo esto.

-No lo es, no lo es en absoluto.

-Eres tú quien siempre oye el llanto del bebé. -Lena nunca lo había visto tan nervioso-. La madre es la primera que lo oye, antes que nadie. Y esa habitación de arriba te atrae como una madre es atraída por su bebé. Aunque el cuarto te asusta, sigue tirando de ti. Recorriste las dependencias del servicio y te orientaste con mucha facilidad. Ella las conocía, pero ¿por qué iba a conocerlas Lucían?

-Era su casa. -Declan recordó entonces que se había imaginado mirando por la ventana a los dos jinetes que se acercaban cabalgando a la casa. ¿Por qué iba a imaginarse que miraba a Lucían si él era Lucían?

-Una cosa más -prosiguió Lena-, y muy reveladora. El día que te vi caminar hacia el estanque en estado de trance andabas de una manera extraña. Ignoraba qué era lo que me parecía tan extraño, pero ahora lo sé. Caminabas como camina una mujer embarazada, contoneándose un poco. -Declan se volvió y la miró espantado-. Con una mano en los riñones y dando pasos cortos y cautos.

-¿Estás diciendo que además de ser una chica, estaba embarazada?

-Maldita sea, cher, hay quien cree que puedes reencarnarte en un caniche. ¿Qué tiene de malo una mujer embarazada?

-Que las mujeres embarazadas han de parir tarde o temprano y expulsar varios kilos de bebé por un espacio muy limitado.

El pánico que se reflejaba en su cara resultaba cómico y lo bastante intenso para instar a Lena a suavizar su teoría.

-No creo que tengas que repetir esa experiencia en esta vida. ¿Se te ha ocurrido pensar que si miras el enigma desde este nuevo ángulo podrías encontrar las respuestas que buscas?

Declan se descubrió deseando frotarse la entrepierna para comprobar que todo estaba en su sitio. Tal vez debería provocarse un eructo varonil.

-Prefiero la teoría anterior.

-Manten la mente abierta, cher. Tengo que irme a trabajar.

-Un momento, un momento. -Declan corrió hasta ella-. ¿Piensas dejarme solo después de haber soltado esta bomba?

-Tengo que ganarme la vida.

-Vuelve después de cerrar y quédate a dormir.

-Quiero pasar una o dos noches con mi abuela, hasta que esté más tranquila.

-Vale, vale. -Declan suspiró al llegar a la planta baja-. Déjame probar algo. -Giró a Lena y unió su boca a la de ella. Luego llevó el beso hasta

profundidades de ensueño-. ¿Has sentido alguna vibración lésbica? -preguntó después.

-Mmm. -Lena se tocó el labio superior con la lengua, fingiendo no estar segura-. No. Puedo afirmar que esta vez eres todo un hombre. Y ahora vete. Tienes un montón de cosas que hacer durante los próximos días para mantener la mente ocupada. Si todo este asunto ha podido esperar cien años, podrá esperar hasta después de la boda de Remy.

-Vuelve para quedarte cuando la señorita Odette se sienta mejor.

-De acuerdo.

-Te quiero, Lena.

-Eso me temo -susurró ella antes de alejarse.

Lena se marchó del bar lo antes que pudo, pero así y todo era más de la una cuando detuvo el coche frente a la casa del bayou. La luz del porche estaba encendida y había seducido a las mariposas nocturnas hasta la muerte. Se sentó un instante a escuchar el canto de las ranas y los pájaros, y la suave brisa.

Era el lugar de su juventud. Quizá el lugar de su corazón. Aunque había montado su vida en la ciudad, venía aquí cuando estaba contenta o preocupada. Venía aquí a meditar sobre sus pensamientos más profundos y soñar sus sueños más secretos.

Se había permitido soñar en otros tiempos, esos sueños femeninos de un hombre apuesto que la amaba, de una casa y unos hijos, y las mañanas de los domingos.

¿Cuándo había dejado de soñar?

Aquella pegajosa tarde de verano, pensó. Aquel día sofocante que vio al chico que amaba con todo su corazón salvaje, con su insensata juventud, apareándose como un animal con su madre en el pantano, sobre una manta raída.

Su pantano, su chico. Su madre.

Aquello partió su vida en dos, se dijo ahora. El antes, cuando todavía tenía esperanzas, sueños y fe. Y el después, donde solo había ambición, determinación y el implacable juramento de no volver a creer.

El chico ya no importaba, eso lo sabía. Apenas recordaba su cara. Su madre no importaba, al menos en esencia. Pero el suceso sí.

Sin este, a saber qué dirección habría tomado su vida. Seguro que ella y el chico no habrían tardado en romper, pero podría haber ocurrido con ternura, podría haberla dejado con el recuerdo dulce del primer amor.

Pero aquella imagen de sexo y traición la había forjado. En aquel momento comprendió lo que podría haber tardado años en aprender si el suceso no se hubiera producido. Que a la mujer le iba mejor si manejaba el tren sola. Los hombres iban y venían, y disfrutar de ellos estaba bien.

Amarlos era un suicidio.

¿Suicidio? Sacudió la cabeza mientras bajaba del coche. Eso era excesivamente dramático, ¿no? El dolor no era sinónimo de muerte.

Él había muerto de dolor.

Lena escuchó la voz en su cabeza. No había sido la cuchillada, no había sido el estanque lo que había matado a Lucían Manet.

Había sido el dolor.

Entró en la casa y vio una rendija de luz en el cuarto de Odette. Al acercarse, oyó los golpes de la cola de Rufus contra el suelo.

Asomó la cabeza por la puerta. Odette estaba sentada en la cama con un libro abierto en el regazo y su fiel amigo acurrucado en el suelo.

-¿Qué haces despierta a estas horas?

-Esperar a mi niña. Pensaba que aún tardarías una hora o dos.

-Había poco trabajo.

Odette dio unas palmaditas en la cama a modo de invitación.

-Te marchaste temprano porque estabas preocupada por mí. No deberías estarlo.

-Solías decirme que preocuparte era tu trabajo.

-Lena se tumbó sobre las sábanas y posó la cabeza en la curva del brazo de su abuela-. Ahora también es el mío. Siento que Lilibeth te hiciera daño.

-Ay, mi niña, creo que ese es su trabajo. Dios sabe que se le da bien. -Odette acarició el cabello de Lena-. Pero te tengo a ti. Tengo a mi Lena.

-Me estaba preguntando qué supuso para ti y el abuelo criar a otro bebé después de haber criado a vuestra hija.

-Fue un auténtico placer.

-Y eso me llevó a pensar en el hecho de que los Manet trajeran a tu abuela aquí cuando era un bebé. La recuerdas bien, ¿ verdad ?

-La recuerdo muy bien. Te pareces a ella. Has visto las viejas fotografías, así que ya lo sabes.

-¿Dijo alguna vez que el Hall hubiera debido ser suyo?

-Jamás. Era una mujer feliz. Lena. Quizá fue más feliz de lo que lo habría sido en el Hall si las cosas hubieran sido diferentes. Era muy buena haciendo pan y yo heredé esa habilidad. También contaba buenas historias. A veces, cuando iba a verla, inventaba historias que parecían reales. Creo que podría haber sido escritora si hubiese querido.

-Seguro que pensaba en sus padres y en los Manet. Por muy feliz que fuera aquí, tenía que pensar en ellos.

-Supongo que sí. El día de su cumpleaños solía llevar flores a la tumba de su padre.

-¿En serio? No me lo habías contado.

-Decía que a él le debía la vida, la suya y la de sus hijos y nietos. También colocaba flores en las tumbas de Josephine y Henry Manet, aunque nunca se detuvo en ellas a rezar una oración. Hay algo más que hacía el día de su cumpleaños y que hizo hasta que murió. Recogía flores y las arrojaba al río. Y decía una oración.

-¿Crees que lo hacía por su madre?

-Nunca lo dijo, pero yo creo que sí.

-¿Y crees que Abigail está allí? ¿En el río?

-Eso dicen algunos.

Lena levantó la cabeza.

-No estoy preguntando a algunos, te lo pregunto a ti.

-Yo sé que a veces, cuando camino por la orilla, siento una tristeza horrible. Y creo que, a veces, las almas viejas buscan vidas nuevas y no cejan hasta encontrar la adecuada. ¿Qué buscas tú?

Lena descansó la cabeza y cerró los ojos.

-Pensaba que había encontrado lo que buscaba.

Ahora ya no estoy segura. Me quiere, abuela.

-Lo sé.

-Si yo le quiero, todo cambia.

Odette sonrió y se inclinó para apagar la luz.

-Y que lo digas -murmuró, y siguió acariciando el pelo de Lena-. Y que lo digas.

Como organizador de la despedida de soltero de Remy, Declan se sentía socialmente obligado a aguantar hasta el amargo final. El amargo final fue un tugurio sórdido de un callejón del Quarter donde el alcohol agujereaba los estómagos y las bailarinas de striptease estaban más que maduras.

A nadie parecía importarle.

Llevado por el buen compañerismo, Declan introdujo el último dólar en la liga de un muslo fláccido y puso en pie a un Remy de ojos vidriosos.

-Vamos, compañero.

-¿Eh? ¿Qué? ¿Ya es de día?

-Falta poco.

Cuando salieron, tambaleándose y cogidos del brazo tanto por necesidad como por camaradería, Remy miró en derredor. La cabeza le iba de un lado a otro como la de un muñeco sobre un muelle.

-¿ Dóndeztá la gente ?

-Desmayada, arrestada, muerta en un callejón.

-Cobardes. -Remy esbozó su sonrisa de goma-. Tú y yo, Dec, todavía tenemos lo que hay que tener.

-Por la mañana iniciaré un tratamiento de antibióticos para quitármelo de encima. -Tropezó y tuvo que agarrarse a Remy con ambos brazos para no caerse de bruces-. Demasiada gravedad. Decididamente, hay demasiada gravedad aquí fuera.

-Vamos a buscar a otra mujer en cueros.

-Creo que ya las hemos visto todas. Es hora de irnos a casa, viejo amigo.

-Me caso dentro de tres días. -Remy levantó cuatro dedos para indicarlo-. Se acabó la juerga para Remy, -Miró a su alrededor. Las calles estaban casi desiertas y resbaladizas a causa de la llovizna-. ¿Tenemos que sacar a alguien de la cárcel?

-Que se fastidien.

-Eso. ¿Dónde está mi chica? ¡Effie! -gritó Remy.

Declan soltó un bufido ebrio.

-¡Stella! -Derrengado, se dejó caer en un charco-. A la mierda con todo, Remy. Quedémonos a dormir aquí.

-Tengo que encontrar a mi chica. Voy a hacer dulcemente el amor con mi Effie.

-Ahora mismo no se te levantaría ni con una bomba hidráulica.

-¿ Que no ? -Remy buscó su cremallera, pero a Declan aún le quedaba seso suficiente para levantarse y detenerle.

-Guárdate eso antes de que te hagas daño y nos detengan por escándalo público.

-Tranqui, somos abogados.

-Habla por ti. Taxi, tenemos que encontrar un taxi.

-Un taxi a casa de Effie. ¿Dónde está mi preciosa novia?

-En casa, durmiendo, como toda buena mujer a las... -Declan levantó la muñeca de Remy e intentó enfocar la vista en el reloj-. A la hora que sea. Lena está durmiendo. Cree que soy una mujer.

-Eso es que no la estás follando bien.

-No es eso, gilipollas. Y recuérdame que te dé un puñetazo más tarde. Cree que soy Abigail.

-No habrás estado probándote su ropa interior ni haciendo otras cosas raras, ¿verdad, hijo?

-Me encantan las braguitas de encaje negro con las rosas. Me adelgazan la cadera.

-Tienes que estar bromeando. Espera. -Remy se inclinó sobre la cuneta con las manos sobre las rodillas-. Falsa alarma. No voy a vomitar.

-Me alegro. ¡Taxi! -Declan agitó una mano desesperada al ver que se acercaba uno-. Alabado sea Dios. Tú primero -dijo, y empujó a Remy antes de entrar él.

-¿Dónde vivo? -preguntó Remy-. Antes lo sabía, pero lo he olvidado. ¿Puedo llamar a Effie para preguntárselo?

Por fortuna. Declan se acordaba y mientras Remy dormitaba en su hombro, se concentró en permanecer despierto hasta cumplir la última de sus obligaciones, a saber, dejar a su amigo en casa sano y salvo.

Cuando llegaron, le propinó un codazo y Remy despertó de un brinco.

-¿Qué? ¿Dónde? Estoy en casa. ¿Qué te parece?

-¿Puedes entrar solo? -preguntó Declan.

-Sé aguantar la bebida. Los veinte litros eméritos.

-Remy tomó la cara de Declan con una mano y le dio un sonoro beso en la boca-. Te quiero, cher. Pero si hubieras sido Abigail, te habría metido la lengua.

-Puaj -fue cuanto Declan alcanzó a decir mientras Remy se apeaba.

-Eres el mejor amigo que he tenido en la vida y esta ha sido la mejor despedida de soltero de toda la historia de las despedidas de solteros. Ahora subiré, vomitaré y perderé el conocimiento.

-Genial. Espere a que llegue a la puerta -indicó Declan al taxista, y observó cómo Remy vacilaba y finalmente entraba en el edificio dando traspiés.

-Bien, el resto es asunto suyo. ¿Sabe dónde está Manet Hall?

El taxista le miró por el retrovisor.

-Sí.

-Vivo allí. Lléveme, ¿quiere?

-Está muy lejos. -El hombre se volvió y miró a

Declan de arriba abajo-. ¿Tiene dinero suficiente?

-Tengo dinero, tengo mucho dinero. -Declan rebuscó en sus bolsillos y empezó a sacar billetes-. Estoy forrado.

-Y que lo diga. -Sacudiendo la cabeza, el conductor se alejó de la acera-. Debieron de correrse una buena juerga, amigo.

-Y que lo diga -murmuró Declan antes de desplomarse sobre el asiento.

Lo siguiente que notó fue una banda de Dixieland desgañitándose dentro de su cabeza. Seguía boca abajo, pero la playa de Waikiki había acabado en su boca y la lengua se había convertido en un abrigo de pieles.

Algún sádico le estaba clavando pinchos en el hombro.

-Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.

-Demasiado tarde para recurrir a eso. Gírate lenta y suavemente, cher, y no abras los ojos todavía.

-Me estoy muriendo, llama a un cura.

-Tranquilo, Lena está contigo. -Con dulzura y regocijo, le dio la vuelta y le sostuvo la cabeza-. Limítate a tragar.

Declan borboteó, se atragantó y notó que algo asqueroso se llevaba por delante el pelaje, la arena y la garganta. Para defenderse, trató de apartar el vaso de los labios y abrió los ojos.

Hasta el día de su muerte negaría que el sonido que salió de su boca tuvo algún parecido con un aullido femenino.

Lena chasqueó la lengua.

-Te dije que no abrieras los ojos.

-¿Qué ojos? ¿Qué ojos? Me han ardido hasta hacerse cenizas.

-Bébete el resto.

-Aléjate, aléjate y llévate contigo tu veneno.

-Esa no es manera de hablar á una chica que ha venido a atenderte en tu lecho de muerte.

Declan se tumbó de nuevo y se tapó la cara con la almohada.

-¿Cómo sabías que me estaba muriendo?

-Me llamó Effie.

-¿Cuándo entierran a Remy?

-Por fortuna, va a casarse con una mujer poseedora de altas dosis de tolerancia, comprensión y sentido del humor. ¿Cuántos bares de tetas atacasteis ayer?

-Todos. Todos los bares de tetas de la región.

-Supongo que eso explica el cubrepezón que tienes en la mejilla.

-Mientes. -Pero cuando Declan introdujo la mano bajo la almohada, notó la borla-. Jesús. Ten compasión y mátame.

-Como quieras, cariño. -Lena aplicó suficiente presión sobre la almohada para hacerle agitar los brazos y obligarlo a incorporarse.

Declan tenía la cara roja y los ojos algo extraviados.

-No ha tenido gracia.

-Tendrías que haberlo visto desde este lado. -Lena rió. Declan todavía llevaba puesta la ropa del día anterior, la camisa arrugada y con manchas de alcohol medio salida de los téjanos. Otro cubrepezón asomaba por el bolsillo de la camisa. Este era rosa y plateado.

-Te sentirás mejor dentro de un rato. Bien no, pero mejor sí. Si te duchas y comes un poco, con la pócima que te he dado habrás recuperado la sensación en las piernas dentro de dos horas, puede que tres.

Alguien le había afeitado el pelaje de la lengua, notó Declan. No estaba seguro de que eso fuera una mejora.

-¿Qué había en esa cosa que me has dado?

-Es preferible que no lo sepas, pero le añadí cuatro aspirinas, así que no tomes ninguna más por el momento. Voy a prepararte una tortilla ligera y tostadas.

-¿Porqué?

-Porque tienes un aspecto penoso. -Lena procedió a besarle pero se retiró de un brinco y agitó una mano entre los dos-. Dios santo, cher, haz algo con ese aliento antes de que mates a alguien.

-¿Quién te mandó?

-Y date una buena ducha. Hueles como el suelo de un bar a punto de cerrar. -Lena se puso de pie-. ¿Por qué no ha venido nadie hoy?

-Anticipándome a la resaca, les comuniqué que quien apareciera por esta casa antes de las tres de la tarde sería ejecutado sin juicio.

Lena consultó su reloj.

-Te quedan algunas horas por delante.

-Si tengo que abandonar esta cama, cogeré una pistola. Me dolerá mucho matarte, pero lo haré.

-Estaré en la cocina. -Lena enarcó una ceja-. Tráete la pistola, cher, y veremos si recuerdas cómo se usa.

-¿Es un eufemismo? -gritó Declan mientras ella se alejaba, y enseguida lamentó haber alzado la voz. Sosteniéndose la cabeza entre las manos, se levantó muy lentamente.

Lena rió mientras bajaba. Y rió aún más cuando oyó un portazo. Seguro que Declan lamentaba haberlo dado, pensó. Entonces se detuvo en seco y miró hacia atrás al escuchar dos portazos más.

En fin... era evidente que no podía ahuyentar a los fantasmas con una pistola.

-Podéis armar el alboroto que queráis -dijo mientras se dirigía a la cocina-. No me dais miedo.

Las puertas de la biblioteca vibraron cuando pasó frente a ellas. Lena no hizo caso. Si un hombre hosco y maloliente no conseguía espantarla, menos aún lo conseguiría un fantasma malhumorado.

Estaba tan mono..., pensó mientras buscaba el café. Tan demacrado, viril y enfadado. Y con ese absurdo cubrepezón en la mejilla.

Los hombres perdían la mitad de su cociente de inteligencia cuando miraban a una mujer desnuda. Si ponías a un montón de ellos delante de un grupo de mujeres dispuestas a desnudarse al compás de la música, su sentido común se reducía al de un macizo de brécol.

Molió el café y puso en marcha la cafetera. Estaba batiendo los huevos en un cuenco cuando cayó en la cuenta de que era la primera vez en su vida que le hacía el desayuno a un hombre con el que no había pasado la noche.

¿No era extraño?

Aún más extraño resultaba que estuviera canturreando en la cocina de un hombre resacoso, maloliente e irascible que, para colmo, la había gritado. «Muy impropio de ti. Lena. ¿Qué está ocurriendo aquí?»

Le había intrigado el regocijo de Effie por el estado de Remy. Y aquí estaba ella, sintiendo lo mismo por el estado de Declan.

Miró por la ventana el jardín que tanto abandono había exhibido unos meses antes. Ahora resplandecía con sus nuevos retoños.

Había venido y dejado que él se filtrara en ella, que atravesara cerraduras y pestillos.

Estaba enamorada de Declan, mas no quería estarlo, tanto por el bien de él como de ella.

Decían había retirado el polvo de los sueños de Juventud que ella había enterrado. Aquellos sueños de amor, esperanza y fe. Ahora eran tan brillantes que la deslumbraban. Tan brillantes que la cegaban.

Y aterraban.

Matrimonio. Ese hombre quería matrimonio y ella no creía en hacer promesas a menos que vertieras sangre para mantenerlas.

¿Lo haría? ¿Podría?

-Creo que lo haría -dijo con voz queda-. Creo que lo haría por él.

La puerta de uno de los armarios se abrió de golpe.

Una taza azul salió disparada y se hizo añicos a sus pies.

Lena dio un salto atrás mientras los pedazos llovían sobre sus tobillos. Con expresión ceñuda, contempló la sangre que brotaba de los diminutos rasguños.

-Parece ser que ya lo he hecho. ¿No te gusta, verdad? -Sin soltar el cuenco, se dio la vuelta-. Lo último que deseas es que estemos juntos. Veremos quién gana.

Lo veremos.

Lena recogió un trozo de loza y lo deslizó por la yema de su dedo pulgar. Cuando la sangre asomó, alzó la mano y dejó que goteara.

-No soy tan débil como lo fue él. Si acepto amor, si prometo amor, lo mantengo.

El sonido de un carillón la sobresaltó. Era la melodía de Declan. Las primeras notas. E1 miedo y la estupefacción le cerraron la garganta y el cuenco tembló.

-¡Maldita sea, abre la puerta! -La voz de Declan resonó hinchada de irritación-. Luego asesina al idiota que haya tocado el timbre.

¿Timbre? Lena se mesó el pelo. Declan había instalado un timbre que tocaba «Después del baile». Viniendo de él, no podía ser de otro modo.

-Si sigues gritándome de ese modo -vociferó mientras salía al vestíbulo- tendrás que vértelas con algo peor que una resaca.

-Si te largaras y me dejaras morir en paz, no tendría que gritar.

-De aquí a un minuto subiré a retorcerte el pescuezo. Y después de retorcerte el pescuezo te daré una buena patada en el culo.

Lena abrió la puerta vociferando la última amenaza y se descubrió mirando furiosamente a una pareja de aspecto muy distinguido. Solo tardó lo que dura un pestañeo en sacudirse el mal genio y ver que los ojos de Declan la miraban con curiosidad desde la cara de una mujer.

-Soy Colleen Fitzgerald. -La dama, arreglada, rubia y sumamente atractiva, le tendió una mano elegante-. ¿Y quién es usted? Si es el culo de mi hijo el que piensa azotar, me gustaría saber cómo se llama.

-¿Mamá? -Goteando agua de la ducha, ataviado únicamente con unos pantalones de chándal viejos, Declan corrió hasta el rellano-. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Hola!

-Pese a los estragos de la resaca, bajó como una bala y los estrujó entre sus brazos-. No os esperaba hasta mañana.

-Cambio de planes. ¿Acabas de levantarte? -preguntó Colleen--. Es la una de la tarde.

-Anoche tuvimos despedida de soltero. Alcohol duro y mujeres disolutas.

-¡No me digas! -Colleen miró a Lena.

-Oh, no, esta no. Ella vino a hacer de Florence Nightingale. Colleen y Patrick Fitzgerald, Angelina Simone.

-Es un placer conocerla. -Patrick, larguirucho y desgarbado, de pelo oscuro y encantadoras canas en las sienes, dirigió a Lena una amplia sonrisa. Sus ojos azules brillaron al tenderle la mano.

Y mostraron preocupación al reparar en el pulgar.

-Estás herida.

-No es nada.

-¿Qué te ha pasado? Jesús, Lena, estás sangrando. -Presa del pánico, Declan la cogió de la muñeca, la levantó del suelo y la llevó hasta la cocina.

-Es solo un rasguño, Declan -susurró Lena-. Ya basta. Tus padres. Me estás dejando en ridículo.

-Calla. Déjame ver si es profundo.

Todavía en el umbral, Patrick miró a su mujer.

-¿Es ella?

-No hay duda de que eso piensa él. -Colleen apretó los labios y entró en la casa-. Echemos una ojeada

a todo esto.

-Es muy guapa.

-Tengo ojos, Patrick. -Y los utilizó para absorber la casa mientras seguían los pasos de Declan.

Era más, mucho más de lo que esperaba. No porque dudara del gusto de su hijo. Pero le habían hecho creer que la casa se hallaba en un estado de deterioro insalvable. Lo que ella veía eran estancias elegantes, detalles encantadores, cristaleras y maderajes brillantes.

Y en la cocina vio a su hijo inclinado sobre la mano de una mujer sumamente irritada, sumamente hermosa, que parecía muy capaz de llevar a cabo su amenaza.

-Lo siento. -Lena apartó a Declan de un codazo y sonrió a la pareja-. Se me cayó una taza, eso es todo. Me alegro de conocerles.

Declan se puso a rebuscar en los armarios.

-Necesitas un desinfectante y una tirita.

-Oh, déjalo ya, cualquiera diría que he perdido una mano. Y si no vas con cuidado acabarás pisando los pedazos rotos y en peor estado que yo. Lamento que su llegada haya sido tan accidentada -dijo a los padres de Declan-. Voy a limpiar todo esto y luego me iré.

-¿Adonde? -preguntó Declan-. Prometiste comida.

Lena se preguntó si Declan podía oír el rechinar de sus dientes.

-Echa lo que hay en ese cuenco en una sartén, enciende el fogón y tendrás comida. -Abrió bruscamente el armario de la limpieza-. ¿Por qué no ofreces a tus padres una taza de café o algo frío después de tan largo viaje? Te educaron mejor que eso.

-Desde luego -convino Colleen.

-Lo siento, ver sangrar de ese modo a la mujer que amo me ha trastornado.

-Declan. -Aunque la voz de Lena sonó queda, la advertencia era alta y clara.

-Me encantaría una taza de café -dijo animadamente Patrick-. Hemos venido directamente del aeropuerto. Queríamos ver la casa, y a ti también, Dec -añadió con un guiño.

-¿Y el equipaje?

-Lo enviamos al hotel. Hijo, esta casa es enorme. Demasiado espacio para un hombre solo.

-Lena y yo queremos cuatro hijos.

Lena dejó caer los fragmentos de la taza en la basura y se volvió raudamente hacia Declan.

-Vale, tres -rectificó él sin parpadear-. Pero es mi última oferta.

-Ya he tenido bastante. -Lena le puso la escoba y el recogedor en las manos-. Limpia tu propia porquería. Espero que disfruten de su estancia -dijo en un tono contenido a Colleen y Patrick-. Llego tarde al trabajo.

Salió por la puerta de atrás porque estaba más cerca y venció la necesidad de dar un portazo que agrietara las ventanas.

-¿No es preciosa? -dijo Declan con una amplia sonrisa-. ¿No es perfecta?

-La has irritado y has hecho que pasara vergüenza-dijo Colleen.

-Genial. Suelo hacer más progresos de esa manera. Os serviré una taza de café y luego daremos una vuelta por la casa.

Una hora más tarde Declan estaba sentado con su madre en la terraza de atrás mientras Patrick -que había perdido el debate- preparaba emparedados.

Lo peor de la resaca había pasado. Declan supuso que debía agradecérselo a la misteriosa pócima que Lena le había dado... y al placer de verla en la misma habitación que sus padres.

Caray, cómo los había extrañado, pensó. No se había dado cuenta de ello hasta que los vio.

-¿Y? -dijo al fin-. ¿Vas a decirme qué piensas?

-Sí. -Pero Colleen siguió contemplando los jardines-. Hace calor, ¿no crees? Es pronto para que haga este calor, me parece a mí.

-En realidad hoy hace un poco de fresco. Deberías haber estado aquí hace un par de días. Podrías haber cocido un huevo aquí fuera.

Colleen oyó cómo lo dijo, con cierto orgullo.

-Nunca te gustó el frío. Cuando íbamos a esquiar, preferías quedarte jugando en la cabaña a bajar por las pistas.

-El esquí es algo que la gente inventó para hacer ver que la nieve es divertida.

-Me temo que no te invitaremos a Vermont este año. -Pero la mano de Colleen acarició la de su hijo-. La casa es hermosa. Declan. Hasta lo que todavía no has restaurado es hermoso, a su manera. Me gustaba pensar que tu trabajo con las herramientas y la madera era una mera afición. Prefería pensar eso. Imaginaba que mientras fueras abogado seguirías en Boston. Me horrorizaba verte marchar, así que te lo puse difícil. No lo siento. Eres mi niño -dijo, y llegó hasta lo más profundo del corazón de Declan.

-No tengo que vivir en Boston para estar cerca.

Ella sacudió la cabeza.

-Ya no aparecerás por casa inesperadamente. No tropezaremos en restaurantes o en fiestas o en el teatro. Eso me causa dolor, un dolor que comprenderás cuando tengas esos tres o cuatro hijos.

-No quiero que estés triste.

-Cómo no voy a estarlo. No seas bobo. Te quiero.

-Eso dices -respondió él juguetonamente.

Colleen le miró, ojos grises sobre ojos grises.

-Afortunadamente para los dos, te quiero lo bastante para saber cuándo dejarte ir. Has encontrado tu lugar aquí. No negaré que esperaba que no fuera así, pero como lo has encontrado, me alegro por ti.

-Gracias. -Declan se inclinó para besarla.

-En cuanto a esa mujer...

-Lena.

-Sé cómo se llama, Declan -repuso secamente Colleen-. Como suegra en potencia, tengo derecho a dirigirme a ella como «esa mujer» hasta que la conozca un poco mejor. En cuanto a esa mujer, no se parece en nada a la mujer que había imaginado para ti. Por lo menos cuando te imaginaba

prosperando en el bufete de abogados y comprando una casa cerca de nosotros y con fácil acceso al club de campo. Jessica habría cumplido bastante bien los requisitos como nuera dentro de ese contexto. Una buena pareja de tenis que juega bien al bridge y está capacitada para presidir los comités adecuados.

-Deberías adoptarla.

-Calla, Declan. -El tono de Colleen fue dulce y, al mismo tiempo, firme. Lena lo habría reconocido al instante-. Todavía no he terminado. Jessica, por mucho que me conviniera a mí, era evidente que no te convenía a ti. No eras feliz, y había empezado a notarlo y a preocuparme poco antes de que rompieras. Traté de convencerme de que eran los nervios prenupciales, pero sabía que me estaba engañando.

-No habría hecho daño que hubieras hablado del

tema.

-Puede, pero estaba irritada contigo.

-No hace falta que lo jures.

-No seas descarado, jovencito, sobre todo cuando estoy a punto de ponerme sentimental. Siempre fuiste un niño alegre, inteligente, espabilado y agudo. Tenías lo que yo llamaba un corazón vital, y lo perdiste. Hoy he visto que lo has recuperado. Lo vi en tus ojos cuando mirabas a Lena.

Declan tomó la mano de su madre y la frotó contra su mejilla.

-La has llamado Lena.

-Temporalmente. Todavía no le he dado el visto bueno. Y créeme, hijo, ella tampoco nos ha dado el visto bueno a tu padre y a mí. De modo que te aconsejo que te quites de en medio y nos dejes hacer el trabajo a nosotros. -Colleen estiró las piernas-. ¿Patrick? ¿Has tenido que cazar al cerdo para hacer los emparedados de jamón?

Declan sonrió y posó en la mano que sostenía un beso fuerte y sonoro.

-Os quiero.

-Nosotros también te queremos. -Colleen le apretó los dedos antes de soltarlos-. Solo Dios sabe

por qué.

Soñó con tormentas y dolor. Con miedo y gozo.

La lluvia y el viento azotaban las ventanas y el dolor que lo flagelaba salía en forma de aullidos.

El sudor y las lágrimas cubrían la cara de él… de ella. El cuerpo de ella. El dolor de él.

La habitación aparecía dorada con la lámpara de gas y el fuego de la chimenea. Y mientras fuera rugía la tormenta, otra se debatía dentro de ella. De él.

Las contracciones le golpeaban la barriga con un dolor cegador. Su llanto era primitivo y le ardía la garganta.

¡Empuja, Abby! ¡Tienes que empujar! Ya casi estás.

Agotada, estaba agotada y débil. ¿Como podía él experimentar tanto dolor? Los dientes le rechinaban. Casi como a una loca. Todo lo que era, todo lo que tenía, estaba concentrado en esta tarea, en este milagro.

Su hijo. Su hijo, y el hijo de Lucían, estaba luchando por venir a este mundo. Y ella luchaba con todas las fuerzas que le quedaban. Una vida dependía de ello.

¡Ya se ve la cabeza! ¡ Y el pelo! Otro empujón, Abby. Otro empujón, chére.

Ahora ella reía. Mejor que gritar, aunque la risa tuviera un atisbo de histeria. Se apoyó en los codos y echó la cabeza hacia atrás mientras un dolor nuevo e indescriptible la atravesaba.

Este momento único, este acto, era el mayor regalo que una mujer podía hacer. Este regalo, este bebé, estaría protegido, sería atendido, sería amado el resto de sus días.

Y entre aullidos de dolor, con el estallido de relámpagos, con el rugido de los truenos, ella empujó y empujó, y dio al mundo una nueva vida.

¡Una niña! Tienes una hija preciosa.

El dolor quedó olvidado. Las horas de sudor, sangre y sufrimiento quedaron eclipsadas por una felicidad arrolladora. Sollozando, Abby alargó los brazos para acoger a la pequeña recién nacida cuyo llanto sonaba a triunfo.

Mi rosa. Mi bella Marie Rose. Llama a Lucian para que vea a nuestra hija.

Primero lavaron a la madre y a la hija, sonriendo ante la impaciencia de la madre y el llanto de la pequeña. Lucian tenía lágrimas en los ojos cuando entró en la habitación. Los dedos le temblaban cuando tomó la mano de ella. Su cara se llenó de admiración cuando miró a la niña que habían creado.

Abby le contó lo que había jurado en el momento en que le pusieron a Marie Rose en los brazos.

La protegeremos, Lucían. Pase lo quépase, la protegeremos y haremos que sea feliz. Es nuestra. Prométeme que siempre la amarás y la cuidarás.

Claro que sí. Es tan hermosa, Abby. Mis preciosas chicas, os quiero.

Dilo. Necesito oírte decirlo.

Sosteniendo la mano de Abigail, Lucían posó suavemente un dedo en la mejilla de su hija. La amaré y la cuidaré siempre. Lo juro.

Patrick Fitzgerald tomó la mano de su mujer cuando caminaban por el Quarter. Sabía que su destino era Et Trois y su misión echar otra ojeada a Angelina Simone.

-Colleen, esto se parece mucho a la intromisión y el espionaje.

-¿Y con eso quieres decir… ?

Patrick tuvo que echarse a reír. Después de casi cuarenta años de matrimonio, esta mujer siempre conseguía hacerle reír. Para él eso era, por encima de todo, señal de una unión feliz.

-Supongo que eres consciente de que a lo mejor no está. Tener un bar no significa estar en él todos los días y a todas horas.

-En ese caso, echaremos un vistazo al local y tomaremos una copa. Es algo totalmente respetable.

-Claro, querida.

Patrick únicamente utilizaba esa expresión, ese tono, cuando quería burlarse de su esposa. Colleen se debatió entre propinarle un codazo en las costillas o sonreír.

Hizo ambas cosas.

El gentío, el ruido, el calor y esa elegancia exuberante y decadente de la ciudad eran aspectos que solo le atraían para una visita breve. Ella prefería el encanto añejo y, por qué no decirlo, la distinción de Boston

Boston tenía, sin duda, su lado sórdido, mas no era tan evidente, tan festejado. El sexo debía ser algo divertido e interesante. Por Dios, no era ninguna mojigata. Pero también debía ser íntimo.

Así y todo, el trágico lamento del saxofón que inundaba el aire le tocó la fibra sensible.

Si su hijo estaba decidido a hacer de este lugar su hogar, ella lo aceptaría. Y puede que, tras un examen y un debate más exhaustivos, también aceptara a la mujer.

-Ya tendrás tiempo de interrogarla mañana, en la boda -dijo Patrick.

Colleen suspiró ante la mentalidad de los hombres. Los muy benditos eran criaturas simples. Cándidas, en realidad. Estaba claro que el primer paso consistía en observar a la muchacha en su propio entorno.

Estudió el barrio, la ubicación del bar, el nivel de tráfico. Decidió que Lena había elegido sabiamente, y que tenía gusto y criterio suficientes para haber conseguido que la fachada del bar armonizara con los demás locales.

Le gustaba la terraza superior, las macetas de flores, los colores llamativos que contrastaban con los tonos crema. Eran signos de clase y buen gusto, de interés por la atmósfera.

Había sonsacado a Declan que Lena vivía encima del bar y ahora se preguntó si no debería echar también un vistazo a la vivienda.

Entró en Et Trois y lo sometió a un examen minucioso y objetivo. Estaba limpio, detalle que contó con su aprobación.

Había gente pero no era agobiante, aspecto que coincidía con la idea que ella tenía de un negocio. Demasiado pronto para el gentío de la noche, pensó Colleen, demasiado tarde para el turno del almuerzo.

La música que salía de los altavoces era cajún, supuso, y también contó con su aprobación. Era animada pero no impedía conversar con tranquilidad.

Detrás de la barra trabajaba un hombre negro con una camisa roja. Cara amable, pensó Colleen, manos suaves. Una camarera joven -rubia, desenvuelta, con unos téjanos demasiado ceñidos- estaba atendiendo una mesa.

Colleen divisó lo que supuso, a juzgar por las cámaras y las bolsas, eran turistas. El resto, se dijo, era gente del lugar.

La comida que servían allí impregnaba el aire de un aroma picante.

Lena salió de la cocina. Sus miradas se encontraron al instante y el reconocimiento fue inmediato. Colleen dejó que sus labios esbozaran una sonrisa tenue y cortés, y, seguida de Patrick, se acercó hasta la barra.

-Buenas tardes, señora Fitzgerald, señor Fitzgerald.

-Una sonrisa igualmente tenue, igualmente cortés, curvó los labios de Lena-. ¿Han estado comprando en el Quarter? -preguntó echando una ojeada a las bolsas que portaba Patrick.

-Colleen raras veces pasa por delante de una tienda sin ver algo que necesita.

-Seguro que de ahí le viene a Declan. ¿Desean ver la carta?

-Ya hemos comido, gracias. -Colleen se sentó en un taburete-. Me gustaría un martini. Muy frío, muy seco, preciso, agitado. Tres aceitunas.

-¿Y para usted, señor Fitzgerald?

-Que sea lo mismo y que sea Patrick. -Se sentó en un taburete al lado de su esposa-. Tienes un bar muy agradable. ¿Ofrecéis música en directo? -preguntó señalando con la cabeza el escenario.

-Cada noche a las nueve. -Lena le dirigió una sonrisa sincera mientras procedía a preparar los martinis-. Si les gusta bailar, vuelvan más tarde. Se les irán los pies lo quieran o no. ¿Están disfrutando de su visita?

-Estamos deseando que llegue la boda -comentó Colleen-. Remy es como de la familia. Y nos agrada ver lo mucho que Declan ha avanzado con la casa.

-Es feliz en ella.

-Sí.

Lena sacó de la nevera las dos copas de martini que había puesto a enfriar.

-Ustedes preferirían que fuera feliz en Boston y con la mujer con la que estuvo a punto de casarse.

--Así es, pero no podemos cambiar la vida de los demás, ni siquiera la de los hijos. Y es evidente que no podemos elegir a quién deben amar. ¿Estás enamorada de mi hijo, Lena?

Con un pulso firme como una roca. Lena sirvió los martinis.

-Eso es algo de lo que hablaré con él cuando esté preparada. Invita la casa -dijo mientras añadía las aceitunas-. Espero que esté a su gusto.

-Gracias. -Colleen levantó su copa y bebió. Acto seguido enarcó una ceja-. Es excelente. Siempre he pensado que preparar el martini perfecto es un arte y siempre me ha sorprendido y decepcionado la cantidad de gente que posee un bar o un restaurante y sirve martinis imperfectos.

-¿Por qué hacer algo si no estás dispuesto a hacerlo bien?

-Exacto. Es una cuestión de orgullo, ¿no crees? De uno mismo, de su trabajo, de su vida. Los defectos son aceptables e incluso necesarios para hacernos humanos y humildes. Pero servir a un invitado o a un cliente menos de lo que uno es capaz de dar me parece una arrogancia o una chapuza. A menudo ambas cosas.

-Para mí no tiene sentido hacer las cosas a medias-dijo Lena, y llenó un cuenco con cosas de picar-. Si no sé preparar un buen martini, me haré a un lado y observaré cómo se hace. Si no obrara así me estaría defraudando a mí misma y a la persona que cuenta conmigo.

-Buena política. -Colleen probó una aceituna-. Si no ponemos alto el listón tendemos a conformarnos con menos de lo que nos hace felices y productivos y puede que estafemos a la gente que nos importa.

-Cuando una persona me importa, y elijo con cuidado, quiero lo mejor para ella. Quizá ella se conforme con menos, pero yo no.

Cuando Patrick se inclinó y escudriñó el martini de su esposa, Colleen arrugó el entrecejo.

-¿Qué haces?

-Intento descifrar qué tiene tu martini que no tiene el mío.

Lena rió y sus hombros se relajaron.

-Se parece mucho a usted, ¿verdad? Aunque ha sacado los ojos de su madre. Pueden verte por dentro aunque te resistas. Declan los quiere a los dos con locura y eso es importante para mí. Por eso voy a decirles algo.

Se inclinó un poco más.

-Provengo de una familia sencilla. Fuerte, pero sencilla. Mi madre es un cero a la izquierda y una vergüenza mayor de lo que me gusta reconocer. Pero mi abuelo era un hombre bueno y decente. Mi abuela es tan buena como cualquiera y mejor que la mayoría. Regento este bar porque se me da bien y me gusta, y no pierdo el tiempo con cosas que no me gustan.

Se recogió el pelo detrás de la oreja y mantuvo la mirada fija en Colleen.

-Soy egoísta y testaruda, y no veo nada de malo en eso. Me trae sin cuidado el dinero de Declan o el de ustedes, de modo que ese tema ya está aparcado. Es el mejor hombre que he conocido en mi vida y no soy lo bastante buena para él. Lo digo sabiendo que soy lo bastante buena para casi cualquier hombre, pero él es diferente. Tiene esa fachada de afabilidad pero es más testarudo que yo, que ya es decir, y todavía no he decidido qué hacer con respecto a nosotros. Cuando lo decida, él será el primero en saberlo. Espero que les informará de ello. -Lena jugó inconscientemente con la llave que llevaba colgada del cuello-. En fin, ¿les apetece otra copa?

-Por ahora estamos servidos -dijo Colleen.

-Discúlpenme un momento, he de atender un pedido. -Se alejó por la barra hasta donde estaba la camarera aguardando con una bandeja vacía.

-¿Y bien? -preguntó Patrick-. Creo que te ha puesto en tu sitio.

-Así es. -Satisfecha, Colleen dio otro sorbo a su martini-. Servirá.

-No estoy nervioso. -Remy se hallaba en la biblioteca, pálido y asustado, mientras Declan le colocaba un lirio de los valles en la solapa del esmoquin.

-Puede que si lo dices una docena de veces más te lo creas. Maltida sea, estate quieto, Remy.

-Estoy quieto.

-Exceptuando el pequeño ataque de nervios que padeces, estás sereno como una roca.

-Quiero casarme con Effie. Quiero pasar mi vida con ella. Éste es el día que los dos hemos esperado con impaciencia durante meses.

-Tienes razón. Hoy -dijo Declan en tono solemne- es el primer día del resto de tu vida.

-Estoy mareado.

-Es demasiado tarde para vomitar -repuso Declan alegremente-. Estás en la recta final. ¿Quieres que te traiga a tu padre?

-No, no. Seguro que ya tiene bastante con mamá. ¿Cuántas personas dijiste que hay ahí afuera?

-Doscientas la última vez que miré, y siguen llegando.

-Jesús, Jesús, Jesús. ¿Por qué no nos fugamos? ¿Cómo puede un hombre plantarse delante de doscientas personas y cambiar su vida para siempre?

-Creo que esa tradición se creó para que el novio no pudiera echar a correr. La gente lo perseguiría para lincharlo.

-No sabes cómo me tranquilizas, cher. ¿Por qué no me consigues un trago de bourbon?

Declan caminó hasta una vitrina y sacó una botella.

-Supuse que te haría falta. -También sacó una lata de Altoids-. Y esto. Si hueles a whisky delante de la novia, será ella la que salga corriendo.

Declan empezó a servir el líquido, pero en ese momento la puerta se abrió después de un golpecito rápido y entró su madre. Raudo y veloz, ocultó la botella y el vaso detrás de la espalda.

-¡Estáis guapísimos! Declan, dale solo un trago de ese whisky que escondes y asegúrate de que luego se lave la boca.

-Tengo Altoids.

-Bien. -Sonriendo, Colleen se acercó a Remy y jugó con su corbata-. Estás nervioso porque es el día más importante de tu vida. Tendrías un

grave problema si no lo estuvieras. Te prometo que los nervios desaparecerán en cuanto veas a Effie. Está preciosa. -Le tomó la cara entre las manos-. Estoy muy orgullosa de ti.

-¿Y de mí? -preguntó Declan-. Fui yo quien pensó en los Altoids.

-Ya te llegará el turno. Vas a casarte con la mujer que amas -prosiguió Colleen-. Estás rodeado de amigos y familiares que os quieren. Es un día hermoso y tu hermano, tu hermano de corazón, se ha encargado de ofrecerte un entorno hermoso. Dale un trago a ese bourbon y respira hondo. Luego sal y cásate.

-Sí, señora. La quiero, señorita Colleen.

-Lo sé. Yo también te quiero, pero no voy a besarte para que se me corra el pintalabios. Un trago y solo uno. Declan. Si este muchacho sale de aquí haciendo eses, tú serás el responsable.

Declan pensaría más tarde que su madre tenía razón, como siempre. Cuando se colocó al lado de Remy, y Effie, toda vestida de blanco, salió a la terraza, notó que los nervios desaparecían de su amigo, de su hermano, vio la amplia sonrisa que se formaba en su rostro y escuchó su suave «Esa es mi chica».

Entonces se descubrió recorriendo con la mirada las hileras de invitados hasta encontrar la de Lena. Y tú eres mi chica, pensó, esta vez haremos que funcione.

Y así, de pie en el jardín, con la mansión blanca erguida sobre el verde césped, vio a sus amigos contraer matrimonio.

¿ Cuando se besaron, cuando se volvieron para ser declarados marido y mujer, se oyeron vítores y clamores, vítores muchos más liberadores y festivos que el aplauso al que estaba acostumbrado.

Notó que su sonrisa se ampliaba casi tanto como la de Remy.

La música comenzó casi al instante. Violines, washboards, acordeones. Cuando el fotógrafo redujo la muchedumbre a la novia y el novio. Declan se abrió paso por el mar de gente hasta llegar junto a Lena.

Vestía de rojo. De un rojo amapola que dejaba al descubierto la espalda salvo por un intrigante entramado de cintas delgadas. Justo encima del corazón se había prendido el reloj esmaltado con alas doradas que Lucían había regalado a Abigail.

-Me preguntaba si te lo pondrías alguna vez.

-Es especial -dijo ella-, así que lo reservo para ocasiones especiales. Ha sido una boda preciosa. Hiciste un buen trabajo con la casa. Eres un buen amigo.

-Tengo muchas cualidades, lo cual te convierte en una mujer muy afortunada. Te he echado de menos estos dos últimos días.

-Los dos hemos estado muy ocupados.

-Quédate esta noche. -Declan le cogió la mano mientras veía excusas en sus ojos-. Angelina, quédate esta noche.

-Quizá lo haga. Tienes muchas personas con las que debes hablar.

-Ya están hablando entre ellas. ¿Dónde está la señorita Odette?

Lena frunció el entrecejo.

-Tu madre se la llevó.

-¿Quieres que las busque? ¿Quieres que libere a la señorita Odette?

El orgullo tensó la espalda y la voz de Lena.

-Mi abuela puede competir con tu madre cualquier día de la semana.

-¿De veras? -Regocijado, Declan afiló desafiante la mirada-. Si llegan a las manos yo apuesto por Colleen. Su gancho de izquierda es perverso. ¿Por qué no nos servimos una copa de champán y las buscamos para ver por qué asalto van?

-Si hiere los sentimientos de mi abuela...

-Mi madre nunca haría eso. -Con el semblante, Declan le sacudió los hombros-. ¿Por quién la has tomado, Lena? Si se llevó a la señorita Odette es porque desea conocerla.

-Supongo que también por eso arrastró a tu padre hasta mi bar, para conocerme mejor.

-¿Estuvieron en tu bar?

-Sí. -Irritada consigo misma por estar irritada, Lena alargó un brazo para levantar una copa de la bandeja del camarero que pasaba en ese momento por su lado-. Vino a inspeccionar el bar y a inspeccionarme a mí. Hizo un buen repaso y obtuvo un martini de los mejores. Y la puse en su sitio.

Declan experimentó un pánico típicamente masculino cuando imaginó a las dos mujeres más importantes de su vida midiendo fuerzas.

-¿Qué demonios significa eso?

-Dije lo que tenía que decir, eso es todo. Ahora nos entendemos bien.

-¿Por qué no me pones al día para que yo también pueda entenderte?

-Este no es el momento ni el lugar.

-Pues lo encontraremos.

Al oír el genio en su voz, Lena se encogió de hombros. Luego sonrió y le pasó un dedo por la mejilla.

-No te enfades, cher. Estamos en una fiesta. Tú y yo podemos pelearnos en cualquier otro momento.

-De acuerdo, lo dejaremos para dentro de un rato.

-Declan le sostuvo el mentón con la mano-. No sé a quién estás subestimando. Lena, si a mí, a mi familia o a ti misma. Cuando tengas la respuesta, dímelo. -Se inclinó y la besó levemente-. Hasta luego.

La fiesta pasó al salón de baile y se extendió hasta las terrazas y el césped. Por primera vez en muchas décadas la casa se llenó de risas y música. Niños correteando, bebés llorando, parejas coqueteando y amigos cotilleando atestaban el gran salón, se relajaban en los jardines bajo sombrillas blancas o paseaban por la terraza.

A Declan le gustaba imaginar la casa absorbiendo toda esa energía positiva, incluidos los siniestros recodos de las habitaciones que había mantenido a oscuras y cerradas bajo llave.

-Declan. -Effie le posó una mano en el brazo-. ¿Me concedes este baile?

-¿Han asesinado a Remy? -La condujo hasta la pista-. Solo así dejaría Remy que te alejaras más de un metro de él. -Le besó la mano antes de tomarla en sus brazos-. No se lo reprocho. Si tienes a la mujer más hermosa de la fiesta, has de mantenerla cerca.

-Ay, Declan. -Effie apoyó una mejilla en la de él-, Si no estuviera perdidamente enamorada de mi marido, haría lo que fuera por conquistarte.

-Si alguna vez te cansas de él, dímelo.

-Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho para poder ofrecerme este maravilloso día. Sé que mi madre, mi hermana y yo te volvimos un poco loco las últimas dos semanas.

-¿Solo fueron dos semanas? -Declan sonrió-. Mereció la pena cada hora que permanecí escondido en los armarios para que no me encontrarais.

-Soy tan feliz, tan feliz, y te quiero. Hoy quiero a todo el mundo -dijo Effie con una risa-. A todo el mundo, pero hoy, además de a Remy, a ti es a quien más quiero, y por eso deseo que seas feliz.

-Lo soy.

-No del todo. -Effie acercó los labios a su oído-. Declan, hay algo en esta casa que no está resuelto. Pensaba que no creía en esas cosas.. .pero lo percibo. Cuando estoy aquí, siempre lo percibo. Lo percibo incluso hoy.

Declan notó el escalofrío que recorría la espalda de Effie y la frotó para espantarlo.

-Hoy no deberías pensar en eso. Hoy no deberías preocuparte por nada.

-Estoy preocupada por ti. Algo... no está resuelto. En parte... creo que en parte es culpa mía.

-¿Tuya? -Declan se separó ligeramente de Effie para poder verle la cara y la condujo hacia un rincón-. ¿Qué quieres decir?

-Ojalá lo supiera. Solo sé lo que siento. Hubo algo que hice, o que no hice por ti. Sé que no tiene sentido, pero es una sensación muy fuerte. La sensación de que no estuve a tu lado cuando más me necesitabas. Me temo que algo malo volverá a ocurrir si el asunto no se resuelve. En fin, por absurdo que suene, solo quiero decirte que lo siento, que siento mucho haberte fallado en lo que fuera.

-No importa. -Declan le besó la frente-. Fuera lo que fuera, si es que hubo algo, no podías saberlo. Además, hoy no es un día para mirar atrás. Ahora solo hay que mirar al mañana.

-Tienes razón. Pero... ten cuidado -dijo Effie justo cuando Remy se acercaba y propinaba un puñetazo jocoso a Declan.

-Estás abrazando a mi esposa, cher. Vete a buscar a tu chica.

-Buena idea.

Declan buscó a Lena y la encontró charlando con algunos invitados. El rojo de su vestido era como una delgada lengua de fuego sobre su piel morena. Supuso que su reacción al vestido, a ella, era más que evidente cuando, mientras se acercaba, vio asomar en los ojos de Lena ,esa mirada esencialmente femenina. Se volvió y tendió una mano a su abuela.

-Señorita Odette, ¿me concede este baile?

-Todavía no ha llegado el día en que rechace un baile con un hombre apuesto.

-Está preciosa -le dijo cuando salieron a bailar.

-Las bodas me hacen sentir joven. Tuve una charla agradable con tu madre.

-¡No me diga!

-Pareces sorprendido -dijo Odette con una risita-. Te aseguro que congeniamos. Se alegró cuando le dije que la primera vez que te vi supe que te habían educado bien. Ella me devolvió el cumplido diciendo otro tanto de mi Lena. Luego hablamos de esas cosas de las que hablan las mujeres en las bodas, las cuales seguro que te aburrirían, pero te diré que estuvimos de acuerdo en que eres un joven muy apuesto. Y un joven apuesto ha de encontrar más razones para vestir esmoquin

-Podría convertirme en maítre, pero reciben mejores propinas si tienen un acento esnob, y dudo que pueda imitarlo.

-Entonces tendré que esperar a tu boda para volver a verte tan elegante.

-Eso me temo. -Declan miró por encima de la cabeza de Odette, pero Lena ya no estaba-. La de hoy está saliendo muy bien. Me preocupaba que la tormenta de anoche estropeara las cosas.

-¿Tormenta? Cher, anoche no hubo ninguna tormenta.

-Claro que sí, y de las fuertes. No me diga que no la despertó.

-Estuve levantada hasta medianoche. -Odette le miró con detenimiento-. Terminando el dobladillo de este vestido. Volví a levantarme a las cuatro, cuando Rufus decidió que necesitaba salir. Divisé luces aquí y me pregunté qué hacías levantado a esas horas. El cielo estaba claro como el agua, Declan.

-Debí... debí de soñar con una tormenta. Estrés prenupcial. -Mas no se había levantado a las cuatro. De hecho, que él supiera no se había levantado para nada después de medianoche, cuando recorrió la casa para apagar las luces antes de acostarse.

Sueños, pensó. Viento y lluvia, el destello de relámpagos. El fuego ardiendo en la chimenea. Dolor, sudor, sed. Sangre. Manos de mujeres, voces de mujeres -¿de Effie?-dando consuelo, dando ánimo.

Ahora lo recordaba con claridad, y se detuvo en medio del baile. Había dado a luz a un bebé. Había experimentado un parto. Dios santo.

-¿Cher? ¿Declan? Salgamos. -Con suavidad, Odette lo sacó de la pista-. Necesitas un poco de aire.

-Sí. Las mujeres del sur son propensas a los desmayos, ¿verdad?

-¿Cómo dices?

-No importa. -Le atormentaba, le atemorizaba lo que le había ocurrido dentro de su propio sueño. Dentro, supuso, de sus propios recuerdos-. Entre -dijo a Odette-. Voy a dar un paseo para despejarme.

-¿De qué te has acordado?

-De un milagro -murmuró Declan-. Recuérdeme que le haga a mi madre un gran regalo. No sé cómo ustedes, las mujeres, logran pasar por eso una vez, y ella pasó por eso cuatro veces. Increíble -farfulló, y se dirigió a la escalinata-. Sencillamente increíble.

Dio una vuelta a la casa y volvió a entrar para beber un vaso de agua helada. Lo utilizó para bajar tres aspirinas extrafuertes que esperaba detuvieran el atroz dolor de cabeza que lo había asaltado en cuanto recordó el sueño.

Desde su dormitorio podía oír la música procedente del salón de baile.

Tenía que volver, cumplir con sus obligaciones de padrino y anfitrión, pero lo único que quería era derrumbarse sobre la cama, cerrar los ojos y olvidarlo todo.

-Declan. -Lena entró por la terraza y cerró las puertas tras de sí-. ¿Qué te ocurre?

-Nada. Dolor de cabeza, eso es todo.

-Llevas ausente una hora. La gente está preguntando por ti.

-Ahora voy. -Pero se sentó en el borde de la cama-. Dentro de un minuto.

Ella se acercó.

-¿Es fuerte?

-Los he tenido peores.

-¿Por qué no te tumbas un rato?

-No voy a meterme en la cama el día de la boda de mi mejor amigo, a menos que quieras hacerme compañía.

-Es tentador. Cuando veo a un hombre con esmoquin siempre me dan ganas de desnudarlo.

-Los maítres deben de adorarte.

-Hombre, un chiste malo, eso quiere decir que estás mejor.

-Teniendo en cuenta que di a luz hace menos de veinticuatro horas, creo que estoy estupendo.

Lena apretó los labios.

-Cher, ¿cuánto has bebido exactamente esta noche?

-Mucho menos de lo que pienso beber. ¿Te acuerdas de tu teoría de que yo era Abigail Manet? Estoy empezando a creer que tenías razón, porque soñé que estaba en esa habitación del pasillo, en la cama que he visto pero que no está. Vi a Abigail en esa cama, dando a luz. Lo viví, y te aseguro que no es ninguna tontería. La parturienta que no le da a las drogas duras está loca. Supera todo lo que inventaron para esa entretenida institución conocida como la Inquisición española.

-Soñaste que eras Abigail y...

-No parecía un sueño. Lena, y creo que estaba en ese cuarto cuando tuve la alucinación, o como quieras llamarlo. Recuerdo la tormenta, los ruidos, y lo asustado que estaba, lo concentrado que estaba en dar a luz a ese bebé. -Se detuvo y repitió las palabras-. Caray, qué raro suena.

-Y que lo digas. -Lena se sentó a su lado.

-Oía voces, voces de otras mujeres que me estaban ayudando. Podía ver sus caras, sobre todo la de la joven, la que tenía la edad de Abigail. Notaba el sudor que me caía por 1a cara y el increíble agotamiento. Después la sensación de que me estaban desgarrando. Luego el alivio, el entumecimiento, el jodido prodigio de traer una vida al mundo. Y por último el aluvión de orgullo y amor cuando colocaron ese milagro en mis brazos.

Declan se miró las manos mientras Lena le miraba fijamente.

-Podía ver al bebé, Lena, con toda claridad. Todo enrojecido, arrugado y enfadado. Los ojos azul oscuro, el cabello moreno, la boca encarnada, unos dedos delgados y diminutos, y pensé; hay diez y está perfecta. Mi perfecta Rose.

Miró a Lena.

-Marie Rose, tu tatarabuela. Marie Rose -repitió-, nuestra hija.

Su hija. Lena no podía negarlo, y algo dentro de ella se lamentaba. Pero no podía hablar de ello, no quería hablar de ello, no mientras la cabeza y el corazón le pesaran tanto.

Se volcó de nuevo en el gentío, la música, las risas. Estaba en el ahora, pensó. Y el ahora era lo que importaba.

Se sentía viva, la piel acariciada por el aire cálido de la noche, bajo la luz blanca y pura de la luna, envuelta en la fragancia de las flores y los jardines.

Rosa y verbena, heliotropo y jazmín.

Azucenas. Su flor favorita había sido la azucena. Siempre tenía azucenas en su habitación. Primero en las

dependencias del servicio, luego en el dormitorio de ambos. Cortadas a escondidas del jardín o el invernadero.

Y para el cuarto infantil, rosas. Pequeños capullos para su preciosa Marie Rose.

Asustada, apartó esos pensamientos, esas imágenes. Agarró a un invitado y le convenció para que bailaran.

No quería el pasado. Estaba muerto y acabado. No quería el futuro. Era caprichoso y a menudo cruel. Había que vivir y disfrutar el momento. E incluso controlarlo. Por tanto, cuando el padre de Declan le cogió la mano, esbozó una sonrisa radiante.

-Es un cajún de doble paso. ¿Podrá con él?

-Ahora lo sabremos.

Giraron entre las demás parejas con movimientos prestos y elegantes que hicieron reír a Lena.

-Caray, Patrick, es usted un bailarín nato. ¿Seguro que es yanqui?

-Hasta la médula. Claro que no hay que olvidar mi lado irlandés. Mi madre era una gran bailarina de step-dancing, y todavía es capaz de ponerse a bailar después de un par de jarras de cerveza.

-¿Cuántos años tiene su madre?

-Ochenta y seis. -Patrick la alejó y la recogió-.Los Fitzgerald son gente longeva y llena de energía. Algo te tiene preocupada.

Lena mantuvo el semblante alegre.

-¿Qué podría preocuparme en un día y un lugar tan encantadores?

-He ahí el enigma. ¿Por qué no tomamos una copa de champán mientras me lo cuentas?

No le dio la oportunidad de declinar la invitación. De tal palo tal astilla, pensó Lena cuando Patrick le sujetó la mano con firmeza. La llevó hasta el bar, pidió dos copas y salieron.

-Es una noche perfecta -dijo Lena, y aspiró hondo-. Mire esos jardines. Cuesta creer lo mal que estaban hace unos meses. ¿Le ha hablado Declan de los Franks?

-De los Franks, de Tibaid, de Effie, de la señorita Odette. De los fantasmas, de ti.

-No se ha dejado nada. -Lena bebió champán y caminó hasta la barandilla. Todavía se veía gente bailando en el césped. En una mesa, bajo una luna blanca, había un grupo de mujeres, unas con niños dormidos sobre el hombro, otras con niños lánguidos sobre el regazo.

-Declan estaba aburrido en Boston.

Intrigada, Lena desvió la mirada de la gente, del encanto de las bombillas de colores, y la posó en Patrick.

-¿Aburrido?

-Descontento, inquieto, pero sobre todo aburrido.

De su trabajo, de su prometida, de su vida. Lo único que le alegraba la cara era la vieja casa que estaba restaurando. Me preocupaba que siguiera adelante y se casara con la mujer equivocada, que trabajara en una profesión que le disgustaba, que llevara una vida que solo le satisfacía a medias. No tenía de qué preocuparme.

Se apoyó en la barandilla y contempló el salón de baile.

-Nunca tuvo la mente ni el corazón en el camino que su madre y yo le habíamos preparado. No queríamos verlo, así que durante mucho tiempo no lo vimos.

-Solo querían lo mejor para él. La gente tiende a pensar que lo mejor para uno también es lo mejor para

las personas que quieren.

-Es cierto, y Declan, por naturaleza, tiende a hacer cuanto está en su mano por hacer felices a las personas que quiere. Él te quiere.

Como Lena no decía nada, Patrick se volvió hacia ella.

-Dijiste que es obstinado, pero es más que eso.

Cuando Declan se marca un objetivo, su cabeza se vuelve dura como el granito. No deja que le ahuyenten los obstáculos, las excusas o las protestas. Si no le amas, Lena, si no quieres compartir tu vida con él, hazle daño. Hazle daño con rapidez, y haz que sea hondo. Luego vete.

-No quiero hacerle daño. Ahí está el problema.

-Declan pensaba que no era capaz de amar. Me lo dijo después de romper con Jessica. Dijo que no tenía esa clase de amor dentro de él. Ahora sabe que lo tiene y se siente mejor por eso. Tú ya has dado un sentido a su vida, un sentido muy importante. Ahora tienes que amarle o dejarle. Hacer algo intermedio sería cruel, y tú no eres cruel.

Lena cerró los dedos en torno a la llave que colgaba de su cuello y luego, nerviosa, los bajó hasta las alas de su pecho.

-Declan no es lo que había esperado. No es lo que estaba buscando.

Patrick sonrió con ternura y le dio unas palmaditas en la mano.

-La vida está llena de sorpresas, ¿verdad? Algunas son un auténtico aguijón. -Se inclinó para besarla en la mejilla-. Te veré más tarde -dijo, y la dejó sola.

La fiesta se alargó dos horas más después de que los novios desaparecieran bajo una lluvia de confeti que Declan supuso encontraría en su césped, su ropa y puede que hasta en su comida durante los próximos seis meses.

La música seguía sonando animadamente y los invitados seguían contentos. Entrada la madrugada, algunos caminaron hasta sus respectivos coches. Otros tuvieron que ser llevados, y no solo los niños.

Declan permaneció al pie de la escalera hasta que el último coche se hubo alejado. Tenuemente, el cielo empezaba a aclarar por el este. Mientras lo contemplaba vio apagarse una estrella.

El día estaba despertando.

-Debes de estar cansado -dijo Lena desde la terraza de arriba.

-No. -Declan siguió contemplando el cielo-. Debería estarlo, pero no lo estoy.

-Tardarás una semana en limpiar todo esto.

-No. La generala y su tropa vendrán mañana para hacerse cargo de todo. Se me ordenó que me quitara de en medio y eso pienso hacer. No creía que fueras a quedarte.

-Ni yo.

Declan se volvió y la miró. Parecían Romeo y Julieta, pensó, y rezó por un final mejor.

-¿Por qué te has quedado?

-No lo sé. No sé qué hacer contigo, Declan. Juro por Dios que no sé qué hacer. Los hombres nunca han sido un problema para mí. En todo caso yo lo he sido para ellos -añadió con una sonrisa tenue-. Pero tú eres el primero que me los está dando.

Declan procedió a subir.

-Ninguno de ellos te amaba.

-No, ninguno de ellos me amaba. Me deseaban, pero esa es la. parte fácil. Se puede ser despreocupado con los deseos. Y para serte sincera, a

veces, la mayoría de las veces, me gustaba esa despreocupación. No solo el sexo, sino también el baile, el juego o como quieras llamar a ese cortejo que no es cortejo alguno. Cuando la música se detiene o el juego termina, hay cardenales y rasguños, pero nadie sale realmente herido.

-Lo que hay entre nosotros no es un juego.

-Te he hecho daño.

-Por ahora solo son cardenales y rasguños, Lena.

-Declan se detuvo frente a ella-. Cardenales y rasguños.

-Cuando me miras, ¿qué ves? A alguien del pasado.

No puedes proyectar a los muertos en los vivos.

-Te veo con claridad, pero veo algo más en nosotros dos que no deberíamos pasar por alto ni olvidar.

Puede que sea algo que debemos resolver antes de poder avanzar.

Declan se llevó una mano al bolsillo y extrajo el reloj de Lucían.

-Te regalé este reloj hace cien años. Es hora de que vuelva a ser tuyo.

Los dedos de Lena se enfriaron ante la idea de sostenerlo.

-Si eso es cierto, ¿no ves que todo terminó en dolor, muerte y tragedia? No podemos cambiar lo que ya ha sido. ¿Por qué quieres correr el riesgo de que se repita?

-Porque es necesario. Porque ahora somos más fuertes. -Declan abrió la mano de Lena, le puso el reloj en la palma y cerró los dedos-. Porque si no lo resolvemos, seguirá ahí.

-De acuerdo. -Lena se guardó el reloj en el bolsillo de la chaqueta. Luego desprendió el reloj de su vestido-. Te lo regalé en una ocasión. Acéptalo de nuevo.

Cuando Declan lo sostuvo, el reloj que hubo en otros tiempos en el Hall empezó a sonar.

-Es medianoche -dijo con serenidad-. Sonará doce veces. -Y contempló la esfera del reloj esmaltado que sostenía en la mano-. Medianoche -repitió, mostrándolo a Lena-. Mira el tuyo.

Los dedos de Lena temblaban cuando sacó su reloj.

-Dios mío -susurró al ver las dos manecillas apuntando hacia arriba-. ¿Por qué?

-Vamos a averiguarlo. Tengo que entrar en casa.

-Declan levantó la vista hacia el segundo piso-. Tengo que ir al cuarto infantil. El bebé... -Mientras hablaba, oyeron su llanto desconsolado.

-Vamonos, Declan. Subamos al coche y marchémonos de aquí.

Pero él ya estaba entrando.

-La niña llora. Tiene hambre. Me necesita. Los padres de Lucían están durmiendo. Siempre subo temprano cuando Lucían está ausente. Odio sentarme con mis suegros en el salón después de cenar. Noto lo mucho que ella me detesta.

La voz de Declan había cambiado, advirtió Lena mientras le seguía. Hablaba con acento cajún.

-Declan.

-Claudine la saca de paseo y la cambia, pero mi preciosa Rosie necesita a su mamá. No me gusta tenerla en la tercera planta -prosiguió al tiempo que apretaba el paso por el pasillo-. Pero la señora Josephine siempre se sale con la suya. Bueno, no siempre -se corrigió, y ahora había una sonrisa en su voz-. De lo contrario, yo sería ahora alimento de caimanes en lugar de la esposa de Lucían. Llega mañana. Lo añoro tanto.

Redujo el paso cuando empezó a subir por las escaleras, y Lena oyó su respiración acelerada.

-Tengo que subir. -Declan había recuperado la voz, teñida ahora de miedo-. Tengo que entrar. Tengo que ver.

Armándose de valor, Lena le cogió la mano.

-Entraremos juntos.

La mano de Declan se estremeció. El frío que impregnaba el aire le atravesó los huesos, las náuseas le invadieron el estómago y subieron hasta la garganta. Esforzándose por contenerlas, empujó la puerta.

Entró tambaleándose, y aunque Lena trató de sujetarlo, cayó de rodillas.

-Él entra. Está borracho. No lo quiero aquí, pero se niega a marcharse. Todo el mundo dice que es igual que Lucían, pero eso es porque no le ven los ojos. Tengo que ahuyentarlo, alejarlo de mi pequeña. Ojalá Claudine no se hubiera ido a ver a Jasper. No me gusta estar aquí sola con Julián. Me da miedo, pero no quiero que lo note.

Él tenía la mirada vidriosa, la cara blanca como la muerte.

-Declan, te lo ruego, Declan, vuelve. -Lena le apretó la mano hasta notar que sus huesos se tocaban.

-Me coge pero consigo zafarme. -Ahora Declan jadeaba. Seguía de rodillas, un hombre apuesto, de cabellos dorados, luciendo un esmoquin con el lazo de la pajarita deshecho. Un hombre con los recuerdos de una mujer, con el pavor de una mujer azotándolo por dentro.

-No puedo dejar a mi niña. Agarro el atizador de la chimenea. Lo mataré si no me queda más remedio. Lo mataré si nos pone un dedo encima a mí o a mi hija.

Dios, Dios, Dios.

Flojas las rodillas, Lena se derrumbó en el suelo junto a él y trató de rodearlo con sus brazos.

-Es más fuerte que yo. Grito y grito pero nadie acude en mi ayuda. Está borracho y está loco. Está loco y está borracho. Me derriba y me desgarra la ropa. No puedo escapar. Mi niña llora, pero no puedo acudir a ella. No puedo detenerle.

-Oh. -Temblando, Lena intentó abrazarlo, mecerlo-. No. No, no, no.

-Me viola. -El centro de su ser ardía. Dolor, el dolor, y el miedo. Dios, cuánto miedo-. Pido ayuda. Te llamo, pero no estás. -Las lágrimas le desgarraban la voz-. No acudes. Te necesito.

-Basta, basta, basta -era cuanto Lena alcanzaba a decir mientras lo abrazaba.

-Me hace daño, pero opongo resistencia. Intento detenerle pero él sigue. Estoy aterrada, pero incluso entonces sé que no está haciendo eso porque me desea, sino porque te odia.

Declan se volvió. Sus ojos grises estaban empapados.

-Te odia, y porque soy tuya tiene que destruirme.

Del mismo modo que destruía tus juguetes cuando erais niños. Le ruego que pare, pero no me escucha. Intenta callarme, pero no puedo dejar de gritar. No puedo. Sus manos rodean mi garganta.

Eso lo doblegó, esa presión espantosa, la turbadora pérdida de aire.

-No puedo respirar, no puedo respirar. Mi niña me llama con su llanto y yo no puedo respirar. Me mata mientras mi hija llora en la cuna. Nuestra

hija. Mientras él está todavía dentro de mí. Me destruye como un juguete que pertenece a su hermano.

Declan levantó la cabeza y miró a Lena. Y cuando habló, su voz contenía tanto dolor que Lena se maravilló de que no hubieran muerto a causa del mismo.

-No viniste. Te llamé, pero no viniste.

-Lo siento, lo siento mucho.

-Ella entró. -Tambaleándose, Declan se puso de pie-. Entró y vio lo que él me había hecho. Me miró como si yo fuera algo sucio que hay que limpiar antes de que lleguen los invitados.

Ahora tenía la mirada seca y la afiló al oír los portazos del primer piso.

-Yo era la zorra del bayou que había irrumpido en su casa, en sus hijos. Vi el desprecio con que me miraba, lo veía como en un sueño. La vi ordenarle que me trasladara al dormitorio mientras ella recogía la sangre, la cera de la vela y la loza rota. Él sacó mi cuerpo a la terraza, pero yo la observaba a ella, la vi acercarse a mi dulce niña y escuché cómo su mente se preguntaba si no sería preferible asfixiarla. Lo meditó, y creo que si lo hubiera intentado, aún me habría quedado algo de vida para derribarla como un rayo.

Declan se acercó a la puerta.

-Ella pensó que yo era débil, pero se equivocaba. Podían matarme, pero no podían acabar conmigo.

-Declan, es suficiente.

-No, todavía no. -Bajó hasta el primer piso, caminó por el pasillo y abrió la puerta del dormitorio de

Abigail-. Julián me dejó sobre la cama y lloró. No por mí, sino por él. ¿Qué iba a ocurrirle ahora? Me había mancillado y asesinado, pero solo pensaba en él. Y todavía lo hace, porque está en esta casa, y también Josephine. Errando y esperando en su pequeño infierno. Fue hasta la pared donde había estado el armario, abrió la puerta mentalmente.

-Cogieron algunas prendas. En el armario guardaba mi vestido para el baile. Estaba orgullosa de él. Quería estar hermosa para ti, hacer que estuvieras orgulloso de mí. A ella se le cayó mi reloj, pero no se dio cuenta. Ordenó a Julián que me envolviera y me sacaron de la casa con una maleta llena de cosas mías. Cogieron ladrillos viejos para hundirme y partieron. Fue difícil. Aunque había luna, aunque hacía fresco, fue difícil transportar todo ese peso. Julián sufría náuseas, pero ella no está dispuesta a aguantar tonterías. Dirían que huí con otro hombre. Extenderían el rumor de que mi hija era bastarda y te hice creer que era tuya. Ella explicó a Julián el plan mientras me cubrían de ladrillos, mientras me envolvían con la capa, mientras la anudaban, mientras me arrojaban al bayou.

Declan la miró.

-Tú les creíste.

-No. -Lena estaba llorando. Por él, por Abigail, por ella, por Lucían-. No.

-Al principio no. Estabas preocupado. Me buscaste, lloraste por mí. Intenté comunicarme contigo, pero no me dejaste entrar. No me dejaste entrar porque una parte de ti ya creía sus mentiras. Yo te amaba con todo mi corazón, mi alma, mi cuerpo. Perecí por ti.

-No pude impedirlo, no estaba aquí para impedirlo.

-No, aquella noche no estabas aquí. Y en realidad nunca volviste a estar aquí, ni para mí ni para nuestra hija. Rompiste tu promesa, el

juramento que me hiciste en esa cama la noche que ella nació. Eso fue lo que nos condenó, más que la muerte.

-¿Cómo rompí mi promesa?

-Prometiste que amarías a nuestra hija, que la cuidarías siempre. En todo momento fui sincera contigo, Lucían, tienes que saberlo.

-Lo sé. -Lena cerró la mano sobre el reloj y notó el peso, el dolor, la pena.

-¿Cómo pudiste dejarla sola? ¿Cómo pudiste darle la espalda? Ella solo te tenía a ti. Me lo juraste.

-No lo sé. Era débil, no era tan valiente ni tan auténtica como tú. Tal vez tú fueras mi pilar, y cuando desapareciste ya no tuve nada a lo que agarrarme.

-Tenías a Marie Rose.

-Puede que a ti te amara demasiado y a ella no lo suficiente. Perdóname, perdóname por lo que hice, por lo que no hice. No puedo retroceder y cambiarlo. -Lena sacó el reloj del bolsillo y lo sostuvo boca arriba sobre la palma de la mano-. Por muchas veces que el tiempo se detenga, es demasiado tarde. Si pudiera, nunca te dejaría. Me iría contigo y con el bebé. Haría cualquier cosa por impedir lo que te sucedió.

-Te amaba, y mi corazón sufrió cada instante desde el momento que me separaron de ti. Sufrió de pena, luego de esperanza, y luego de tristeza. Elegiste la muerte, Lucían, en lugar de la vida. Sigues eligiendo soledad en lugar de amor. ¿Cómo puedo perdonarte si tú no puedes? Hasta que lo hagas ellos serán los vencedores, y la casa que debió ser nuestra todavía los aloja. Ninguno de nosotros volverá a ser libre hasta que elijas.

Declan se volvió, abrió las puertas de la terraza y salió. El portazo que oyó a su espalda la sobresaltó. Era, pensó Lena, como una risa grosera ante la desgracia de otro. Sin prestarle atención, salió a la terraza y respiró hondo.

-Declan.

Él estaba apoyado en la baranda, contemplando las primeras luces del alba.

-Estoy tratando de averiguar si necesito un exorcista, un psiquiatra o hacer otra versión de Las tres caras

de Eva.

Encogió los hombros, como si quisiera sacudirse un peso fastidioso.

-Creo que prefiero un Bloody Mary.

Con tiento. Lena se acercó a él.

-Prepararé dos -dijo, y procedió a posar una mano en su hombro. Declan dio un paso a un lado para evitar el contacto y la dejó con la mano suspendida en el aire.

-No necesito caricias y palmaditas. Todavía estoy dolorido. Supongo que eso es lo que ocurre cuando te violan y asesinan. -Se metió las manos en los bolsillos y bajó las escaleras.

Tras aguardar un instante para recuperar la calma,

Lena le siguió hasta la cocina.

-Deja que yo los prepare. Soy la profesional.

-Puedo hacerme mi maldita bebida.

Le dolió cuando él le arrebató de las manos la botella de vodka. Le dolió como una bofetada.

-De acuerdo, prepárate tu maldita bebida. Y mientras lo haces, deberías pensar en vivir tu maldita vida.

Lena se volvió bruscamente y cuando el la agarró del brazo, ella trató de soltarse. En cuanto su mano cruzó la mejilla de Declan, el reloj empezó a sonar de nuevo y las puertas comenzaron a dar golpes.

El frío penetró en la casa.

-¿Te han violado alguna vez?

Lena se soltó.

-No.

-¿Y supongo que tampoco te han estrangulado hasta matarte? -Olvidando los cumplidos, bebió directamente de la botella-. Déjame que te dé una pista: lo pone a uno de un humor de perros.

A Lena se le había agotado el genio.

-No bebas tanto, cher, te pondrás enfermo.

-Ya estoy enfermo. Necesito una ducha.

-Adelante, te sentará bien. Prepararé té. Deja que lo haga -espetó antes de que él replicara-. Puede que eso nos tranquilice a los dos.

-Como quieras. -Declan subió pisando fuerte.

Lena permaneció un rato sentada porque las piernas todavía le temblaban. Luego se sacó el reloj del bolsillo y estudió la esfera. El minutero giraba y giraba, pero la hora nunca superaba la medianoche.

Lo guardó de nuevo y se levantó para hacer el té.

Lo llevó arriba, junto con las tostadas cortadas en triángulos, la comida de enfermo que su abuela le hacía de niña. Declan estaba sentado en el borde de la cama con unos pantalones de chándal viejos. Tenía el pelo mojado y la piel enrojecida de haberse frotado con vehemencia. Lena le puso la bandeja al lado.

-¿ Quieres que me vaya?

-No.

Cuando ella le sirvió una taza, él la levantó e intentó calentarse las manos con ella. Pese a la ducha hirviente, todavía tenía frío.

-No solo lo vi o lo recordé. Lo sentí. El miedo, el dolor, la violación. La humillación. Y como si eso no fuera suficiente, una parte de mí seguía siendo yo. Esa parte, el tipo grande y duro, observaba impotente cómo una mujer aterrorizada era violada y estrangulada. No puedo explicarlo.

-No tienes que hacerlo. Yo también sentí algo, no tan fuerte, no tan claro como tú, pero... Cuando me miraste, cuando ella me estaba mirando a través de tus ojos, sentí un enorme dolor, un enorme pesar. Y culpa. Bébete el té, cariño.

Declan levantó la taza obedientemente.

-Está bueno. Muy dulce.

-Té dulce y tostadas. Te sentará bien. -Lena subió a la cama, se arrodilló detrás de él y procedió a darle un masaje en los hombros-. Ella era más fuerte que él. Lucían no tiene toda la culpa. Lo criaron débil. Pero la amaba. Declan, lo sé con toda certeza. Aunque ignoraba eso tan horrible que le había ocurrido a Abigail, se culpaba. Se culpaba por no haber estado con ella, por no haberle dado lo bastante de sí mismo.

-Abandonó a su hija.

El tono de Declan era irrevocable.

-Es cierto, la abandonó -respondió Lena-. Y aunque hizo mal, aunque hizo mal al quitarse la vida y dejar huérfana a su hija, ella tuvo mejor vida

justamente por eso. Estuvo rodeada de gente que la quería, que valoraba el recuerdo de su madre. Nunca habría tenido esa vida aquí, en el Hall.

-Ella tenía derecho a poseerlo. Él debió asegurarse de que así fuera.

Lena apoyó el mentón en la coronilla de Declan.

-No puedes perdonarle.

-No puedo entenderle.

-No, un hombre como tú no podría entender a un hombre como él. Tal vez yo sí, tal vez yo sí pueda comprender a. un hombre que huiría con una mujer antes que plantar cara a sus padres. Un hombre que la traería a una casa llena de resentimiento y sombras en lugar de crear un hogar nuevo para ellos. Un hombre que se desmoronaría hasta ahogarse antes que vivir con el dolor y criar a su hija con el amor y la compasión que a él le habían sido negados. Él quería ser más de lo que era. Con ella lo habría sido. No deberías despreciarle. Declan, sino compadecerle.

-Puede, pero es difícil. Todavía guardo mucha desesperación de Abigail dentro de mí. -De Abigail, pensó, y una gran parte de él mismo.

-¿Podrías dormir?

-Lo dudo.

-¿Por qué no lo intentas? Necesito cambiarme de ropa. -Lena bajó de la cama, levantó la bandeja y la dejó a un lado-. Trata de dormir un poco. No tardaré mucho. Declan no intentó detenerla. Probablemente era mejor estar solo. Se recostó y contempló el cielo cuando los primeros pájaros empezaban a cantar.

A Abigail le habían roto el cuerpo y el corazón, pensó.

Él sentía lo mismo.

Debió de quedarse dormido, pues cuando abrió los ojos el sol estaba alto. Todavía era pronto, se dijo, pero la generala, con su tropa, no tardaría en llegar, dispuesta a invadir su casa con escobas, fregonas y a saber qué más.

Tal vez la casa necesitara una buena limpieza y sacudida. Seguía siendo suya. Independientemente de lo que hubiera ocurrido, independientemente de lo que compartiera con él, no iba a renunciar a ella. Y tampoco iba a renunciar a Lena.

Con expresión ceñuda, se incorporó y la vio sentada en la butaca. Vestía unos vaqueros y una camiseta blanca. Tres ramitos de flores descansaban en su regazo.

-¿Te apetece dar una vuelta en coche? -preguntó

Lena.

-Bueno.

-Ponte una camisa y unos zapatos.

-¿Adonde vamos?

-Te lo contaré por el camino.

Lena se puso al volante y los ramos descansaban ahora en el regazo de Declan.

-Quiero llevarle flores a Marie Rose. --Como su antecesor, pensó Lena, como su padre-. Pensé que también te gustaría visitarla.

Declan no dijo nada.

-La abuela me contó -prosiguió Lena- que cada año, el día de su cumpleaños, Marie Rose iba al cementerio y llevaba flores. Esta mañana, cuando fui a cambiarme de ropa, me dijo dónde estaba la cripta de Lucían y recogimos estas flores en la marisma. También quiero llevarle flores a él.

Declan levantó un ramo.

-¿Como muestra de compasión?

-Si es lo mejor que podemos hacer.

-¿ Y las demás flores ?

-Marie Rose también llevaba flores a su madre una vez al año. Una parte de ella debía de saber dónde estaba. El día de su cumpleaños iba al río y arrojaba flores al agua. La abuela me indicó el lugar.

Lena conducía con suavidad, algo deprisa, y redujo la velocidad para entrar en el cementerio.

-Sé que todavía estás enfadado con él y conmigo. Si no quieres hacerlo, puedes esperar en el coche. No te lo reprocharé.

-¿Por qué lo haces?

-Porque él forma parte de mí. Llevo su sangre, y otras cosas. Si consigo encontrar la forma de aceptar quién me dio la vida, si consigo vivir con eso, entonces encontraré la forma de aceptar esto. De vivir con esto.

Lena detuvo el coche y cogió dos ramos.

-Hay que andar un poco. No tardaré mucho.

-Te acompaño.

Declan bajó, pero en contra de lo acostumbrado, no buscó la mano de Lena. Caminaron por los senderos, entre tumbas, verjas recargadas, ángeles de mármol y sombras proyectadas por las cruces. Lena se detuvo en una de las lápidas. Había muchas, sencillas y sin adornos. Su abuelo descansaba aquí, y otros que formaban parte de ella. Pero hoy había venido por una en concreto.

Sus manos sujetaban con fuerza las flores. Marie Rose, leyó. Sangre de mi sangre, corazón de mi corazón.

-La abuela me contó que Marie Rose fue una mujer feliz, que tuvo una buena vida. Tal vez no baste para compensar lo que le hicieron, pero si hubiera sido de otro modo... En fin, dudo que yo estuviera ahora aquí contigo.

Procedió a depositar las flores cuando Declan cerró una mano sobre la de ella y juntos las colocaron sobre la tumba del bebé, de la muchacha, de la anciana.

-Él está algo más lejos -consiguió balbucir Lena.

Tenía la voz espesa y la vista empañada cuando se volvió.

Pasearon bajo el sol, entre las sombras de las tumbas, en silencio.

La cripta de los Manet era un bloque alto con pórticos labrados y gruesas puertas tachonadas. En lo alto había un ángel feroz sosteniendo un arpa como un soldado sostiene un escudo.

-Qué alegre -comentó Declan-. Se diría que ninguno de ellos tuvo una muerte tranquila.

Miró en derredor y vio la caja de cemento sobre una losa elevada. La placa rezaba: LUCÍAN EDUARD MANET.

1874-1900.

-¿Está fuera?

-No podían perdonarle su matrimonio, su hija, su muerte vergonzosa -explicó Lena-. A pesar de que dijeron que se ahogó, todo el mundo sabía que fue un suicidio. Pero aunque Josephine no lo quería en la cripta familiar, sí quiso enterrarlo en suelo consagrado. De lo contrario, habría supuesto otro escándalo.

Declan contempló la cripta.

-Zorra.

-Lucían no tuvo abuelos, como yo, que lo quisieran, que suavizaran los golpes. Tenía un hermano gemelo que lo odiaba simplemente por existir. Tenía dinero y posición social, educación y privilegios, pero no tenía amor. Hasta que llegó Abigail y la apartaron de él.

Lena le puso las flores.

-Hizo lo que pudo, pero no fue suficiente.

-Tú eres más fuerte que él, más lista, más resistente.

-Eso espero. Y espero que él descanse pronto. Las flores no durarán mucho con este sol, pero... En fin, se hace lo que se puede.

Se alejó sin decir más. Declan se rezagó un instante para contemplar la placa, luego las flores. Instintivamente, extrajo una del ramo y la colocó sobre la tumba

Lena se puso las gafas de sol porque tenía lágrimas en los ojos.

-Ha sido bonito.

-Se hace lo que se puede. -Esta vez Declan le cogió la mano.

No hablaron durante el camino de vuelta. Tampoco salieron Rufus ni Odette a recibirlos cuando Lena detuvo el coche frente a la casa. Declan guardó silencio mientras ella lo guiaba por la marisma. Guardó silencio mientras recordaba el camino en plena noche, el aire frío, la luna oculta, la llamada de una lechuza. Y la respiración jadeante de un asesino y de su cómplice.

-¿Quieres que volvamos? Estás muy pálido.

-No. -El sudor le recorría la espalda pese al frío que sentía bajo la piel-. Necesito hacerlo.

-Falta poco.

El angosto sendero estaba flanqueado de flores. Declan se concentró en ellas, en el color, en su pequeña belleza. Pero cuando Lena se detuvo en la margen del río, le faltó el aliento y se mareó.

-Fue aquí, justo aquí.

-Lo sé. Marie Rose venía aquí, a este lugar. Su corazón lo sabía. -Esta vez Lena le tendió el ramo y extrajo una flor.

Declan vertió las flores en el río y observó su color, su pequeña belleza, flotar sobre el marrón del agua.

-No todo el mundo puede depositar flores en su propia tumba. Lo siento. -Las lágrimas caían por las mejillas de Lena-. Lo siento mucho. -Se arrodilló y lanzó la flor al agua. Buscó la mano de Declan-. Siento mucho haberte hecho daño.

-No te preocupes. -Él la levantó del suelo y la abrazó-. Estoy bien.

-Él no confió lo suficiente. Yo no confié lo suficiente. Demasiado dolor y poca fe, antes y ahora.

-Ya ha habido suficiente dolor, antes y ahora. -Declan le levantó el rostro, y dijo lo que había comprendido tenía dentro de él, dentro de Abigail, en el momento en que llevaron las flores a Marie Rose-. Te perdono.

-Eres más clemente que ella.

-Puede. Tal vez por eso seguimos aquí. Esto nos da la oportunidad de arreglar lo que estropeamos.

-O de volver a cometer los mismos errores. Tengo algo más que darte, pero no aquí, en el Hall. Es el lugar idóneo.

-Bien. -Declan le besó la mano-. Todo va bien.

-Creo que estamos en ello. Me gustaría regresar a pie para serenarme.

-Buena idea.

-Quiero pedirte algo -dijo Lena cuando regresaron al sendero-. Me gustaría poner tres marcas cerca del estanque. Una por Lucían, otra por Abby y otra por Marie Rose. Creo que es hora de que estén juntos.

-Creo que ahora ya lo están. -O están cerca, pensó Declan. Muy cerca, porque sentía en el corazón una ligereza que no había esperado volver a sentir-. Pero las marcas serán un recuerdo bonito. Elegiremos el lugar y las pondremos. Luego plantaremos algo en ellas los dos juntos.

Lena asintió.

-Puede que un sauce.

-Como el que tanto le gustaba a Abigail. -Declan asintió-. A veces restauramos las cosas tal como eran y a veces las cambiamos. Nosotros haremos ambas cosas.

Y cuando tengamos hijos, haremos meriendas allí y les contaremos la historia. -Se detuvo un instante-. No me has mandado callar.

-Cher, me agotas. Parece que tu ejército ya está aquí.

Declan hizo una mueca de dolor al ver los coches.

-Qué divertido. Oye, escabullámonos y encerrémonos en mi dormitorio. Tengo la sensación de que podría dormir durante una semana.

-Me parece bien, pero solo dispongo de una hora.

Luego tendré que irme a trabajar.

-Algo es algo. -Declan se llevó un dedo a los labios y subió furtivamente las escaleras-. ¿Te has revolcado alguna vez desnuda en la cama con una casa llena de mujeres fregoteando suelos fuera de la habitación?

-No, y no está en el programa de esta mañana.

-Aguafiestas.

-Declan, no; deja la puerta abierta. No, detente…

-Eso estoy haciendo, detenerme -dijo cuando la hubo abrazado-. Detenerme entre tus brazos. Caray, qué bien sienta. Te he echado de menos -murmuró, y comprendió que era Abby además de él quien abrazaba.

Un círculo casi forjado por entero una vez más, pensó. Y esta vez no se rompería.

Josephine está perdiendo, comprendió. La situación se le había escapado de las manos.

-Tengo algo que decirte.

-Estoy harto de hablar. -Declan posó sus labios en los de ella y la besó dulcemente-. Yace conmigo, Lena, solo yace conmigo. Añoraba mucho poder abrazarte.

-Tengo que hacerlo de pie. -Lena se escabulló y se detuvo bajo el torrente de sol-. Hasta ahora he hecho las cosas a mi manera y me ha ido bien. Tú has complicado las cosas, me has irritado y has trastornado mi vida con lo que fue, lo que es y lo que podría ser. Nunca me han interesado los podría ser, Declan.

-¿Qué tal los serán?

-Está hablando tu lado terco. Me gusta eso de ti. Me gustan tantas cosas de ti que he perdido la cuenta. Estoy prendada de un maldito yanqui rico.

Todo dentro de Declan se hinchó y brilló como el sol.

-Angelina.

-Déjame terminar. -Lena suspiró y esperó a estar segura de que podía hablar con calma-. Tengo muchos amigos que se preocupan por mí, puede

que incluso me quieran como quieren los amigos. Tuve a mi abuelo, que me convirtió en la luz de su vida, y tengo a mi abuela. Pero nadie me ha querido nunca como me quieres tú. Y lo peor de todo es que yo nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Así que…

Alzó los brazos y desabrochó la cadena que llevaba suspendida del cuello. Se la tendió con la llavecita colgando.

-Ahora es tuya, supongo que lo es desde hace un tiempo. Tú eres la llave, cher. Siempre lo fuiste.

Declan cogió la cadena y deslumbró a Lena al colgarla de su propio cuello.

-Voy a hacerte muy feliz.

-Más te vale. ¿Nos casamos o qué?

-No te quepa duda. -Riendo, la levantó del suelo y empezó a girar-. ¿Lo sientes?

-¿Qué? La cabeza me da vueltas.

-La casa es ahora nuestra. Solo nuestra. -La dejó en el suelo-. No más fantasmas, no más vidas salvo las nuestras. Y esto es solo el principio.

Lena lo rodeó con sus brazos, unió su boca a la de él.

-Bienvenido a casa.

Todavía abrazados, extrajo el reloj de bolsillo, lo giró y juntos vieron pasar el tiempo.